YK

UN FUEGO EN LOS HUESOS



SCOTT REINTGEN

Copyright

YOUNG KIWI, 2026

Primera edición, septiembre 2025

© 2025 del texto, Scott Reintgen
Ilustración de cubierta © 2024 Justin Metz
Diseño cubierta Greg Stadnyk © 2024 Simon & Schuster, Inc.
Tracucción, Ana González
Corrección, Mercedes Pacheco

Publicado originalmente por MARGARET K. McELDERRY BOOKS, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division.
Título original, *A burning in the bones*.
Publicado por Grupo Ediciones Kiwi

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Este es para Kate Prosswimmer.
No existiría Ren Monroe sin ti.
Gracias por la fe temprana e inquebrantable que pusiste en esta serie.

PARTE UNO: Golpeando

1

MERCY WHITAKER

Mercy Whitaker estaba sola en el lavabo. En silencio, fregaba y enjabonaba, fregaba y enjabonaba. Sus ojos se detuvieron unos instantes en dos dedos de su mano derecha. Ambos eran más cortos que los demás. Atrofiados. Los dedos habían muerto justo después de su décimo cumpleaños, y, con los años, se habían vuelto de un negro lúgubre.

Flexionó la mano a modo de prueba, pero los dos dedos no respondieron.

Había aprendido a vivir sin ellos.

Tras secarse las manos, cogió un par de guantes de cuero grueso. La mayoría de los estudiantes preferían objetos alargados, orbes o alguna clase de joyería como varita. Ella había comenzado a utilizar los guantes después de su incidente, y no fue, sino hasta un año más tarde, que se dio cuenta de que podía usarlos para almacenar magia.

Eran un canalizador tan válido como cualquier otro.

Rebosantes de magia, los guantes habían crecido con ella con el paso del tiempo. Siempre le quedaban perfectos, y no estaba de más que también ocultaran su mayor inseguridad.

Lista, se dio la vuelta y entró en el quirófano.

El doctor Horn la esperaba dentro.

Tomó posición a su izquierda, colocó los pies en la postura correcta y asintió.

Las luces de la sala de operaciones se apagaron unos segundos después.

Mercy se quedó de pie en la oscuridad repentina.

Todo era nada.

Contuvo la respiración.

Corrían rumores sobre contaminantes externos que arruinaban los procedimientos de separación. Al parecer, Colin Nearchase había estornudado durante su práctica. Un solo examen fallido lo había enviado al sótano de Puerto Seguro junto con el resto de los médicos descartados, asignados a los peores pacientes y con menos recursos.

Mercy no había ascendido en el escalafón de su clase para fracasar en ese momento. Así que, a pesar de llevar puesta una mascarilla, con tres capas de encantamientos de sellado, continuó aguantando la respiración.

Sus ojos se adaptaron poco a poco.

El paciente tomó forma: un bulto oscuro sobre una mesa de acero plana. Su mentor —el doctor Horn—, flotaba a su derecha. Entre ellos, una mesa cuadrada con docenas de herramientas.

Mercy empezaba a marearse cuando su mentor carraspeó.

—Empieza.

Exhaló.

Su primera herramienta eran los guantes que ya llevaba puestos. No los había elegido pensando en esta carrera, pero una vez decidió convertirse en doctora, descubrió que estos eran ideales para la magia anatómica. Le proporcionaban un control meticuloso sobre los hechizos menores. Una especie de destreza.

Con silenciosa concentración, comenzó el trabajo mágico requerido.

No era un secreto que el doctor Horn había inventado ese procedimiento en particular. No podía permitirse cometer errores delante de él.

Una luz plateada se deslizó desde sus dedos, como si fuera niebla. Un círculo fantasmal que se expandió en todas direcciones hasta que Mercy utilizó un segundo hechizo para protegerse a sí misma y al doctor Horn de la magia.

El conjuro encapsuló la sustancia en una esfera que ahora flotaba directamente sobre el paciente.

—Muy bien. —Oyó susurrar a su mentor—. Mantén ese radio…

Mercy tenía una mano firme. No era la residente más inteligente, y estaba claro que no tenía los contactos familiares más fuertes ni

las mejores calificaciones de la clase, pero era constante. Siempre con completo control de su técnica. Una habilidad importante cuando el más mínimo error podía cortar una arteria.

Selló la primera capa del hechizo antes de comenzar la segunda, que llevó a la tercera, y luego a la cuarta.

La esfera alrededor del paciente se volvió densa. Si extendía el dedo y rozaba su superficie, rasparía una sustancia parecida al barro translúcido.

—Equilibrio —ordenó el doctor Horn—. No olvides el equilibrio.

No lo había olvidado.

Simplemente, no era tan hábil en esa parte como Horn.

Aun así, comenzó el proceso de equilibrio. Tenía que haber la cantidad perfecta de cada tipo de magia para que todo ocurriera como era debido. De lo contrario, no se fusionarían adecuadamente y tendría que empezar de nuevo. Eso no arruinaría la cirugía, pero la magia desperdiciada era tiempo desperdiciado, y, por tanto, energía desperdiciada.

Todas las estadísticas mostraban que los cirujanos cansados cometían más errores.

Al cabo de un momento, sus hechizos hallaron el equilibrio.

Toda la magia se fusionó en una unidad homogénea.

Mercy echó un vistazo al doctor Horn en busca de confirmación. Cuando su mentor asintió, colocó ambas manos —intentando extender todos sus dedos— sobre los bordes de la esfera. Y entonces empujó.

El movimiento fue tanto mental como físico.

Hubo un solo destello de luz brillante.

Mercy se vio obligada a protegerse los ojos, y después la oscuridad volvió a adueñarse de la sala.

Esperó en un silencio expectante.

El tiempo suficiente para empezar a preguntarse si había fallado.

Hubo un parpadeo. Luego otro. Un resplandor sutil comenzó a iluminar el quirófano.

A Mercy le encantaba esta parte.

Aparecieron los hilos.

De todos los colores imaginables. Algunos eran tonos que jamás había visto en la naturaleza. Los hilos se extendían desde el paciente en patrones complejos. Unos eran tan gruesos como un hueso, otros tan delgados como la seda. Era como observar la vida entera de una persona: una red luminosa de cada conexión que habían formado en el mundo. Cada hilo representaba un vínculo que el paciente tenía con alguien más. Representaciones mágicas de lazos naturales. Versiones pequeñas de la verdadera magia de vínculo, que ella nunca había tenido el placer de presenciar en el quirófano.

El hospital solo había realizado tres procedimientos para cortar tales vínculos en las últimas dos décadas, y ninguno desde que ella comenzó su residencia.

Mercy vio siete hilos de rojo óxido bifurcándose desde el abdomen del paciente. Eran hilos de parentesco; familiares de sangre. Incluso pudo distinguir cuáles eran familia inmediata —o al menos personas con quienes el paciente había convivido a diario durante su infancia—, de parientes más lejanos.

Cerca de la cabeza del paciente, que estaba encapuchada para mantener el anonimato, distinguió decenas de hilos plateados. Un color voluble. Eran conexiones con maestros, mentores, confidentes. Cualquiera que hubiese moldeado los pensamientos del paciente. Mercy sabía que, si los tocaba, se sentirían como las cuerdas de un violín: tensas y resueltas.

Mientras giraba a su alrededor, contó 131.

El protocolo de este procedimiento exigía que los documentara todos.

Regresó a la mesa y comenzó a tomar notas.

Su mentor hizo lo mismo.

Ambos seguían patrones y categorías establecidas.

Ella terminó unos minutos antes que él, y luego intercambiaron cuadernos. Verificaban su trabajo, una y otra vez. Esta rutina se había implantado después de que un doctor —que ya no trabajaba en su hospital—, cortara accidentalmente la relación de un niño con su hermana gemela. Había causado un gran revuelo en Kathor. Pero la medicina no podía avanzar sin el fracaso. Eran compañeros de cama.

Los números de Mercy coincidían con los del doctor Horn.

—Confirmado. Aquí tienes tu asignación —dijo él.

El doctor Horn le entregó a Mercy una pequeña tarjeta. La letra del médico era minuciosa y apretada. Su tarea de hoy era una desvinculación de parentesco bastante sencilla. Cuando leyó por primera vez sobre este tipo de procedimientos, la idea le pareció inconcebible.

¿Por qué alguien querría cortar, de forma permanente, el lazo con un hermano o un padre? Incluso Mercy, que tenía una relación tensa con su madre, no podía imaginarse desvincularse por completo de su familia.

Horn le había explicado con paciencia que, para algunas personas, esas relaciones eran demasiado dolorosas. Especialmente, para quienes sufrían la pérdida de alguien a quien no lograban dejar atrás.

Tras leer la nota por cuarta vez, Mercy escogió su escalpelo favorito. Avanzó con cuidado, esquivando los hilos que no tenían relación con su tarea. Determinó el mejor punto de entrada, ajustó la posición de su cuerpo y localizó el tercero más grueso de los hilos de parentesco.

Mercy rodeó el hilo flotante con su mano libre.

Ese primer contacto provocó un destello mental predecible.

Vio a un hombre alto, con el cabello grisáceo. Era apuesto, pero de un modo frío. Sentimientos que se sucedían al verlo: amor, luego miedo, después dolor.

La atención de la joven regresó al quirófano. Esas «visiones» eran comunes. Al fin y al cabo, estaba tocando la representación mágica de la relación.

Mercy se estabilizó y comenzó.

La hoja afilada del escalpelo mordió el carnoso hilo. Encontró un surco para la herramienta y empezó a trabajar de un lado a otro. Más profundo con cada movimiento. Cada pocos segundos, otra imagen del hombre aparecía: vestido de negro, de pie en un funeral. Ofreciendo una copa de vino en un balcón, las estrellas tras él eran como un manto. Una voz alzada. Una expresión contraída. Un gesto

amenazante. Un beso fugaz. Docenas de pequeños momentos compartidos entre el paciente y el hombre.

Todos a punto de desaparecer.

Era como si el paciente se diera cuenta de esta realidad, al mismo tiempo que lo pensaba Mercy.

Ahora había más resistencia.

Había llegado al mismo centro del hilo. Al origen de su conexión.

Vio una versión más joven del hombre. Un chico en la universidad, inclinado sobre sus libros, con el cabello rubio peinado hacia atrás. El mismo chico corriendo por el campus, con un ramo de flores silvestres en la mano.

Esta era siempre la parte más difícil. La parte de la conexión que quería sobrevivir, aferrarse, vivir para siempre.

Pero Mercy siguió cortando.

El hombre al otro extremo de ese hilo no era nadie para ella. Nunca lo había visto y probablemente nunca lo vería en el futuro.

El escalpelo se deslizó de un lado a otro hasta atravesar el núcleo, y llegar a la última sección.

Las imágenes finales regresaron al hombre ya mayor. Haciendo señas al paciente desde lo profundo de una acogedora biblioteca, con la mirada algo perdida. Sentado en una cena familiar, aunque Mercy no logró distinguir todos los rostros en la mesa. Una vida entera.

Hasta que su escalpelo volvió a encontrar el aire libre.

Siguió sujetando el hilo con su mano libre. Había leído sobre una operación en la que el médico había soltado accidentalmente el hilo seccionado. Este cayó y se enredó con otro. El paciente despertó con una devoción obsesiva hacia su sastre, lo que casi terminó en problemas legales para el hospital.

Eso no pasaría en su quirófano.

Mercy mantuvo el hilo firme hasta que se desintegró, y luego regresó con cuidado a la mesa.

El doctor Horn asintió, aprobando.

—Trabajo perfecto. Sigues demostrando que Balmerick se equivocaba, doctora Whitaker. Puedes proceder con el proceso de disipación.

Mercy no pudo evitar un leve sobresalto ante el cumplido a medias.

Horn la veía como alguien que había superado la adversidad. Sabía que tenía una discapacidad, que había requerido pruebas adicionales en Puerto Seguro. La habían obligado a pasar una «prueba de ingreso» especial antes siquiera de permitirle entrar en la Escuela de Medicina. Tuvo que demostrar que sus dedos no serían un impedimento en procedimientos quirúrgicos. Una vez superada esa prueba, los médicos supervisores habían mostrado un sesgo constante contra ella. Nunca terminaban de creer que pudiera llegar a ser tan buena doctora como sus compañeros.

Tras terminar los exámenes finales, Mercy no fue seleccionada para el programa.

Al menos, no al principio.

De algún modo, su puntuación quedó justo por debajo del corte. Literalmente. Le faltó un solo punto porcentual. Cincuenta estudiantes fueron aceptados. Ella fue la número cincuenta y uno. La primera en quedarse fuera. También, la primera en la lista de suplentes.

Esa fue la peor semana de su vida.

Practicar la medicina, cuidar a los pacientes… Era lo único que siempre había sentido como su vocación, y Balmerick no era una escuela que creyera en segundas oportunidades. O destacabas y te hacías un nombre, o la escuela te olvidaba silenciosamente.

Mercy pasó las vacaciones de invierno mordiéndose las uñas hasta dejarlas en carne viva, incapaz de contarle la noticia a sus padres.

Y entonces Cora Marrin murió.

Aquella horrible historia sobre los seis estudiantes que se habían perdido en la naturaleza. Cuatro de ellos murieron, y una —casualmente—, era la mejor cirujana de su promoción.

Cuando Balmerick eliminó el nombre de la chica de la lista, Mercy subió al puesto cincuenta.

Una invitación llegó unos días después.

Sería doctora porque una pobre chica había muerto, y Horn tenía la desafortunada costumbre de recordarle que ella no había sido la

elegida.

Disipó la magia que había conjurado sobre el paciente. Una capa a la vez. Después siguió el protocolo de limpieza de herramientas, reajustando con cuidado la sala para el próximo cirujano que fuera a usarla. Todo el tiempo pensaba en el hombre de aquellas visiones. Qué vivo y lleno de energía parecía en los recuerdos del paciente… y ahora el paciente jamás volvería a pensar en él. Qué permanencia tan absoluta.

Horn ya había terminado de limpiarse, cuando Mercy entró.

Volvió a lavarse las manos y luego activó el hechizo de limpieza de la sala. Se quedó bajo aquella luz blanca fantasmal y sintió la magia recorrerle el cuerpo.

En cuanto la puerta suspiró al abrirse, salió con paso firme, decidida a irse a casa y dormir tanto como el mundo se lo permitiera.

—Whitaker —Horn la llamó desde el otro extremo del pasillo—, necesito verte en mi despacho.

Mercy se preparó mentalmente mientras caminaban.

¿Había cometido algún error durante la cirugía? Tal vez alguien había estado observando la operación y ahora examinarían hasta el más mínimo detalle… Pero la verdadera razón la esperaba en el despacho de Horn, y no era en absoluto lo que imaginaba.

Había un joven de pie en la esquina. Era absurdamente guapo. Como esculpido en piedra. Hombros anchos. Tan perfecto como cualquier ser humano que hubiera visto en su vida.

El único problema era que ya lo había visto antes. Demasiadas veces para su gusto.

—¿La Legión de la Espada Brillante? ¿Cómo era el dicho? «Déjalos mejor de lo que los has encontrado», ¿no?

Las mejillas de su ex se sonrojaron en respuesta.

El doctor Horn se dejó caer en la silla detrás del escritorio, claramente ajeno al tono punzante de su comentario. Después de todo, ese era el lema oficial de la legión.

—Doctora Whitaker, él es Devlin Albright. Un paladín que la Legión de la Espada Brillante nos ha enviado.

Devlin le extendió la mano. *De verdad* le extendió la mano. Como si nunca se hubieran visto. Como si no hubieran salido juntos durante tres años desperdiciados. Como si no hubiese compartido con él secretos, que nadie más sabía, sobre ella.

Los ojos de Mercy lo taladraron.

—Nos conocemos —indicó ella.

Devlin se sonrojó de nuevo. Bajó la mano. Levantó la barbilla —dioses, esa barbilla—, y se colocó de nuevo en una postura perfecta de soldado.

Solo entonces notó el emblema en su camisa. No solo estaban los símbolos de la Legión de la Espada Brillante. Según el escudo, ya había alcanzado el rango de portador de luz, ascendiendo con rapidez entre sus filas.

No era ninguna sorpresa.

A Devlin siempre le habían importado más sus logros y su reputación que cualquier otra cosa.

El doctor Horn pareció notar la tensión entre ellos. No era precisamente el miembro más perspicaz del personal, pero esto era difícil de ignorar.

—Bien —dijo el médico—. Como sabes, doctora, normalmente no utilizamos paladines dentro del hospital, pero cuando las provincias periféricas solicitan ayuda… el protocolo exige que contratemos protección para nuestros médicos. Ninguno de vosotros tiene entrenamiento en combate. Los paladines, sí. De este modo, podrán llevar a cabo sus tareas sin preocuparse por su seguridad. ¿Entendido?

Devlin iba a ser su protector. Los dioses sabían cuánto le gustaba esa idea. Fue suficiente para que Mercy rechinara los dientes. Intentó centrarse en la otra mitad de lo que el doctor Horn le estaba diciendo. El detalle más importante.

—¿Las provincias periféricas?

Horn asintió.

—Hemos recibido noticias de un pueblo al norte: Colinas Errantes. Es una comunidad agrícola. Acaba de llegar un informe sobre una enfermedad que su médico local no ha sabido reconocer. Se

requieren nuestros servicios. Tengo entendido que te falta una práctica más para avanzar a becaria.

Mercy asintió.

—Sí, señor. Es correcto.

—Considera esto tu primera oportunidad —señaló Horn—. Quiero que viajes al norte con el señor Devlin. Atiende la enfermedad, evalúa a la población, cumple tus deberes con el alto estándar que esperamos en Puerto Seguro… y firmaré tus papeles. Serás oficialmente una médica becaria en este hospital. Una de las primeras de tu promoción, creo.

Otro asentimiento fue todo lo que pudo ofrecer.

Había estado esperando este momento. No le tomó por sorpresa. No a ella. Había seguido el progreso de todos los graduados de su año, y sabía que había dedicado más horas que nadie. Estaba lista para esto, pero deseaba con desesperación que Devlin no estuviera ahí para presenciarlo.

Por un instante, consideró pedirle a Horn que asignara a otro paladín. Era un conflicto evidente. No sería una solicitud irracional, pero también sabía que sería una moneda al aire. Si el caso era urgente, el doctor podría asignárselo a otro residente, en lugar de coordinar el cambio con la legión. Ella quería avanzar y esta era su oportunidad. Todo el orgullo que sentía se enredaba con su molestia.

Justo en ese momento, Devlin carraspeó.

—Estoy completando mi propia práctica. Parece que nuestros barcos están atados.

A Mercy le dieron arcadas. No podía soltar ninguno de los comentarios sarcásticos que tenía en mente, y menos delante del doctor Horn. No valía la pena arriesgar esta oportunidad. Era mejor tomar el camino difícil.

—Gracias por la oportunidad, doctor Horn. ¿Cuándo debo estar lista?

El médico deslizó un pequeño expediente por el escritorio. Su sonrisa era casi una disculpa.

—Salís esta noche.

2

REN MONROE

Landwin Brood estaba muerto, y, aun así, seguía logrando irritar a Ren con sorprendente regularidad.

Después de mostrar su cadáver a las demás casas —confirmando la ascensión de Theo como cabeza de familia—, se había desatado una oleada de actividad. Documentos por firmar. Ceremonias a las que asistir. Un carísimo funeral que organizar.

Al principio, Ren y Theo se habían centrado en la tarea moral que les esperaba: cómo sería dirigir una casa ancestral, construida sobre la brutalidad, hacia un futuro más luminoso.

Era todo lo que habían discutido tras el funeral: su reinado, y cómo este sería distinto.

Ren jamás imaginó que todo sería tan…

—Tedioso —escupió—. Esa es la única palabra que encaja. Esto es tedioso. —Theo asentía mientras caminaba de un lado a otro sin parar—. Quiero decir, ¿cuál es el sentido de programar una hora específica, si esa no va a ser la hora de la reunión?

Su compañero de vínculo no respondió.

Ren podía sentir cómo intentaba enviarle pensamientos tranquilizadores a través de su unión… y los rechazó con una bofetada mental.

No estaba de humor para ser calmada.

Llevaban esperando frente a la residencia del virrey —la Casa del Faro—, cuarenta y tres minutos. Se encontraban en una enorme galería, que conectaba el famoso edificio gubernamental con la residencia privada del virrey. Los guardias iban y venían, entrando y saliendo del campo de visión. Todos eran paladines de la Legión de

la Espada Brillante. Si caminaba hacia el extremo del porche, podía ver casi toda Kathor, extendida ante ella como un sueño. Habría sido más inspirador si el hombre a cargo de gobernar la ciudad comprendiera el concepto de puntualidad.

—En serio, si fuera tu padre quien estuviera aquí…

Las grandes puertas se abrieron de golpe.

Esperaba ver a otro guardia, pero era el propio virrey. Vestía un sencillo traje color carbón que resaltaba los tonos plateados de su cabello y barba. La única nota de color era una bufanda carmesí, anudada con arte en su cuello. Le ofreció a Ren una inclinación de cabeza puramente formal, antes de que sus ojos se posaran en Theo.

Siempre miraban a Theo.

Como si no importara que hubiera sido ella quien llevó a la antigua Casa Brood a la ruina.

—¿Llego terriblemente tarde?

—Por supuesto que no —dijo Theo, lo bastante alto como para que la respuesta menos caritativa de Ren no se oyera.

Ambos intercambiaron una mirada. Su vinculado le ofreció una leve sonrisa. Esa casi sonrisa la calmó más que cualquier otra cosa.

El virrey les hizo un gesto para que entraran, y Ren supuso que esperar una disculpa apropiada era pedir demasiado.

Martin Gray era uno de los virreyes más queridos en la memoria reciente. Poseía la rara cualidad de pertenecer tanto a las grandes casas como al pueblo.

Los poderosos siempre lo mostraban como ejemplo ante la población: *¿lo ven? Esto es lo que se logra con esfuerzo y magia brillante. Sed como él y podréis lograr cualquier cosa.*

Las grandes casas, por supuesto, omitían el detalle de que era el segundo hijo de un comerciante increíblemente rico, y también evitaban mencionar que el virrey tenía poco poder real.

Era el líder oficial de la Legión de la Espada Brillante —aunque había generales dentro de esas filas que, si se diera el caso, regresarían lealmente a sus casas originales de ser requeridos—. Podía vetar leyes, organizar tribunales y ejercer poderes de emergencia que le daban acceso a los recursos de cualquier casa.

Pero cualquier investigación al respecto demostraba que los virreyes rara vez hacían uso de esas facultades sin la intervención directa de las casas.

En esencia, era el bastón con el que a veces se golpeaban los unos a los otros en los nudillos.

Gray los condujo a una sala de techos altos. Había sillas acolchadas rodeando una mesa de guerra —aunque la única guerra que parecía librar el virrey era contra una pila de documentos sin firmar—. Un fuego crepitaba al fondo. La mayoría de la luz de la sala provenía de una serie de ventanas, con revestimiento de cobre, en el extremo opuesto.

Una vez sentados, los miró como a viejos amigos que llevaban demasiado tiempo sin verse.

—Theo Brood. Del exilio a esto. Has logrado algo que no se veía en más de un siglo. Las demás casas estaban completamente desconcertadas, pero debo decir que te admiro. Ha sido un movimiento impresionante de tu parte. Bravo.

Ren deseó poder poner los ojos en blanco.

Theo había sido increíblemente audaz, por supuesto, pero nunca dejaba de sorprenderle lo rápido que minimizaban su papel en toda la historia. Además, pudo escuchar las palabras escondidas detrás de todo aquel elogio hueco: no encontramos manera de negarte, y por eso, con gran fastidio, bienvenido al club.

Theo, sin embargo, no pareció afectado por ese comienzo.

—Es usted muy amable —dijo—. Agradecemos que haya aceptado esta reunión.

—Por supuesto. —Gray se recostó en su silla—. Consideradme a vuestra disposición.

Theo asintió.

—Tenemos varios asuntos que tratar. Sé que su tiempo es valioso. Dejaré que Ren tome la palabra, y yo intervendré cuando sea necesario.

La atención de Gray se desvió hacia ella. Su sonrisa ahora parecía más forzada.

—Por supuesto. Señorita Monroe, ¿por dónde desea empezar?

Esta colocó una carpeta sobre la mesa entre ellos.

—Primero, está el asunto de las granjas de Betraska —comenzó —. Queremos que se restituya a los arrendatarios originales en sus puestos. Parece que, en la última semana, los shiverianos los reemplazaron por miembros de su propia casa. Usted y yo sabemos que eso sobrepasa los términos del acuerdo original que regula las provincias del sur. He subrayado el lenguaje relevante en este contrato aquí… y aquí.

Tedioso. Esa era la palabra correcta para todo esto. Ren y Theo habían pasado los últimos meses ahogándose en burocracia. No habían visitado refugios locales para repartir comida. No hubo grandes momentos de justicia o restauración. Nada del pasado había sido corregido. En su lugar, habían descubierto que Landwin Brood —con todos sus defectos—, era un hombre condenadamente ocupado.

Sus responsabilidades eran tan amplias que Ren empezaba a pensar que había existido fuera de los límites del tiempo.

Thugar había estado administrando la propiedad de los Broods, pero parecía que Landwin, en secreto, había estado guiando el timón por su hijo descarriado.

La esposa de Landwin —Marquette Brood—, no mostraba ningún interés por las tareas diarias. Había pasado la mayor parte de su tiempo leyendo sobre piezas oscuras de la historia o asistiendo a almuerzos.

En un momento dado, Tessa Brood había sido designada para gestionar algunas de las casas menores de la familia, pero le devolvió esas funciones a su padre después de conseguir un puesto en la ópera.

Ren no podía comprender cómo Landwin había logrado manejarlo todo. Lo pensaba a menudo. ¿Qué secretos habían muerto con el patriarca de la familia? ¿Qué pequeñas piezas de historia había asesinado cuando lanzó aquel hechizo final?

Theo y Ren habían dividido las responsabilidades de su padre justo por la mitad, y, aun así, ambos estaban desbordados.

Ella dormía menos que nunca. A veces trabajaban en la misma habitación, pero apenas habían compartido tiempo juntos más allá de eso.

Esta reunión era una representación perfecta de por qué todo tomaba tanto tiempo: una combinación de contratos arcaicos susceptibles a múltiples interpretaciones y un proceso dolorosamente lento para obtener aclaraciones legales.

Tardaron casi veinte minutos en resolver el tema de la tenencia de una granja copropiedad de los shiverianos y los broods. Otros quince minutos en discutir un impuesto sobre mercancías fluviales que había dejado de beneficiar a su casa y, en cambio, los penalizaba por no «operar con embarcaciones de propiedad privada».

Ren terminó su intervención recordándole al virrey, con éxito, que diez legionarios entrenados de la Espada Brillante debían haber sido asignados a su casa el primer día del mes.

Él accedió a enviar a los soldados sin demora.

Cuando Ren cerró su carpeta, el virrey aplaudió.

—¡Qué eficiente! —exclamó—. Si eso es todo, os acompaño a la salida.

—No del todo —intervino Theo, metiendo la mano entre los pliegues de su chaqueta.

Deslizó una nueva carpeta sobre la mesa entre ellos.

El estómago de Ren dio un pequeño vuelco. Enterró con rapidez la sensación. Mejor no dejar que sus temores fluyeran por el vínculo.

La carpeta que Theo acababa de colocar sobre la mesa era idéntica a la que Landwin Brood le había mostrado a Ren antes de morir. El mismo color. El mismo estilo. Pero, al abrirla, no contenía el único secreto que Ren le había ocultado. Nada de la investigación privada sobre lo ocurrido aquel fatídico día en la sala del portal.

La carpeta de Theo contenía un solo documento.

—Este es el contrato oficial de defensa de la ciudad; necesitamos renovarlo. Debería haberse firmado hace semanas.

Gray se inclinó hacia delante, tamborileando con los dedos sobre la mesa mientras lo leía.

A Ren le pareció una táctica dilatoria. Debía conocer ese documento, lo había firmado una década atrás, aunque en aquella ocasión, sentado frente a Landwin Brood.

—El contrato, según tengo entendido, es una formalidad —añadió Theo—. El acuerdo original fue en perpetuidad. Lo firmamos cada diez años solo por protocolo, pero he sabido que algunos de nuestros trabajadores contratados han sido bloqueados en los edificios cubiertos por este contrato. No hay ninguna razón por la que eso deba aplicarse de esa manera.

Gray asintió, con los ojos aún recorriendo el documento.

—Exactamente, ¿qué estáis pidiendo?

—¿Por qué se está aplicando así?

—¿Puertas cerradas y todo eso?

Theo asintió.

—Bueno, el contrato es perpetuo por nuestra parte —explicó Gray, señalando uno de los primeros párrafos—. Como puedes ver, hay aquí una cláusula que permite a tu familia liberarse del acuerdo vinculante…, si así lo desean. Cuando no vinisteis a firmar el contrato, supuse que no os interesaba continuar con ese rol en la ciudad.

—Vaya suposición —intervino Ren.

Gray se encogió de hombros.

—Habría tenido que asumir algo de cualquier forma.

—Oh, venga ya —soltó Ren.

Theo la interrumpió con un gesto conciliador. Sabía que estaba reaccionando de forma acalorada, pero estaba claro que el virrey se hacía el tonto. La respuesta del joven fue más diplomática.

—No tendría sentido dejar que esos contratos caducaran —dijo—. Perderíamos el acceso a numerosos beneficios para nuestra casa si permitiéramos que esos cargos regresaran al gobierno de Kathor. Sin mencionar que estamos hablando de defensas de toda la ciudad. Está poniendo en riesgo a la población, al dejar esos edificios desocupados.

Gray soltó una risa breve.

—Tú y yo sabemos que ya no hay amenazas reales contra Kathor. No como las que existían cuando se crearon esos documentos. Este contrato se creó para asegurar la ciudad. Ahora existe para llenar los cofres de la Casa Brood. No hace falta que finjáis otra cosa. Estamos solo nosotros. Nadie os va a juzgar por la historia de vuestra familia.

—Sacudió la cabeza—. Créeme, Theo, se ha hablado mucho de este asunto en particular. El rumor era que tú y la señorita Monroe, aquí presente, pretendéis dirigir la casa a vuestra manera. Que no queríais ser los Broods de antaño.

Theo asintió con cierta resignación.

—Eso sigue siendo cierto.

—Pues por eso no insistí con el contrato —explicó Gray—. Pensé que era posible que no quisierais continuar con él. Cada uno de los cargos en ese documento es, técnicamente, un título hereditario. ¿Sabes qué pasaría si decidieras devolverlos a Kathor?

Theo frunció el ceño.

—Las otras casas los reclamarían tarde o temprano.

—Incorrecto —respondió Gray—. Pasarían a ser entidades del gobierno. Por supuesto, las otras casas podrían presionarme para que hiciera nombramientos. Pedirme favores. Pero estarían devolviendo una serie de industrias generadoras de riqueza al beneficio del pueblo. No a una de las grandes casas.

Theo se recostó en su silla y sus ojos buscaron a Ren.

Ella ya había revisado el contrato a fondo, junto con algunos recursos relacionados.

Todo en ese documento funcionaba como ingreso pasivo para la Casa Brood. Representaba dinero que siempre había considerado mejor en sus manos competentes, que en los bolsillos de las otras casas. Más financiación para sus futuros esfuerzos… Aunque le disgustaba admitir que, si los resultados actuales eran indicio de algo, la mayoría de lo que harían en el futuro solo beneficiaría a la Casa Brood.

Hasta el momento, el tiempo para el altruismo activo había sido escaso.

—Puedo firmar esto —dijo Gray—. Aquí mismo, ahora. O… podéis iros a casa y pensar qué deseáis hacer. Todos vuestros trabajadores están cubiertos, por contrato, durante dos semanas más. Recibiréis su paga como si estuvieran cumpliendo con sus tareas normales. Si decidís que todo esto debe quedarse en manos de la Casa Brood, firmaré el contrato. Pero si prefería que estas entidades regresen al pueblo…

Se encogió de hombros como si no le importara en absoluto. Como si no estuviera interpretando una melodía que sabía que a Theo y a Ren les gustaba.

Aunque al principio había tratado a la joven como un añadido, ahora, curiosamente, fijaba toda su atención en ella. Casi como si supiera que era ella quien podía poner en marcha algo verdaderamente revolucionario entre los dos.

—Quiero verlo por escrito —indicó Ren—. Las condiciones sobre cómo funcionaría realmente cada propiedad, quién se beneficiaría… Todo eso.

El virrey asintió.

—Haré que mi equipo prepare un borrador. Obviamente, no puedo garantizar nada, pero no hay mucho misterio sobre lo que sucedería. Es tal como he dicho.

Theo parecía inquieto, pero, en lugar de expresar su preocupación, guardó la carpeta en su abrigo y asintió.

—Cítenos para una reunión en el calendario, exactamente dentro de una semana. Y sería agradable que llegara puntual la próxima vez.

Eso le valió una mirada sorprendida del virrey, pero Theo ya se estaba levantando.

Ren lo imitó.

Aprendía mucho observándolo en estos espacios; la diferencia entre la rebeldía común y la autoridad refinada. Cómo se veía el poder si simplemente se cambiaba el ángulo, si se colocaba justo bajo la luz adecuada.

La habilidad política de Theo siempre le había parecido natural, como algo con lo que había nacido. Pero era una habilidad, y las habilidades se podían enseñar.

Había una lección flotando en este momento. Era esta: sin importar lo que el virrey fingiera, Ren y Theo eran quienes realmente tenían el poder en esta sala.

La Casa Brood seguía siendo muy rica.

Había perdido fuerza tras el ataque del año pasado, pero aún era una influencia enorme que exigía atención.

Ya en la galería, Ren abrió la boca para hablar.

Theo la hizo callar con un rápido gesto.

«Claro», pensó ella. «Ojos y oídos». Otra lección que él le había enseñado. En propiedad ajena, siempre existía la posibilidad de ser escuchados. Personas contratadas específicamente por sus dones mágicos para espiar conversaciones.

Por encima de ellos, Ren notó movimiento. Un mono de piedra viva trepaba por el tejado más cercano. Definitivamente, a distancia audible.

Al volver la vista atrás, vio que el virrey aún los observaba desde la ventana, entre mirada y mirada a los papeles sobre su escritorio. Mejor esperar.

Cuando cruzaron los límites de la propiedad, Theo asintió hacia ella.

—¿Qué piensas?

—Siento que está prometiendo demasiado.

—Es posible. No recuerdo ejemplos históricos de casas mayores perdiendo el control de un activo… y que ese activo fuera devuelto a la plebe.

—Dioses… —dijo Ren—. Estoy bastante segura de que ese término ya está pasado de moda, Theo.

Él hizo una mueca.

—Lo siento. Era una palabra de mi padre. Mi abuelo solía llamarlos campesinos.

Qué herencia más sombría. Eso también lo aprendía. El pasado de Theo tenía una forma natural de brotar hacia el presente. No sus propios pecados, sino los de los hombres que caminaron por este mundo antes que él. Sus crueldades no habían muerto con ellos. Cada vez que trataban de deshacer los nudos del pasado, se encontraban desatando alguna parte vital del presente de la Casa Brood.

Este asunto no era la excepción.

—¿Está mal que quiera decir que no? —preguntó Ren—. La idea de perder todos esos recursos…

—Nos debilitaría —coincidió Theo—. Mucho. Y eso obviamente limitaría lo que podemos hacer contra las otras casas. Ya están en nuestra contra, aunque sea de forma sutil. Todos estos problemas

aleatorios están apareciendo, y siento que es intencionado. Están probando los límites. Teniendo este contrato a la luz, bloqueando aquel tratado… Nos están robando tiempo. Sabes, esa era en realidad una de las estrategias favoritas de mi padre. Obliga a tu enemigo a reaccionar. Siempre decía: si haces que un hombre retroceda, nunca podrá golpearte con toda su fuerza.

—Qué encantadora lección para enseñarle a un niño.

Theo soltó una breve carcajada.

—Ahora que lo dices, creo que tenía seis años. En fin. No estoy seguro de cuál es la respuesta correcta. El objetivo de todo lo que hacemos es devolver el poder a las manos correctas. Queremos reducir la influencia de las grandes casas. Crear una base más equitativa para todos. ¿Pero qué dice eso de nosotros, si cuando por fin tenemos la oportunidad de hacerlo…, decidimos conservar el poder?

Sacudió la cabeza. Estaba claro que esa pregunta le inquietaba.

Ren se dio cuenta de que le preocupaba más a él que a ella. Ella se había inclinado tan rápidamente hacia mantener la riqueza en sus propias manos… Le revolvía el estómago darse cuenta de lo poco que había cuestionado ese impulso.

—¿Estamos solo fingiendo ser diferentes? —preguntó Theo, dando voz a las mismas preocupaciones que Ren—. ¿Fingiendo que somos benevolentes, cuando en realidad somos como ellos? ¿O conservar ese poder es una necesidad para alcanzar el éxito a largo plazo? Me preocupa que, si dejamos que se nos escape demasiado, seamos demasiado débiles para marcar una diferencia.

Ren no comentó nada.

No le hacía sentir bien, pero sabía cuál sería su decisión: conservar el poder. No confiaba en el virrey para que cumpliera su palabra. ¿Qué persona, con tanto poder y posición, había tomado alguna vez la decisión correcta? ¿De veras toda esa influencia volvería al pueblo de Kathor? Lo dudaba.

Aun así, la decisión pesaba mucho sobre sus hombros.

Tuvo la impresión de estar ante una encrucijada sin señalizar para los dos.

—No tenemos que decidir todavía —señaló Ren—. Tienes algunos días.

—Cierto —respondió Theo—. Vamos. Tenemos una cita más.

Sus palabras demostraron cuán agotada estaba Ren; ni siquiera recordaba cuál era esa última cita.

Obediente, siguió a Theo por el Distrito de Puerto Seguro. Pasaron junto a la biblioteca con sus hermosos vitrales. Rodearon el pequeño mercado, y la condujo por un tramo de escaleras hasta lo que parecía un callejón trasero.

Ren se sorprendió cuando la guio hacia una puerta sin marcar.

—Aquí es —anunció este.

El interior era deliciosamente anodino. Había otra puerta que conducía aún más adentro, pero ningún otro detalle.

—¿Aquí es donde has traído a todas tus novias a lo largo de los años?

Él resopló.

—No tenía novias. Y, en realidad, no tenemos ninguna cita. He organizado esto solo para ti. —Se giró con una sonrisa y una expresión dolorosamente sincera—. Sé que hemos estado muy ocupados. Nada de esto es como imaginábamos que sería. Has cargado con tanto sobre tus hombros y sin una sola queja. Solo… quería que supieras que soy consciente de ello. No podría hacer nada de esto sin ti.

Ren le devolvió la sonrisa. No le señaló que el padre de Theo seguiría vivo —y que, por tanto, él no tendría que hacer nada de esto—, si no fuera por ella. En lugar de eso, observó cómo Theo empujaba la puerta interior. Una ráfaga de aire fresco los azotó. Un pasillo estrecho descendía hacia el subsuelo.

—Te he reservado una sala de archivo.

Ese pasaje hacia la oscuridad la esperaba.

Ren sabía que, si daba un paso adelante, los filamentos de magia aparecerían en el aire. Una sesión de práctica. Theo había organizado una sesión de práctica para ella.

—Solo si quieres, cla…

Lo interrumpió antes de que pudiera retroceder con nerviosismo y lo abrazó.

Ren no era de abrazar. Como norma, lo evitaba. Pero esta era una excepción justificada. Theo había sido tan constante. Todo este tiempo. ¿Y ahora le ofrecía un momento de pura consideración?

—Cuidado, Theo Brood. Podría enamorarme de ti.

El rubor más violento que jamás había visto tiñó las mejillas del joven. Tan intenso, que Ren se sintió avergonzada también.

La única forma de silenciar el repentino tamborileo de su corazón fue lanzarse hacia esa oscuridad que la aguardaba. Sintió cómo la magia se agitaba en el aire a su alrededor. Cómo los filamentos susurraban al cobrar vida.

Theo no la llamó. No hizo ninguna declaración de amor embarazosa.

En su lugar, cerró la puerta y la dejó en paz.

«¿Un hombre que sabe cuándo dejarme sola con mi magia? Sí, por favor».

3

MERCY WHITAKER

Su bolsa de viaje contenía solo unos cuantos cambios de ropa y un arsenal selecto de herramientas médicas a las que había ido añadiendo encantamientos, de forma discreta, a lo largo de los años. También metió a toda prisa un ejemplar de *Las Plagas Comunes*, de Strolle, para consultas rápidas.

Mercy esperaba llegar al salón de traslación del hospital antes que Devlin, pero, por desgracia, lo encontró sentado bajo la luz brillante de unas velas que llevaban encendidas desde hacía horas.

Parecía la estatua más engreída del mundo. Tenía los ojos cerrados en señal de concentración, pero vio cómo se le curvaban ligeramente los labios al oír sus pasos acercándose.

Quiso estirar el brazo y darle un buen golpe en la frente. Decirle, que desapareciera de la sala, como había desaparecido de su vida cinco años atrás.

En lugar de eso, Mercy tomó asiento frente a él. Se quedó mirando la vela más cercana, observando cómo la llama se balanceaba de un lado a otro. Luego, dirigió su atención al cuadro provisto. Era un granero. Las estructuras estaban todas oxidadas. Una valla rota flanqueaba su lado izquierdo. Su zona de aterrizaje designada era un campo cubierto de vegetación con flores pequeñas y medio descoloridas.

Mercy memorizó los detalles antes de volver a fijar los ojos en la llama.

Ahora venía la meditación.

La vela necesitaba consumirse un poco más, para cubrir la distancia de teletransportación prevista.

Mercy intentó pensar en cualquier cosa que no fuera la persona sentada frente a ella: Devlin Albright.

Habían salido juntos durante tres años. El tiempo suficiente para que ambos conocieran a sus respectivas familias. El tiempo suficiente para cometer errores y decir cosas de las que no podían retractarse.

Devlin le había dicho que quería casarse con ella. Había pronunciado esas palabras, susurrándolas en momentos de intimidad, incontables veces.

Todo eso, antes de romper con ella durante su primer año en Balmerick.

La imagen de su destino se desvaneció.

Suspirando, abrió los ojos y volvió a estudiar el cuadro. Las espigas de hierba tan delgadas como el trigo. La valla de estacas…

—Lamento que haya salido así, no sabía que me asignarían contigo.

Devlin tenía los ojos abiertos. Ella lo miró, más allá de las velas, y una parte de sí deseó poder someterse a su propio procedimiento de desvinculación. Tal vez el doctor Horn podría cortar el lazo que aún la conectaba con esa criatura.

—Mercy, no es…

El enfado prendió en el pecho como fuego.

—*Doctora Whitaker*. Me llamarás doctora Whitaker. Soy tu asociada no voluntaria en esta misión. Para ti, aquí no hay nadie que se llame Mercy.

—Está bien. Doctora Whitaker. Solo estoy aquí para hacer mi trabajo. Nada más.

Por supuesto. Devlin Albright. El deber por encima de todo.

Mercy se dio cuenta de que estaba demasiado molesta para seguir hablando con él. Volvió a centrar la imagen en su mente, y luego apagó la llama entre dos dedos. Su hechizo de viaje se activó. Se lanzó a través del espacio y del tiempo. Lejos, aunque fuera por un momento, de Devlin Albright. Su pecho palpitaba con incomodidad. Como siempre, sintió una punzada aguda en sus dos dedos muertos. Como si una mano invisible se aferrara a ellos y los apretara con fuerza. También notaba un dolor sordo en la parte baja

del abdomen, donde le habían hecho una cirugía durante su tiempo en Balmerick. Dolores fantasmas que, por alguna razón, se intensificaban al viajar por los senderos mágicos.

Y entonces, volvió a la realidad.

Sus pies tocaron el mismo campo que había visualizado.

Tardó un momento en orientarse.

La granja tenía un único camino que se alejaba de ella. A lo lejos brillaban las luces de un pequeño pueblo. Tenía que ser Colinas Errantes.

Mercy echó a andar. Escuchó el sonido vago de alguien más teletransportándose tras ella. Un jadeo agudo, algunas maldiciones murmuradas, y luego Devlin corría para alcanzarla.

—*Doctora Whitaker* —la llamó. Luego con más insistencia—: Doctora Whitaker, ¿en serio? No puedes romper el protocolo. Sabes que yo debo viajar primero. ¿Y si hubiera una trampa? ¿Y si algo saliera mal con el destino? El paladín de escolta siempre va primero.

Mercy se palmeó el cuerpo con teatralidad.

—Tengo todas mis partes aún pegadas. El punto de llegada parece funcionar perfectamente. Si estás experimentando efectos negativos, siéntete libre de regresar a Kathor. No me molestaría si la Espada Brillante quisiera enviar un reemplazo.

Él soltó un ruido, frustrado, que le dio a Mercy una satisfacción inmediata. También disfrutó acelerando el paso —obligándolo a igualar su ritmo, por una vez. Los dioses sabían que eso jamás pasó en su antigua relación.

A lo lejos, Colinas Errantes parecía ser la antítesis de Kathor en todos los sentidos.

En la ciudad, todo estaba construido alto y apretado. El objetivo era meter a la mayor cantidad de gente posible en un espacio limitado.

Allí, en cambio, los edificios estaban esparcidos. Como si alguien los hubiera echado a rodar por las colinas como dados y se hubieran dispersado al azar. Lo que ella había asumido que era el centro del pueblo, resultó ser un círculo de apenas cinco edificios sobrios. Un hombre estaba sentado en los escalones de uno de ellos. Todo lo demás estaba en silencio. Ni un alma a la vista.

Mercy dudó un instante antes de mirar a Devlin.

—¿Recuerdas la descripción de nuestro contacto?

—Cuarenta y tantos —respondió Devlin—. Piel morena clara. Cabeza rapada. Tiene que ser él.

Al acercarse, captaron su atención.

El hombre bajó torpemente los escalones para recibirlos. Llevaba puesta una mascarilla que cubría boca y nariz. Un recordatorio silencioso de por qué los habían llamado: había una enfermedad corriendo por ese pueblo.

—¡Habéis venido! —exclamó el hombre—. ¡No pensé que fuera a venir nadie! Vaya, esto es tan emocionante. Quiero decir…, la situación es bastante sombría, pero ¡tener a un par de doctores formados en Kathor aquí en Colinas Errantes! ¡Todo es tan inesperado! Soy Nance Forester. —Extendió la mano.

Devlin estaba por corresponder el gesto, pero Mercy lo detuvo con firmeza.

—Disculpe —dijo ella—. Pero las infecciones se propagan de muchas maneras. Su mascarilla es una excelente precaución. Evitar el contacto físico también lo es. Soy la doctora Mercy Whitaker. Este es mi paladín asignado, Devlin Albright. ¿Podría darnos más información sobre lo que está ocurriendo? De lo único que nos han informado es de que su sanitaria se topó con una enfermedad que no supo reconocer.

Nance retiró la mano con rapidez.

—Claro, por supuesto. Mis disculpas. Caminemos mientras hablamos. Dos wyverns de un solo golpe, como dicen. —Se giró para guiarlos por el centro del pueblo.

El camino se bifurcaba, extendiéndose en cuatro direcciones distintas.

Nance los condujo hacia el este.

Por protocolo, Mercy mantuvo una distancia prudente entre ellos.

Devlin los seguía a ambos como un espíritu indeseado.

Todo estaba en silencio. No recordaba la última vez que había salido de Kathor, pero había subestimado drásticamente el ruido constante de una ciudad. Allí fuera, solo se oía la brisa y el crujido de sus pasos sobre la tierra compacta.

—El primero en enfermar fue un chico —les contó Nance—. Se llama Wells. Es uno de los jornaleros de la granja de Mariner. Buen chico. Se acostó sano como una manzana recién cosechada. A la mañana siguiente, se despierta y, bueno, ya veréis a qué me refiero; parecía como si los otros chicos lo hubieran molido a golpes mientras dormía. Todos juraron y perjuraron que no lo habían tocado. Cuando empezó a quejarse de que «le ardían las entrañas», decidieron avisar a la sanitaria local. Así que ella, por supuesto, fue a verlo. No es doctora titulada, aclaro, pero sabe lo que hace. Hizo triaje durante la Guerra de los Vecinos, y ni hablar de que ha atendido todos los partos en Colinas Errantes, durante las últimas dos décadas. Bueno, pues, lo evaluó y lo trató. Y al día siguiente…, estaba peor. Ella también enfermó, con los mismos síntomas exactos. Todos esperaban que pasara, pero luego, el resto de los jornaleros de la granja de Mariner contrajeron la enfermedad. Hicimos el reporte oficial a Puerto Seguro, cuando se propagó a otra granja.

Mercy frunció el ceño.

—¿Hubo contacto directo entre las dos granjas?

—Esa es una buena pregunta para los trabajadores —respondió Nance—. No tuve tiempo de hacer más entrevistas. Soy el presidente del sindicato agrícola de todo este distrito. Lo que significa que no he dormido ni un segundo entre vigilar la enfermedad y tratar de conseguir más trabajadores para que vengan. Estamos justo en plena temporada de cosecha. Ninguna de nuestras granjas puede permitirse estar con personal reducido ahora mismo.

—¿Va a traer más gente aquí? ¿De otros pueblos? —preguntó Mercy.

Eso no era precisamente lo ideal cuando una enfermedad desconocida se propagaba.

Nance se encogió de hombros.

—¿Qué otra opción tenemos? El trabajo de este mes representa alrededor del 80 % de las ganancias anuales del pueblo.

Mercy sabía que, de ser necesario, tenía la autoridad para ordenar un confinamiento. Los médicos de Puerto Seguro podían

ejercer como autoridades gubernamentales temporales. No estaba del todo segura de cómo podría hacer cumplir una orden así —más allá de usar a Devlin para intimidar—, pero su manual de campo dejaba claro que podía hacer lo necesario para preservar la salud y el bienestar de la población general.

—Entonces, dos granjas están involucradas. Su sanitaria está enferma. ¿Cuántos pacientes en total?

—En realidad, ya son cuatro granjas —corrigió Nance—. El último conteo fue de veintitrés, pero no he podido volver a comprobarlo desde esta tarde. Podría ser más.

Mercy se sorprendió tanto que miró a Devlin.

Él también parecía impactado.

Le disgustaba que él fuera su único confidente en este lugar, pero la realidad era que esas cifras eran alarmantes. Un nivel de propagación así era considerablemente alto comparado con la mayoría de las enfermedades que había estudiado.

—¿Algún evento social reciente? ¿Bailes o festivales?

Nance negó.

—No, en realidad no. Es un pueblo pequeño. No hay mucha gente con quien socializar. Supongo que la taberna suele estar concurrida, con gente entrando y saliendo, pero ningún acto que haya reunido a todo el pueblo al mismo tiempo.

Mercy estaba sumida en sus pensamientos cuando finalmente apareció la granja. El edificio principal era sorprendentemente grande. Se extendía en el centro de un pequeño valle, rodeado por interminables hileras de un cultivo que no logró distinguir en la oscuridad.

Nance no los condujo hacia la casa principal.

En cambio, los guio a una serie de cabañas más pequeñas. Viviendas para los jornaleros, supuso Mercy. Le hizo una seña a su anfitrión antes de que llamara a ninguna puerta.

—¿Podría darnos un momento? Quiero discutir con mi compañero el protocolo mágico adecuado, solo para asegurarnos de que estamos de acuerdo sobre cómo proceder.

Nance asintió.

—Sí, claro.

Se quedó parado un momento, hasta que comprendió que Mercy deseaba una conversación privada.

Hubo movimiento al otro extremo de las cabañas. Un hombre apareció cargando dos enormes cubos de agua. Era corpulento y alto como una torre. Sus ojos se fijaron en Mercy de una forma incómoda, hasta que Nance trotó hacia él.

Intercambiaron unas palabras que ella no alcanzó a oír, y su anfitrión lo ayudó con los cubos.

Cuando estuvieron fuera de alcance auditivo, Devlin asintió hacia ella.

—¿Querías hablar sobre hechizos?

—Por supuesto que no —respondió Mercy—. Estoy a punto de convertirme en becaria en Puerto Seguro. Sé qué hechizos usar. Solo quería conocer tu impresión sobre la situación.

Principalmente, porque no tenía a nadie más a quien preguntar. Sin embargo, Devlin pareció complacido de ser incluido en la discusión.

—Veintitrés parece un número muy alto en tan poco tiempo.

—Lo es —concordó—. Pero lo que más me preocupa es que se haya extendido a tantos lugares distintos. Una cosa es que una docena de hombres que comparten camas enfermen todos. Eso es bastante común. Pero los saltos de una granja a otra sugieren un contagio de propagación rápida. Lo cual es malo…, pero solo si la enfermedad es mala.

Devlin frunció el ceño.

—Ahí me he perdido.

—La naturaleza de la enfermedad —indicó Mercy, pensando en voz alta—. Si se trata de un resfriado fuerte, no pasa nada. Eso ocurre todos los inviernos. Pero si se trata de una enfermedad realmente letal, que puede propagarse tan rápido, entonces estamos ante algo mucho más peligroso. Usemos mascarillas. Encantamientos de sellado de triple capa en todo el cuerpo. Renovaremos los hechizos cada quince minutos.

Lo miró esperando una reacción, y se dio cuenta de que aguardaba que Devlin aportara su opinión.

Era memoria muscular de cuando estaban juntos. En aquel entonces, siempre se sentía insegura; le faltaba confianza. Solía mirar a Devlin esperando que él tuviera la última palabra en todo lo que discutían. Sus opiniones se colaban en su mente y reemplazaban las suyas propias.

Pero ahora, estaban justo en el centro de su campo de especialidad. No requería de su aprobación. Solo necesitaba decirlo en voz alta para ordenar sus ideas.

—Vamos a comenzar.

Le ofreció una de sus propias mascarillas quirúrgicas antes de empezar a lanzar todos los hechizos de protección que consideró útiles.

Nance y el otro hombre seguían con los cubos de agua, y Mercy no pudo evitar notar cómo los ojos del hombre volvían a ella, una y otra vez. Su atención le reptaba incómodamente por la piel.

—No deja de mirarme —susurró Mercy.

Devlin respondió en voz baja.

—Sospecho que eres una de las pocas mujeres que han visitado esta granja en mucho tiempo. Y sospecho que también eres una de las más atractivas que ha pisado Colinas Errantes.

—Eso no lo hace menos inquietante.

Lista para comenzar con el trabajo, hizo una seña a Nance.

Su anfitrión dejó el último cubo y volvió corriendo hacia ellos.

—¿Todo claro? —preguntó.

—¿Qué pasa con los cubos?

—Todos tienen sed. Una sed casi inapagable. Holt ha estado repartiendo agua toda la tarde. Es un jornalero del pueblo —explicó Nance—. Hace trabajos sueltos para mí, de vez en cuando. Principalmente, mantenimiento, pero ahora mismo no queda nadie más para ayudar con esto. Todos los trabajadores están enfermos.

Otro síntoma inquietante. Casi tanto como la forma en que Holt no dejaba de mirarla entre entrega y entrega.

Cuando el silencio se prolongó, Devlin carraspeó.

—Me aseguraré de que sea seguro entrar.

Antes de que Mercy pudiera asentir, hubo un destello brillante —como un sol en miniatura—. De esa luz emergió un sabueso. No

supo si era completamente corpóreo o hecho de luz, pero la criatura ladeó brevemente la cabeza hacia Devlin.

Una orden no pronunciada pasó entre ellos.

El sabueso avanzó, y atravesó la puerta cerrada como si nada.

Nance aplaudió encantado ante la invocación.

Mercy miró a Devlin.

—Eso es nuevo.

—Mi escudo divino —le aclaró, visiblemente orgulloso—. Es solo una de las formas que puede tomar.

Se contuvo de decir que el perro le parecía adorable.

Desde el interior, escucharon un breve grito —claramente humano —. Supuso que despertarse con un sabueso de luz dorada debía de ser impactante.

Esperaba que el joven no pensara que estaba alucinando.

Pasaron unos segundos más y el sabueso regresó.

Mercy pensó que era muy útil tener una criatura capaz de atravesar paredes a voluntad.

—Todo despejado —anunció Devlin—. Dentro solo está el chico.

Con un solo toque, el sabueso se desvaneció como una bocanada de niebla dorada. La sustancia se absorbió de nuevo en su piel, como si fuera luz solar. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Devlin.

Mercy vio tensarse los músculos de su cuello. Su pecho subía y bajaba.

«No, no, no…», pensó. «No mires eso. No lo notes. Hoy no. Nunca más».

—Vamos a empezar —dijo Mercy, perturbada por la distracción.

Nance golpeó la puerta.

—Vamos a entrar, Wells. Asegúrate de estar presentable.

Su anfitrión empujó la puerta y entró.

Era un espacio bastante amplio. Mucho mejor de lo que había imaginado. Tres literas con seis camas en total. Una vela ardía en el centro de la habitación, y Mercy sospechaba que tenía algún cantrip que la potenciaba, porque su luz se colaba por cada rincón. Más que suficiente para leer un libro o escribir un diario.

Los ojos de la doctora se dirigieron a la única litera ocupada. Un chico estaba sentado allí, sin camiseta, pero con el resto del cuerpo

cubierto.

Ese primer vistazo le arrancó un jadeo de asombro.

Todo su cuerpo —de la cabeza a la cadera—, estaba cubierto de moretones. Los colores se estaban desvaneciendo, pero eso no evitaba que las constelaciones de dolor fueran menos terribles. Jamás había visto tantos hematomas en un solo cuerpo —y eso que una vez trató a un jinete de wyvern que había caído de su montura y rodado entre las ramas de un bosque desde cientos de metros de altura—. Esto era peor. Como si al paciente le hubieran lanzado miles de conjuros aturdidores.

Mercy controló su expresión con cuidado, mientras Nance hacía las presentaciones.

—Wells. Ha venido una doctora desde Kathor. Le gustaría hablar contigo.

Devlin tomó posición en la esquina de la habitación. Mercy sabía que la mascarilla probablemente la hacía parecer más intimidante. Hizo lo posible por sonreír con los ojos.

—Hola, Wells. Soy la doctora Whitaker.

Él le sonrió, y esa sonrisa casi le rompió el corazón. Era una sonrisa encantadora, juvenil. Un recordatorio de que no debía tener más de quince años. De alguna forma, los moretones lo habían hecho parecer más mayor. Como si un dolor así solo pudiera golpear la puerta de alguien lo bastante adulto como para soportarlo.

Mercy sacó de su bolsillo un cuaderno y una pluma.

—Voy a tomar algunas notas mientras hablamos. ¿Te importaría contarme tus síntomas? ¿Cómo te sientes?

La sonrisa se desvaneció un poco.

—Mejor. Un poco mejor. Al principio dolía muchísimo. Lo primero fueron los moretones. Todavía me duele, pero cuando empezó… era mucho peor. Como si me estuviera quemando por dentro.

—¿No sientes dolor en la parte exterior del cuerpo?

El chico negó.

—Entonces, ¿nadie te ha pegado? ¿No ha habido peleas físicas?

—No. Nada de eso. Me llevo bien con todos.

—¿Ni siquiera con magia? ¿Nadie te ha lanzado un hechizo?

De nuevo, negó.

—No que yo recuerde. Además, ninguno de los chicos aquí sabe mucha magia. Solo algunos hechizos para facilitarnos el trabajo, encantamientos para revertir peso o conjuros de sombra solar, tal vez. Uno aprende los hechizos que sirven para sobrevivir a la semana de la cosecha, ¿sabe? ¿De verdad hay hechizos que puedan hacer esto? —Se señaló los moretones que cubrían su cuerpo—. ¿Los hay?

Parecía asustado.

Mercy negó con rapidez.

—No, tienes razón. Nunca he visto un hechizo que haga esto. ¿Qué más? Además de los moretones.

Odiaba tener que hacer esa pregunta. ¿No eran suficientes los moretones? Parecía increíblemente doloroso tener tanto daño contenido en un solo cuerpo.

El chico se rascó la clavícula antes de responder:

—Tengo sed. Siento la lengua muy seca, y estoy agotado. Más que cansado. Es como si estuviera… vacío por dentro.

—Eso es común cuando uno está enfermo —le dijo Mercy—. Sentirse fuera de sí.

Él asintió.

—Y a veces…, me despierto y no sé dónde estoy. ¿Sabe? Como si estuviera en una niebla. Es como… Como si pensara que estoy de nuevo en casa de mi madre. Aunque ya llevo aquí un par de años. Más tiempo que muchos de los otros chicos. También olvido algunos de sus nombres. Incluso esta mañana, he intentado hacer un hechizo para recalentar el té… y no he podido recordar los pasos. No sé. Es como si mi cabeza estuviera al revés.

Mercy anotó todo lo que decía. Era un conjunto de síntomas extraño. No es lo que normalmente se ve en una enfermedad contagiosa.

—¿Fiebre?

—Tal vez el primer día —se encogió de hombros Wells—. Pero, como he dicho, era más como… como si me quemara por dentro. No solo calor. Era dolor. He tenido fiebre antes. He estado enfermo de todo tipo. Trabajando en granjas como esta, uno agarra de todo, pero no se parece en nada a esto.

Ella asintió.

—¿Presión en el pecho? ¿Alguna molestia al respirar?

—No que haya notado.

—Bien. Me gustaría escuchar tu corazón y tus pulmones. ¿Te parece?

Le mostró el estetoscopio, del mismo modo en que lo haría con un niño pequeño, para que lo viera bien a la luz y supiera que no era nada que pudiera hacerle daño.

Wells asintió.

Cuando le hizo un gesto para que se acercara, obedeció, balanceando las piernas por el costado de la litera. Llevaba mallas que le llegaban a media pantorrilla.

También notó pequeños moretones en la piel de esa zona.

Se sentó derecho, temblando levemente, cuando ella colocó la herramienta contra su frágil pecho.

Mercy siguió el protocolo estándar. Escuchó su corazón, sus pulmones, sus intestinos. Buscaba cualquier soplo o anomalía. El latido era casi normal. Muy cercano al *tum, tum, tum* sano de un paciente estable.

Si no hubiera sido tan bien entrenada, no habría notado la diferencia.

Pero estaba ahí.

Justo ahí.

Un eco.

El sonido no se parecía a nada que hubiera escuchado.

Durante su formación, los estudiantes recibían una serie de estetoscopios encantados. Según los médicos supervisores, todas las anormalidades conocidas podían estudiarse escuchando los sonidos de esa sala. Ella se había entrenado con todos, aprendiendo cada ritmo, comprendiendo qué era una anomalía y qué no.

Esto era otra cosa.

Una ausencia. Como si faltara algo.

—¿Todo suena bien? —preguntó Wells. Su voz era muy sincera.

—Sí —respondió ella automáticamente—. Suena normal.

No tenía sentido exhalar la incertidumbre en ese momento. Solo lo asustaría más.

Mercy sonrió con suavidad, ganándose otra de esas sonrisas juveniles a cambio, y luego se puso de pie.

Sus ojos se volvieron hacia Nance, que había estado observando atentamente la conversación.

—Necesito ver a los demás. Y también debo visitar las otras granjas. Esta noche.

4

NEVELYN TIN'VORI

Nevelyn Tin'Vori se sentía más en casa dentro de una biblioteca.

Cuando era niña, solía colarse en el estudio de su padre. Su colección había sido extensa. Se subía a los gabinetes bajos y caminaba de un extremo al otro, rozando los lomos de los libros con la punta de los dedos. Le habían devuelto públicamente su hogar de la infancia…, pero todos los libros habían sido robados. Las estanterías estaban vacías. Los saqueadores habían ido y venido durante años, dejando la casa completamente limpia. Hasta el hueso.

Al no tener otra opción, caminaba cada mañana hasta la biblioteca más cercana. Estaba en dirección opuesta al teatro, lejos de cualquier rastro de Garth. En su lugar, visitaba el Distrito de Puerto Seguro.

El acceso a la biblioteca era restringido, pero Theo Brood había solicitado permiso en su nombre. Un gesto amable, aunque rozaba la negligencia.

Después de todo, Nevelyn pasaba muchas horas en esa biblioteca investigando a los Broods. Leía contratos comerciales arcaicos. Entrecerraba los ojos frente a las actas de antiguas legislaturas, con la esperanza de ver cómo habían votado en distintos temas. Compras de terrenos, acuerdos de arrendamiento, órdenes de ejecución…

No era muy distinto al trabajo que habían hecho en Ravinia.

El armario de su apartamento había estado empapelado de arriba abajo. Incluso un susurro del nombre Brood habría acabado en esa

pared. Estaban tan hambrientos de noticias que cualquier migaja les sabía bien.

Ahora tenía el problema opuesto. Una abundancia. El banquete que tenía ahora ante ella era tan grande que, si comenzaba a comer desde el lugar equivocado, tal vez nunca llegaría a la mejor parte. Esa era su tarea actual: descubrir qué libros o ensayos contenían información de verdadero valor. Su trabajo era cada vez más difícil porque la vida de los Broods era extremadamente pública. La sociedad conocía muchos de sus pecados. No solo rumores de callejón. Atrocidades documentadas. La mayoría ignoradas, ya que durante generaciones el nombre Brood había sido sinónimo de la supervivencia de la ciudad.

Nevelyn no buscaba esqueletos en el armario. No, ella buscaba fallas en la máquina que los Broods habían construido. Sin duda debían existir. Ninguna familia podía alcanzar tanto poder —abarcar un imperio tan vasto—, sin crear debilidades, sin querer. Deseaba anidar en esas grietas. Escarbar. Quizás ayudar a que se ensancharan un poco más.

Semana tras semana, regresaba a la misma biblioteca. Investigaba hasta que apenas podía mantener los ojos abiertos.

Le tomó un mes encontrar la primera curiosidad digna de atención.

Estaba en su mesa favorita. Documentos esparcidos a lo largo de ella. El título del libro que tenía su atención era *En defensa de una ciudad*. La introducción estaba escrita como una historia. Seguía un punto de vista específico, que Nevelyn terminó reconociendo como el del abuelo de Theo Brood. El relato era cautivador, pero pronto vio que era solo un prólogo. Una introducción que la invitaba a leer otro tedioso contrato municipal.

Estuvo a punto de dejar el libro a un lado, cuando vio las últimas páginas.

Cada diez años, dos partes firmaban ese documento. Uno siempre era un miembro de la Casa Brood. Reconoció al abuelo de Theo, luego a su padre. Y así durante décadas. El otro firmante era una lista rotativa de virreyes de Kathor.

Lo que realmente llamó la atención de Nevelyn fue la última entrada.

Estaba incompleta.

La palabra «VENCIDO» había sido garabateada sobre toda esa sección, con otra letra.

—¿Qué demonios…?

Según el registro, la renovación debía haberse hecho hacía dos semanas. El contrato había caducado. A pesar de que los Broods lo habían firmado docenas de veces a lo largo de más de un siglo —siempre en la misma fecha—, ¿esta vez había quedado sin firmar?

Ese descubrimiento despertó en ella una pregunta crucial: «¿Para qué sirve exactamente esto?».

Nevelyn volvió a escanear el contenido del contrato. Palabras como *civil*, *dominio* y *soberano* amenazaban con arrastrar sus pensamientos al lodo.

Tuvo que leer el documento completo tres veces.

Le tomó ese tiempo entender lo que tenía frente a ella.

Era el contrato de defensa principal de la ciudad. El documento que comprometía a Kathor, de buena fe, en su relación continua con la familia Brood. Más específicamente, era el contrato que les daba a los Broods permiso para ocupar, controlar y beneficiarse de varias instalaciones de propiedad pública.

Nevelyn ya había encontrado evidencia de esta estrategia durante su investigación.

Para las otras grandes casas —los Shiverians, los Proctors, los Winters y los Graylantians—, la riqueza privada era el centro de sus intereses.

Los Broods no eran así.

Habían estado demasiado ocupados protegiendo la ciudad, como para acumular montañas de oro. Eran guerreros y guardianes, no constructores ni médicos. Pero habían sabido negociar promesas con las casas más ricas a las que protegían. Una parte de las ganancias estaban aquí. Acceso libre a tal canal o a tal teatro. Todo a perpetuidad.

Lo cual hacía de este documento algo único.

—¿Por qué no has firmado el contrato de nuevo?

La pregunta iba dirigida a una versión imaginaria de Theo Brood. O tal vez incluso a Ren Monroe —a quien Nevelyn conocía mucho mejor—. Ella no era de las que pasaban por alto un detalle. Mucho menos uno tan fundamental como este. Por lo que podía ver, el contrato sin firmar dejaba a los trabajadores leales a los Broods sin acceso a algunas de las instalaciones más funcionales de la ciudad. Solo eso ya hacía que pareciera un asunto que debería haber llamado la atención de Theo con rapidez. Si sus guardias estaban siendo excluidos de sus lugares de trabajo habituales, ¿no se lo habrían reportado?

Había una posible falla en su descubrimiento.

El texto que estaba leyendo era un manuscrito encuadernado. Una copia enlazada mágicamente al texto original, que se encontraba en otro lugar.

Nevelyn sabía que los hechizos de traducción tardaban, y, cuanto más antiguos eran los documentos, mayor era la brecha entre el original y la copia. No tenía forma de saber si la firma faltante seguía siendo una omisión vigente.

Esa preocupación la llevó al bibliotecario.

Durante sus visitas, nunca lo había visto levantarse de su escritorio. Parecía como si lo hubieran clavado a esa silla una década atrás y alguien cambiaba su ropa cada cierto día. Hoy llevaba uno de sus cárdigans menos desaliñado.

Cuando Nevelyn carraspeó y le mostró el libro en cuestión, él la miró como si le estuviera ofreciendo una peste.

—¿Sí?

—Este libro. Está enlazado al original. Quería confirmar que está actualizado.

Él la miró.

—¿Actualizado?

Ella asintió, dejando el ejemplar sobre el escritorio, frente a él.

—Actualizado, sí. Hay contratos en el texto que parecen incompletos. Quisiera saber si podría haber un retraso en la magia. Entre el original y esta copia.

—¿Un retraso?

—Sí, un retraso. ¿Va a empezar a usar sus propias palabras o planea repetir las mías durante el resto de la conversación?

El hombre se recostó en su silla, incrédulo.

Nevelyn estaba a punto de disculparse, cuando su rostro se transformó en una sonrisa.

—No hace falta que armes tanto escándalo por eso. Mira, yo soy quien mantiene la magia aquí. Si hubiera un retraso, sería un reflejo de mis hechizos. Significaría que no estoy actualizando semanalmente los encantamientos que vinculan mi colección con las demás de la ciudad. ¿Te parezco alguien que no mantiene el orden?

Ella entornó los ojos.

—Tienes tres manchas distintas en esa camisa.

Él bajó la mirada, y luego soltó una carcajada.

—Maldición, y eso que es mi camisa favorita. —Frotó la mancha más llamativa antes de volver a mirarla—. He ido al puesto de comida para almorzar. Uno de mis muchos pecados. En fin. Todo en la biblioteca está actualizado. Puedo mostrarte cómo comprobarlo tú misma. Así, la próxima vez, no tienes que venir y comportarte como una mocosa.

Nevelyn no pudo evitar sonreír. ¿Se estaban haciendo amigos?

Con cuidado ensayado, el bibliotecario pasó al frente del libro. Había una sección con una escritura muy pequeña. Ella vio que incluía detalles sobre la publicación del libro —y también información sobre su ubicación física, la fecha de la primera impresión, y más—. Su dedo descendió hasta la última línea en ese mar de texto.

—La magia se actualizó hace dos horas. Está al día, querida.

Ella tomó el libro de nuevo.

—Gracias, pero no soy tu querida.

Ambos intercambiaron sonrisas, antes de que Nevelyn regresara a su rincón de la biblioteca.

Un pequeño cosquilleo la recorrió. Esto era *algo*. Podía ser *algo*.

Al menos hasta que Theo Brood se diera cuenta de su error y lo corrigiera.

Ahora solo necesitaba saber qué edificios de la ciudad estaban actualmente desocupados.

La siguiente hora la pasó hojeando frenéticamente libros de referencia. Logró identificar siete que contenían la información que necesitaba.

En lugar de perder la tarde rastreándolos, llevó la lista de vuelta a su nuevo amigo.

—No me has dicho tu nombre —comentó Nevelyn.

—Un buen bibliotecario nunca lo haría. Somos árbitros neutrales de la información. Siervos sin rostro de las masas. No es nuestro deber ser conocidos… —Nevelyn puso los ojos en blanco—. Está bien. Me llamo Robert.

—Te pega.

Él sonrió, antes de ajustarse las gafas y revisar su lista.

Nevelyn observó cómo hojeaba un enorme libro de referencia. Era un catálogo de todos los textos en posesión de la biblioteca, además de un registro detallado de la actividad de los usuarios.

—El primero no está aquí —dijo Robert, pasando ya a la siguiente página. Tarareaba una melodía suave—. Y el segundo…

Ya estaba prestado. El tercero también. Y el cuarto.

Nevelyn terminó asintiendo, mientras él confirmaba en voz baja que todos los libros de su lista estaban en posesión de otra persona.

—Todos por la misma persona, además —le indicó Robert—. Deben de estar estudiando el mismo tema.

Nevelyn estiró el cuello.

—¿Quién los tiene?

Robert sonrió, como si su pregunta fuera una broma. Como Nevelyn no se rio, negó con la cabeza, como quien acaba de caminar entre telarañas.

—No puedo compartir esa información. Hay leyes de privacidad que protegen a los usuarios. Podría perder mi puesto.

—Quizás podrías tomarte un descanso para ir al baño —sugirió la joven—. Solo un momento.

Eso fue suficiente para arruinar su amistad. La expresión juguetona de Robert se apagó al instante.

—No está permitido. No me lo vuelvas a pedir.

Se giró, con una expresión dolida. Era como si la oportunidad de hacer una nueva amiga se le hubiera escapado de entre los dedos.

Ella lo observó cerrar el libro de referencia, antes de volver a su trabajo.

Nevelyn se retiró a su rincón de la biblioteca. Eso no le servía. Tenía que saber el nombre de la persona que había tomado prestado los libros que necesitaba.

Tras una brevísima duda, Nevelyn llevó la mano al dije en forma de corazón que colgaba de su cuello. Lo giró, hasta que el lado oscuro quedó hacia fuera, y volvió al escritorio del bibliotecario.

Antes de que Robert pudiera alzar la vista, empujó su magia en su dirección.

«No me veas. Mira a otro lado. No me percibas».

La cabeza del hombre se giró con brusquedad hacia la izquierda. Sus ojos se fijaron en la ventana que daba al patio exterior. Sabía que se quedaría allí hipnotizado durante unos treinta segundos. Más que suficiente.

Nevelyn volvió a una de las páginas que lo había visto revisar. Su dedo recorrió la línea hasta aterrizar en un título familiar. En esa misma línea, el nombre del lector que había tomado prestado el libro:

Ren Monroe.

Tenía que estar mal. ¿Se estaba imaginando ese nombre?

Aunque ya sentía la tensión de su hechizo aumentar, Nevelyn pasó a otra página. Buscaba confirmación, y ahí estaba. La siguiente entrada coincidía con la primera.

Ren Monroe.

Una breve vacilación y luego Nevelyn arrancó la página.

El sonido casi arrastró de vuelta la atención de Robert.

Pudo ver cómo su cuerpo luchaba contra la magia.

Era hora de irse. Antes de que todo se viniera abajo.

Nevelyn metió la página en el bolsillo, cerró el libro de referencia y se deslizó hacia la salida.

Solo cuando estuvo a salvo, en el vestíbulo exterior, soltó el hechizo, jadeando al sentir cómo la tensión de sus hombros comenzaba a aflojarse. Las manos le temblaban, pero no tenía tiempo para recuperarse. Aún quedaba un detalle más que comprobar.

Al volver a casa, ignoró sus puestos favoritos del mercado. No se detuvo frente a sus escaparates preferidos. En su lugar, atravesó la puerta principal a toda prisa y subió las escaleras de inmediato.

Ava la llamó desde la cocina, pero Nevelyn no respondió.

Había un tocador solitario en la esquina de su habitación. Abrió el cajón superior y revolvió entre los objetos hasta encontrar lo que buscaba.

Era la nota que Ren Monroe le había escrito el año anterior. Desplegó la página arrancada del libro de referencia y sostuvo ambas a contraluz.

Las letras no coincidían.

Otra persona tenía los libros.

—¿¡Te has vuelto sorda o qué!?

Nevelyn se giró con brusquedad.

—¿Qué?

—Llevo un rato gritándote —dijo Ava—. Tienes una visita.

Hubo un breve instante en que Nevelyn pensó que podría ser Garth… Pero, por supuesto, no era él. Estaba muerto. Enterrado justo debajo de su ventana. Si miraba, podía ver el pequeño montículo de su tumba, pero nunca lo hacía.

Sus ojos se enfocaron en Ava.

—¿Por qué tenemos una visita? Se supone que no debes dejar entrar a nadie.

—No lo he dejado entrar —respondió esta—. Lo encontré merodeando en el jardín.

Nevelyn frunció el ceño.

—¿Es un espía?

—Quizás —respondió—. Es difícil de decir. Es muy… pequeño, para ser un espía.

—Pequeño, ¿cómo?

—¿Qué quieres decir con «pequeño, cómo»? Pequeño físicamente. Es un niño, Nevelyn.

Le costó procesar esa respuesta.

Una parte de ella había estado esperando a Garth. Otra temía que Ren Monroe apareciera. Su antigua compañera tenía la extraña

habilidad de presentarse cada vez que alguien pronunciaba su nombre. Como un espíritu invocado.

Por alguna razón, la idea de que un niño la esperara era la única posibilidad más inquietante que todas las demás.

—No me gustan los niños —murmuró al pasar junto a Ava.

Subieron las escaleras juntas.

El cabello de su hermana había empezado a crecer. Lo había mantenido corto durante su tiempo en Nostra, pero aún no le llegaba a los hombros —lo que significaba que todavía no era lo suficientemente largo como para que pudiera caminar por las calles de Kathor sin ser reconocida—. Nevelyn sabía que Ava se impacientaba, pero quedarse oculta había sido su decisión. Solo faltaban unas semanas más, antes de que pudiera moverse con mayor libertad.

—Sabes que no dejaría pasar a alguien, así como así —dijo Ava, visiblemente molesta—. Logré sobrevivir dos años enteros sin que estuvieras picoteándome como una gallina clueca.

Nevelyn asintió.

—Tienes razón. Lo siento. Viejas costumbres.

Era muy bueno tener de vuelta a Ava, pero no podían dejar que nadie más supiera que había regresado con vida.

Una vez que el polvo se asentó tras el asunto con los Broods, Dahvid hizo una consulta oficial.

¿Qué había pasado con la castellana de Theo? Dahvid reveló que la chica era, de hecho, su hermana.

Le ofrecieron a Brood una historia cuidadosamente ensayada.

¿Por qué habían decidido ocultar su existencia? Bueno, si los dos morían durante el ataque, querían que al menos un Tin'Vori sobreviviera.

Theo representó muy bien su parte.

Afirmó que Dahl Winters —como la había conocido él—, desapareció justo después de que el ejército pasara por Nostra. Dijo que no la había vuelto a ver desde entonces.

Hubiera sido una mentira perfectamente razonable si Ava no estuviera viva para contradecirla.

Se transportó directamente a la finca Tin'Vori y les contó toda la historia: qué cerca había estado de matar a Brood, y cómo Ren Monroe apareció de la nada para salvarlo.

Habían repasado los detalles una y otra vez, todos confundidos por la capacidad de Ren para estar en dos lugares al mismo tiempo, pero al final, lo único que importaba era que acordaron mantener a Ava escondida.

Si Theo y Ren creían que su hermana estaba muerta, era como tener una pieza en el tablero de juego que nadie más conocía.

Ahora solo se trataba de hacer las jugadas correctas.

Llegaron al rellano, y Nevelyn echó un vistazo a la sala.

—¿El niño también es invisible?

Ava puso los ojos en blanco.

—Todavía está atrás.

Frunciendo el ceño, Nevelyn siguió a su hermana.

El sol descendía hacia el horizonte. Podía ver la luz arcillosa y rojiza filtrándose a través de la larga hilera de ventanas traseras de su casa, y también podía ver al niño en cuestión.

Era muy pequeño. Nevelyn había esperado —o tal vez deseado—, que tuviera más de doce años. Alguien de esa edad al menos podría razonar. Pero, al salir al patio, vio que no tendría más de ocho o nueve.

—¿Por qué no le has dicho simplemente que se fuera? —susurró Nevelyn.

Su voz debió alcanzar al niño, lo justo para que la oyera.

El niño se giró, y Nevelyn entendió por qué Ava no le había dicho que se marchara. La forma de su rostro. Sus extremidades gruesas, y los hombros anchos. Incluso tenía los ojos hundidos de Garth. Pero, cuando se volvió, su cara no se moldeó en esa sonrisa encantadora que ella recordaba. En su lugar, frunció el ceño, con una expresión de sospecha.

—Tú eres Nan —indicó.

Nevelyn apenas podía respirar. Sintió a Ava junto a ella.

—Nevelyn. Mi verdadero nombre es Nevelyn.

El niño la estudió. Su cabello oscuro se agitaba ligeramente con el viento. Alzó una mano para apartarlo de sus ojos.

—A mi hermano le gustabas.

Esas palabras la golpearon directamente en el pecho. Un recordatorio involuntario de que Garth ya no estaba. A él le había gustado. Una vez. Antes. Nunca más. Pero la palabra que finalmente emergió de entre sus pensamientos fue «hermano».

Al principio no estaba segura. Siempre había sentido que Garth tenía su misma edad, pero nunca se había molestado en preguntar. Era posible que fuera su hijo. Ahora tenía la respuesta. Eran hermanos.

—¿Dónde están tus padres?

Los ojos del niño cayeron a sus pies.

—Mi mamá no sirve. Mi papá era peor. Garth me llevó con él en cuanto consiguió un sitio.

—Vivía en un apartamento, cerca del teatro. ¿Ahí vivías tú?

El niño bajó aún más el mentón.

—Me informaron de que no me puedo quedar.

—¿Quiénes?

—Los paladines —respondió el niño—. Garth no pagaba la renta, y nuestro arrendador me reportó. Los paladines vinieron y dijeron que tenía que irme. Les dije que no era justo, porque Garth estaba muerto. Ahí fue cuando me llevaron, a uno de esos lugares, con los otros niños.

Nevelyn intercambió una mirada con Ava.

—¿Un orfanato?

Él asintió, sin levantar la mirada.

No necesitaba preguntarle si le gustaba estar allí. Se lo imaginaba. Los tres habían pasado por varios orfanatos tras salir de Kathor. Casi siempre encontraban problemas. Una enfermera abusiva. Una pandilla de chicos que querían poner a prueba la fuerza de Dahvid. Uno de esos sitios estaba infestado de pequeños insectos devoradores de carne; les picó la piel durante semanas. Nevelyn sabía que esos lugares rara vez estaban llenos de luz. Al menos, no la suficiente para un niño callado como este.

—¿Cómo te llamas?

—Josey.

Nevelyn asintió.

—¿Cómo me has encontrado, Josey?

El niño hurgó en los bolsillos de su abrigo. Sacó una hoja de papel de borde grueso, doblada muchas veces, con varios desgarros y manchas. La desplegó con sumo cuidado, como si fuera un mapa hacia un tesoro. Pero, cuando le mostró su contenido, vio que no era un lugar, sino una persona.

—Wow… —exclamó Ava—. ¿Esa eres tú?

Nevelyn también se reconoció en las delicadas pinceladas, pero era como verse a través de los ojos de Garth. Su cabello no era el nido enmarañado que siempre había imaginado, sino una cascada de rizos oscuros. Había capturado su figura también. No la había idealizado. Era ella tal como era. Completa. Querida. En la imagen, estaba inclinada levemente. Alcanzando algo. Nevelyn sintió que el corazón se le encogía. Era la pared de correo del teatro de la ópera. Un momento robado de su pasado, un pasado sin posibilidad de futuro.

—Dioses… —murmuró—. Ni siquiera sabía que podía dibujar.

Josey carraspeó.

—Te busqué. En los mercados. Todos los días. Un día, pasaste frente al teatro. No estaba seguro de que fueras tú, pero… Te seguí…, hasta aquí. —Ella lo miró, sin poder decir una sola palabra —. Pensé que, si te gustaba él, tal vez también pudiera gustarte yo.

Había tanta sinceridad en su voz que el corazón de Nevelyn se hizo pedazos otra vez. Lo imaginó buscándola todos los días. Lo imaginó doblando ese retrato, colándose por su jardín, tocando su puerta trasera, esperando que alguien en este mundo se preocupara por él.

No era de tocar a la gente, pero le extendió la mano.

Él la tomó sin dudar.

—¿Tienes hambre? —susurró.

Su toque pareció desbloquearlo. Casi como si se hubiera estado contenido hasta estar seguro de cuál sería su respuesta.

Empezó a enumerar sus comidas favoritas y las que menos le gustaban.

Su mano era tan pequeña y cálida. No pudo evitar pensar en cómo la mano de Garth envolvía la suya. En lo segura que la hacía

sentir. Ahora le tocaba a ella ser eso para alguien más.

—Siéntate allí. Vamos a darte de comer.

Le dio un pequeño apretón en la mano, antes de soltarlo.

Nevelyn comenzó a sacar ingredientes.

Ava hurgaba en otros cajones para ayudar.

Afuera, el sol se ponía sobre el puerto.

El niño apoyó los codos en la mesa y luego hundió la barbilla en el hueco de sus brazos cruzados, como si estuviera demasiado cansado para mantenerse erguido un segundo más.

Nevelyn y Ava cruzaron miradas. Hablaron sin palabras.

Ava dejó el cuchillo con el que picaba zanahorias.

—Voy a preparar su cuarto.

Nevelyn asintió una vez. La oscuridad empezaba a cubrir el patio trasero. Las sombras se alargaban sobre las tres tumbas que había allí.

Antes de que pudiera terminar de cortar las verduras, el niño ya roncaba con suavidad. Lo cual fue una bendición, porque significó que nadie la vio cuando empezó a llorar.

5

MERCY WHITAKER

Después de una agotadora noche de visitas y exámenes, Mercy y Devlin fueron guiados de regreso al centro del pueblo por Nance, que parecía tan cansado como ella.

Los condujo a la parte trasera de uno de los edificios más grandes.

Había una entrada al sótano que llevaba a un apartamento sin usar.

Nance afirmaba haber alojado allí a «dignatarios extranjeros» a lo largo de los años, aunque Mercy no podía imaginar a un político decente quedándose mucho tiempo en ese sitio. El apartamento sería suyo, mientras permanecieran en Colinas Errantes. Supuso que era agradable tener una base de operaciones, propiamente dicha.

Mercy dio dos pasos dentro y se detuvo en seco.

—¿Solo hay… una cama?

Nance estiró el cuello para mirar.

—Maravilloso. Sabía que no debía confiarle esto a Holt. Por los dioses, ese hombre tiene el cerebro del tamaño de un brote de guisante atrofiado. Tenemos colchones extras, lo prometo, pero el armario de suministros está cerrado a esta hora. ¿Podéis arreglároslas por esta noche? Volveré aquí temprano y… —Bostezó con fuerza, interrumpiéndose a sí mismo—. Lo siento mucho. Sé que esto es poco profesional.

Mercy estaba demasiado cansada para quejarse.

Por supuesto que no podían arreglárselas con una sola cama. Era absurdo. Pero su silencio fue interpretado por su anfitrión como conformidad.

Se despidió con un gesto por encima del hombro.

Devlin miró a Mercy, que decidió que mirar cualquier otra cosa en la habitación era preferible.

Ambos se pusieron manos a la obra de inmediato: encantamientos de limpieza, revisiones de seguridad… Todo con el entusiasmo de dos personas que llevaban despiertas demasiado tiempo.

Por suerte, no había mucho que revisar: un baño pequeño, un armario aún más pequeño… Aparte de la cama, dos mesas desparejadas eran el único mobiliario.

Cuando terminaron, Mercy se dio cuenta de que estaban justo en la misma posición incómoda que al llegar.

Devlin fue el primero en romper el silencio.

—Tú quédate con la cama.

—Ah, claro. ¿Y tú qué? ¿El rincón?

Él resopló.

—He dormido en lugares mucho peores durante mi entrenamiento. Duerme en la cama.

Devlin era hijo de un comerciante acaudalado de Kathor, por lo que dudaba mucho de que lo hubieran tratado demasiado duro en su entrenamiento. Aun así, le molestaba lo típicamente Devlin que era el momento. Este siempre tomaba el camino moral, al principio. Una clase de bondad rampante. Construía una imagen a base de gestos nobles y sacrificios…, pero Mercy había aprendido que lo importante para Devlin no era cómo hacía sentir a los demás, sino cómo esas acciones lo posicionaban a él.

Cuando estaban juntos, acumulaba buenas obras, como pruebas, para usarlas después en cualquier discusión. Siempre caía sobre ella el peso moral, incluso cuando tenía razón.

Ahora, la diferencia era que no estaban saliendo.

Cuando terminaran su tarea en Colinas Errantes, cada uno seguiría su camino. Él reportaría a la Legión de la Espada Brillante. Ella, al doctor Horn. No había nada que él pudiera ganar con sus sacrificios. ¿Por qué no dejar que los hiciera?

—Está bien —respondió Mercy—. Me quedaré con la cama.

Vio un leve destello de sorpresa, pero Devlin simplemente se dio la vuelta y comenzó a preparar su improvisado rincón para dormir.

Ella fue al baño con su bolsa de viaje. Se desvistió, se lavó la cara y se puso la ropa más cómoda que había traído. Dudó un instante antes de ponerse los guantes. Le gustaba dormir sin ellos… Además, Devlin ya había visto sus dedos cuando estaban juntos. Era de las pocas personas que sabían lo que había pasado, pero eso no eliminaba del todo su inseguridad. Después de todo, él había terminado la relación. Siempre se preguntó si su anomalía había tenido algo que ver.

Al final, decidió no ponérselos. Que él se incomodara, si era tan superficial.

Sin embargo, cuando salió, Devlin ya estaba dormido. Había tomado una almohada de la cama y se había echado en un rincón.

Mercy suspiró y se hundió en su propia cama.

Durante un rato, no pudo dormir.

Las imágenes de los trabajadores del campo cubiertos de moretones la perseguían.

Había treinta y un pacientes en total. Síntomas consistentes, aunque uno de los trabajadores más viejos estaba mucho peor. Eso era normal. Los cuerpos fuertes solían resistir mejor. También notó que los casos más recientes presentaban moretones más frescos. Una de las chicas de la cuarta granja estaba cubierta de marcas del color de la medianoche. Los más recientes seguían reportando dolor. Esa sensación de «ardor interno» era constante, pero no había otros signos de daño interno. Nadie tosía sangre. Nadie se había desmayado ni convulsionado. Ningún caso de disnea, y los primeros infectados ya estaban en camino a la recuperación.

Pero lo que más la perturbaba era el sonido.

Mientras escuchaba sus corazones, el mismo eco aparecía una y otra vez.

Al principio pensó que se lo imaginaba, pero al comparar con el corazón de Devlin y el suyo propio, que eran normales, supo que no.

¿Qué podría causar algo así? ¿Y qué riesgos a largo plazo habría? La enfermedad no había matado a nadie…, pero ¿habría secuelas?

Se giró inquieta. El sueño no llegaba.

Sus ojos se desviaron hacia Devlin. Era un bulto oscuro en la esquina, apenas visible. Entonces recordó a Holt. Esos ojos vigilantes. La forma en que la miraba a cada momento. Un miedo llevó a otro. ¿Y si ella se contagiaba? ¿Y si no podía tratar a la gente del pueblo?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un destello de luz inesperado.

Se incorporó de golpe, buscando sus guantes en la mesita de noche, cuando el sabueso apareció.

El conjuro de divinidad de Devlin.

En su resplandor, vio que él seguía dormido. La criatura cruzó la habitación sola, paseándose como un perro real.

Mercy resopló y dio una palmada en la cama.

La criatura parecía esperar eso. Saltó y se enroscó contra su costado. Era cálido. Su toque irradiaba calma y una sensación abrumadora de seguridad.

Cerró los ojos. El sueño tiró de sus miembros. Una vez, dos… y se dejó llevar.

El sabueso la protegió esa noche… pero no pudo proteger Colinas Errantes.

La mañana trajo nuevos casos.

Otra granja había enfermado.

Pero la peor noticia llegó justo cuando Mercy y Devlin se sentaban ante un escaso desayuno: habían hallado muerta a la doctora del pueblo.

Había visto cuerpos antes. Había trabajado con cientos de cadáveres, pero esto era diferente. No importaba cuántos hechizos de protección invocara entre ella y la muerte, porque sentía el aire cargado de enfermedad. Una enfermedad que ahora sabía que podía matar.

Mercy realizó un examen rutinario, pero sus manos se movieron apresuradas. No quería estar en esa sala ni un segundo más de lo necesario.

Sus hallazgos: el daño interno de la mujer era mucho peor. Aún más hematomas que los otros pacientes. Un patrón especialmente concentrado en la parte superior del pecho. Era muy probable que

fuera la mayor de todos los contagiados, lo que la hacía más vulnerable. También podría haber tenido condiciones preexistentes.

No era un dato concluyente, pero anotó sus teorías, antes de ordenar que llevaran el cuerpo a la morgue más cercana.

Holt fue quien llegó para la tarea. Su inquietante presencia fue razón suficiente para que Mercy regresara al centro del pueblo.

La cuarentena fue el siguiente paso.

Dio la orden a través de Nance Forester.

Solicitaba que los habitantes de Colinas Errantes pasaran los próximos dos días en sus respectivos hogares. Especialmente los ancianos. Cualquier cosa que ayudara a reducir la propagación de la enfermedad.

Nance fue la excepción a la regla.

Su anfitrión tenía permiso para entrar y salir, transmitiendo mensajes desde cada rincón del condado.

Mercy le pidió un mapa para poder ver todo a gran escala, y este no tardó en entregárselo, junto con dos cubos llenos de agua y el colchón más delgado y destartalado que había visto en su vida.

En cualquier otra circunstancia, habría disfrutado en silencio de la situación de Devlin, pero la muerte la había obligado a enterrar viejos rencores. Los dos se habían transformado, silenciosamente, en una especie de pareja de detectives. Un desarrollo que Mercy no podía terminar de odiar.

—¿Dónde quieres el mapa? —preguntó Devlin.

—Sobre la mesa, por favor.

Él extendió el documento, parcialmente desteñido, mientras la doctora destapaba su pluma.

—Bien —dijo ella—. Vamos a marcar todas las granjas infectadas…

Una por una, fue rodeando los lugares.

Cuatro de las cinco granjas estaban agrupadas en las colinas del este. Al parecer, esto era consecuencia de la historia. Colinas Errantes había sido el hogar de una de las tribus agrícolas del norte que se opusieron a Kathor en el pasado. Los Broods los habían saqueado activamente, y por eso las granjas estaban construidas lo

bastante cerca como para defenderse entre sí, cuando las campanas de la ciudad anunciaban un ataque.

La última granja —propiedad de la familia Locklin—, se había construido casi un siglo después, ya cuando los Graylantians habían sellado su famoso pacto con Kathor. Por ello, eligieron el terreno más fértil, sin preocuparse por su capacidad defensiva.

—Aquí está nuestro gran misterio —dijo Mercy, señalando esa ubicación en el mapa—. Las demás granjas intercambian trabajadores. Hay amistades, romances, familias… Mucho ir y venir. Tiene sentido que la enfermedad se propagara entre esas cuatro ubicaciones, pero es más difícil entender cómo llegó a la granja Locklin, al mismo ritmo.

Devlin se inclinó para examinar el mapa más de cerca. Su hombro rozó brevemente el de ella. Estaba tan cerca, que Mercy podía sentir incluso la vibración de su voz.

—Pero uno de sus trabajadores fue al pueblo esa noche.

Ella asintió.

—Paciente Veintiocho. Según su testimonio, no fue a la taberna. Solo entró al pueblo para recoger el correo de la familia Locklin. No habló con ninguna de las otras granjas. Contacto físico mínimo. No es exactamente un buen candidato para esparcir una enfermedad.

Devlin señaló con el dedo el mismo lugar que ella.

—¿Y si hubo visitantes en la granja?

—Esta semana llegaron tres trabajadores nuevos —confirmó Mercy—. Pero todos eran forasteros. De Pico. Al oeste de aquí. Parece poco probable que pasaran por las otras granjas.

Trazó una línea con el dedo hacia el interior, hasta el pueblo vecino de Pico.

Según Nance, era de donde provenía la mayoría de los trabajadores adicionales. Si no era de ahí, entonces venían desde Kathor, trabajadores temporales que subían durante la cosecha, cuando su actividad en la ciudad se ralentizaba.

Devlin hizo un sonido, pensativo.

—Pero solo haría falta un momento. Si la enfermedad se transmite tan rápido como parece. Tal vez el Paciente Veintiocho

minimizó su visita. Es posible que temiera meterse en problemas por haber llevado la enfermedad a los Locklin.

Mercy se mordió el labio.

—Tal vez.

«Tal vez», era la respuesta más científica que podían dar en ese momento.

La enfermedad parecía moverse a una velocidad alarmante. Casi con demasiada facilidad.

Tomó sus notas y comenzó a revisar todo lo que había anotado durante las entrevistas.

—Lo que no me cuadra es la cronología —dijo—. Nuestro primer paciente desarrolló la enfermedad hace seis noches. Se sintió febril al acostarse, y, al despertar, estaba cubierto de moretones. Ahí también tenemos el primer informe del síntoma de «ardor interno». —Devlin asintió, siguiendo su razonamiento—. Esa misma noche, la mayoría de los trabajadores de Mariner presentan síntomas similares. Fiebres rápidas. Ardor interno. A la mañana siguiente, todos están llenos de hematomas, y el progreso de la enfermedad es completamente uniforme en todo el grupo. Aunque algunos de ellos apenas tuvieron contacto entre sí.

—El panadero de la cuarta cabaña —señaló Devlin—. Tenía su propio cuarto y trabajaba en un horario distinto al de los demás, pero contrajo la enfermedad al mismo tiempo.

Era justo el paciente en el que ella pensaba.

El panadero era el caso más curioso de Mariner. Sus síntomas deberían haber aparecido después de los demás. O al menos de forma más lenta. ¿Por qué no fue así?

—Me interesa aún más el Paciente Doce —murmuró Mercy.

—¿El anciano?

Le sorprendía que Devlin siguiera todas sus notas. Mientras iban de lugar en lugar, él había permanecido como una estatua en segundo plano. No le habría culpado por desconectarse un poco —especialmente con entrevistas tan repetitivas—, pero estaba claro que había prestado atención.

—Los moretones del Paciente Doce coinciden más con los del primer paciente. Sus marcas ya estaban desapareciendo cuando lo

tratamos. Eso deja solo dos posibilidades: o contrajo la enfermedad en el mismo momento, o los cuerpos mayores la procesan a un ritmo diferente. Según su entrevista, sus hematomas aparecieron menos de cinco horas después que los de Wells. —Sacudió la cabeza, frustrada. Todo médico sabía que pensar en sus pacientes por el nombre propio era un error. Solo traía miseria—. Después del Paciente Uno —se corrigió.

—¿Y si alguien de Mariner lo visitó la noche anterior? —preguntó Devlin—. Tal vez, aún no sabía que estaba enfermo.

—Todo es posible, pero parece poco probable. La mayoría de las enfermedades transmisibles tienen una secuencia clara. El Paciente A contagia al Paciente B, quien a su vez infecta al Paciente C, y así sucesivamente. Deberíamos ver un flujo muy evidente desde donde comenzó la enfermedad hasta su próxima víctima. Pero estos dos puntos de datos no encajan. Es como si no fueran secuenciales en absoluto.

Devlin paseaba por la habitación.

Normalmente, esa era la estrategia de Mercy, pero le parecía raro que ambos estuvieran deambulando por el espacio reducido. En su lugar, mantuvo las manos ocupadas, revisando su diario, buscando algo que se le hubiera escapado. Vio a Devlin cruzar hacia la puerta, y por un segundo se distrajo con sus anchos hombros y su musculosa espalda. ¿Para qué quería una espalda musculosa? ¿Cuál era el punto?

Él se agachó para levantar los dos cubos que Nance les había dejado.

Mercy lo observó mientras los llevaba al baño, intentando no notar cómo se le marcaban los tríceps bajo la camisa.

Todavía lo observaba, cuando la respuesta le dio un vuelco en el estómago.

—El agua, Devlin. Está en el agua.

Se detuvo a mitad de paso.

—¿Porque… todos los pacientes… tenían sed?

—No por eso. —La teoría salió de su boca a borbotones—. O sea, tal vez eso sea parte, sí. Pero no. Piénsalo. El agua potable. Es el único hilo común entre todos. Cada uno tendría una dieta distinta.

Niveles de exposición diferentes. Grupos sociales distintos. Esos factores deberían generar variaciones. Deberíamos estar viendo una secuencia clara. En cambio, tenemos uniformidad. La única explicación posible es que todos nuestros pacientes están bebiendo de la misma fuente de agua.

Devlin frunció el ceño, escéptico.

—No lo sé, Mercy. Son granjas grandes. Están bastante separadas también. ¿No crees que cada una tiene su propio pozo? No parece que compartan la misma fuente.

—¿Y si la comparten?

El paladín se encogió de hombros.

—Preguntémosle a Nance.

Sin otra pista que seguir, subieron las escaleras, con paso decidido, en busca de su anfitrión.

No fue difícil encontrarlo. El pueblo estaba en cuarentena.

Hallaron a Nance sentado en los escalones frontales del mismo edificio donde lo habían visto al llegar a Colinas Errantes.

—Nance —llamó Mercy—, una pregunta.

—Dispara, doctora Whitaker.

—¿Todas las granjas comparten la misma fuente de agua?

Frunció el ceño, pensativo.

—Claro. O sea, hay solo una planta de tratamiento. Está al norte, justo donde los límites del pueblo tocan el río Blanco Errante. Hay un pequeño afluente, y desde ahí se bombea el agua a todas las granjas. Es una de esas… ¿instalaciones de magia pasiva? ¿Se llama así?

Ella asintió.

—Lo que significa que no hay nadie trabajando ahí físicamente.

—Exacto —confirmó Nance—. Un ingeniero de Kathor instaló todo hace unos diez años. Se supone que solo debemos hacer una revisión anual…, pero la inspección de este año no toca hasta dentro de un mes, más o menos.

—¿Puedes llevarnos allí? —preguntó Devlin.

—No. Lo siento. Me encantaría, pero acabo de enterarme de que hay un grupo de gente que llega desde Pico. Tengo que estar aquí

para rechazarlos, por lo de la cuarentena y todo eso. Pero puedo traeros un carruaje. ¿Alguno de vosotros sabe manejar caballos?

Mercy miró de inmediato a Devlin, quien soltó una risita en respuesta.

—Supongo que no —dijo Nance—. Holt puede llevaros. Bueno, siempre que estéis de acuerdo en darle permiso para romper la cuarentena.

A Mercy le recorrió un escalofrío.

No le molestaba que él rompiera la cuarentena, pero le molestaba todo lo demás sobre ese hombre. Aun así, ¿qué opción tenían? Su suposición había sido correcta. Todo el pueblo compartía una sola fuente de agua. Era una pista real en la investigación. Si lograba llegar hasta ese lugar y analizar el agua, tal vez encontrarían la clave para combatir la enfermedad.

—Manda a buscar a Holt. Necesitamos analizar el agua.

6

REN MONROE

Al salir de la sala de archivos, Ren sintió como si todo su cuerpo vibrara.

Dioses, había olvidado esa sensación. Lo vertiginoso que era moldear la magia con nuevas formas. Alterar ligeramente el movimiento de los pies o ajustar el giro final de su mano al lanzar un hechizo. Su profundo amor por la creación de conjuros había nacido en Balmerick. Era un secreto que jamás admitiría ante nadie. Cuando empezó su camino para vengar a su padre, la magia solo era un peldaño. Sacar buenas notas. Hacer magia sólida. Esforzarse lo suficiente para conseguir una beca. Era el primer paso de un plan.

Balmerick lo complicó todo.

Fue allí donde se enamoró de la teoría mágica. Desarrollar nuevos hechizos podía transformar el mundo a su alrededor. Los únicos límites reales eran la imaginación y la capacidad del mago. Sentía que la magia era un camino para transformar la vida misma.

Durante su tiempo en la escuela, a veces olvidaba a su padre, su asesinato y la crueldad de los Broods. Normalmente, eso pasaba dentro de una sala de archivos. Estaba tan concentrada resolviendo los pequeños, pero necesarios detalles de un hechizo, que perdía de vista su propósito real.

Luego se sentía culpable, pero esta vez no.

Salió al callejón tras unas tres horas de práctica, completamente revitalizada.

Esa culpa familiar no apareció.

Por supuesto, su padre había sido vengado. Landwin Brood yacía en una cripta no muy lejos de donde estaba. Darse cuenta de ello,

hizo que un escalofrío le recorriera la columna. Era como salir a la superficie tras haber contenido la respiración durante una década.

Los siguientes pasos de su camino podían ser cualquier cosa.

Podía hacer lo que quisiera. Perseguir hechizos. Practicar nueva magia. Estudiar cualquier tema que deseara. Ya no había un credo secreto guiando sus pasos. Ninguna nube oscura sobre cada decisión. Estaba vinculada a Theo, por supuesto. Encargada de ayudar a dirigir la Casa Brood. Pero, por primera vez, se dio cuenta de que era libre de hacer lo que quisiera con su vida.

Era un nuevo comienzo.

Al doblar la esquina, apareció Theo. Llevaba una chaqueta de cuadros, con una bonita corbata color carbón y pantalones a juego. Todo ajustado, abotonado e impecable.

Le sonrió al bajar las escaleras hacia el corazón del callejón.

Sin duda había sentido su satisfacción a través del vínculo. Aunque no pudiera leer su mente, Ren sabía que lo vería en su expresión. Una puerta finalmente abierta. Una habitación oculta, al fin revelada. Su sonrisa se ensanchó al llegar a ella.

—¿Ha reservado alguien después de mí? —preguntó Ren.

Theo negó.

—No lo creo. Si quieres más tiempo, podría…

Antes de terminar la frase lo atrajo hacia ella y lo besó.

Theo dudó por un segundo, y luego sus manos descendieron hasta su cintura.

Ren lo empujó hacia la puerta aún abierta.

En ese espacio sin luz, Theo la besó con hambre, como si hubiera estado esperando ese momento.

Ella respondió. Una mano recorriéndole la mandíbula. La otra tirando de su corbata. Él halló el broche de su capa. La tela susurró al deslizarse de sus hombros, mientras ella le quitaba la chaqueta. Un estruendo resonó en el callejón. Se detuvieron un instante, pero luego estallaron en carcajadas.

Dioses, qué bien se sentía reír así.

Ren lo condujo por el pasillo hasta la sala de archivos. Se encontraron de nuevo en esa oscuridad más densa. Él la alzó del suelo y la apoyó con suavidad contra las frías paredes.

—¿Por qué… —lo besó—… hay tantos… —otro beso—… botones?

Él rio, antes de bajarla.

Una luz empezaba a formarse en la sala. No más brillante que la luz de la luna. Era uno de los pocos lugares del mundo donde se podía ver la magia literalmente en el aire. Esos sutiles filamentos se agitaban a su alrededor, como relámpagos iluminando brevemente una costa lejana. Vio a Theo en ese suave resplandor. Su piel pálida. El cuerpo de corredor, marcado por músculos tensos. Incluso la herida que había sufrido en su lucha con el wyvern.

Sus dedos buscaron esa cicatriz primero. La recorrió con suavidad. Él se estremeció, y fue difícil no disfrutar del pequeño sonido que escapó de sus labios. Sus manos se deslizaron de la cicatriz a su cintura. Theo volvió a temblar.

—Ren…, ¿estás segura?

Respondió a su pregunta con otro beso. Uno, dos, tres… Luego guio sus manos hacia donde las quería.

Theo necesitó poca guía. Los dedos se hundieron en su piel.

La camisa de Ren se deslizó por sus hombros.

Se presionaron el uno contra el otro y más magia se encendió en el aire. Breve y brillante. Reaccionando a ambos. Tejiéndose entre caricias.

Ren se dio cuenta de que era el vínculo entre ellos, hecho visible por un instante. Durante tanto tiempo, esa conexión había sido un placer al borde del dolor. Abrumador. Algo demasiado dulce, demasiado brillante, demasiado intenso. Esta vez no. Esta vez era placer al borde del placer.

—Más —susurró Ren en el oído de Theo.

Y él le dio más.

No hubo vergüenza en el camino de regreso a casa. No se sintió como en los tiempos de la universidad. Deslizándose por los pasillos a horas extrañas, esperando no toparse con ningún compañero.

Ren y Theo cruzaron la ciudad juntos, apenas capaces de mantener la compostura. Era el tipo de alegría que la joven desearía poder embotellar y repartir. No para vender, sino para regalar. Todo el mundo merecía sentir eso, al menos una vez en la vida.

No fue hasta que llegaron a Las Alturas, que sintieron los pies firmes sobre el suelo otra vez. Una sombra inesperada los esperaba en la escalera.

Ren la vio mucho antes de llegar, pero le tomó todo el trayecto reconocer de quién se trataba.

—¿Tía Sloan?

Hacía mucho tiempo.

Se dio cuenta de que la última vez que había visto a la mujer fue haciendo fila en el Distrito inferior. Habían charlado mientras esperaban para llenar sus recipientes con las raciones mensuales. No fue una conversación agradable. Recordaba algunos comentarios mordaces. Normalmente, tenía buena memoria para esos momentos. Pero esa conversación ocurrió antes. Antes de la sala del portal. Antes de que sus amigos murieran por su culpa. Antes de todo lo que vino con Theo.

Otro mundo.

—Ren, te he estado buscando.

Theo era un nudo de anticipación a su lado.

Sintió la tensión repentina en su vínculo —y se dio cuenta de que él no sabía si se trataba de una amenaza o no—. Descartó esa idea enviándole una oleada de tranquilidad, a través del lazo.

—¿Por qué me buscabas? —le preguntó—. ¿Le ha pasado algo a mi madre?

—No es eso, pero sigue siendo urgente que hablemos.

Había algo terrible enterrado en esas palabras.

«No es eso». Ren le dio vueltas a esa frase, una y otra vez, antes de darse cuenta de que no había invitado a su antigua vecina a entrar.

—Por favor, acompáñame.

Ren abrió la puerta.

Theo las siguió, aún irradiando incertidumbre.

Condujo a Sloan por la sala hasta la puerta del balcón. Cuando la mujer salió, Ren se quedó un momento a solas con Theo.

—¿Esa es tu tía?

—No —respondió—. Es un término afectuoso. Es alguien que vivía en nuestro edificio. Una vieja amiga de mi madre. Necesito hablar

con ella. A solas. Puede que se retraiga, si estás con nosotras.

—¿Estarás segura?

Asintió.

—Por supuesto. La tía Sloan es inofensiva.

—Bien. Vale. Te espero dentro.

Ren salió y cerró la puerta tras de sí.

La propiedad entera estaba protegida con encantamientos, así que no serían escuchadas por vecinos ni espías.

La culpa comenzaba a colarse en sus pensamientos.

Se tomó un momento para reprimirla.

En verdad, creía que Sloan hablaría con más libertad sin Theo presente. Después de todo, él era un desconocido para ella, pero el motivo real era otro: no quería que Theo oyera nada sobre su madre, antes de que lo escuchara ella misma. Así podría editar la historia, según fuera necesario.

«¿Algún día me libraré de los secretos?».

Condujo a la tía Sloan hacia un par de sillas acolchadas.

Desde allí, se tenía la mejor vista de Kathor y del mar más allá.

Los últimos dos años no habían sido amables con la mujer, y Ren sintió como si hubiera envejecido de golpe. Su cabello gris lucía deshilachado, las comisuras de sus labios apretadas. Incluso sus ojos tenían un aspecto notablemente hundido. Verla así ablandó a Ren. Un recordatorio de que la vida en el Distrito inferior estaba lejos de ser fácil.

—¿Qué noticias tienes de mi madre? —preguntó Ren.

La mujer se irguió.

—¿Sin té? ¿Nada de comer? El concepto de hospitalidad de tu generación…

Adiós a la ternura. Ren cambió de táctica.

—Yo no te he invitado, tía Sloan. Has aparecido en mi puerta sin aviso. Sospecho que esta visita traerá malas noticias. Si, en cambio, has venido a traerme buena fortuna, entonces correré adentro a poner la tetera. —Ren esperó con paciencia. Cuando la tía Sloan no dijo nada, asintió—. Eso pensaba. Adelante entonces, dime lo que sabes.

En el fondo, la tía Sloan era una chismosa, por lo que sabía que no habría llegado tan lejos para quedarse callada.

Y en efecto, las palabras comenzaron a fluir. Suaves como una tetera vertiendo té.

—Mi nuera ha desaparecido. Hace dos semanas se esfumó sin dejar rastro. Mi hijo habló con la Legión de la Espada Brillante. Habló con personas que ella conocía. Todos lo descartaron como un simple caso de fuga. Necesito tu ayuda, Ren. Sé que tienes recursos a los que el resto del Distrito inferior no puede acceder. No te pediría esto, si no fuera serio. Mi hijo teme que Lana esté muerta.

Ren se recostó en su silla.

—¿Por qué lo cree?

—¿Qué sabes de los Hacedores?

—Son un grupo de apoyo —respondió Ren—. Un lugar al que acude la gente que ha pasado por traumas, como mi madre. Ella ha asistido a esas reuniones desde que murió mi padre.

—Un grupo de apoyo —repitió la tía Sloan con sarcasmo—. Esa es la imagen pública. Unos cuantos tristes reunidos para ayudarse entre ellos, pero son más que eso, Ren. El grupo tiene rituales. Reglas que exigen que sus miembros sigan. Si quieres unirte, debes renunciar a tu magia…

Ren asintió.

—Sé que mi madre no usa magia. Es una decisión que tomó hace mucho. No tengo problema con ello. La hechicería no es para todos. ¿Por qué debería importarte a ti o a mí lo que elijan?

—Porque una cosa es dejar de usar magia, y otra muy distinta es creer que nadie debería utilizarla. ¿Sabías que eso es lo que predican en sus reuniones? Que la magia es la cadena que ata manos y pies de la clase baja. No son monjes que han hecho voto de silencio, Ren. Son fanáticos que también quieren arrancar la lengua a los demás.

Podía oír la urgencia en las palabras de Sloan, pero había una brecha entre sus afirmaciones y la experiencia de Ren.

—Mi madre ha asistido a esas reuniones durante una década. No usa magia, pero nunca me ha pedido que deje mis hechizos. Ni una sola vez. Y ha tenido muchas oportunidades para hacerlo, créeme.

La tía Sloan lo desechó con la mano.

—Claro que no. Tú eres un caso único. Obtuviste una beca en Balmerick. ¿Qué madre del Distrito inferior negaría a su hija una oportunidad así? No te lo pediría a ti. Pero no es así para la mayoría de nosotros, y lo sabes. Allí abajo sobrevivimos como podemos. Un par de hechizos para el dolor de espalda. Un poco de magia para pasar el tiempo. ¿Cuántos de los nuestros llegan tan lejos como tú? ¿Para los que la magia es algo que respiran y viven?

La pregunta no necesitaba respuesta.

Ren sabía que eran pocos.

La culpa se le hundió más hondo en el pecho.

También sabía que unos años atrás, varios de los pocos que rompían esa regla murieron en el desierto. Timmons Devine. Cora Marrin. Avy Williams. Los tres, muertos por un solo error.

Ren tuvo que sacudir esos pensamientos y centrarse en lo que Sloan insinuaba.

—Los estás haciendo sonar como fanáticos —indicó Ren—, pero mi madre no ha cambiado. Siempre ha sido como es ahora. Desde que tengo memoria.

—Ella es mayor. Más firme en sus costumbres. Los Hacedores están reclutando a los jóvenes. A los impresionables, como nuestra Lana. La esposa de mi hijo… Es la chica más dulce que he conocido. Una buena persona, pero el año pasado la despidieron de su trabajo. Se sintió desesperanzada. Acudió a una de sus reuniones…, y fue como si hubiera entrado en una secta. Juró renunciar a toda magia. Hablaba todo el tiempo de las injusticias de la ciudad. Mi pobre hijo estaba muerto de preocupación. Decía que le hacían promesas. Grandes discursos sobre un futuro donde tendría poder. Mi hijo decía que llamaban a su puerta por las noches. A Lana le asignaban tareas y le prohibían contarle los detalles, a menos que también se uniera. Uno de esos visitantes nocturnos… fue tu madre.

A Ren se le encogió el estómago.

Hasta ese momento, la conexión le había parecido inocente. La nuera de Sloan asistía a las mismas reuniones, como cientos de personas. Las probabilidades de que estuvieran realmente

relacionadas parecían mínimas. Ahora su madre estaba directamente implicada.

—¿Qué estás sugiriendo exactamente?

—Nada —respondió la tía Sloan con rapidez—. Sé que tu madre no es ese tipo de persona. Al menos, no la Agnes que yo conozco. No puedo hablar por la persona a la que llaman la Vieja Agnes.

Era la segunda vez que Ren oía ese nombre.

El año pasado había escapado a Ravinia. Su madre había arreglado discretamente que una «doble» distrajera a los espías de los Broods. La chica se reunió con Ren en una botica. Se refirió a su madre como la Vieja Agnes, y lo dijo como si fuera un apodo bien conocido. Era como si todos en los muelles la llamaran así.

En verdad, a Ren le había dolido un poco. Se sintió como una hija negligente por no conocer ese lado de su madre.

Pero, al repasar los recuerdos de aquel viaje, se dio cuenta de que ese momento era solo uno de muchos detalles extraños.

Por ejemplo, su madre había organizado un señuelo bastante complejo. ¿Por qué Ren nunca lo había cuestionado? Agnes Monroe había pasado su vida entera trabajando en los muelles. No tenía formación en espionaje. ¿Cómo sabía qué hacer? ¿Y qué hay del barco que consiguieron para escapar? ¿O del hecho de que había encontrado todo un apartamento para que Nevelyn Tin'Vori viviera allí sin pagar?

Ren no pudo evitar sentir que la paranoia se colaba en su interior.

Tal vez estaba viendo el pasado con lentes teñidas por las acusaciones de Sloan. O tal vez, había algo escondido en sus puntos ciegos. Una verdad que nunca había visto…

Aunque de algo sí que estaba segura.

—Mi madre tiene sus defectos, pero no acostumbra a hacer desaparecer a mujeres jóvenes.

—Por supuesto —respondió la tía Sloan, desviando la mirada—. Por supuesto que no. No he venido a acusarla. He venido a suplicarte ayuda. Mi hijo me ha dicho que tu madre los visitó. No sabemos la razón. Por favor, pregúntale. Si sabe algo que pueda darle tranquilidad a mi hijo, te estaré agradecida. Y si no quieres preguntarle…, hay otra cosa que podrías hacer.

La tía Sloan metió la mano en su bolso y sacó un par de zapatos gastados. Las suelas estaban casi perforadas y los costados rayados por el uso.

—¿Unos zapatos viejos?

—Están encantados con un hechizo de imitación.

Ren se echó hacia atrás, sobresaltada.

Al igual que los hechizos en cadena, la magia de imitación era ilegal. El gobierno otorgaba excepciones ocasionales —por lo general, a las grandes casas—, pero esa rama mágica estaba prohibida porque daba pie a muchos abusos. Por ejemplo, un marido celoso podría hechizar los zapatos de su esposa y rastrear cada uno de sus pasos, sin importar cuán lejos fuera.

Los riesgos de ese tipo de magia eran obvios para Ren.

—¿Sabes lo que dice esto? Un hechizo así no deja bien parado a tu hijo.

Sloan asintió.

—Lo sé. Créeme que lo sé. Estaba desesperado. Imagina que la persona de la que estás enamorado, simplemente… cambia de la noche a la mañana. Es como si fuera otra. Él creyó que los Hacedores estaban haciendo algo para influenciar a Lana. Por eso, lanzó ese hechizo.

Ren frunció el ceño.

—Entonces, ¿para qué me necesitáis? ¿No puede seguir los zapatos y encontrarla?

—Jon es herrero. Uno de los mejores en el taller de Peckering, pero no tiene habilidad mágica. Enlazó los zapatos. Sabemos que el hechizo funcionó, porque los nuevos zapatos se transformaron. Son exactamente como los de Lana —explicó Sloan, señalando los cordones sucios—. Pero no puede activar la segunda parte del hechizo. Sabemos lo talentosa que eres, Ren. Una de las magas más hábiles del Distrito inferior en la última década. Y ahora formas parte de la Casa Brood. El gobierno otorga excepciones a gente en tu posición. No te arrestarían por esto. ¿O sí?

Era una suposición razonable. Era probable que Sloan tuviera razón. A Ren tal vez le darían una advertencia formal, pero no habría consecuencias reales.

—¿Por qué debería arriesgar mi reputación por ti? Has venido aquí y prácticamente has acusado a mi madre de secuestro.

—No, no, no… —dijo Sloan con rapidez—. Te lo juro, esto no es por tu madre. Es por Lana. Por mi hijo. Haría cualquier cosa por él. Vine a ti porque, ¿a quién más podría acudir? No conocemos a los Broods. Nadie de la Casa Shiverian va a recibir a alguien como yo. Incluso el comandante de la Espada Brillante asignado a nuestro distrito nos dijo que dejáramos de molestarlo. Descartó el caso de Lana en menos de dos minutos. No tenemos a nadie más, Ren. Si tú no puedes ayudarnos, ¿quién podrá?

La joven no supo qué responder. No sentía un gran aprecio por la tía Sloan, pero sí por lo que representaba: el Distrito inferior. Su gente. Era donde su padre había forjado su reputación. La misma gente por la que él murió. Donde ella había crecido. Donde su madre vivía.

El fuego despertó en su pecho. Una lealtad olvidada, estirándose, cobrando vida de nuevo. No había llegado hasta aquí para ignorar a los suyos. Tampoco podía alejarse de los fantasmas de Timmons, de Cora y de Avy. Le debía a cada uno de ellos asegurarse que el poder que había obtenido con sus muertes no siguiera acumulándose en los cofres de las grandes casas. Sería como dejar fruta madura pudriéndose en la vid. Había jurado cambiar Kathor —y tal vez empezaba en momentos como este.

Sin decir palabra, tomó los zapatos. Los metió en su bolso y luego miró directamente a los ojos de la tía Sloan.

—Investigaré. No puedo prometer más que eso.

Su antigua vecina rompió en llanto.

Ren apenas pudo soportarlo. Se levantó y la guio hasta la puerta. Cada «gracias» susurrado la llenaba de incomodidad. Nunca había sido buena con las emociones, y mucho menos con las emociones ajenas.

En cuanto cerró la puerta, su mente comenzó a repasar cada detalle de lo que acababa de escuchar.

Theo bajaba por las escaleras. No dudaba que vendría cargado de preguntas, y Ren no tenía ninguna respuesta.

Visto en retrospectiva, era abrumador pensar en toda la ayuda que su madre le había brindado en su plan para vengarse de Landwin Brood. En cuanto Ren la incluyó en la conspiración, se desató una fuente inagotable de recursos.

«Como si ya hubiera estado planeando algo…».

Ren había asumido que todo era producto del ingenio de su madre. Agnes Monroe se había valido por sí misma durante casi una década. Era autosuficiente, astuta, una superviviente, como ella. Nunca se le ocurrió buscar otra explicación más profunda, y ahora le parecía una debilidad imperdonable.

«¿Era posible que su madre estuviera viviendo una vida completamente distinta?».

Theo llegó al último escalón.

—¿Todo bien?

—Tenemos que volver a la sala de archivos.

Eso le sacó una sonrisa.

—Eso es… Bueno…, no sé si ha pasado suficiente tiempo…

Ren soltó una risita. Le rozó la mejilla con un beso.

—Por trabajo esta vez. No por placer.

—Claro —dijo Theo—. Por supuesto. Espera, ¿qué trabajo?

Ren pasó junto a él, levantando los zapatos para que los viera.

—Estamos buscando a la dueña de estos zapatos.

«Y esperamos que aún esté con vida».

7

MERCY WHITAKER

No tardó mucho en llegar el carruaje.

Nance dio instrucciones a su cochero, y, en cuestión de minutos, ya iban rumbo al norte.

Holt no hizo el más mínimo intento de conversación. Ni siquiera miró hacia atrás; lo cual, de algún modo, hizo que Mercy se sintiera aún más incómoda. La noche anterior no paraba de observarla, y ahora ni una sola mirada.

Por primera vez, la presencia de Devlin era un consuelo innegable. Si algo ocurría, podía confiar en que él sabría manejarlo. Su ex tenía muchos defectos, pero fallar un golpe no era uno de ellos.

Mercy sintió que subieron y bajaron por cada una de las famosas colinas del pueblo. Escucharon el río mucho antes de ver la planta de tratamiento. Un estruendo lejano y agradable. Nance había mencionado un afluente que se ramificaba del río Blanco Errante, y ahora lo divisaba a lo lejos. Una franja de agua espumosa que desembocaba directamente en la planta.

Al acercarse más, comprobó que el complejo constaba de varios edificios. Tres en total. Primero, un par de estructuras idénticas de un solo piso, que se extendían de este a oeste. No tenían ventanas y se fundían con las laderas. El tercer edificio era más notable. Había destellos en el techo donde el sol golpeaba el metal. También había una chimenea en actividad. Grandes bocanadas blancas subían hacia el cielo, mezclándose con las nubes.

—El edificio principal está cerrado —anunció Holt, las primeras palabras que decía en todo el trayecto—, pero hay depósitos de

bombeo detrás. Deberían poder tomar muestras ahí. —Coronaron una colina, y Holt detuvo a los caballos con facilidad antes de señalar hacia la derecha—. Los tanques están allí.

Devlin ayudó a Mercy a bajar, y sintió un escalofrío de emoción. La posibilidad de que allí estuviera la respuesta era electrizante.

Un sendero rodeaba los edificios por detrás.

Holt revisaba los arneses y no dio señal de querer acompañarlos.

Devlin convocó a su sabueso. Mercy le dedicó una sonrisa a la criatura. No había mencionado la visita nocturna que recibió. Aún no sabía si Devlin lo había enviado intencionadamente o no.

«Eso no importa. Concéntrate. Tienes trabajo que hacer aquí».

Rodearon el edificio.

Mercy nunca había visto una planta de tratamiento de agua, pero sentía que entendía la función de cada cosa que tenía delante. Los «tanques» parecían más bien grandes piscinas. Cada una rectangular, separadas por pasarelas con barandillas. A lo lejos, se divisaba una presa o canal, que redirigía el flujo del afluente hacia el edificio.

Estaban parados en la segunda etapa del proceso: la purificación. Cada tanque tenía mecanismos de liberación. Una vez purificada, el agua —ya separada de residuos y contaminantes—, se canalizaba a través del edificio principal, e iba directa a las granjas para su consumo.

Estaba decidiendo por dónde empezar cuando el sabueso de Devlin salió disparado. Como una flecha dorada, corrió directo al edificio central.

Al llegar a la pared exterior, desapareció con un leve parpadeo de luz.

Ambos se miraron.

—Debe haber captado un rastro.

Mercy frunció el ceño.

—¿Qué clase de rastro?

Otro destello anunció el regreso del sabueso, que regresó junto a Devlin.

Este frunció el ceño mirando a la criatura, y luego a ella.

—Hay un cuerpo. Dentro del edificio.

—¿Un cuerpo? —repitió Mercy, atónita.

—Dentro del edificio.

—¿Cómo que hay un cuerpo? No puede haber un cuerpo.

—Él dice que hay uno.

—¿Tu perro mágico te ha dicho que hay un cuerpo?

—Sí.

—Es un perro, Devlin. No habla.

Devlin hizo una mueca.

—Mercy, te lo prometo: hay un cuerpo en ese edificio.

Ni se molestó en corregirle, por haber utilizado su nombre de pila. No era lo bastante molesto como para romper la confusión que sentía. Lo que decía no tenía sentido.

—Nance dijo que esta planta es de magia pasiva, por lo que nadie trabaja aquí. La última inspección fue hace casi un año. ¿Tú crees que un cuerpo ha estado ahí todo ese tiempo?

En respuesta, Devlin llevó la mano al martillo que colgaba de su cinturón. Al parecer, solo había un punto de acceso por la parte trasera del edificio. Se dirigió hacia allí, con el sabueso caminando a su lado.

Mercy hizo sus propios ajustes: corrió la correa de su bolsa médica para llevarla en la espalda, haciéndola menos molesta. Mentalmente, repasó algunos hechizos defensivos —aunque su arsenal no estaba precisamente diseñado para el combate.

Cuando estuvo lista, lo siguió.

Él la oyó.

—¿Qué haces?

—Voy contigo.

—¿No puedes quedarte aquí?

—¿Y quién va a inspeccionar el cuerpo, Devlin?

Él soltó un bufido, pero era difícil discutir con una doctora cuando se trataba de cadáveres.

Llegaron a la puerta.

Devlin probó el picaporte, esperando que estuviera cerrado, pero se abrió con un quejido. Le lanzó una mirada a Mercy, antes de abrirla por completo.

Dentro estaba oscuro. Solo sombras. Hasta que el sabueso se deslizó delante de él. La criatura actuaba como una linterna, iluminando el interior del edificio.

Entraron en lo que parecía una sala de limpieza. Otra puerta conducía a la cámara principal. El sonido del agua en movimiento dominaba el espacio, ahogando otros ruidos.

La doctora supuso que toda el agua limpia de los tanques exteriores se liberaba a través de allí. Y sí: un canal cruzaba el centro de la habitación. Al llegar al muro sur, se dividía en cuatro tuberías que desaparecían bajo tierra. Era el torrente vital que abastecía a cada granja del pueblo.

Mercy fue la primera en ver el cuerpo.

—¿Qué… es… eso?

Devlin se detuvo en seco.

El cadáver flotaba en el agua, perfectamente inmóvil. Las piernas rígidas juntas, los brazos cruzados sobre el pecho. No habría sido extraño encontrar un cuerpo así en una piscina estancada, pero el canal era más bien un río. La corriente era increíblemente fuerte. Toda esa agua debería estar lanzando el cuerpo contra las paredes. Incluso una persona viva, nadando a contracorriente, sería arrastrada hacia las tuberías, pero el cadáver no se movía. Estaba intacto.

—Un hechizo de estasis —dijo Devlin—. Tiene que ser eso.

Tenía razón.

No tenía sentido, pero tenía razón.

No debería haber un cadáver allí, y mucho menos uno encantado para permanecer en el sitio.

Ambos se detuvieron para observar la escena, pero el sabueso de Devlin ya había bajado a la plataforma. Mercy lo miró, mientras la luz de su piel iluminaba el borde del canal. Toda esa luz temblaba ante una oscuridad que era anormalmente densa.

—Mira eso. Sobre el cuerpo.

Mientras el sabueso patrullaba, Mercy alcanzó a distinguir los bordes de una especie de magia corrompida. No era nada que hubiera visto durante su tiempo en Puerto Seguro. Los cadáveres se

descomponían, por supuesto. Los cuerpos, tarde o temprano, se pudrían y se deshacían. Esto era otra cosa. Le recordaba a…

—Los cadáveres de dragón tienen este aspecto —soltó de repente —. Estudiamos uno en la universidad. Visitamos a Ayana, el Dragón del Invierno. Su cuerpo está enterrado al sur de Kathor. Solía ser una granja de drogas, pero expulsaron a los recolectores y convirtieron toda la cámara en un museo. Nunca he visto a un humano descomponerse de la misma manera. Sale vapor de todas sus heridas.

—¿Es seguro acercarse? —preguntó Devlin.

Ella negó.

—No. Aunque estamos bien protegidos con conjuros, no lo es. No puedo garantizar que no enfermemos por lo que sea eso.

El rostro de Devlin estaba medio en sombras. Había estado tan seguro todo el tiempo, y ahora vio el primer atisbo de duda. Era un miedo razonable, no cobardía. Esto claramente era terreno desconocido para ambos. Finalmente, carraspeó.

—Entonces, ¿nos damos la vuelta? ¿Esperamos a alguien más?

—¿Quién más sabría qué hacer?

Su pregunta resonó en las paredes hasta convertirse en una respuesta. Este era el riesgo que todo médico acepta al jurar su vocación: servir y proteger, incluso si eso significa ponerse en peligro.

Ambos comenzaron a bajar por la escalera en espiral, que llevaba a la plataforma junto al canal. Si la disposición del cuerpo ya parecía antinatural, las heridas lo eran aún más. Cortes idénticos recorrían ambos bíceps. Heridas gemelas atravesaban los muslos. El pecho de la mujer —porque ahora Mercy estaba segura de que era una mujer —, estaba hundido y abierto. Otro corte iba del esternón hasta el mentón. Era difícil de ver, pero, al entrecerrar los ojos, pudo confirmar que una sustancia extraña salía de cada herida: humo que se acumulaba en el aire.

—¿Cómo vamos a sacar el cuerpo? —preguntó la doctora.

El cadáver había sido fijado mágicamente justo al centro del canal. Estaba lo bastante lejos como para que no pudieran alcanzarlo sin caer al agua. No creía prudente que ninguno de los

dos saltara, y se preparaba para convencer a Devlin de no hacerlo, cuando el sabueso se lanzó a las corrientes.

—Espera, espera —balbuceó—. No podemos dañar el cuerpo.

—No te preocupes —indicó Devlin—. Él lo sabe.

La criatura hundió los dientes en la capucha empapada de la víctima y comenzó a nadar de vuelta. Al principio, el cuerpo se resistió, pero el hechizo de estasis había sido diseñado para resistir en la dirección de la corriente, y no en contra.

El sabueso logró arrastrar la carga oscura hasta la orilla.

Devlin la sujetó y la subió a la plataforma.

Se notaba lo incómodo que estaba al tocar un cadáver en ese estado, incluso con protecciones mágicas. Aun así, Mercy agradeció su esfuerzo: desde esa distancia podía inspeccionarlo mucho mejor.

—Toma esto.

Le entregó su bolso médico y lanzó su hechizo de revelación favorito; uno que le había enseñado el doctor Horn. Era un encantamiento básico, pero muy útil, porque ayudaba sin alterar la magia del paciente. Sus ojos se enfocarían en los detalles más relevantes. Terminó el conjuro y volvió a examinar el cuerpo.

—Interesante —dijo, guiada por la magia sensorial—. Estas heridas son claramente quirúrgicas. Son muy limpias. No se ven cortes así tras una pelea. Los cuerpos en movimiento no permiten incisiones tan precisas. Lo más probable es que estas se hayan hecho en un cadáver… o en alguien inconsciente. Es más probable que ya estuviera muerta. Cada corte parece intencionado. Hay mucha precisión aquí. —Frunció el ceño—. Todavía no entiendo qué está causando esta descomposición. Quiero decir, estas heridas, literalmente, emanan humo.

Devlin caminaba de un lado a otro de la plataforma, con su martillo en una mano y el bolso en la otra.

Mercy giró el cadáver con cuidado. Más heridas. Un corte por la columna, y otros dos a lo largo de las pantorrillas. Había algo casi ceremonial en todo esto. Si no era ritual, tal vez médico…

Aunque no podía pensar en ninguna razón por la que un doctor haría algo así. ¿Experimentación? ¿Alguien con poca experiencia

intentando aprender más? No era inaudito, aunque era más común hace un siglo, antes de que existieran las escuelas de medicina.

Pensó de nuevo en los agricultores de aliento. Así trataban los cadáveres de dragones, como cirujanos. Hacían cortes precisos para liberar cantidades controladas del alucinógeno. ¿Era algo parecido? ¿Cuál sería el propósito?

—Siento que estás enfocándote en lo equivocado —dijo Devlin, sorprendiéndola.

La doctora frunció el ceño.

—¿Cómo que en lo equivocado?

—Mercy, alguien ha puesto este cuerpo aquí —dijo con urgencia —. Ha sido planeado. Han matado a esta persona. O ya estaba muerta. Da igual. La han traído hasta aquí. Le han hecho estos cortes, y la han metido en el suministro de agua, a propósito. La misma agua que sabían que todo el pueblo bebería. Sé que quieres entender por qué se está descomponiendo, qué magia es esta, y todo eso, pero la realidad es que alguien ha envenenado intencionadamente a la gente de Colinas Errantes. Así es como se ha propagado la enfermedad, y parece que ha sido deliberado. Ya no es un caso médico. Es criminal.

Devlin tenía razón.

Ella quería centrarse en lo que conocía: cómo se hicieron las incisiones, qué magia causaba esta descomposición, cómo el agua transmitía la enfermedad… Quería saber si quienes pusieron este cuerpo allí sabían qué tipo de malestar provocarían. Había mil preguntas médicas que hacer, pero el paladín ya había llegado a la conclusión más importante.

Esto debía ser reportado a Kathor de inmediato.

—¿Hola?

Casi se le salió el alma del cuerpo.

Devlin se tensó.

Ambos alzaron la vista y vieron a Holt cruzando la pasarela sobre ellos. El hombre entrecerró los ojos al ver la escena.

—Vi que la puerta estaba… —Parpadeó—. ¿Qué demonios es eso?

—Hemos encontrado un cuerpo, Holt —respondió Devlin—. Necesitamos volver con Nance. De inmediato.

El hombre corpulento siguió caminando por la pasarela.

—¿Quién es? ¿Un hombre o una mujer?

—Una mujer. Parece de unos treinta, más o menos.

—Los Chatham —dijo—. Su hija desapareció hace un tiempo. Todos pensaban que se había ido a Kathor. Que los dioses sean buenos, dejadme bajar a ver si es ella.

Mercy no sabía qué hacer. Quería advertirle que, si se acercaba, podía contagiarse, pero, por primera vez, cayó en la cuenta de que Holt ya había estado bastante expuesto. El hombre había ido a cada una de las granjas, repartiendo agua. Era sorprendente que no se hubiera enfermado aún.

Lo observó maniobrar con cuidado en la escalera curva, girando su robusto cuerpo de lado, hasta que llegó a la plataforma.

—La última vez que alguien la vio fue hace unos meses —comentó, cruzando la estancia.

A la luz del sabueso, Mercy vio, por primera vez, a Holt con claridad. Siempre había sido una figura periférica para ella. Alguien cuya mirada trataba de evitar. Su piel era demasiado pálida para un granjero. El tipo de piel que se quemaba antes de broncearse. Vio decoloraciones en el dorso de su mano derecha. Cerca de las venas, y bajo la clavícula todavía más, visibles por el amplio escote de su túnica.

Entrecerrando los ojos, comprendió lo que eran: moretones antiguos, casi invisibles.

—Holt, ¿tú…?

Se movió más rápido de lo que jamás habría creído posible para un hombre de su tamaño. Como un látigo. Alzó la pierna derecha y la planta de su bota impactó de lleno en el pecho desprotegido de Devlin.

El golpe lo lanzó hacia atrás, directo al agua.

Mercy nunca había entrenado en combate. Sus reflejos eran de preservación, de mantener a otros con vida. Sus dedos se abrieron al máximo dentro de los guantes de cuero. Lanzó el primer hechizo de escudo que se le vino a la mente, y el siguiente golpe de Holt impactó en él.

Apenas fue suficiente para desviarlo, pero ese segundo extra le dio al sabueso de Devlin tiempo para intervenir.

La criatura cerró sus mandíbulas alrededor de uno de los tobillos de Holt.

La doctora escuchó su grito de dolor, antes de que lograra sacudírselo de encima. El animal se deslizó hasta el borde de la plataforma, y el tiempo pareció detenerse con él.

Mercy lo vio todo de golpe.

Devlin luchando contra la corriente. El sabueso con los dientes al descubierto. Holt adoptando una postura de combate. Incluso el pequeño hueco entre su atacante y las escaleras. Cada detalle estirado frente a ella como una pintura.

El sabueso rompió el hechizo primero y se lanzó.

Holt no lo esquivó.

Lo atrapó en el aire, los brazos cerrándose en un abrazo. El sabueso mordía al aire, los dientes chocando con la nada, y entonces lo lanzó al otro lado del cuarto.

Se golpeó contra la pared con un quejido, antes de caer al agua.

Mercy vio la luz titilar bajo la superficie… y apagarse por completo. No sabía si la criatura había muerto o si la corriente lo había arrastrado por las tuberías.

Apenas hubo un momento de distracción.

Corrió hacia las escaleras, pero en esa oscuridad creciente, erró el paso. Su hombro golpeó contra la barandilla, haciéndola jadear de dolor.

Fue lo bastante fuerte como para que Holt la oyera.

Antes de que pudiera moverse de nuevo, una mano se cerró sobre su brazo. La voz del hombre le susurró al oído:

—No tan rápido.

Mercy gritó al ser arrastrada de vuelta a la plataforma.

Su grito tuvo respuesta: una luz dorada partió el cuarto en dos.

Devlin estaba de pie sobre la plataforma, empapado de pies a cabeza. Una luz antinatural brillaba en su mano derecha. Hilos dorados se entrelazaban con su martillo y se extendían por su antebrazo en un patrón cruzado.

Holt soltó a Mercy cuando este cortó el aire con el martillo. Una onda mágica se expandió en todas direcciones. Su atacante se protegió con el antebrazo, apenas logrando mantenerse en pie ante la embestida. Devlin repitió el movimiento, una y otra vez, enviando esas medias lunas de luz contra él.

El hombre avanzaba paso a paso, como si caminara directo hacia el ojo de un huracán.

«¿Cómo era posible que resistiera tanta magia?».

Mercy vio un cuchillo en su mano derecha.

—¡Devlin!

Su grito dirigió la mirada de él hacia el arma, justo a tiempo.

El paladín esquivó el primer tajo, giró alrededor del segundo, y entonces ambos comenzaron a girar alrededor del otro. La luz del martillo palpitaba, como el latido de un corazón. Dejó la sala sumida en un ciclo de oscuridad total y luz cegadora.

La doctora solo podía ver la mitad de sus ataques. Devlin golpeando la cadera de Holt. Holt cortando el antebrazo de Devlin en respuesta. Iban y venían así.

Le llevó quince segundos recordar que aún tenía magia. Sus guantes. Pensaba en qué hechizo podría usar, cuando sucedió.

Devlin trazó un arco terrible con el martillo.

El metal plano impactó el lateral del cráneo de Holt. Los huesos no se rompieron: se pulverizaron.

Vio los ojos del hombre abultarse. Ondas recorrieron la piel de su frente, alejándose del punto de impacto, como un guijarro en un estanque. Luego su cabeza giró de golpe con un crujido.

Supo que estaba muerto, antes de que el cuerpo tocara el suelo.

Pero Holt había conseguido un golpe final: el cuchillo estaba enterrado en el estómago de Devlin.

Cayó hacia atrás, con su martillo rodando lejos.

La luz seguía latiendo, cuando Mercy cayó de rodillas a su lado.

—¡Mierda, mierda, mierda! Devlin, ¡aguanta!

Perdía sangre. Mucha sangre.

La doctora puso una mano sobre el mango del cuchillo y la otra sobre su pecho. Contó mentalmente y tiró del arma.

Devlin gritó y cerró los ojos con fuerza.

Su cuerpo quería apagarse. El dolor debía ser insoportable.

Ella conjuró hechizos para adormecer el aire y detener la hemorragia. Después, necesitaría inspeccionar la herida y evaluar los daños internos antes de coser la piel. Con la luz intermitente, era difícil ver, pero al entrecerrar los ojos lo notó. Soltó una maldición:

—La hoja estaba envenenada. Maldición.

Devlin no respondió. O había perdido el conocimiento o no tenía fuerzas para hablar.

Mercy buscó el cuchillo que había lanzado. Había algo cubriendo la hoja. No sabía qué veneno era, pero parecía barato. Algo que actuaría con lentitud, y con eso podía trabajar. Había sido entrenada para esto.

Se giró y gateó por la plataforma.

«¿Dónde estaba su instrumental de cirugía?».

Hizo un círculo rápido, antes de que la respuesta la golpeara en el estómago: le había dado la bolsa a Devlin.

Justo antes de que llegara Holt, se la había puesto en las manos. Devlin había estado sujetando la bolsa en una mano y el martillo en la otra. El instinto lo habría llevado a aferrarse a lo que considerara más vital: el martillo, y habría soltado la bolsa.

Mercy se arrodilló al borde del canal. Sus ojos buscaron en las aguas revueltas. Algo oscuro flotaba cerca de las tuberías. Su bolso estaba allí. La correa se había enganchado entre la segunda y la tercera tubería. Se mantenía por ahora.

Miró las turbulentas aguas, sabiendo que, si no recuperaba esa bolsa, Devlin moriría.

Respiró hondo y saltó.

8

NEVELYN TIN'VORI

Por la mañana, bajó las escaleras de puntillas. Parte de ella esperaba que los demás aún estuvieran dormidos. Tal vez podría comenzar sus tareas matutinas sin interrupciones.

En su lugar, encontró la lámpara de la cocina ya encendida.

Se deslizó a través de las sombras del pasillo. Un vistazo desde la esquina le mostró a Dahvid sentado frente a la mesa. También estaba Josey. Los dos se evaluaban mutuamente.

Tras una larga pausa, Josey susurró:

—Eres alto.

Dahvid asintió.

—Lo soy.

—Y tienes muchos tatuajes.

—Sí.

—¿Dolieron?

—El dolor es un camino hacia el poder.

Nevelyn puso los ojos en blanco, pero Josey asintió como si eso tuviera todo el sentido del mundo.

—¿Y ese qué es?

Dahvid extendió la muñeca para que el niño pudiera verlo.

—Es una espada.

—¿Cuántos años tenías cuando te lo hiciste?

Su hermano se inclinó hacia él, como compartiendo un secreto.

—Cinco.

Los ojos de Josey se abrieron como dos lunas de invierno.

—¡Yo acabo de cumplir nueve! ¡Puedo hacerme uno!

Nevelyn aprovechó para entrar en la cocina.

—No vas a hacerte un tatuaje. Dahvid es único. Es un portador de imágenes. Esos tatuajes son mágicos.

La negativa le ganó una de las miradas más indignadas que había visto en su joven huésped.

—Eso es lo que siempre dicen los adultos cuando no quieren que tengas algo. Que es mágico. Que cuesta mucho. Que tal vez la próxima vez.

En respuesta, Dahvid pasó un dedo por la piel de su muñeca. Un segundo después, el arma se materializó en el aire, encajando con suavidad en su mano.

Los ojos de Josey se abrieron aún más, y alzó una mano para tocar la hoja con la punta de uno de sus pálidos dedos.

—Eh… —dijo Nevelyn—. No toques eso. Has dicho que tienes siete años, y no dos —le recordó—. ¿Los de nueve desconocen que no deben tocar cosas afiladas? —le regañó, remarcando su mentira.

Josey se encogió de hombros.

—Tengo hambre. Tu hermano ha intentado hacer huevos.

Nevelyn miró hacia la cocina. En efecto, había una sartén con restos carbonizados. Irrecuperables.

—¿Te gusta el pan de miel, Josey?

El niño asintió, y Dahvid alzó la mano como un niño pequeño.

—Yo también quiero.

—Es temprano, pero el puesto de Marta debería abrir pronto. Ahora vuelvo.

No pudo evitar sonreír para sí. Era la vez que más había oído hablar a Dahvid desde la muerte de Cath. Se había volcado en duelos de entrenamiento y práctica. Todo lo físico que lo ayudara a olvidar. Supuso que ella había hecho lo mismo, solo que usando libros en lugar de espadas. Jamás habría pensado que la llegada de un niño a su casa fuera lo que los sacara de aquel estado, pero no pensaba desaprovechar la posibilidad de que Josey fuera bueno para ellos.

Al pasar de nuevo por el vestíbulo, pudo oír cómo Josey lanzaba otra ronda de preguntas. Estaba por abrir la puerta cuando escuchó:

—¿Y ese de ahí?

Esta vez, la respuesta fue el silencio.

Nevelyn no podía verlos, pero sabía exactamente a qué tatuaje se refería el niño. Era la mano extendida hacia la superficie del agua. El tatuaje que Dahvid había utilizado en su duelo con Thugar Brood. El que, sin querer, había drenado la vida de Cath para curarlo.

Oyó a su hermano murmurar una respuesta. Un rápido intento de cambiar de tema.

Como solo tenía siete años, Josey pasó a otra pregunta sin darle importancia.

Nevelyn salió por la puerta principal.

Después del desayuno, Nevelyn le pidió a Ava que cuidara de Josey.

—¿Y qué se supone que hago con él? —preguntó su hermana.

—No sé. Juega con él. A los niños les gustan los juegos.

Ava se quedó pensativa.

—Umm… Podría enseñarle a abrir cerraduras.

—Nada de actividades criminales.

Y con esa advertencia, salió a hacer precisamente eso: algo criminal.

Se dirigió al norte, más allá de los concurridos mercados. El camino la llevó a la Calle Paso Rápido.

No era una calle que habría visitado de niña.

A veces pensaba en eso: en que Ren Monroe —fuera cual fuera su estatus ahora—, había crecido allí, un peldaño por encima de la pobreza.

Nevelyn giró el colgante en forma de corazón en su cuello para que el lado negro quedara hacia fuera. Por segunda vez en dos días, activó su magia.

Dos largas zancadas la llevaron hasta una puerta azul perla. Subió los escalones, esquivando a una anciana que ni la miró.

El apartamento que buscaba ya estaba sin seguro, aunque Nevelyn sabía que Agnes Monroe no estaba en casa. Había revisado su horario laboral tres veces para estar segura. Aún le quedaba una hora antes de que la mujer regresara; tiempo suficiente.

La puerta se abrió con un leve crujido.

Nevelyn escuchó.

Nada.

Entró agachada, cerró la puerta detrás de sí y liberó la magia que ocultaba su presencia.

Por suerte, el sitio era pequeño. Las pertenencias de Agnes Monroe eran modestas. Uno de los dormitorios estaba medio lleno de comida, como una despensa adicional. Había cajas de fideos y frascos con vegetales en escabeche. Otro montón estaba lleno hasta el borde de velas de ruta.

Nevelyn lo encontró curioso, pero no era por eso, por lo que estaba allí.

En el dormitorio principal encontró la pila de libros prestados. Todos coincidían con lo que había visto en los registros.

Tal como había sospechado: Agnes Monroe había fingido ser su hija. Esa fachada le había permitido acceder a la biblioteca de Puerto Seguro. Había firmado como si fuera Ren, para llevarse esos libros.

Había una cadena de acontecimientos que Nevelyn podría seguir, si lograba entender el primer eslabón, y la única conclusión lógica era que Agnes también estaba investigando a los Broods, sin que su hija lo supiera.

Muy curioso.

No tenía tiempo para formular teorías.

Solo sabía que debía «tomar prestado» los libros. Empezó a hojearlos, buscando los que pudieran serle útiles para sus propios planes.

Mientras lo hacía, un pequeño papel cuadrado cayó.

Nevelyn lo vio girar en el aire hasta posarse en el suelo.

Pasó otra página, y cayó otro.

Eran notas.

Cada una de ellas estaba llena de la apretada caligrafía de Agnes Monroe. Había listas, preguntas, comentarios. Incluso algunos dibujos. No era un repaso superficial de las defensas de los Broods. Era una investigación seria. Exhaustiva.

—¿Qué estás tramando…?

En la sala, se oyó un suave clic.

La puerta principal se abrió con ese mismo crujido.

La mano de Nevelyn se deslizó por instinto hacia su relicario y le dio un empujón controlado a su magia. Todo ello, mientras

retrocedía hasta la esquina más cercana, con uno de los libros de la biblioteca aún apretado contra su pecho.

«No me veas. No estoy aquí. No me veas».

Un segundo después, Agnes Monroe apareció en el umbral. Estaba a unos pasos de donde Nevelyn acababa de estar parada. Todo el cuerpo de la mujer se puso rígido.

«Dioses, es la nota. La ha visto en el suelo».

Nevelyn maldijo su propia torpeza. Se quedó en la esquina, esperando que Agnes buscara en el armario o debajo de la cama. En lugar de eso, la mujer alzó la vista, directamente hacia ella, con los ojos, aparentemente, atravesando el gran velo del hechizo de la joven.

Agnes sonrió.

—Puedes desactivar tu hechizo, Nan. No funcionará conmigo dos veces.

Los ojos de Nevelyn se abrieron de par en par, y lanzó una oleada aún más potente de magia.

Por un momento, pensó en la pobre Kersey, que nunca se había recuperado del todo del hechizo que le había lanzado, pero esta segunda descarga no afectó a Agnes de la misma manera.

No se tambaleó.

No hubo expresión aturdida en su rostro.

En cambio, bajó un hombro, como alguien que se prepara para caminar contra un huracán.

La magia se dispersó a su alrededor, y Agnes sonrió con los dientes apretados.

—Te lo he dicho. La magia que funciona una vez no funcionará de nuevo.

Nevelyn solo podía mirarla.

—¿Cómo lo haces?

—Podemos hablar de la magia… o podemos hablar de ese libro que tienes en las manos.

Nevelyn había olvidado que aún lo sostenía.

Lo soltó sin querer, y el volumen cayó con un golpe sordo.

Agnes acortó la distancia entre ellas. Lo hizo como alguien que se acerca a un gato salvaje, que se ha colado por una ventana abierta.

—O —dijo—, si estás lista, podemos hablar del futuro.

Nevelyn frunció el ceño. Había algo extraño en su tono, algo raro. Era como si Agnes Monroe hubiera planeado este encuentro, en lugar de que ella fuera quien se había infiltrado su casa.

Tenía la sensación de estar ante una conversación muy atrasada, pero ellas no eran amigas. Solo habían hablado unas pocas veces, y nunca con el más mínimo indicio de alianza.

—¿El futuro?

Agnes asintió.

—Se acerca el momento. Las personas como tú tendrán que tomar una decisión. ¿Quieres caminar por este camino? —Hizo un gesto con la mano derecha hacia un sendero imaginario, antes de levantar la izquierda—. ¿O por este otro? No eres como los otros de la élite de esta ciudad. Puede que vivas en el Distrito de las Bodas, pero has conocido la desesperación. Te has ido a dormir, sin saber cuándo llegaría tu próxima comida. Tienes tanto de nosotros, como de ellos. Conoces ambos mundos.

Agnes se detuvo frente a Nevelyn. Estaban a distancia de un golpe.

La mujer mayor se agachó. Recogió el libro caído y lo colocó sobre la cama. Con paciencia, comenzó a pasar las páginas.

Nevelyn alcanzó a ver destellos de planos, grandes bloques de texto… Todo en breves instantáneas.

—Te estoy invitando a tomar tu decisión ahora, antes que todos los demás.

—Qué generosa —respondió con ironía—. Dime, ¿qué estoy decidiendo?

Agnes solo sonrió, y se detuvo en una página muy específica.

Esta se desplegó con cuidado.

Nevelyn comprobó que era un mapa de toda la ciudad. Kathor, representada barrio por barrio, distrito por distrito. Era tan detallado que, si miraba con atención, podría encontrar la esquina exacta donde se levantaba la casa Tin'Vori.

Agnes señaló el mapa con un dedo.

—Todo —susurró—. Estamos decidiendo… todo.

9

MERCY WHITAKER

Cuando Mercy era pequeña, corría con sus hermanas en el campo detrás de su casa. Elegían un árbol, tomaban posición y corrían sin aliento para ver quién llegaba primero. Los vestidos ondeando tras ellas, los corazones acelerados. Recordaba cómo siempre peleaban después, discutiendo quién había ganado en realidad.

Ahora, Mercy corría contra el tiempo.

Había logrado subirse de nuevo a la plataforma, empapada, pero con sus herramientas en la mano.

Algunas estaban encantadas, lo que ayudaba.

Con rapidez, atendió el daño interno, sellando aquí, sanando allá. Si solo hubiera sido una herida de cuchillo, Devlin ya estaría como nuevo. El problema era el veneno. Se filtraba por su cuerpo y ninguna de sus herramientas era un antídoto. Podía limitar su avance —y lo hizo—, pero no podía detenerlo hasta volver a Puerto Seguro, para un tratamiento adecuado.

El doctor Horn siempre predicaba la importancia de utilizar el entorno cuando se atendía fuera del hospital.

Mercy estaba casi segura de que se refería a usar un tronco caído, como mesa de cirugía, y no a lo que ella hacía ahora: registrar a los muertos.

Rebuscó en el cuerpo de Holt. Su atacante no ofrecía nada útil.

Encontró otro cuchillo enfundado junto al tobillo, algo como alpiste en el bolsillo de su chaqueta, pero nada más.

Luego revisó los bolsillos de Devlin.

Su cinturón utilitario parecía igual de inservible, hasta que encontró lo que tenía guardado en la parte trasera, junto a la cadera

izquierda: un par de velas de cera encantadas.

Claro, su rol como protector designado requería más que duelos. También significaba tener una ruta de escape lista, un plan de respaldo.

Las mechas de ambas velas estaban húmedas por el agua, pero no tanto como para no prender.

El problema era el fuego.

Mercy volvió a registrar los cuerpos, buscando cerillas o algo para encender las velas.

A mitad de la búsqueda recordó que tenía magia. Literalmente, llevaba unos guantes que servían como canal.

Lanzó apresuradamente el primer hechizo de calor que se le vino a la mente, pero estaba tan nerviosa que casi quema la manga de su camisa.

Aunque funcionó.

Las mechas prendieron.

Mercy colocó con cuidado ambas velas junto al primer escalón. Tras pensarlo un momento, volvió a tomar una. Cruzó el espacio y la apoyó al lado del martillo de Devlin. Si soplaba el viento, al menos una de las dos seguiría encendida. Al evaluar la escena, vio que la llama de la segunda vela apenas era visible con el resplandor intermitente del arma abandonada.

Luego revisó los signos vitales de Devlin. Su pulso coincidía perfectamente con los pulsos de luz en la sala. Ya no perdía sangre, pero sí tiempo. El veneno seguía avanzando. Si alcanzaba sus órganos vitales antes de llegar a Puerto Seguro, sus probabilidades de sobrevivir caerían drásticamente.

«No voy a dejarte morir. No voy a dejarte morir».

Sus dedos atrofiados comenzaron a picar. También sintió el dolor fantasma en su estómago, donde los médicos le habían extraído un órgano en segundo año. Un apéndice reventado. Ignoró la sensación y volvió a recorrer la plataforma. Pasó la primera hora.

Devlin despertó una vez.

Lo suficiente para beber agua, murmurar algo sinsentido, y desmayarse otra vez.

Mercy notó una leve caída en su ritmo cardíaco. Le preocupó, pero no era prueba concluyente de que el veneno hubiera alcanzado sus órganos. Las velas ya se habían consumido tres cuartos, cuando escuchó un ruido seco, apenas audible sobre el ruido constante del agua.

Miró a Holt, pensando que de algún modo había sobrevivido al golpe mortal, pero su cuerpo seguía inmóvil.

Otro sonido.

Le llevó un momento ubicarlo.

Venía de arriba.

Llamó:

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—¿¡Doctora Whitaker!?

El sonido se transformó en pasos.

Nance apareció en la pasarela superior, aunque, por el ángulo, Mercy solo podía ver retazos de él.

Su anfitrión bajó las escaleras con rapidez, casi resbalando en el proceso. Sus ojos se abrieron de par en par al ver la escena en la plataforma.

—¡Holt! ¡Santos cielos, mira su cara! —Y luego su mirada cayó sobre el otro cuerpo—. ¿Quién demonios es esa? —Finalmente, vio a Devlin—. ¿Está muerto?

Mercy negó con la cabeza.

—Envenenado. Aún vive. Por ahora. Holt nos atacó.

—¿Os atacó? —Su anfitrión parecía en *shock*—. Él repara canaletas. Arregla puertas y ventanas. Nunca, jamás lo he visto…

—Encontramos ese otro cuerpo aquí abajo —indicó Mercy—. Holt debe estar implicado de algún modo. Tal vez la mató él. Lleva bastante tiempo aquí.

Pero incluso mientras decía eso, sabía que se quedaba corta. Había algo en la colocación del cuerpo, en la intención detrás de lo que se había hecho. Era evidente que Holt estaba implicado, pero esto no era un crimen pasional. No había asesinado a la joven y arrojado su cuerpo para ocultar el crimen. La ubicación del cadáver formaba parte de algo mayor.

—Tengo que llevar a Devlin de regreso a Puerto Seguro.

Los ojos de Nance se deslizaron de ella a la vela encantada junto a las escaleras.

—¿Y qué hará el pueblo? —preguntó—. ¿Qué les digo sobre la cuarentena?

—No los estoy abandonando —prometió Mercy—. Te doy mi palabra. Devlin ha sido envenenado. No tengo otra opción. Debo llevarlo a Puerto Seguro. Una vez allí, haré un informe completo. Enviarán un equipo entero a investigar, un escuadrón de médicos… Y soldados también. Suficiente gente para descubrir qué ha pasado realmente aquí.

Nance asintió.

—Claro. Sí, por supuesto. Todo eso suena muy lógico.

Un susurro llenó el aire.

Una palabra que no pudo entender del todo.

Ar-matar-ar-matar-ar-matar.

No logró descifrar de dónde venía. ¿Era el agua?

Observó cómo Nance cruzó de nuevo la plataforma, y se detuvo al pie de las escaleras. Con su bota, empujó la vela de cera encantada.

Los ojos de Mercy se abrieron de par en par cuando rodó sobre el metal y luego el talón de Nance descendió.

La llama se apagó.

Inservible.

Nance miró por encima del hombro, con su rostro medio cubierto por la sombra.

—Me temo que no puedo dejarte salir de este lugar.

Las palabras le reptaron por la columna. Su voz sonaba distinta. Toda la luz y alegría había desaparecido de su tono. Se dio la vuelta para enfrentarla, pero no hizo ningún movimiento de ataque. En cambio, se colocó entre Mercy y las escaleras, bloqueando su única salida, o eso creía él.

Le tomó todo su esfuerzo no mirar hacia la derecha.

La otra vela de cera encantada se escondía en el parpadeo del martillo, a no más de dos pasos de distancia. El instinto le gritaba que se lanzara ya. Podía escapar con facilidad, pero lo difícil sería

llevarse a Devlin. Tendría que lanzarse hacia él, sujetarlo con fuerza, y luego estirarse para apagar la vela.

Todo sin que Nance la detuviera.

Y si lo lograba, serían dos personas viajando con una sola vela. Estiraría la magia hasta su límite más extremo.

El corazón de Mercy retumbaba mientras consideraba sus opciones.

—Puedo ver tus pensamientos —dijo Nance, tocándose la sien con un dedo—. Qué hechizos usar. Qué magia podría ayudarte a escapar. Vamos… inténtalo. —Abrió los brazos, ofreciéndose como blanco fácil.

Mercy no había estado pensando en hechizos. La verdad, dudaba poseer alguna magia capaz de vencerlo. Había sido entrenada para sanar, y no para dañar.

La sonrisa de Nance se estiró en el silencio, y Mercy necesitaba ganar tiempo.

—¿Por qué harías esto? —preguntó—. No lo entiendo.

Era evidente que Nance estaba implicado. Él y Holt habían matado a la chica, y luego colocaron su cuerpo allí de forma intencionada. ¿Para qué? ¿De verdad pretendían envenenar a su propio pueblo? Era inconcebible, pero deseaba con desesperación que se lo explicara. Cualquier cosa que le diera más tiempo para pensar.

—Necesitábamos saber si funcionaba.

Otro escalofrío le recorrió la espalda.

—¿El qué?

Nance señaló el cuerpo de la chica.

—La enfermedad. Podrías decir que es una prueba.

Mientras hablaba, Mercy se acercaba a Devlin con lentitud.

Nance notó el movimiento, pero lo interpretó mal.

—No saltaría si fuera tú. Esas tuberías de agua van directas al pueblo. No hay accesos entre aquí y las granjas. ¿Tienes algún hechizo que te permita aguantar la respiración durante quince minutos? ¡Y eso si no mueres por los golpes dentro de las tuberías!

Mercy no tenía intención de poner a prueba sus habilidades como nadadora. Solo quería llegar hasta Devlin. Alcanzarlo, coger la vela y

desaparecer. Alcanzarlo, coger la vela y desaparecer…

—Dime —continuó Nance—, ¿qué has aprendido sobre la enfermedad?

La luz del martillo pulsaba, lanzando sombras en todas direcciones. Mercy repasó mentalmente sus notas. Cualquier cosa para ganar más tiempo y que la vela siguiera ardiendo.

—Baja tasa de mortalidad. Solo una muerte hasta ahora. Al principio pensé que era uno de los contagios de propagación más rápida que había estudiado…, pero, si llegaba a ellos a través del agua, en realidad no necesitaba propagarse, ¿cierto? Todos iban a caer enfermos en algún momento.

Nance asintió.

—Todos. Exacto.

—Pensaba que tú y Holt erais la prueba de que la enfermedad no afectaba a todos los posibles sujetos, pero me he equivocado. Ya la habéis tenido, ¿verdad?

Nance bajó el cuello de su camisa. Aunque su piel era más oscura que la de Holt, aún se notaban los moretones desvaídos bajo la clavícula.

—Correcto, de nuevo.

—Entonces, habéis propagado una enfermedad de forma intencionada… —Todavía no lograba entender el panorama completo —. Una enfermedad que ya habéis padecido, y a toda esta gente la habéis puesto en peligro.

—Como acabas de decir, la tasa de mortalidad es baja.

El tono casual de Nance la hizo hervir por dentro. Para ella, una muerte ya era demasiado si se podía haber evitado. Además, no había solo una víctima.

—Pero esta chica…

—Se ofreció voluntaria —explicó Nance—. Es una de las nuestras.

Mercy lo dudaba mucho. Las personas no se sacrificaban así porque sí. No cuando la muerte las esperaba. Debieron forzarla. Como mínimo, manipularla.

Un nuevo pulso de luz del martillo.

La doctora notó cómo el ritmo se ralentizaba. Devlin se quedaba sin tiempo. Sus dedos llenos de cicatrices volvieron a picarle. Podía

salvar a Devlin…, pero solo si escapaba primero.

Otro susurro rompió el silencio. Ese mismo sonido extraño, al borde del oído.

Nance ladeó la cabeza como si escuchara, y luego volvió a mirarla.

—¿Lo has oído?

Mercy frunció el ceño.

—¿Oír el qué?

—El eco. Sé que has estudiado en Puerto Seguro. Te has formado en Balmerick. Has trabajado con algunos de los mejores doctores de todo Delvea. Sé que lo has escuchado.

—Sí, he oído un eco.

Nance volvió a sonreír.

—¿En todos ellos?

Antes de que Mercy pudiera responder, la luz del martillo se apagó otra vez. Esperó el siguiente pulso… pero esta vez no llegó.

A medida que el resplandor desaparecía, la luz de la vela se hizo finalmente visible.

Los ojos de Nance se abrieron con sorpresa.

Mercy se lanzó hacia Devlin. Su cuerpo se deslizó por la plataforma mojada y casi lo sobrepasó. Rodeó su cuello con un brazo, como si intentara asfixiarlo. Se aseguró de tener buen agarre, cayó hacia atrás y estiró la mano hacia la vela.

Nance se les acercaba.

Gritó algo, pero las palabras se deshicieron cuando los dedos de Mercy tocaron la llama.

Siguió una rápida sucesión de dolor.

Primero, la quemadura. El fuego le mordió las yemas. Un siseo llenó el aire.

Luego, una punzada aguda en el costado. La piel desgarrándose. Músculos partiéndose. Algo caliente y repentino abriéndose paso hacia sus órganos.

Ambos dolores menores fueron seguidos por la compresión total del cuerpo que siempre ocurría al entrar en los portales de cera. Era como si la magia te moldeara, plegándote brevemente en otra

forma, para llevarte a través de ese mundo oscuro y dejarte en otro lugar.

Escuchó un susurro entre las sombras.

Ar-matar, ar-matar, ar-matarrrr.

Finalmente, el sonido se desvaneció.

Su dolor se multiplicó.

Cuando los pies de Mercy tocaron tierra en Kathor, sintió como si alguien hubiera metido las manos en su herida y estirado los bordes, más y más y más. Hasta que el mundo entero fue dolor.

Abrió los ojos entre velas.

Estaba de vuelta en Puerto Seguro. En casa. Habría sido reconfortante si no fuera porque alguien estaba gritando. Un grito aterrador. Resonando contra las paredes. Oyó cuerpos corriendo hacia la sala. Sombras. Movimiento.

Mercy los ignoró. Buscaba a Devlin. Debería haber estado entre sus brazos, tirado en el suelo, pero no había nadie con ella.

Se incorporó de golpe, con los ojos escaneando la habitación. Devlin no estaba allí.

—Dioses, mira toda esa sangre.

—¡Dadle espacio! ¡Retroceded y dadle espacio!

Los gritos se intensificaron. Mercy cerró los ojos mientras el mundo giraba. Una parte de su mente aceptó que estaba perdiendo sangre a marchas forzadas. Por eso, se sentía tan mareada.

Pero, lo más importante ahora era: ¿dónde demonios estaba Devlin? ¿Por qué no había llegado con ella a través del portal de cera?

No podía pensar con tanto grito. Quería que esa persona se callara.

«¡POR FAVOR! ¡CÁLLATE!».

Y lo hicieron.

PARTE DOS: Rompiendo

10

REN MONROE

El hechizo de imitación le rechinaba en los sentidos. Un cosquilleo subía y bajaba por su columna vertebral. Leves sensaciones recorrían sus brazos. Cada vez que daba un paso en la dirección incorrecta, su incomodidad aumentaba.

Así había sido diseñado ese hechizo en particular: la magia la empujaba a seguir los pasos de Lana Dawson.

Theo iba detrás de ella como un fantasma obediente, y cinco soldados lo seguían a él. Tres eran paladines asignados de la Legión de la Espada Brillante. Los otros dos eran guardias leales a la Casa Brood. El séquito era lo suficientemente grande como para atraer miradas del resto de transeúntes matutinos, pero el joven había insistido en llevar la protección adecuada.

La noche anterior, Ren había tardado varias horas en encontrar el conjuro correcto, y otras tantas en adquirirlo y dominarlo, dentro de una sala de archivos.

Cada intento la hacía pensar en Timmons. Después de todo, la última vez que Ren se había esforzado tanto con la magia había sido el día anterior al incidente del portal. Su amiga le había ofrecido su poder de mejora con tanta naturalidad, haciendo que todo pareciera sencillo. Era difícil no imaginar cómo sería tener a su mejor amiga con ella en ese momento, atravesando todo esto juntas.

«¿Sería más fácil? ¿Habría encontrado otro camino? ¿Uno mejor?». Ren se obligó a apartar esos pensamientos. No podía permitirse ser arrastrada por un mundo que nunca existiría. Este mundo aún la necesitaba.

Una vez finalizado el hechizo, estuvo lista para salir corriendo en plena noche y seguir el rastro, hasta que Theo señaló, con toda lógica, que perseguir a una persona desaparecida hacia un lugar desconocido en plena madrugada no era una decisión racional.

Ren accedió.

La mañana era más razonable.

Llevaban ya una hora siguiendo el rastro. El manual de hechizos aseguraba que los mejores resultados se lograban usando los zapatos originales, lo cual significaba que los pies de Ren estaban apretados dentro de unas simulaciones demasiado pequeñas.

Los zapatos la llevaron primero a un pequeño apartamento en el Distrito del Muelle. Tía Sloan había mencionado que ahí vivía la chica con su hijo.

Desde ahí, el camino se volvió más interesante.

El rastro los llevó a una casa mágica. No a la entrada habitual para recargar varitas, sino a una puerta trasera sin picaportes exteriores.

Ren quiso avanzar, pero cada nuevo paso hacía que el picor regresara a su piel. Le llevó un momento entender lo que el hechizo intentaba comunicarle.

—Esperó aquí, al menos unos minutos. ¿Tal vez para encontrarse con alguien?

Theo asintió.

—Podemos esperar también.

Esta no estaba tan segura.

«¿Estaba el tiempo de su lado? ¿Lana estaría aún viva, esperando ser rescatada? ¿O simplemente había dejado atrás una vida que ya no deseaba?».

Ren caminó en círculos, hasta que sintió un sutil impulso de seguir avanzando por la Calle del Zumbido hacia el oeste, hasta donde terminaba, junto a la Avenida Parsons.

Poco a poco, los edificios fueron cambiando, de residencias a comercios. Las casas se transformaban en tiendas. Luego, las tiendas daban paso al sector industrial. Fábricas se alzaban por doquier. Trabajadores iban y venían de edificios sin carteles. Era como caminar por la columna vertebral metafórica de la ciudad.

Todas las industrias que sustentaban sus vidas. A la izquierda, dos mujeres escalaban un silo oxidado. A la derecha, se levantaba una nueva construcción —los pilares base aún expuestos y un pequeño equipo discutiendo sobre algún problema logístico—. El lugar era un hervidero.

—Es un sitio extraño para que lo visitara —murmuró Ren, pero siguió caminando.

Los edificios no se volvían más pequeños. No había retorno al barrio residencial. Las fábricas llegaban hasta las puertas orientales.

Ren nunca había visitado esa zona. Tenía la impresión de que era un lugar al que ibas por una decisión consciente o nunca ibas.

Finalmente, sintió un brote de urticaria en la zona alta de la espalda.

Probó cada posible giro hasta que los zapatos respondieron; el picor se desvaneció.

Ren se encontró frente a un edificio viejo. No era alto, pero sí largo —se extendía desde donde estaban hasta las puertas del este —. No había señales, solo una dirección: 52 Círculo Prosswimmer.

—Vino aquí.

Theo frunció el ceño.

—Este edificio… Es uno de los nuestros. Bueno, no somos los propietarios, pero lo gestionamos desde hace décadas. Estaba incluido en ese contrato de defensa con la ciudad. Nuestros hombres fueron excluidos. No recuerdo exactamente para qué servía…

Ren visualizó el archivo en su mente.

—Tratamiento de agua.

Theo asintió.

—Cierto. El equipo es pequeño. ¿Cinco personas? Están asignados para supervisión general. Es una instalación de magia pasiva, así que sigue funcionando. El virrey no se arriesgaría a que un lugar así se detuviera. Es demasiado vital para la infraestructura de Kathor. Estoy casi seguro de que nuestros empleados no han entrado desde hace seis días. Debería estar vacío.

Ren frunció el ceño.

—Pero aquí es donde vino Lana. Siento los zapatos empujándome hacia delante. O sigue dentro, o visitó este sitio y se fue.

—¿Estás segura?

Ren probó hacia la derecha y hacia la izquierda. Ambas direcciones le provocaron una desagradable oleada de escozor.

Al dar un paso hacia la puerta, el efecto desapareció.

—Sí. Estoy segura de que entró.

Ahora Theo caminaba de un lado a otro.

—Bien. Una chica desaparece. Seguimos su rastro y nos trae aquí. ¿A un edificio sin nombre que casi nadie conoce? Y se supone que está cerrado. ¿Cómo entró?

Por curiosidad, Ren probó la manilla. La puerta se abrió con un quejido. La oscuridad les esperaba dentro.

—¿Está abierta? —preguntó Theo, incrédulo—. ¿Por qué informaron que estaba cerrada?

—Tal vez lo estaba —respondió Ren—. Pero has dicho que han pasado seis días. Dudo que los trabajadores hayan venido a revisar la cerradura cada mañana. Probablemente, esperaban una orden oficial. Está claro que alguien ha venido desde entonces. Lana entró ahí. Nosotros también debemos entrar.

Theo negó.

—No. Ellos van primero. Para eso los hemos traído.

Hizo una señal, y los tres paladines se adelantaron.

Era extraño verlo dar órdenes, considerando que todos eran al menos diez años mayores.

Pero nadie se quejó. Aceptaron su autoridad sin discusión.

Cada uno activó sus escudos divinos. Las luces brillantes le recordaron a Devlin. Se preguntó si él habría ascendido en sus filas y en qué puesto estaría ahora.

Un segundo después, los paladines entraron al edificio.

Theo hizo una seña a sus propios soldados.

—Dirigíos al fondo del edificio —ordenó—. Informad, si veis algo. Nadie sale sin nuestro permiso. Detened a quien lo intente. —Ambos hombres corrieron, obedientes, y Theo se giró hacia Ren—. No me gusta esto. No tiene sentido que haya venido aquí.

Ren sentía su inquietud a través del vínculo. Sospechaba que ella misma generaba su propia dosis de esa emoción.

«¿Por qué la nuera de tía Sloan había venido justo a este edificio?».

Al principio, había pensado que todo esto era solo humo, sin fuego. Tal vez, Lana se había enamorado de alguien durante una reunión con los Hacedores, pero este no era el tipo de sitio donde te encuentras con un amante. No, esto parecía el comienzo de algo más oscuro.

Menos de dos minutos después, uno de los paladines regresó.

—Querrá ver esto, señor.

Theo y Ren intercambiaron una mirada antes de entrar.

La primera sala parecía ser un almacén. Vieron una mesa cubierta con un revoltijo de objetos aleatorios, probablemente dejados atrás la última vez que los guardias habían estado de turno. La siguiente puerta daba directamente a una pasarela elevada.

«Una red de pasarelas», notó Ren, al mirar hacia delante.

El sonido del agua en movimiento dominaba el espacio. Resonaba contra los techos bajos. El exterior del edificio tenía mucho más sentido ahora. Se extendía hasta las puertas orientales porque ese era uno de los tres lugares de la ciudad donde los afluentes del Blanco Errante pasaban bajo los muros de Kathor. Era una fuente de agua para una gran parte de la ciudad.

Perdida en sus pensamientos, Ren chocó con Theo.

—¡Who…, lo siento…!

—Dioses…

La plataforma elevada desembocaba en el corazón de la instalación. Abajo, se veían una serie de tanques rectangulares, más parecidos a piscinas estrechas. La lógica básica le indicó que ahí se trataba el agua contra enfermedades, y que el agua purificada salía por una red de tuberías hacia la población.

Pero todos esos detalles académicos quedaron relegados a un segundo plano.

Ren vio por qué Theo se había detenido.

Había cuerpos.

La bilis empezó a subirle por la garganta.

Theo fue el primero en vomitar, por encima de la barandilla más cercana.

Los tres paladines estaban reunidos en la plataforma inferior, conversando en voz baja.

Ren luchó contra las náuseas y puso una mano en la espalda de Theo, empujándolo con suavidad hacia delante. Él se limpió la boca, antes de bajar por una escalera en espiral hasta el nivel principal.

—¿Cómo es que simplemente… están ahí, así? —fue su primera pregunta.

Ella había notado lo mismo. Los tanques no estaban estancados. El agua fluía dentro y fuera de ellos a gran velocidad. La corriente debería arrastrar los cuerpos, pero no. Flotaban, perfectamente, en el centro de sus respectivos tanques.

La respuesta le pareció obvia.

—Hechizos de estasis. Imagino que las corrientes aquí son muy constantes. Siempre la misma cantidad de agua fluyendo por cada tanque. Sin factores externos como viento o erosión. Sería bastante fácil crear un contraconjuro, si conoces el caudal exacto.

—¿Y los cuerpos flotarían así sin más? —insistió.

—Algún tipo de magia de flotación. Probablemente, en el forro de la ropa. Es como yo lo haría.

Theo respondió con una mirada sombría.

Uno de los paladines volvió con ellos.

—Hay cuatro cuerpos, mi señor.

Ren solo había notado los dos primeros. A lo lejos, había otros dos tanques, separados solo por un estrecho paso. Un cuerpo por tanque. Ese detalle hacía todo aún más extraño.

—No solo están muertos —corrigió Theo—. Han sido mutilados.

Tenía razón.

Ren había evitado mirarlos directamente, observándolos apenas de reojo. Tenía mejor ángulo en el tanque de la izquierda. El cadáver era de un joven con la cabeza rapada.

«¿Unos años mayor que ella, tal vez?».

Quien lo había hecho, le había abierto la cavidad torácica. La piel estaba replegada en los bordes…

Ren vio una secuencia de imágenes: las quemaduras de Clyde. Timmons cayendo. Cora con una flecha atravesándole el pecho.

Incluso Landwin Brood, con los ojos muertos y las venas negras, marcándole la garganta.

Se giró justo a tiempo para vomitar en la esquina más cercana.

Cuando su estómago se calmó, le gritó a Theo:

—Descríbeme lo que ves. Yo no… No creo que pueda mirar.

—Claro —aceptó Theo—. No lo sé. Es extraño. Todas las heridas en los cuerpos coinciden perfectamente. Pechos abiertos. Cortes en los muslos superiores, en los brazos… No puedo ver bien los otros dos cuerpos desde aquí, pero me imagino que están igual.

—¿Uno de ellos es una chica?

Theo se quedó callado un momento.

—Sí, en el tanque frontal derecho.

—¿Pelo corto? ¿Castaño claro?

—Sí. Hasta los hombros, más o menos.

«Dioses… Tía Sloan tenía razón. Lana Dawson estaba en problemas, y ahora estaba muerta».

Ren estaba por hacer otra pregunta, cuando su mente se quebró.

Un nuevo miedo surgió, imponiéndose sobre todo lo demás.

Tía Sloan había vinculado a Lana con Agnes Monroe. La madre de Ren había sido una de esas visitantes nocturnas. Esto…, lo que fuera que fuese…, había sucedido de noche.

«¿Y si…? ¿Y si…?».

Luchó contra las náuseas y revisó los primeros dos cuerpos. Uno era un joven. El otro parecía ser Lana Dawson.

Ren avanzó por el estrecho pasillo entre los tanques. Los paladines intentaron detenerla, quizás para protegerla del horror, pero la voz de Ren sonó como un látigo.

—Quitaos de mi camino.

Se apartaron como una cortina dorada.

Ella siguió avanzando, ignorando las preguntas de Theo.

«Tenía que saber. Necesitaba ver. Por favor. Que no sea ella. Dioses, que no sea ella».

El paso entre los tanques estaba resbaladizo. Casi se cayó, antes de llegar al punto donde terminaban los primeros dos tanques y comenzaban los siguientes.

Los cuerpos se hicieron visibles.

Uno era un hombre, que descartó de inmediato.

Pero el otro…

—Dioses…

Los ojos de Ren buscaron cada detalle. Una mujer mayor. Piel profundamente bronceada. Pecas dispersas. Sintió sus hombros ceder ante el peso de esa verdad imposible. Su estómago se encogió. Su garganta se cerró, como si no quedara más aire en el mundo.

Pero entonces vio el cabello de la mujer. Flotaba en el agua, oscuro y liso…, pero el flequillo estaba seco, y rizado.

Un suspiro rasgado escapó de Ren, y cayó de rodillas.

No era su madre.

Era otra persona.

—¿Ren? —Theo estaba detrás de ella. Le puso una mano cautelosa en el hombro—. Ren, ¿qué pasa?

Esta negó.

—Lo siento, Theo. Tenía que saber. Mi madre… visitó a Lana… Pensé que quizás…

Él lo entendió.

—Pero no es ella.

—No. No lo es.

Le apretó el hombro, aliviado.

Fue lo bastante amable como para no mencionar la otra verdad que los esperaba, como un puente que ninguno quería cruzar. El peor destino posible habría sido encontrar a su madre allí, sacrificada como las demás víctimas, pero la otra opción no era mucho mejor. La posibilidad de que Agnes Monroe estuviera involucrada en esto.

No como víctima, sino como autora.

—Vámonos a casa —susurró Theo—. No tenemos por qué quedarnos.

Ren negó de nuevo.

—No, esto es importante. Tenemos que entender qué está pasando.

—Señor Brood. Señorita Monroe.

Era uno de los paladines. Los había seguido hasta el centro del pasillo.

—Perdón por la interrupción… Si pudiera decir algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Theo.

—Creo que debemos evacuar el edificio.

Ren frunció el ceño.

—¿Por qué? Quien haya hecho esto ya se ha…

—No es eso. Uno de mis compañeros acaba de señalar algo sobre los cuerpos. Parece que están… soltando algo.

Después del terror de pensar que su madre estaba muerta, los cadáveres ya no le parecían tan horribles como antes. Los cuerpos eran solo cuerpos. Las heridas, solo heridas.

Ella y Theo entrecerraron los ojos, observando al más cercano. Tuvo que ajustar levemente el ángulo para ver a qué se refería el paladín.

Un gas tenue, pero inconfundible.

—Hasta que identifiquemos la sustancia, no deberíamos estar aquí —insistió el paladín.

Ren, de forma inconsciente, subió el cuello de su camisa para cubrirse la nariz.

No necesitaban más razones.

Ambos fueron guiados de regreso por el estrecho pasillo.

Aquella escena era como nada que Ren hubiera presenciado antes. Ni siquiera la muerte de Clyde se comparaba. Aquello había sido espantoso, sí, pero no diseñado con la intención de serlo. Había sido un accidente; magia fuera de control. En cambio, estos cuerpos, con sus heridas idénticas y su postura extraña, parecían una forma de arte cruel.

Ren se encontró deseando que su madre no tuviera nada que ver con esto.

Fuera, Theo ordenó que los paladines fueran directamente a Puerto Seguro. Quería que enviaran al mejor forense al edificio, lo antes posible.

Sus propios guardias hablaban en voz baja.

Ren seguía pensando en su madre, en el papel que había jugado en todo esto.

Como siempre, Theo tenía el don de ver el panorama más amplio.

—¿Recuerdas los detalles de este edificio?

Asintió.

—La mayoría.

—¿Qué parte del suministro de agua de la ciudad proviene de aquí? Sé que hay cuatro instalaciones de tratamiento, pero no recuerdo qué zonas atiende cada una…

Ren cerró los ojos. Podía ver las páginas en su mente.

—Esta abastece el sector norte —recitó—. El Distrito de las Bodas, el Barrio Piedrabaja. Tal vez, parte del Distrito inferior también. Diría que cerca de un tercio de Kathor.

Theo se quedó pensativo.

—Y nosotros controlamos dos de las otras tres instalaciones. Edificios que están desocupados. Y si… ¿Y si estaban apuntando al suministro de agua, Ren?

Un agudo zumbido cortó el aire.

Los cuatro se detuvieron, mirando alrededor, cuando un rayo de magia amplificada impactó en el suelo entre ellos.

Ren lo vio todo a cámara lenta. Cómo el suelo se deformó. Una onda que se extendió por las piedras como un terremoto. Los sacudió en el aire, y, mientras aún estaban suspendidos, la magia estalló.

La joven sintió como si la hubieran golpeado con cuatro puños blindados. Uno le dio en el hombro. Otro en el estómago. Dos más en los muslos. Si no hubiera estado usando varios de los sellos protectores de la Casa Brood, habría muerto.

El escudo se activó a tiempo para bloquear la mayor parte del impacto, pero, aun así, fue lanzada por los aires, directa contra el muro de piedra de la planta de tratamiento.

Theo sufrió lo mismo, golpeando el muro junto a ella, pero sus guardias no tuvieron tanta suerte.

Ren vio cómo la magia los destrozó. A uno le arrancó un miembro. El otro se desplomó, con las manos presionando un agujero en su abdomen.

«¿Qué clase de magia era esa…?».

Figuras encapuchadas inundaron las calles. Dos… Cuatro… Diez. Más de las que podía contar en un espacio tan pequeño.

Ren vio que todos llevaban las varitas en alto con conjuros formándose en sus extremos, pero lanzó el hechizo más rápido que se le vino a la mente. El hechizo de luz concentrada que había usado contra el wyvern.

La gran ráfaga de luz cegó a sus enemigos.

Tras el resplandor, se puso en movimiento, agarró a Theo por el frente del abrigo y lo empujó de nuevo a sus pies.

Ambos tropezaron, hasta ponerse a correr, mientras los atacantes gritaban, intentando orientarse.

Ren pensó que quizás podrían escapar.

Estaban a punto de alcanzar el callejón más cercano, cuando otra figura enmascarada salió de las sombras, como si hubiera estado esperándolos ahí.

Bajó su varita con un movimiento brusco.

Ren vio el aire fracturarse de forma extraña. Un destello parpadeante de algo. Su escudo la habría protegido de un ataque directo, pero la magia estaba dirigida hacia abajo.

Los adoquines la lanzaron brevemente al aire.

La mano de Theo se soltó de la suya.

Ren notó que su impulso la llevaría a caer justo sobre el mago enmascarado, pero este levantó una segunda varita en el último segundo. Sus defensas bloquearon el primer hechizo, pero el segundo tenía un *timing* perfecto. Se coló entre sus barreras.

«No es posible».

Una presión aplastante la envolvió, como si fuese un juguete en manos de un dios furioso.

Ren cruzó la mirada con el mago enmascarado y vio dos líneas de un verde antinatural, antes de que la arrojara hacia un lado, directamente contra la pared.

Sintió el dolor recorrer todo su cuerpo, y llegó la oscuridad, a continuación.

11

NEVELYN TIN’VORI

Nevelyn no encontraba en sí misma la capacidad de preocuparse. Mantenía el frente de su camisa alzado sobre la boca y la nariz, mientras su corazón no había dejado de latir con fuerza desde que salió del apartamento de Agnes Monroe.

La mujer había revelado tantos detalles íntimos: una organización secreta, un plan de una escala que parecía imposible, una enfermedad diseñada para infectar a toda la ciudad… También la había invitado a unirse a su causa, a ser una de las casas que apoyara la nueva sociedad que querían construir.

La mujer había juzgado muy mal la capacidad de Nevelyn para sentir simpatía.

Era cierto que la Casa Tin’Vori había sido desposeída por la élite de la ciudad. También era cierto que habían vivido en la pobreza durante casi una década. Estaba claro que Monroe creía que existía un puente natural entre ellos y la lucha del ciudadano común de Kathor, pero la verdad era que su casa y sus propiedades acababan de ser restauradas. Su modo de vida estaba regresando, pieza por pieza. Después de todo ese tiempo, no tenía intención de dar la vuelta y renunciar a todo por alguna causa.

No le había dicho nada de eso a Agnes Monroe.

Había visto el brillo en los ojos de la mujer. Alguien que actuaba no solo con un propósito, sino con una fe desenfrenada en que lo que hacía era lo correcto.

Nevelyn no tenía ningún deseo de aliarse con fanáticos.

—Tienes todo mi apoyo —le había dicho—. Solo indícame qué necesitas que haga.

Esperar. Esa había sido la única petición de Monroe. Sentarse y esperar. Llegaría un momento en que alguien del grupo le daría instrucciones. Estar lista para actuar cuando llegara el momento.

Nevelyn había mentido sin dudarlo, prometiendo todo el apoyo, pero, en cuanto se fue, marchó directamente al mercado más cercano.

Todavía tenía la costumbre de llevar casi todo su dinero encima.

Mentalidad de víctima, porque su casucha en Peska había sido robada dos veces.

Cuando llegó al mercado, empezó a gastar cada moneda que tenía. Compró alimentos que sabía que durarían. Una vez más, su tiempo huyendo le fue útil. A menudo habían elegido alimentos que podían estirarse más allá de la fecha de caducidad. Todo lo que fuera fácil de transportar.

Pequeñas bolsas llenas de nueces. Frijoles secos en recipientes al vacío. Bolsas de arroz o fideos.

Apiló estos artículos, hasta que el comerciante más cercano comenzó a mirarla con sospecha, temiendo que huyera sin pagar.

Lo tranquilizó, dejando caer las monedas correctas sobre el mostrador.

Sus compras llamaron la atención, pero no le importó. Mientras Agnes Monroe no bajara por la calle y la viera, no importaba.

Solo cuando llenó tres bolsas hasta el tope, se las colgó con cuidado sobre los hombros. Hizo una mueca por el peso y porque las correas se le clavaban en la piel, pero, tras un ajuste rápido, recorrió el camino corto, pero arduo, de regreso a casa.

La gente la miraba. Niños pequeños la señalaban. Algunos comerciantes incluso salían a sus ventanas, curiosos por su paso.

Nevelyn no pudo evitar devolver las miradas.

Agnes Monroe le había dicho que una enfermedad se extendería por Kathor.

«¿Pasaría hoy? ¿Mañana? ¿En una semana? ¿Ya estaba corriendo por sus venas?».

La mujer había afirmado que afectaría a todos.

Nevelyn había sido escéptica.

Las casas antiguas tenían muchos resguardos mágicos. Magia que la gente común solo podía soñar.

Monroe había sonreído en respuesta: «Ya viene. A por todos ellos».

Observaba a las personas que pasaban buscando signos. Síntomas. Una tos violenta o algún sarpullido. Pero, al llegar a casa, no sabía qué pensar.

«¿Estaba exagerando ante los delirios de una mujer loca? Todas las personas que había visto parecían completamente normales. Sus vidas seguían como si fuera un día cualquiera».

Ava abrió la puerta.

—Por fin, ya estoy cansada de entretener a este pequeño… —Abrió los ojos de par en par—. ¿Qué demonios es todo esto? Nev, tiene la mitad de nuestro tamaño. No puede comer tanto.

Nevelyn la ignoró.

—Ayúdame a descargar todo. Te lo explicaré dentro.

Ava frunció el ceño, antes de quitarle una de las bolsas del hombro.

Recorrieron el pasillo.

Josey estaba en la mesa de la cocina, como si el mundo entero hubiera fallado en su sagrado deber de entretenerlo. Sus ojos se agrandaron cuando vio todo lo que caía sobre la encimera. Sin embargo, la impresión no le duró mucho.

—¿Frijoles? No me gustan los frijoles.

Nevelyn rodó los ojos.

—Vamos a ordenar todo esto. ¿Dónde está Dahvid?

—En el baño —respondió Ava—. ¿Vas a explicarnos por qué has comprado cinco kilos de fideos? La semana pasada estabas subida en tu banquito, predicando sobre el gasto responsable.

—Ve a buscar a Dahvid. No quiero repetirme.

Eso provocó una mirada dramática, pero volvió a salir de la estancia.

Nevelyn la escuchó llamando a su hermano.

Se dio la vuelta y casi dio un salto. Josey estaba a centímetros de ella, con los dedos congelados sobre una caja de galletas secas. Sonrió con inocencia.

—Perdón. No quería asustarte.

—No vuelvas a hacer eso, o encantaré tus zapatos para que chillen cada vez que camines.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Puedes hacer eso?

—Puedo hacer mucho más de lo que imaginas. Vamos, ayúdame con esto.

Para su completa sorpresa, obedeció, aceptando cada pequeña tarea que le asignó. Fue un recordatorio sutil de que había pasado años viviendo con Garth. Probablemente, habían compartido las tareas del hogar, lo que significaba que estaba más acostumbrado al trabajo doméstico que muchos niños de su edad.

Eso podría ser útil.

Ava regresó con Dahvid, aunque él llegó sin camisa y molesto. Al ver las pilas de comida, alzó una ceja.

—¿Abriendo un restaurante, Nev?

Ava soltó una carcajada.

Dahvid parecía bastante complacido con su broma. Había sido así desde que su hermana había vuelto. Los dos otra vez uña y carne, lo que molestaba a Nevelyn más de lo que quería admitir.

—Estamos preparándonos —respondió—. Acabo de visitar a Agnes Monroe.

En la tranquilidad de su cocina, relató todo lo que sabía. Un plan que llevaba diez años en desarrollo. Una puerta que habían abierto, sin saberlo, al derrotar a la Casa Brood.

La ciudad a la que finalmente habían regresado, después de tantos años, supuestamente sufriría una plaga. Monroe prometía que llegaría a todos los hogares. Ningún hechizo podría detenerla. No habría resguardo que pudiera frenarla. Y, según Agnes Monroe, la enfermedad cambiaría la estructura misma de la sociedad. Promesas audaces. Tal vez demasiado.

Cuando Nevelyn terminó, Dahvid negó.

—La mayoría de la gente promete mucho y cumple poco.

—Ah… —soltó Nevelyn—. No sabía que papá había vuelto de su tumba.

Dahvid puso los ojos en blanco, pero Ava se apresuró a retomar ese mismo hilo.

—Agnes trabaja en el puerto, ¿no? Cuesta imaginar que tenga los recursos para operar algo de este tamaño. Déjame adivinar. ¿Quería tu ayuda? ¿Unas cuantas donaciones le vendrían bien?

—Eso fue, de hecho, lo que me convenció —respondió Nevelyn—. No quería nuestro dinero. Ni siquiera pidió mi ayuda. Dijo que la enfermedad ya estaba en camino. Que los planes ya estaban en marcha. Por cómo hablaba…, lo hacía sonar inevitable. Nada va a detenerlo a estas alturas. Lo que quería era nuestro apoyo para después, cuando la ciudad se estuviera recuperando. Quería que apoyáramos a los Hacedores.

—¿Los Hacedores? —intervino Josey desde la mesa—. ¡Yo los conozco!

Todos volvieron la mirada hacia él.

Nevelyn había olvidado que seguía ahí sentado.

Él les sonrió a los tres, radiante.

—¿Vosotros no?

—No —admitió Nevelyn—. ¿Quiénes son?

La sonrisa del niño se ensanchó al darse cuenta de que poseía una información que los demás no, y, como cualquier niño que conoce un secreto, saboreó el momento.

—Vamos. Todos conocen a los Hacedores.

—Deja de hacerte el interesante —soltó Nevelyn—. Dinos lo que sabes o haré que Dahvid use uno de los tatuajes que no te ha contado. Puede que no te guste ese tipo de magia.

Josey pareció más tentado que acobardado.

—Está bien. Tienen reuniones en el Distrito inferior. Garth fue una vez. Dijo que eran… —Y aquí adoptó una voz más profunda, casi sin esfuerzo—: «Un montón de lunáticos delirantes que balbucean sobre un futuro que nunca va a existir».

Nevelyn tragó saliva. Era una imitación decente. Lo suficientemente buena como para recordarle la voz real de Garth, y el olor a menta que solía tener en el aliento. El calor que sentía cada vez que él estaba cerca.

Miró hacia abajo y se dio cuenta de que estaba apretando una bolsa de arroz con tanta fuerza que las costuras empezaban a desgarrarse.

—Pero ahora ese futuro está en camino —concluyó Nevelyn—. Según Agnes Monroe.

—Eso último es lo importante —dijo Ava—. ¿Cómo podríamos confiar en ella?

—¿Por qué me mentiría? ¿Qué ganaría con eso?

Ava se encogió de hombros.

—Papá siempre decía que hay dos tipos de mentiras. Las que se dicen a los demás… y las que uno se dice a sí mismo. Ella cree que se acerca un cambio. ¿Cuántas personas han creído lo mismo? La mayoría de las revoluciones mueren antes de dar su primer aliento.

Dahvid había permanecido en silencio. Ahora sus ojos se fijaron en ella.

—La última vez, seguimos mi instinto. Mira a dónde nos llevó. Esta vez seguiremos el tuyo. ¿Qué te dice el estómago, Nev?

Le sostuvo la mirada.

—Mi estómago me dice que se acerca una tormenta, y creo que, si estamos preparados, podríamos ser una de las únicas casas de la ciudad que no termina derribada por ella.

Ava ya negaba con la cabeza, lista para quejarse.

Dahvid la silenció con una sola mirada.

—Seguiremos la guía de Nev en esta ocasión. ¿Qué más tenemos que hacer?

—Más comida —dijo Ava—. Esto es un buen comienzo, pero te sorprendería lo rápido que desaparece. En el castillo de Nostra éramos pocos, y, aun así, las reservas se agotaban antes de lo esperado. Si la ciudad cae en un verdadero caos, habrá escasez. Deberíamos comprar el doble. También tenemos que trabajar en las defensas de la casa. —Señaló hacia las ventanas que daban al puerto—. La mitad de estas ni siquiera cierran bien. Habrá que arreglarlo todo, y colocar protecciones mágicas también. Es mucho trabajo, pero sé los hechizos que necesitaremos.

—Bien —indicó Nevelyn—. Entonces, está decidido. Josey. Te toca a ti.

El niño parpadeó.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Si llega una enfermedad, vamos a cerrar la puerta principal y no vamos a abrirla de nuevo. Puede pasar mucho tiempo. Esta es tu última oportunidad para irte a otro lugar. Si te quedas con nosotros… es para quedarte completamente.

Miró a su alrededor.

—¿Dónde más iría?

Su pregunta quedó flotando en el aire.

Todos sabían la respuesta.

No había otro lugar.

Solo quería asegurarse de que fuera quien tomara la decisión. Así, si realmente debían aislarse, podría recordarle que quiso quedarse. Que lo pidió.

—No queremos que te vayas a ningún lado —señaló Nevelyn, poniéndose de pie—. Ava, hazme una lista. Iré a comprar más comida. Tal vez a un mercado distinto…, para evitar llamar demasiado la atención.

Su hermana metió la mano en el abrigo. Se quedó congelada. La confusión se convirtió en pánico en cuestión de segundos.

—Lo metí aquí esta mañana… ¿Qué demonios…?

El rostro de Josey se puso rojo brillante. El mismo rubor que siempre le salía a Garth cuando no sabía qué decir. El niño puso una pequeña bolsa de monedas sobre la mesa.

Nevelyn vio cómo ya comenzaba a retroceder con lentitud.

—¡Solo estaba viendo si podía! ¡Lo juro, no iba a quedarme con nada!

Ava se lanzó hacia delante, pero Josey fue sorprendentemente rápido. La esquivó y salió disparado hacia el pasillo oscuro.

Dahvid ya estaba soltando una carcajada.

Ella no pudo evitar sonreír. No era común que alguien lograra burlarse de Ava.

La persecución continuó escaleras arriba. Se oyeron una serie de creativas maldiciones, mezcladas con disculpas. Por el sonido, Josey había logrado encerrarse en uno de los armarios.

Cuando Nevelyn volvió la mirada, vio que Dahvid la observaba. El peso de esa mirada le borró la sonrisa.

—¿Qué? —preguntó.

—Lo siento —susurró—. No he estado cuidando de ti ni de Ava. No, desde que…

—Estabas de duelo. No es lo mismo que el abandono, hermano.

Él desestimó sus palabras con un gesto perezoso.

—Ambos perdimos personas. Sé cuánto estás sufriendo, Nev, pero has mantenido los ojos abiertos. Has estado pendiente de nosotros. Gracias. No volveré a fallar en mi deber. Tienes mi palabra.

Arriba se oyó otra ráfaga de pasos. Al parecer, Josey había logrado escapar del armario.

Efectivamente, bajó corriendo las escaleras y pasó junto a ellos, para salir por la puerta trasera.

Ava venía justo detrás, a medias riendo y a medias furiosa.

Nevelyn empezó a moverse, lista para separarlos si era necesario.

Dahvid le puso una mano en el brazo, al pasar.

—Si viene una tormenta, déjalos disfrutar del sol.

La joven se apartó de la ventana y se puso a trabajar.

12

MERCY WHITAKER

En sus sueños, el doctor Horn se sentaba en una esquina de la habitación. Le hacía preguntas, una y otra vez, con esa sonrisa suya tan contenida, tan hermética.

Pero después de unas cuantas preguntas, su rostro se transformaba en las facciones esculpidas de Devlin Albright.

Mercy encontraba esa versión de él, dolorosamente atractiva.

Después, su rostro se derretía en los rasgos más suaves de Nance, y, a continuación, en el de la sanitaria que había muerto. Un desfile de pecas, moretones, labios y barbillas que se volvían borrosos, hasta que Mercy abría los ojos de nuevo.

Su madre estaba allí.

Llevaban años sin llevarse bien, desde que la abuela de Mercy falleció. Habían tenido una discusión terrible justo antes del funeral. Su madre la presionó, exigente, asfixiante, y Mercy se negó a ayudarla. Por más que le explicara la situación, su madre —consumida por el duelo—, no podía aceptar la respuesta. Las discusiones fueron tan intensas que su padre tuvo que intervenir, y, al ponerse del lado de Mercy, la relación de sus padres comenzó a desmoronarse.

Años después, se separaron.

Mercy nunca se sintió culpable. Su madre había actuado como una niña malcriada.

En el sueño, su madre hablaba con el doctor Horn, y, por eso, sabía que estaba soñando.

Su madre jamás visitaba el hospital.

Ni una sola vez se había acercado para ver cómo había sido la vida de su hija durante los últimos cinco años.

Tenía que ser un sueño, a pesar de lo real que se veían los colores, de lo vívidos y texturizados que parecían.

Sus ojos se fijaban en un objeto específico de la habitación, intentando evaluar si era real, y entonces todo se desvanecía.

De vuelta a la oscuridad.

—¿Mercy? Tienes que comer, cariño. —Ahora, el rostro era de su padre. Otra imposibilidad. Nunca se acercaba a su madre. Llevaban años sin hablarse. Su voz volvió a urgirla—. Vamos, solo una cucharada.

Mercy sintió algo en la mano. Frunció el ceño al mirar hacia abajo. Pudín. Tenía la mano metida en pudín. Frío, pastoso y asqueroso.

Un escalofrío le recorrió la columna. Levantó la mano para examinarla. Había manchas oscuras, no muy distintas a la sangre…

—¡Quítamelo! ¡Quítamelo de encima!

Su padre corrió hacia ella.

El mundo se formó a su alrededor.

Estaba en Puerto Seguro. Pudo ver el pequeño emblema del ave, con su ala protectora extendida. Estaba sentada, con almohadas a cada lado para sostenerla.

Su padre le tomó la muñeca con ternura, limpiando las manchas de su palma extendida. Cuando terminó, dejó la bandeja sobre la mesita.

—Lo siento —susurró—. Solo intentaba ayudarte. Mercy, ¿eres tú, cielo?

Ella asintió. Sentía la garganta en carne viva. Hizo un gesto hacia la jarra que estaba cerca, y su padre se apresuró a servir agua en un vaso.

Mercy bebió, uno tras otro. Solo después de vaciar media jarra, su mente ató ese pequeño detalle con lo que había pasado.

«El agua. La enfermedad está en el agua. Así es como se propaga…».

Horrorizada, arrojó el vaso. Pasó rozando la cabeza de su padre y golpeó la pared al fondo de la habitación. La puerta se abrió y su

madre asomó la cabeza. No era un producto de su imaginación después de todo. Sus padres estaban en la misma habitación, por primera vez en años.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su madre.

—No lo sé —susurró su padre—. Simplemente, lo lanzó.

—Lo siento —dijo Mercy—. Es solo que… la enfermedad. La enfermedad está en el agua. Así planean propagarla. El agua no es segura.

Sus padres intercambiaron miradas y Mercy sintió una oleada de fastidio.

—¿Qué pasa? ¿Después de años sin hablaros, ahora podéis leeros la mente?

Su padre soltó una risa. Su madre, por supuesto, no sonrió.

—Te has despertado varias veces —explicó su padre—. Cada vez, parece que olvidas que ya has hablado con nosotros. Es como si entraras y salieras. El agua ha sido un tema recurrente.

Mercy asintió.

«Error».

Sintió un pinchazo en las sienes. Su mente intentaba, muy lentamente, recomponer los recuerdos. El agua. Recordaba el agua.

Y a Devlin.

Lo había alcanzado en el último segundo.

Después, la vela.

«Mierda… Espera. ¿Así fue como pasó? Pensar paso a paso ayudaba. Estaban en una planta de tratamiento de agua. Habían encontrado un cadáver. Una chica. Asesinada. Holt llegó y trató de matarlos a ambos. Devlin fue apuñalado. Envenenado. Mercy… iba a salvarlo. Quería llevarlo de vuelta a casa, porque solo ella podía salvarlo de morir. Sus dedos atrofiados empezaron a picar con fuerza. Su estómago se retorció de dolor».

—… pero, cuando me teletransporté, él no estaba conmigo. Él… no viajó por los portales de cera. La única razón por la que no viajaría… es que estuviera muerto.

Mercy se dio cuenta de que había estado hablando en voz alta.

No eran solo pensamientos.

Las palabras salían sin más.

Sus padres intercambiaron otra mirada preocupada.

—Ya nos has dicho todo eso, cariño. También sobre Devlin. Cada vez que despiertas, descubres, de nuevo, que está muerto.

Mercy frunció el ceño.

—Nance. Él era uno de ellos. Casi me impide teletransportarme.

Sus padres se miraron de nuevo.

—También has mencionado mucho a ese tal Nance —susurró su padre.

Una cosa conectó con otra y luego otra. Sus pensamientos corrían como un hechizo en cadena. Recordó la enfermedad y sus síntomas. Lo rápido que se propagó por las granjas. El pueblo llamado Colinas Errantes. Alguien esparciendo a propósito una enfermedad.

—¿Ya he dicho todo esto?

Sus padres asintieron.

—¿A quién?

—Nos lo has dicho a nosotros —dijo su madre—. A las enfermeras. A los médicos. A los paladines que han venido a investigar. Se lo has contado prácticamente a todo el que ha entrado a la habitación. Como ha dicho tu padre, vas y vuelves.

—Devlin está muerto —dijo Mercy con terquedad—. Lo han matado. Alguien tiene que investigarlo.

Su madre asintió.

—Oh, Mercy. Los paladines se tomaron muy en serio, lo que explicaste. Cuidan de los suyos. Cuando te escucharon, enviaron una compañía entera a Colinas Errantes. Menos de una hora después de que te teletransportaras. Encontraron a muchas personas enfermas, pero, cuando llegaron a la planta de tratamiento de agua…

Mercy asintió. Esta vez sin dolor.

—Encontraron los cuerpos.

—No, cariño. —La voz de su padre sonó con una paciencia exasperante—. No encontraron ningún cuerpo. Devlin no estaba allí. Lo que sí…, algunos aldeanos dijeron que tú lo mandaste lejos. Unos cuantos afirmaron haberos oído pelear sobre lo sucedido durante los años que estuvisteis juntos.

La furia se encendió dentro de ella.

—Eso no es cierto. Nada de eso ocurrió.

—Mercy… —Su madre parecía agotada por la conversación, como si todo esto fuera una gran molestia para ella—. Los paladines lo han investigado todo. No encontraron a nadie llamado Nance. No hubo rastro de Devlin. El doctor Horn está preocupado por ti. Todos estamos muy preocupados. Esto… Esto se parece a lo que ya sucedió. ¿Recuerdas la historia con tus primos? Siempre dijiste que los salvaste…

La ira de la joven se multiplicó. Una rabia profunda y terrible.

—Madre, sí que los salvé. Lo sabes.

—Sé lo que nos dijiste, pero esos chicos… nunca volvieron a ser los mismos. Luego está lo que pasó con tu amiga en Balmerick. Vamos, cariño. Tienes que admitir que este tipo de dramas te persiguen. No es normal. Estoy preocupada. Todos lo estamos.

Los dedos de Mercy volvieron a picar. Su enfado crecía con cada palabra. Tan intenso que cegaba. No se había imaginado lo que sucedió en Colinas Errantes. Recordaba perfectamente el rostro destrozado de Holt. La herida en el costado de Devlin. El cuerpo de la chica y esas horribles mutilaciones. Todo era real. Lo había visto con sus propios ojos.

—No me creíste —dijo Mercy—, pero viniste a mí después del funeral de la abuela…

La voz de su madre se agudizó.

—No vayas por ahí.

Se miraron fijamente durante unos segundos, y, como siempre, su padre intervino:

—Mira, Mercy. Te creemos. De verdad. Solo queremos que te mejores. Eso es todo. Tu mente se está recuperando del trauma. El doctor Horn está de acuerdo. Solo necesitas… descansar. Recuperarte de esto.

El tono de su madre. Las palabras conciliadoras de su padre. Era demasiado. Sabía que no podía hacer nada desde una cama de hospital. Tendría que mostrarles su diario con todas sus anotaciones. Si era necesario, volvería a Colinas Errantes para guiarlos por todo lo que había ocurrido. No sabía cómo Nance había movido los cuerpos tan rápido, pero lo descubriría.

Decidida, giró las piernas hacia un lado de la cama.

Ambos padres fueron a protestar, pero entonces lo sintió: un tirón agudo en ambas muñecas; aparecieron unas ataduras mágicas. Se activaron al intentar alejarse de la cama.

Estas habitaciones estaban reservadas para pacientes peligrosos o inestables.

Mercy las observó, horrorizada.

—¿Qué demonios es esto? ¿Por qué estoy atada?

Su padre apartó la mirada, avergonzado, incapaz de decir la verdad. Su madre siempre había sido mejor dando duros golpes.

—Porque eres sospechosa, querida.

—¿Sospechosa de qué? Acabáis de decirme que no hay cuerpos. Yo he reportado tres asesinatos, ¡y vuestra respuesta ha sido que nadie ha muerto! Actuáis como si me lo hubiera imaginado todo. Así que decidme, ¿de qué soy sospechosa?

—Devlin está en paradero desconocido —respondió su madre—. No regresó a Kathor. Llegaste cubierta con su sangre, Mercy. Además, llevas días diciendo que alguien más lo asesinó. Los paladines creen que… podrías estar mezclando las historias. Ocultando lo que pasó con una ficción creada por ti misma. Mercy, solo estamos nosotros aquí. Nadie más. Puedes decirnos la verdad. Si ocurrió algo allí fuera, puedes contárnoslo.

La joven probó las ataduras. No cedían. La magia mordía sus muñecas como dientes. Sintió un brote de claustrofobia antes de recordar que el hechizo se desactivaría si se quedaba quieta.

Se recostó de nuevo sobre las almohadas y las ataduras desaparecieron.

«Una lástima», pensó. «Porque en ese momento le habría encantado estrangular a la mujer condescendiente que tenía enfrente».

Nance Forester la había superado. Incluso sus propios padres estaban medio convencidos de su culpa. Necesitaba encontrar una forma de exonerarse.

—Mi diario. Tiene todas las notas. Sobre el pueblo. Sobre la enfermedad. Escribí sobre Nance en él.

Sacudieron la cabeza con tristeza.

—No había ningún diario contigo —respondió su madre—. No estaba cuando te teletransportaste.

«Maldita sea», pensó Mercy. «Dejé las notas en nuestra habitación. Si Nance se deshizo de los cuerpos, también se habrá deshecho del diario».

Su mente aún repasaba su última conversación, analizando los detalles. Había tanta precisión en sus preguntas. Le había preguntado si había escuchado el eco, lo que significaba que esperaba que hubiera un eco. Ese detalle conectaba con otro.

«¿Cómo había llamado Nance al pueblo de Colinas Errantes?».

—Fue una prueba —indicó Mercy—. No pensó que pudiera escapar, y por eso me lo dijo todo. Pensaba que estaba a punto de morir. Él… Él dijo que Colinas Errantes era una prueba. Eso significa que van a hacerlo de nuevo. El objetivo sería…

Sus padres intercambiaron miradas.

Sabía cómo sonaba, como una desquiciada con una teoría de la conspiración.

Pero las piezas encajaban.

Solo había un objetivo lógico. Todos los pueblos al norte eran iguales a Colinas Errantes: granjas dispersas, población reducida. Si hicieras una prueba, la harías a pequeña escala, para luego aplicarla en una mayor. Solo una ciudad encajaba en ese perfil.

—Kathor. El objetivo es Kathor. Necesito hablar con La Espada Brillante. Tenemos que enviar paladines a revisar todas las plantas que abastezcan agua a la ciudad. Aún hay tiempo, podemos detenerlo. No es demasiado tarde.

Ninguno la miró a los ojos.

Vio cómo la esperanza se les escapaba.

Su padre estaba cerca. Lo suficiente como para que ella deslizara la mano dentro de la de él, sin activar el hechizo de proximidad.

Ese pequeño gesto hizo que levantara la mirada.

—Papá, te estoy diciendo la verdad. Nunca he tenido buena imaginación, lo sabes.

Él sonrió con tristeza.

—Es verdad. No eres la creativa de la familia.

Su madre seguía imperturbable.

—Briar, está enferma. Nuestra niña está enferma. Lleva así casi un mes. No podemos…

Toda la ira de Mercy se congeló. Parpadeó con fuerza, como si eso bastara para reiniciar su mente.

«No podía ser. No podía ser».

—¿Qué acabas de decir?

—He dicho que estás enferma, Mercy. No voy a fingir lo contrario. No estás bien.

—Eso no. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo dices que llevo aquí?

Su padre le apretó la mano con suavidad.

—Han pasado… unos veinte días. Tal vez más.

Mercy se hundió en las almohadas. Dejó caer su mano. La habitación giraba. Tal vez el mundo entero giraba.

«Más de veinte días. Llevo aquí más de veinte días».

—Llamad a los paladines.

Al ver que no se movían, Mercy tomó la bandeja de comida y se la arrojó a su madre. Golpeó su hombro y la hizo retroceder hasta la pared. Luego, soltó un grito cargado de furia. El estallido los hizo huir, aterrados.

Y a ella no le importó en absoluto.

Estaban quedándose sin tiempo. Si no actuaban ahora, sería demasiado tarde. Las personas a las que había jurado proteger eran ahora vulnerables. Nance —y quienquiera que estuviera trabajando con él—, podrían haberse infiltrado ya en la ciudad. No iba a fallar en su deber con la ciudad.

Una plaga se acercaba.

13

REN MONROE

Ren se humedeció los labios, intentando distinguir las formas y sombras que se movían al otro lado de la densa tela de su capucha.

Había tres voces.

Un flujo constante de conversaciones, pero, aunque las palabras eran audibles, no podía entenderlas.

Al principio, pensó que era otro idioma. ¿Alguna variante del Tusk? Pero finalmente se dio cuenta de que las sílabas cortadas y las vocales extrañamente alargadas eran producto de la magia. Había un hechizo sobre ellas, ocultando la conversación de oídos no deseados.

Mentalmente, comenzó a imaginar cómo crear ese hechizo.

El ejercicio ayudaba a mantener el terror a raya. Era la tercera vez que la capturaban en los últimos dos años. Primero, en la granja de drogas de Della. Todavía llevaba las cicatrices mentales de esa tortura en el rincón más oscuro de su mente. Luego, la había capturado Zell Carrowynd. Esta había sido un carcelero mucho más amable. Su conversación había sido crucial en la caída de Landwin Brood.

Ren se encontró esperando —y dudando—, que esta captura fuera más parecida a la última.

Se oyó un pequeño chasquido.

La magia había sido disipada.

Ren sintió el peso del hechizo desaparecer del aire.

Una de las voces habló, y esta vez pudo entender las palabras.

—¿Puedes oírnos?

No era una voz que reconociera.

—Sí. Puedo oíros.

—Bien. ¿Tienes idea de dónde estás?

Pensó cómo responder, y decidió que, si quienes la habían capturado eran poderosos, esas personas querrían saber que estaban tratando con alguien igual de poderoso.

—Mi primera suposición ha sido que estabais conectados con lo que encontramos en la planta de tratamiento de agua… —Dejó la frase colgando. Lo ideal era mantenerlos curiosos. Compartir información útil podía ser vital en una situación como esta—. Pero esa teoría se cayó. Todos nuestros captores usaban magia, lo que significa que no pertenecen a los Hacedores. La siguiente pista fueron las máscaras. Los ojos que vi tenían un tono verde antinatural. La tela estaba encantada. Magia de tejido que modifica el color de ojos y el tono de voz. Ese patrón en particular pertenece a los Graylantians.

Uno de sus captores resopló.

—Muy bien. Has reducido a tus atacantes a una casa con unos tres mil miembros.

—Oh…, no eran ellos —replicó Ren—. Las máscaras eran una distracción. Estaban tratando de ocultar la identidad del mago que dirigió el ataque, pero él arruinó el secreto. Era muy bueno. Lo suficientemente astuto para eludir algunos de los hechizos protectores que llevaba. Pero el detalle más interesante fue la ilusión que tenía sobre su varita. Una cosa es usar máscaras; ocultar tu identidad tiene sentido. Pero ¿cuántas personas en Kathor tienen un receptáculo tan famoso que alguien podría reconocerlo con solo verlo?

Ren esperó. Esta vez, nadie resopló.

—Puedo pensar en… tal vez cinco o seis. Si combinas eso con otros detalles: altura, estilo de lanzamiento, postura al lanzar… Está bastante claro que Able Ockley lideró el grupo de captura.

Otra pausa.

Silencio.

Ren sabía que seguían en la sala. Podía ver las sombras más densas a través de su capucha.

—Lo que significa que la Casa Shiverian organizó el ataque. Si tuviera que adivinar, Seminar está en la sala con nosotros ahora. No ha hablado porque reconocería su voz. —Ren sabía que podía detenerse ahí, pero decidió terminar el truco—. Pero vuestra pregunta era dónde estamos. Los Shiverians tienen incontables propiedades, pero soy estudiante de Historia, y sé que su casa prefiere mantener las manos limpias. Si tienen que involucrarse en algo criminal, normalmente lo hacen a través de sus casas menores. Las usan como escudo. Lo que significa que estoy en un edificio que pertenece a los Ockley, los Arvinasks, los Marthins o los Bearings. Able jamás permitiría que utilizaran la casa de su familia. Menos, si ya está arriesgando su reputación participando activamente. La familia Arvinask no sabe guardar secretos. Eso deja solo dos opciones, y, basándome en el débil aroma a cera de vela, voy a decir que estamos en el tercer piso del taller de los Bearings… En la esquina de la Calle del Timón.

Una mano brusca le quitó la capucha.

Ren parpadeó ante la luz y luego alzó la vista hacia el familiar rostro de Seminar Shiverian. Su antigua mentora, y, ahora, su captora.

—Dioses —dijo la mujer—. Ojalá me hubieras elegido, podrías haber aprendido todo lo que sé. ¡Qué brillante habría sido ese futuro para ti! En cambio, te toca esto. —Seminar señaló a su alrededor.

Al otro lado de la habitación, vio a Theo, atado y encapuchado. No había señales de pánico a través de su vínculo, lo que significaba que probablemente estuviera inconsciente, o que el hechizo estaba difuminando su percepción.

Había dos personas más en la sala.

La primera era un hombre de estatura media. Su cabello oscuro estaba en retroceso. Sus ojos eran grandes y redondos, enmarcados por lentes. El extraño giraba alrededor de Theo con una lámpara vieja en alto. No emitía luz, pero él entrecerraba los ojos como si pudiera ver alguna sustancia invisible en el aire.

La segunda persona estaba medio en sombra. Sus brazos delgados, como los de un ave, cruzados al frente. Unos ojos depredadores brillaron al encontrarse con los de Ren. La prisión no

había apagado la belleza natural de Tessa Brood. Esto era lo que merecían por mostrar misericordia.

Los Broods dirigían la mayoría de las prisiones de Kathor. Una consecuencia natural de haber sido el puño sangriento de la ciudad durante casi un siglo. Theo creyó que, si enviaba a Tessa a una de sus prisiones, podría haber sido una sentencia de muerte. Después de todo, su familia era responsable de todos los horrores que se vivían en esos lugares. Misericordiosamente, eligió enviarla a la única instalación dirigida por los Proctors.

Y ahora esa decisión se volvía contra ellos.

—¿Este es tu plan? —preguntó Ren, incrédula—. No podéis reemplazar a Theo. Su ascenso fue público. La ciudad lo ve como el legítimo sucesor de la Casa Brood, y también las casas menores que le sirven. Quitarlo ahora iniciaría una guerra. Una cosa es que un heredero usurpe a su padre, pero otra muy diferente es que otra casa imponga un cambio de liderazgo. Estoy bastante segura de que así empezó la Guerra de los Vecinos.

La sonrisa de Tessa se extendió.

—Ese es el problema de ser tan inteligente. Empiezas a actuar como una imbécil, y asumes que nadie más sabe lo que tú sabes. ¿Quedaste quinta en tu clase?

Ren asintió.

—Yo quedé primera en la mía. ¿Y tú, Seminar?

Su antigua mentora sonrió.

—Primera. Como si hubiera otra opción.

—Sabemos cómo empezó la Guerra de los Vecinos —continuó Tessa—. También memorizamos esos libros. Sabemos los tratados y las principales bajas. La pequeña Ren Monroe salió de la pobreza y se elevó por encima de su lugar… y ahora cree que no tiene iguales, pero no funciona así. Me atrevería a decir que en este juego que jugamos tienes varios superiores.

Tessa cruzó la sala hasta quedar completamente a la luz. Echó una breve mirada al mundo exterior, antes de volver a mirar a Ren.

—Pongamos a prueba esa mente tuya. Dime, Ren Monroe, ¿cuál fue el principal error que llevó a la Guerra de los Vecinos?

La joven casi pudo escuchar la voz del profesor Sasser resonando en su mente.

—El secreto. Una casa intentó manipular los mecanismos internos de otra, pero sin el beneplácito expreso de las otras tres.

Tessa aplaudió con fingido entusiasmo.

—Casi exacto. Eso es correcto. Mira cómo aprendemos de nuestros errores. Qué personas tan inteligentes somos. Seminar representa a la Casa Shiverian. El doctor Horn está aquí en nombre de la Casa Winters. Los Proctors facilitaron mi liberación, y los Graylantians, como bien has notado, ofrecieron las máscaras y rastrearon tus movimientos con ayuda de Able Ockley. Esta vez están involucradas todas las casas mayores, lo que significa que no habrá guerra. —La heredera Brood miró a Ren, como si fuera la criatura más pequeña e insignificante del universo—. Has dicho que eres estudiante de Historia. Ahora pasarás a ser una entrada en un libro de texto. Seguro que encontraremos a alguien que escriba un pequeño párrafo sobre la genial Ren Monroe. Serás una respuesta en un examen parcial de Balmerick. Solo espero que al menos recuerden tu nombre cuando lo hagan.

Ren negó.

—No podéis deshaceros de Theo sin más. No funcionará.

—¿Deshacernos de Theo? No nos atreveríamos. No, querida, nos desharemos de ti. ¿Doctor Horn?

La tercera persona en la sala por fin se apartó de su labor. Retrocedió hacia donde estaban y colocó su extraña linterna sobre la mesa.

—Hay una apertura —dijo—. Una leve grieta. Algún pequeño asunto de desconfianza entre ellos. Un desacuerdo, una vieja herida o una mentira. No estoy seguro, pero no importa. Está ahí, y es suficiente para que entre. La cirugía será larga, pero me siento confiado en que funcionará.

Ren no tenía contexto para lo que comentaba. ¿Grieta? ¿Fractura? ¿Cirugía? Estaba a punto de preguntar qué quería decir, cuando la respuesta hizo clic en su mente.

Los ojos de Tessa Brood brillaron de deleite.

—Buena chica. Sabía que lo descubrirías.

—Estamos vinculados —escupió Ren—. La magia primitiva corre entre nosotros. ¿De verdad vais a intentar una separación? Eso se ha hecho…, solo dos veces en toda la historia de Delvea.

—Cuatro veces, en realidad —corrigió el doctor Horn—. Las dos primeras cirugías exitosas fueron realizadas por mi padre, y las siguientes dos, perfeccionadas por mí. Soy muy bueno en lo que hago, señorita. Monroe. Tras evaluar su vínculo, puedo asegurarle que es perfectamente posible.

Su voz era tranquila. Como si estuviera explicando síntomas comunes a una paciente cualquiera.

En respuesta, el pánico de Ren comenzó a escalar. Una furia salvaje creció en su pecho.

No había respuesta de Theo. Ningún pulso emocional. Ninguna oleada protectora de poder, lo que confirmaba que seguía inconsciente.

Creyó sentir algo. Una entidad distante abriendo los ojos en respuesta a la emoción desbordada en su interior, pero fue un destello fugaz y se desvaneció.

Como todo ser enjaulado, Ren se revolvió contra ellos.

—Esto podría destruir a Theo. Corréis el riesgo de causarle un daño permanente. Hay historias de casos fallidos. —Sacudió la cabeza—. Por favor, no podéis hacerle esto.

—Podemos —indicó Tessa—, y lo haremos. Si funciona, Theo jamás lo sabrá. Olvidará que alguna vez exististe. Podrías golpear las puertas de nuestra mansión cada mañana y él vería a una desconocida. Es tan maravillosamente genial, ¿no? Conservamos al heredero capaz de nuestra casa, y, al mismo tiempo, nos deshacemos de ti, el maldito barro en nuestras botas favoritas.

Ren no tuvo respuesta.

Era un plan terriblemente inteligente.

Siempre había sabido que Tessa era la Brood más peligrosa. También se había preguntado —aunque jamás se atrevió a decirlo en voz alta—, si no deberían haberla eliminado para evitar problemas futuros. Y ahora ese problema estaba aquí, listo para devorarlos a ambos.

Tessa se acercó para unas últimas palabras.

—Después de que esté hecho, no vas a morir. —Le dio un golpecito en la nariz—. Creo que voy a conservarte. —Y salió de la sala.

Seminar y el doctor Horn permanecieron, conversando en voz baja.

La última esperanza de Ren descansaba fuera de la habitación: Vega. No estaba con ellos durante el ataque.

Sus ojos buscaron las ventanas. Su vista alcanzaba los tejados de edificios lejanos, con un cielo que se apagaba con lentitud.

Miró y miró, pero no hubo ningún sonido de alas de piedra.

En su lugar, el doctor Horn cruzó la sala con una aguja en la mano. Sonrió, como si Ren fuera cualquier otra paciente.

—Solo es un pinchacito. Te va a doler un poquito —le advirtió—, pero después, no sentirás nada.

—Espera.

La palabra retumbó en la sala.

No iba dirigida a Horn.

Su antigua mentora se volvió antes de salir.

Ren sabía que su única oportunidad era ganar tiempo. Tenía que darles a Vega y al resto de la Casa Brood una oportunidad para encontrarlos. Solo había una forma de hacerlo.

—No nos habéis preguntado qué encontramos en esa planta de tratamiento.

Seminar le siguió la corriente.

—Adelante, entonces, ¿qué habéis encontrado?

—Cuerpos. Uno en cada tanque de agua —dijo Ren—. Fueron colocados allí a propósito. Sus heridas habían sido hechas *post mortem*, como si fueran incisiones quirúrgicas. Había una sustancia saliendo de cada cadáver. Era algo que nunca había visto. Muy parecido a los cadáveres de dragón.

Seminar escuchó sin inmutarse.

Sorprendentemente, fue el doctor Horn quien reaccionó y retrocedió un paso. Pálido.

—Seguíamos una pista y nos llevó a esos cuerpos. Theo temía que lo que encontramos allí pudiera estar en otras plantas de Kathor.

No creía que fuera un incidente aislado. Es posible que alguien esté atacando el suministro de agua. Envenenando a la gente.

Ren sabía que estaba exagerando. Inventando con descaro. Cualquier cosa para sembrar la idea de una conspiración mayor.

Se sorprendió de nuevo por la intensidad de la reacción del doctor Horn. Parecía haber visto un fantasma. Era como si ella hubiera predicho la fecha exacta de su muerte.

Seminar estaba menos convencida.

—«Si alguna vez eres capturado, distrae y retrasa». Esa cita proviene del tratado de Homa sobre interrogación y guerra. Una chica lista como tú conocería ese texto de memoria.

Ren negó. Sentía que la puerta se cerraba.

—¡Preguntadles a los paladines que estaban con nosotros! Lo habrían reportado a la Espada Brillante.

—Improbable —respondió Seminar—. Los interceptamos antes de que pudieran reportar algo.

Otra esperanza perdida, como un pájaro derribado por una flecha. Nadie más sabía dónde estaban. Solo les quedaba Vega y ellos mismos.

—Tenéis el deber de proteger esta ciudad —soltó Ren—. Kathor podría estar en peligro.

—Un wyvern a la vez —respondió Seminar—. Póngala a dormir, doctor Horn.

Ren sintió el pinchazo prometido. Una oleada de calma engañosa. Susurros tranquilizadores acallaron su pánico, y disolvieron esas emociones hasta hacerlas desaparecer. Sus extremidades se adormecieron.

Apenas pudo distinguir las palabras de Horn hacia Seminar.

—Debo… El hospital… Su historia…

—El procedimiento no puede… esperar.

El sonido y el color se desvanecieron.

Ren sintió que caía a través del tiempo. Regresando a un antes muy antiguo. Más y más atrás. Desapareciendo hasta caer en una nada sin luz.

14

NEVELYN TIN'VORI

Una de las historias favoritas de su padre cuando eran niños era la de Gathraxes.

Durante el primer siglo de existencia de Delvea, sus ancestros tuvieron contacto con dragones.

No con frecuencia.

Incluso entonces, los dragones ya comenzaban a retirarse hacia las Tierras Salvajes. Su número, ya menguante, seguía disminuyendo con rapidez. Pero, de vez en cuando, una historia llegaba a oídos del pueblo. Los viajeros se los encontraban en los senderos más profundos del bosque. La expansión hacia nuevos territorios a veces se veía frustrada por su presencia.

Una de esas historias provenía de un hombre llamado Crawley Shiverian.

Octavo hijo de la legendaria Hara Shiverian, un hijo sin derecho a herencia.

Apoyado por una suma generosa de un mecenas familiar, lideró una expedición hacia el interior. No hasta las Tierras Salvajes, pero lo suficientemente cerca como para considerarse un riesgo.

Estableció un pequeño puesto que creció hasta convertirse en un pueblo.

La misión de Crawley parecía un éxito, hasta que una noche se encontró cara a cara con Gathraxes.

El dragón emergió de las sombras.

Crawley sabía que no debía luchar ni huir.

Inmediatamente, se inclinó.

Complacido por esa sumisión, Gathraxes le ofreció misericordia.

—En setenta y tres días, tu pueblo se inundará. Muchos morirán. Prepárate y sobrevivirás.

Crawley llevó la noticia a su gente, y sus asesores más sabios lo rechazaron. La profecía no era lógica. El pueblo estaba elevado, muy lejos de zonas inundables, y apenas había llovido desde que se asentaron en la región.

Su encuentro fue descartado como un delirio febril. Pura imaginación.

Crawley preparó su casa, mientras el resto del pueblo se burlaba desde sus puertas.

Una vez fue su líder, y ahora lo habían destituido. Otros lo reemplazaron.

Sin embargo, Crawley siguió trabajando pese al juicio ajeno.

El día finalmente llegó.

Setenta y tres días desde el encuentro.

Crawley despertó con un cielo despejado.

Los asesores que pasaban frente a su casa señalaban la luz que atravesaba los árboles del bosque.

Todo ese esfuerzo desperdiciado por un sueño o una broma de dragón.

Crawley era el nuevo bufón del pueblo, hasta que escucharon un retumbo y luego se convirtió en un rugido.

En menos de una hora, el pueblo quedó bajo el agua.

Más tarde, los historiadores confirmarían lo que ninguno de los aldeanos —ni siquiera Crawley—, sabía: Gathraxes había pasado esos setenta y tres días trabajando. Día y noche. Había estado en las montañas usando sus garras para tallar un nuevo valle. Esa grieta desvió uno de los principales ríos, lenta, pero inexorablemente, hasta que el cauce entero se rompió como una presa que estalla.

Cientos murieron.

Crawley fue uno de los pocos supervivientes.

Las lecciones del relato siempre dependían de quién lo contara. La paciencia es una virtud. Los dragones son unos bastardos. La sabiduría solo se encuentra en retrospectiva.

Una Nevelyn más joven había considerado a todos los de la historia unos completos idiotas. Si ella se hubiera topado con un

dragón, no se habría quedado a reforzar su casa, como hizo Crawley. Tampoco se habría burlado, como los asesores. No. Habría partido a la mañana siguiente y no habría vuelto jamás.

Pero ahora se encontraba siguiendo los pasos metafóricos de Crawley.

Era una mortal en posesión de una profecía.

Su casa estaba preparada. Una docena de diferentes conjuros habían sido lanzados. Protección mágica en capas sobre toda la propiedad. También habían instalado refuerzos físicos. Nevelyn había reemplazado cada una de las cerraduras. Duplicado el grosor de las puertas exteriores. Incluso había mandado hacer ventanas especiales.

Mientras hacían las modificaciones, los vecinos tomaron nota. Los vio observando desde sus ventanas o deteniéndose frente a la calle para mirar su nueva puerta. Una mujer le murmuró a su pareja que todo aquello le parecía algo fuera de estilo.

Pero nadie preguntó qué estaban haciendo.

Tal vez la respuesta parecía obvia: la familia Tin'Vori —una vez saqueada y arruinada por la avaricia de las grandes casas—, tomaban precauciones para asegurarse de que nunca más les pasara lo mismo.

Una suposición decente, aunque inexacta.

Ahora que todo estaba listo, Nevelyn sentía lo mismo que Crawley debió haber sentido al amanecer de ese septuagésimo tercer día. Despertar con un cielo brillante, ni una nube en el horizonte y ver un mundo que no mostraba señales de lo que había sido prometido.

Nevelyn había tomado el dormitorio principal cuando se mudaron.

Nadie más lo quiso. Demasiados fantasmas para sus gustos.

Estaba en el segundo piso, con una gran ventana en ángulo, que daba a todo el vecindario.

Su finca se encontraba en la esquina de dos calles. Una iba al mercado. La otra era una calle residencial, a menudo llena de niños pequeños y sus padres.

Ahora, al mirar afuera, vio el inicio de un día normal en Kathor. Mercados llenos. Gente camino al trabajo. Escenas brillantes, que la

hacían pasear por su dormitorio preguntándose por qué había elegido confiar en alguien que no era de su familia.

Agnes Monroe era su Gathraxes personal.

«¿Le había mentido? ¿O estaba, como el dragón, trabajando en silencio para cumplir su temible profecía?».

Abajo, Nevelyn escuchó a Josey moviendo unos dados en una pequeña taza. Los arrojó sobre el suelo de madera.

Dahvid gruñó al ver el resultado.

Nevelyn había visitado un puesto especializado, para comprar decenas de juegos para ellos. Cosas infantiles, pero ¿qué más se podía hacer? El aislamiento real significaba que solo tenían la casa y el patio.

Ava había conseguido una pila de novelas de la biblioteca.

Dahvid entrenaba por las mañanas.

Cada uno tenía algo para ocupar el tiempo, pero todo lo que ella sabía hacer era preocuparse y pensar demasiado.

No fue hasta la mañana siguiente que Nevelyn presenció el primer indicio de que el agua comenzaba a entrar al pueblo.

Se había quedado dormida en su mecedora.

Despertó con el sonido de botas.

Un equipo de paladines subía por la calle bajo la luz de la mañana.

Nevelyn los observó, hasta que giraron la esquina y el ritmo de sus pasos se desvaneció. Un rato después, regresaron con una camilla. Una mujer se retorcía sobre ella —aunque era difícil ver más que su silueta, a través de la gruesa barrera de luz dorada que la rodeaba—. Podía haber sido una herida común. Un infarto o una sobredosis.

Pero Nevelyn vio, cuando pasaron justo bajo su ventana, los moretones.

El cuerpo de la mujer estaba cubierto de ellos. En la cara. Por el cuello. Demasiados para contarlos.

Y luego los paladines giraron hacia la siguiente calle, en dirección al hospital Puerto Seguro.

Agnes Monroe le había prometido que esa sería la primera señal.

—Ya ha comenzado —le susurró Nevelyn a nadie—. Ya está aquí.

15

MERCY WHITAKER

Una paladina mayor se mantenía al acecho en la esquina de la habitación de Mercy.

Las ataduras ya habían sido retiradas, pero solo porque esa mujer había sido asignada para vigilar cada uno de sus movimientos.

Le habían permitido ducharse.

Su guardia la había observado desde una esquina.

Fue la experiencia más humillante de su vida. Una invasión a su privacidad y a su dignidad.

Mercy ya se sentía vulnerable sin sus guantes. El hecho de que esta mujer pudiera verla así, pudiera ver la cicatriz que corría por el lado inferior derecho de su estómago…, era demasiado.

Su única y sombría satisfacción era saber que había hecho todo lo posible para ayudar al pueblo de Kathor.

Después de su arrebato, los paladines habían regresado a su habitación.

Les había exigido que investigaran la planta de tratamiento de agua. Que reforzaran las rotaciones de guardia. Cualquier cosa que impidiera que Nance diera el siguiente paso en su plan —si es que ese paso no había ocurrido ya.

Los paladines le habían hecho promesas, pero la guardia que le asignaron dejaba claro lo que pensaban de ella en ese momento: una loca, una sospechosa de asesinato.

Mercy empezaba a sentirse así.

El mayor golpe había sido descubrir cuánto tiempo había pasado desde que se teletransportó de regreso desde Colinas Errantes. Semanas y semanas habían transcurrido sin que ella lo notara.

Suficiente tiempo para que la ciudad estuviera realmente en peligro —y, aun así, la trataban como si ella fuera la criminal.

Mercy no tenía mucho apetito, pero su mente había vuelto a la claridad.

No era inteligente rechazar la comida. El cuerpo necesitaba energía.

¿Cómo podría enfrentar lo que venía si se debilitaba a propósito?

Así que, masticó y tragó, masticó y tragó. Todo con el fin de reunir fuerzas. Prepararse para un golpe que nadie más creía que vendría.

También exigió que su agua fuera hervida.

Ya había estado expuesta —bebiendo agua durante su estado delirante y atendiendo directamente la enfermedad en Colinas Errantes—, pero no había mostrado síntomas. No tenía sentido arriesgarse más.

Le permitían caminar por el ala del hospital cada cierta hora.

Cuando lo hacía, su cuerpo protestaba. Dolor en las pantorrillas y un dolor en la parte baja de la espalda debido a tanto reposo en cama.

Seguía esperando que aparecieran moretones en su piel. ¿Acaso ya estaba enferma? Pero las marcas oscuras no llegaban.

Una sensación de desesperación comenzó a formarse en su mente. Un miedo feroz. ¿Y si nunca la liberaban? ¿Y si la enviaban directamente a una de las prisiones de Kathor? Acusada falsamente de la muerte de Devlin Albright. Incapaz de probar la verdad.

Esos pensamientos empezaron a perseguirla, incluso despierta.

Hasta que el doctor Horn irrumpió en su habitación.

—Doctora Whitaker, la necesitamos.

Su guardia soltó una carcajada.

—De ninguna manera. Es sospechosa de asesinato. No va a ir a ningún lado.

—Hemos descubierto pruebas de lo que afirmó —dijo el doctor Horn—. Su oficial al mando ya ha sido informado. La doctora Whitaker tenía razón. En todo. Las instalaciones de tratamiento de agua de la ciudad han sido comprometidas, lo que significa que es inocente. Y también que la necesitamos. Nuestro hospital ha recibido

veintidós pacientes nuevos en la última hora. Todos con signos de moretones severos.

Mercy quiso alzar el puño al aire. Quiso golpearse el pecho y gritarles a la cara: ¡tenía razón! Estabais equivocados.

Pero, por glorioso que fuera el sentirse reivindicada, sabía que no podía celebrarlo.

El costo de su libertad era una plaga llamando a las puertas de la ciudad.

Ya estaba aquí, y era solo el comienzo.

—Que los asistentes empiecen a llenar cubetas con agua —ordenó—. Tantas, como podamos reunir.

Horn frunció el ceño.

—Pensé que el agua era el mecanismo de contagio de la enfermedad.

Nueva confirmación. Estaba claro que la había estado escuchando todo este tiempo.

—Lo es —indicó—, pero si ya llegan con síntomas, ya no hay riesgo de exposición. Todos tendrán sed. Es un síntoma común. También creo que debemos aislar una de las alas del hospital. Vaciar todas las camas de una de las unidades. Estoy pensando…

—El Ala Norte —terminó Horn con un asentimiento—. Tiene razón. Ya está casi vacía, de todas formas. Reubicaremos pacientes. Pondremos a las enfermeras a lanzar los conjuros de protección estándar. Encantamientos para las máscaras, y todo lo demás.

Mercy se incorporó, pero la paladina dio un paso al frente desde la esquina y bloqueó la puerta.

—Tengo órdenes de mantenerla aquí. No puedo desobedecerlas hasta recibir confirmación directa de mi superior. Podemos esperar hasta que…

El doctor Horn la interrumpió con un hechizo sorprendentemente potente.

La paladina intentó levantar su escudo divino, pero fue un segundo demasiado tarde. El hechizo le dio de lleno en el pecho.

Mercy contuvo el aliento al ver cómo caía al suelo, inconsciente.

—Ya lidiaremos con esto, más tarde —anunció Horn—. Venga conmigo, doctora Whitaker.

«¡Qué bien se sentía volver a escuchar ese título!».

Mercy lo siguió, tambaleándose.

Al salir al pasillo, vio a su madre asomarse con nerviosismo desde la esquina.

—¿Mercy? Creí haber oído un ruido…

—Vete a casa, madre. —Fue imposible ocultar el tono áspero en su voz—. Ya hemos confirmado que la ciudad no es segura. La enfermedad que tú creías imaginaria ya se está propagando. Vete a casa. Asegúrate de que papá esté bien. Hierve toda el agua que bebáis. Os deseo lo mejor —lo dijo como un verdadero adiós.

Su madre abrió la boca, pero Mercy y Horn doblaron la esquina a paso veloz, directo a su oficina.

Horn abrió el cajón superior del escritorio. Sus guantes estaban allí, junto con su uniforme. Colocó ambas cosas sobre el escritorio, antes de salir para darle privacidad.

Se quitó la bata de paciente.

Ponerse su uniforme del hospital de Puerto Seguro fue como ponerse una armadura. Una capa protectora entre ella y todas las mentiras que casi creyó durante su encierro.

Cuando se colocó los guantes encantados, ajustándolos bien sobre sus dedos, se sintió lista para la batalla.

Horn asintió, cuando reapareció, y luego comenzaron a caminar por el pasillo principal.

Los enfermeros entraban y salían de las habitaciones. Se escuchaban órdenes contradictorias.

La voz de Horn tronó por encima de todas.

—¡Escuchad todos! Vamos a despejar esta ala. ¡Ahora! Todos los pacientes en ella van al piso inferior. Los nuevos pacientes con signos de moretones serán trasladados a esta ala, hasta nuevo aviso. Permítanme explicarles a lo que nos enfrentamos. Doctora Whitaker, corríjame si me equivoco…

Explicó la situación, los síntomas, todo lo que Mercy le había dicho durante las últimas semanas. También informó de que la mayoría de ellos, si habían consumido agua, era probable que ya estuvieran expuestos.

Se instó al personal a hervir el agua, hasta que aparecieran los síntomas.

Mientras él hablaba, Mercy se movía en segundo plano, preparando su propio puesto de ingreso. Lanzando encantamientos silenciosos sobre su mascarilla y uniforme.

En cuanto terminó el discurso de Horn, el personal comenzó a moverse, cumpliendo órdenes y siguiendo instrucciones.

El doctor se giró hacia ella.

—¿Qué más? Seguimos sus órdenes, doctora.

Mercy asintió. Su confianza se restauraba momento a momento.

—Sería inteligente contactar a los gobernadores de la ciudad. Vamos a usar mucha magia en este hospital. Deberíamos pedirles que desvíen estipendios de emergencia de ockleys para nuestro personal. Recargas gratuitas de varitas para quien lleve el emblema de Puerto Seguro.

El doctor Horn frunció el ceño.

—No hemos activado ese protocolo desde…

—La Guerra de los Vecinos —mencionó Mercy—. Lo sé, pero más vale prevenir que lamentar.

—Haré los arreglos necesarios. ¿Puede organizar esta ala en mi ausencia?

Ella asintió.

—¿Vamos a usar el método Nelson? ¿Evaluar, contener, agrupar?

—Es exactamente lo que yo haría.

Comenzó a avanzar por el pasillo, pero se detuvo. Al volver la vista, su expresión era una mezcla de desesperación y orgullo.

—Mercy, lo siento. Nunca debí dudar de ti.

Ella había anhelado esas palabras una hora atrás. En ese momento, lo único que deseaba era que una sola persona creyera su historia y confirmara que no estaba loca. Ahora ya no importaba. Había trabajo por hacer.

—Eso ya ha quedado atrás. Enfoquémonos en el presente.

Su respuesta encendió algo en él. El doctor Horn asintió antes de desaparecer por el pasillo.

Mercy se volvió hacia los asistentes más cercanos.

—¿Cuántos pacientes vienen de camino?

—Estamos empezando con cuarenta, pero hay más en la fila de afuera. Un montón de solicitudes de transporte. Demasiadas para que los equipos de triaje las manejen. Dioses…, fuera debe ser un caos.

Mercy era la única que sabía cuán grave estaba a punto de ponerse todo, pero Kathor tenía más recursos que Colinas Errantes. Hospitales más grandes y cientos de sanadores talentosos a su disposición. Esos eran puntos a favor, pero todo lo demás jugaba en su contra.

Era una ciudad propiamente dicha.

En todo Delvea, no había una población más densa en un espacio geográfico tan reducido. Aunque la tasa de mortalidad en Colinas Errantes había sido baja, eso no significaba que la enfermedad no causaría estragos. Había debilitado a sus víctimas de forma temporal. Escalar ese tipo de dolencia en Kathor implicaría el colapso de sus industrias. Sabía que había instalaciones que operaban con magia pasiva. Esos lugares seguirían funcionando, pero gran parte de la ciudad había sido diseñada para un pueblo trabajador. Requería personas para operar.

«¿Era ese el objetivo final de Nance? ¿Un ataque a la infraestructura de la ciudad?».

Su mente aún estaba perdida en esos posibles escenarios, cuando las puertas dobles del ala se abrieron de golpe. Equipos de paladines irrumpieron. Cada pareja llevaba una camilla entre ellos.

Mercy respiró hondo y luego alzó la voz con autoridad:

—Todos los pacientes pasan por mí, primero. Yo evaluaré y asignaré. ¡Seguid mi liderazgo!

Y comenzó su labor.

Preguntas rápidas y concisas.

Comprobación de signos vitales.

Todos en la sala la observaban.

Las manos de Mercy no temblaban. Su voz no vacilaba. Había pasado años entrenando exactamente para este momento. Por esta razón.

—Primera habitación a la izquierda —ordenó—. ¡Siguiente paciente!

16

REN MONROE

Los ojos de Ren se abrieron.

Estaba sobre una mesa de operaciones. Sus manos y pies estaban atados con correas de cuero, como una cabra preparada para el sacrificio.

«¿A qué Dios?», se preguntó. «¿Acaso la ciudad de Kathor contaba como una deidad? ¿Eran las grandes casas dioses menores en ese panteón imaginado?».

El aire de la sala estaba cargado de magia. Hechizos de esterilización. Algún encantamiento visual. Una mesa con suministros e instrumentos médicos descansaba contra una pared.

Sus ojos se dirigieron a su derecha.

Theo.

Estaba atado a una mesa idéntica.

Mientras lo miraba, sus ojos parpadearon y se abrieron. Tardaron un momento en volverse hacia Ren.

Una fuerza invisible cruzó su vínculo. Tan poderosa, que Ren no pudo evitar encogerse.

Theo parecía confundido, pequeño, vulnerable.

Ella había visto esa misma expresión con anterioridad.

En el rostro de Avy, justo antes de que Clyde lo arrastrara bajo el agua. De nuevo, cuando el *renacido* tomó a Timmons por el cabello y la lanzó por la montaña. También en Cora, justo antes de que la flecha encontrara su blanco.

Ese era el aspecto de una criatura inocente antes de morir.

La protectora furia atravesó su vínculo. Sintió a Theo intentar arrastrarla hacia él. La misma magia que había usado para llevarla

desde la propiedad Brood hasta Nostra, el año anterior.

Pero esta vez, los contrahechizos cobraron vida. Brillantes y breves, lo suficientemente fuertes como para mantenerlos separados.

Theo abrió la boca para hablar.

Lo intentó varias veces, pero el sonido no la alcanzó.

«Magia», se dio cuenta. «Estaba silenciando su lado de la sala».

Fue un golpe inesperado.

Las lágrimas comenzaron a correr por el rostro de Ren.

Atada como estaba, ni siquiera pudo levantarse para secarlas.

Theo intentó enviarle consuelo a través del vínculo, pero solo le trajo más dolor. Él no tenía ni idea de lo que iba a pasar, y Ren no tenía forma de advertirle.

En su lugar, dijo las únicas palabras que importaban.

—Te quiero.

Una y otra vez, formó esas palabras, hasta que Theo las entendió.

Él asintió, repitiéndolas.

Finalmente, esas palabras les pertenecían.

Después de todo lo que habían pasado, Ren podía decirlas sin dudar. Palabras que solo le había dicho a su madre, a su padre, y a unos pocos amigos cercanos.

Te quiero.

Esas dos palabras deberían haber sido suyas durante años. Dichas antes de dormir. Susurradas antes de entrar a una fiesta. Jadeadas después de hacer el amor. Escritas en notas sobre una mesa.

Todo lo que podía darle ahora era la forma de esas palabras. Ni siquiera el sonido. Ni su plenitud.

Comprenderlo, trajo más lágrimas a su rostro.

El doctor Horn llegó.

Theo se tensó cuando el hombre entró. Le preguntó con la mirada a Ren, pero ¿cómo podía explicarlo? ¿Cómo decirle quién era ese hombre y qué venía a hacer?

Horn se movió por la sala, juzgando alguna cualidad invisible en el aire. Satisfecho, regresó a la entrada.

—Estoy listo. Aseguraos de que los asistentes roten cada hora. Tres golpecitos en el vidrio antes de entrar. Nunca dos personas al mismo tiempo. ¿Entendido?

Alguien fuera de su vista debió asentir.

Horn cerró la puerta y se dirigió al centro de la sala.

Las luces se apagaron.

Ren parpadeó ante la repentina oscuridad. El terror roía los bordes de su mente. Se refugió más hondo en su vínculo, mientras una luz plateada llenaba el aire. Una sustancia etérea se acumuló en una esfera perfecta sobre ella.

Con esa luz, apenas podía distinguir al doctor Horn, que blandía su varita como una batuta, dirigiendo el progreso de la niebla, formando una esfera sobre la mesa de Ren, y otra sobre la de Theo.

Pudo sentir cuán detallado era el trabajo.

Una segunda capa, una tercera, una cuarta… Hasta que el aire pareció demasiado espeso para respirar.

Horn selló el hechizo final.

Ren admiró cómo cada capa se unía a la siguiente. Una precisión impecable. Sus palabras resonaron.

«Soy muy bueno en lo que hago, señorita Monroe».

El siguiente hechizo fue un pulso de oscuridad que la dejó momentáneamente ciega.

No podía ver a Theo. Ni siquiera su propia mano. Era como si el mundo hubiera dejado de existir.

Y, entonces, apareció la magia más hermosa que había presenciado jamás.

Un hilo color lavanda emergió de su abdomen. Luego, rojos manzana, plateados errantes, dorados brillantes… El más curioso era un cordón de bronce que parecía medio presente, medio ausente. Si se enfocaba demasiado, desaparecía de su vista. Los hilos le recordaban los archivos de una biblioteca. Magia visible a simple vista. Cada uno se extendía desde ella hacia las paredes o el techo.

Observó asombrada, hasta que apareció el último hilo.

Un hilo de fuego blanco.

«Nuestro vínculo. Es… hermoso».

Lo vio cruzar la habitación, conectándola a Theo.

Era difícil creer que provenía de ella. Después de tantos años con el fuego en su pecho, pensó que solo quedaban cenizas. Ver su vínculo, sin embargo, hacía que sus sentimientos fueran innegables.

«Realmente lo quiero. No son solo palabras. Es la verdad, escrita con magia entre nosotros».

Sus ojos encontraron los de Theo.

La luz era suficiente para verlo con claridad.

Tuvo que presenciar cómo la alegría en su rostro se transformaba en horror.

Horn había dejado la varita a un lado. Levantó una pequeña herramienta plateada. Un bisturí. La sala, el vínculo, el brillo plateado. Las tres pistas apuntaban a una misma conclusión.

Theo, por fin, comprendió por qué los habían llevado allí.

Todo lo que Ren pudo hacer fue decir las otras palabras que él merecía oír:

—Lo siento.

No se arrepentía de haberlo conocido, ni de haberse vinculado a él, pero odiaba que sus vidas entrelazadas hubieran terminado así. Odiaba que Cora, Avy, Timmons y Clyde fueran víctimas de sus esfuerzos. Pensaba que tendría décadas para redimirlos. Sabía que no podía enmendarlo, pero que todo terminara en ese momento… Se merecían más. Theo merecía más.

El doctor Horn comenzó su oscuro trabajo.

La mayoría de los hilos eran gruesos como huesos. Su vínculo era cuatro veces más grande. Más ancho, pero también menos contenido. Los bordes derramaban luz, como un río a punto de desbordarse. Estaba aún creciendo.

Horn examinó los bordes, raspando aquí y allá con su herramienta, buscando tanto con las manos como con los ojos.

Finalmente, pareció encontrar lo que buscaba.

Se inclinó sobre un punto específico.

Bajo los pulsos brillantes, Ren vio una grieta delgada como un cabello, apenas discernible.

El doctor colocó el bisturí sobre ese punto y comenzó a cortar. De un lado a otro. Una y otra vez.

Su vínculo rugió en respuesta. Hambriento, palpitante, defensivo. Pero los contrahechizos sofocaron rápidamente la magia. Les habían quitado sus varitas, lo que significaba que estaban indefensos.

Horn ignoró los destellos de luz y siguió cortando.

Su visión del quirófano desapareció.

Ren se encontró sentada frente a Landwin Brood. Él estaba recostado en un sillón familiar. Sobre la mesa, entre ellos, una carpeta. Ren sabía lo que contenía: los detalles del accidente en el portal de cera. La revelación de que fue su hechizo de unión —su magia—, lo que los dejó varados en las Tierras Salvajes.

Era el único secreto que le había ocultado a Theo.

El quirófano parpadeó de nuevo.

El doctor seguía cortando con paciencia esa pequeña grieta en su vínculo.

Recordó lo que le había dicho a Seminar Shiverian. Cuando evaluó su vínculo, aseguró haber encontrado un punto de entrada. Una debilidad.

Ren lloraba ahora, porque sabía que el defecto que había hallado era su secreto.

Sus ojos se dirigieron a Theo. Esperaba ver sorpresa o ira, pero solo encontró una tristeza indescriptible.

Un chico al borde de algo peor que la muerte.

El quirófano desapareció.

Estaba entre ruinas. Grandes montones de piedra rota. Vio libros, muebles destruidos, y un fuego activo a unos treinta pasos.

Ren contuvo el aliento mientras Theo caminaba entre los escombros.

Esta vez era su recuerdo.

El mismo lugar, pero Landwin Brood ya no estaba.

La biblioteca había sido demolida.

El único detalle que permanecía entre ambos recuerdos era la carpeta sobre la mesa.

Theo se agachó y la recogió. Comenzó a leer en silencio, absorbiendo cada detalle.

Ren esperaba que surgiera esa antigua ira de los Broods. Sería lo justo. Ella le había mentido.

En cambio, Theo cerró la carpeta, siguió caminando entre los restos, se arrodilló, y arrojó la evidencia al fuego.

Ambos observaron cómo el humo se elevaba en el aire.

Theo la miró.

Ella sabía que esto no era parte del recuerdo.

Era él, ahora, diciéndole lo que había hecho. Ya había descubierto su secreto más condenatorio. Su peor miedo, y había destruido la evidencia.

Una vez más, había peleado por la mejor versión de ella.

Darse cuenta de ello fue la revelación más devastadora de su vida.

El último secreto —la única barrera entre ellos—, había desaparecido.

Había alguien en este mundo que la amaba exactamente como era, sin condiciones, y había descubierto esa verdad transformadora justo a tiempo para ver cómo le arrancaban a esa persona.

El quirófano de nuevo.

Horn seguía allí, cortando cada vez más hondo.

Al hacerlo, nuevos recuerdos aparecían. Todos los pequeños momentos que definían su relación.

Ren se encontró con Theo en ese callejón oscuro. Ella agarró su abrigo, él su cintura, mientras retrocedían hacia el archivo. Su sangre palpitaba, sus labios eran suaves, y las sombras los envolvían.

Parpadeo.

Ren vestía de negro para el funeral de Landwin Brood. Theo estaba a su lado. Era la misma iglesia donde habían llorado a Clyde Winters el año anterior. Sus ojos siguieron los vitrales hasta encontrar una escena con la fundación de Kathor. Pequeños detalles representaban cada casa mayor. El símbolo de los Broods era una daga que goteaba sangre fresca. Observó esa daga hasta que terminó la ceremonia.

Volvió al quirófano.

La daga se transformó en un bisturí.

La grieta había triplicado su tamaño.

El lugar donde Horn trabajaba parecía no tener luz. Era como si estuviera cortando precisamente eso: la luz que existía entre los dos.

Más recuerdos aparecieron.

Una fiesta con Theo. Su duelo con su padre. Un amanecer en Nostra, acurrucados bajo una manta. La discusión en la biblioteca llena de telarañas. El momento en que su padre lo exilió.

Momento tras momento.

Ren era arrastrada, como prisionera, por los pasillos de su relación. Entre cada destello, veía al doctor. Horn —como la mano constante de un dios—, cortándolo todo.

Theo también se ahogaba en esos recuerdos. Obligado a revivir todo lo que los unía, bueno o malo.

Horn había llegado a la mitad del trabajo, cuando su bisturí se rompió.

Fue una pequeña punzada de esperanza.

Ren lo vio retroceder hacia la puerta. Sudaba profusamente, exhausto por el esfuerzo.

«¿Cuánto tiempo llevaban allí? ¿Minutos? ¿Días?».

Horn golpeó tres veces.

Un asistente abrió la puerta. Le ofrecieron una nueva herramienta —una sierra dentada esta vez—, y desaparecieron.

Ren se encontró en el puente donde pelearon contra un *renacido*. En la cámara de entierro de dragones. Acurrucados en un paso de montaña.

Entre cada recuerdo, Ren susurraba oraciones. Rogaba a dioses en los que nunca había creído:

—Por favor. Venid. Salvadnos.

Los peores recuerdos eran los que aparecían desde la perspectiva de Theo. Viendo su versión de los eventos. A menudo los mismos, pero con nuevos colores. En esos, ella siempre era el centro. Y ¿qué podía ser más doloroso que verse a sí misma a través de sus ojos?

Amada. Deseada. Admirada.

Debería haber sido la mayor dicha de su vida, pero el doctor Horn estaba allí, cortando cada visión, corte a corte.

Ren observó que había llegado a los últimos hilos del vínculo. Un abismo oscuro quedaba en su lugar.

Lo vio tambalearse hacia la puerta. Se inclinó, como un hombre que había corrido alrededor de toda la ciudad. Incluso con una abertura, su vínculo no era fácil de matar. Su camisa estaba empapada de sudor. Ya había cambiado sus guantes dos veces —y sus herramientas también.

Ren notó un leve temblor en su mano, al levantar un vaso de agua.

Lo bebió por completo, y golpeó la puerta.

—Más, por favor. Traedme más agua.

Regresaron, y se bebió el segundo vaso de un trago.

Horn empujó el vaso hacia las manos que esperaban.

Cerró la puerta y volvió a examinar los hilos restantes de su vínculo.

Los ojos de Ren encontraron a Theo. No sabía qué decir, qué hacer.

Y entonces lo oyó.

El más suave de los golpes.

El doctor Horn estaba en el suelo.

17

REN MONROE

«¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?».

Ese era el pensamiento frenético que resonaba entre Ren y Theo.

Nadie acudía a la puerta.

Ren se dio cuenta de que el sonido de la caída de Horn apenas había sido lo suficientemente fuerte como para que lo oyeran.

Esta sería su única oportunidad.

Ambos comenzaron a probar sus ataduras. Tirando, jalando, girando. Gimiendo por el esfuerzo, pero por más que lo intentaran, las correas de cuero se mantenían firmes.

Horn había dejado caer su sierra, pero estaba fuera de alcance.

Ren aún buscaba en el suelo otra opción, cuando notó que Theo le hacía señas. Vocalizaba una palabra, una y otra vez.

No la entendió, hasta que la acompañó con un gesto.

Extendió la mano todo lo que las ataduras le permitían y empujó con la palma.

Esta vez, Ren lo comprendió.

—Empuja —vocalizó.

Asintió.

Era su única oportunidad.

Lo habían intentado al principio, y los contraconjuros habían anulado el esfuerzo, pero habían pasado horas. La magia habría disminuido. Y ese primer intento había sido unilateral. Theo intentando arrastrarla hacia él. Si ahora trabajaban juntos, ¿podrían superar los resguardos?

Su compañero cerró los ojos, concentrado.

Ren sintió ese tirón familiar. La misma voz mágica que la había llevado de Ravinia a Nostra, por primera vez.

Se lanzó de cabeza hacia esa sensación.

Los contraconjuros estallaron, brillantes, pero breves, y ella ya estaba en movimiento.

No fue placentero.

Había viajado por su vínculo con facilidad. Había tenido siempre la sensación de que se parecía a un portal de cera, pero ahora atravesaba una versión reducida de su magia. Los hilos finales que los unían. Todo su ser comprimido en ese espacio demasiado estrecho.

Y entonces allí estaba. A su lado. Medio presente, medio no. Un último tirón de magia por parte de Theo solidificó su forma. Se había liberado, pero caía.

—¡Mierda!

Había estado acostada, y la magia la mantuvo así hasta soltarla.

Su espalda chocó de forma dolorosa contra el suelo de piedra.

Rodó hacia un lado, gimiendo de dolor, y luego se incorporó. Le lanzó una mirada a Horn, asegurándose de que no se hubiera despertado, y, a continuación, se puso a soltar las ataduras de Theo. Una por una, a pesar de sus manos temblorosas. Cuando liberó sus brazos, pasó a los tobillos.

—Lo sabías —susurró—. Sobre lo ocurrido en la sala del portal, y no dijiste nada.

Theo asintió.

—Sí, lo sabía.

—Debes odiarme.

Sabía que esas palabras no eran ciertas, ni justas, pero la culpa le hacía decirlas. Le dolía que la falla que Horn había encontrado en su amor proviniera de su corazón y no del de Theo. Él no tenía tales defectos en su amor por ella. Había sido su decisión de no confiar por completo en él, lo que casi los había condenado.

Y todavía podría hacerlo.

—Nunca podría odiarte —susurró Theo—. Leí el informe de mi padre y asumí lo mejor de ti.

—Theo, lo ocurrido en la sala del portal fue por mi culpa. Lo fue.

—Eso ha quedado atrás. —Por primera vez, su arrogante seguridad se sintió como un bálsamo sobre viejas heridas—. Mira, no eres la única lista aquí, Ren. Sabía que nunca pondrías en riesgo a Timmons, lo que significa que el hechizo de unión que realizaste estaba destinado a mí y a Clyde. Las notas de mi padre explicaban tu situación. Una falta injusta de ofertas por parte de las grandes casas, a pesar de tu desempeño en Balmerick. El deseo que mostrabas por un nuevo puesto. ¿Qué mejor audiencia que dos herederos? Sigo creyendo que fue una decisión imprudente, pero estás asumiendo que todo lo que sucedió después fue por tu culpa. Piensa, Ren. ¿Qué le pasó a Clyde? Eso habría ocurrido sin importar lo que hicieras. Estaba lanzando un hechizo. La magia recorría sus venas, cuando se activaron los portales de cera. Tu hechizo fue irrelevante. Habría muerto de todos modos. En ese bosque o en las calles de Puerto Seguro. No habría importado. Su muerte no fue por tu culpa.

—Pero los demás…

—¡Se suponía que no iban a estar allí! Tu hechizo los atrajo por accidente. ¿Qué quieres que haga, Ren? ¿Que te odie por cosas que nunca tuviste la intención de hacer? ¿Que te desprecie por estar tan desesperada que sentiste que no te quedaba otra opción más que hacer algo drástico? Lo siento, pero nunca te odiaré por eso. No creo que pudiera, aunque lo intentara. Mira eso… —Señaló su vínculo, aún visible en el aire.

Incluso dañado por el trabajo de Horn, el hechizo seguía siendo hermoso.

Ren notó que, en los pocos segundos que llevaban hablando, la magia ya había empezado a restaurarse. Era como si las palabras de Theo estuvieran curando el daño, palabra por palabra.

—Mira, estoy enamorado de ti —le confesó—. Ahora, salgamos de aquí.

Ren se sintió como una tonta.

¿Cuánto tiempo había perdido preocupándose por ese secreto? Cuando el amor ya había llevado a Theo más allá de él.

Lo observó mientras recogía la herramienta de Horn del suelo y le entregaba la varita de repuesto que tenía en el bolsillo.

Era poco probable que pudiera usarla.

Acceder al canal mágico de otro, sin permiso, era extremadamente difícil. Requería años de entrenamiento. Pero Ren la aceptó igual. Tal vez, un guardia no sabría que no le pertenecía, y podría fingir que estaba armada.

—¿Te preocupa que despierte? —susurró Ren.

Theo negó.

—No lo creo. Además, ahora no tiene varita. Vamos.

Se acercaron a la puerta, agazapados.

La voz de Theo fue tan baja que apenas la oyó.

—Ojalá supiera quién está involucrado. No tenemos ni idea de qué hay más allá. Si estamos en un sótano o en un ático. Fuera de la ciudad o en pleno centro.

«Claro. Él no lo sabía. Había estado sedado durante toda la conversación con Tessa».

—Ha sido idea de tu hermana. Hablamos mientras estabas inconsciente.

Los ojos de Theo se abrieron con sorpresa.

—¿Los Proctors la han liberado?

Ren asintió.

—Todas las grandes casas están involucradas. Ha sido un golpe de Estado aprobado por el gobierno.

—¿Para quitarme?

—No. Quieren quedarse contigo. El objetivo era quitarme a mí del medio.

—Un procedimiento de separación. Dioses…, habría olvidado quién eres.

Sus ojos brillaban en la oscuridad, y Ren sintió la ira crecer entre ellos. El tipo de furia que destruye ciudades enteras. Fue lo más atractivo que había visto jamás —y una vez lo había visto bailar ceremonialmente sin camisa—. Le sacó una sonrisa en la oscuridad.

—Guarda esa furia para después —sugirió—. Ahora debemos concentrarnos.

Theo asintió.

—Golpeamos tres veces. Vendrán a la puerta… ¿Y luego qué? ¿Sabes cuántos guardias hay?

—Solo he visto asistentes, rotando. Quizás dos o tres.

Theo sujetó la sierra.

—Tendremos que actuar rápido. Antes de que puedan lanzar conjuros. ¿Estás lista?

Cuando ella asintió, él golpeó la puerta. Era el mismo ritmo que había utilizado Horn.

Permanecieron ocultos, mientras los pasos se acercaban.

La puerta se abrió y salieron de las sombras como un par de espectros.

Se oyó un grito ahogado, antes de que Theo sujetara a la persona por el cuello de su túnica y le pusiera la sierra en la garganta.

Ren pasó corriendo junto a ellos, con la varita robada en alto, pero no había nadie más en la sala.

—¿Dónde están? —preguntó—. ¿Los otros asistentes?

La joven se echó a llorar. Había dejado caer su propia varita al suelo. El arma prestada de Theo le había rozado el cuello, y había finos hilos de sangre manchando la camisa.

Ren recogió la varita, sin dejar de vigilar el pasillo contiguo.

—Dinos dónde están —repitió.

—No hay nadie más… Yo estaba… Arlo se ha ido a casa, enfermo. No se encontraba bien. Alguien debía haber venido hace una hora. Mi turno… ya ha terminado. Mi turno ya debería haber terminado. Se suponía que debía estar en casa. Solo he estado yo. Nadie más ha venido.

—¿Dónde están nuestras varitas?

La chica señaló hacia la pared más cercana.

Ren frunció el ceño, pero se acercó. A primera vista, estaba vacía.

Pasó un dedo por la pintura cuarteada y sintió una vibración. Se le erizó la piel. Había magia allí. Tocó la pared tres veces y un encantamiento de ocultación se deshizo como piel vieja que cae.

Una puerta secreta.

—Las tengo —anunció.

Todas sus varitas. También sus abrigos.

Ren le devolvió a Theo la suya, a cambio de la sierra. Esta cayó al suelo con estrépito. Ella se deslizó el brazalete forjado por dragones

en la muñeca y ajustó su agarre en la varita con forma de herradura, que usaba desde niña.

«Dioses, qué bien se siente tener mi magia de nuevo».

Lo único que les faltaba era Vega.

—Nos vas a guiar fuera del edificio —le explicó Theo—. Nos dirás todo lo que sepas sobre dónde estamos. Si quieres vivir, serás silenciosa y útil. Si dudas siquiera un momento, te dejaremos aquí para que te recojan por la mañana.

Eso hizo que la chica comenzara a temblar con violencia.

Theo la obligó a caminar. Ren los siguió.

Atravesaban un ala médica privada. Todo parecía vacío.

Ren asumió que era a propósito: menos testigos para el procedimiento ilegal.

Ahora, esa decisión jugaba a su favor.

Nadie en la recepción. Nadie en el vestíbulo.

Se movieron como espectros hacia un par de puertas dobles con vitrales a los lados.

Ren creyó ver una figura fuera.

—¿Cuántos guardias hay? —susurró.

—D-dos. Normalmente dos.

Ren y Theo se acercaron en silencio.

Ella contó mentalmente hasta tres y entonces atravesaron las puertas.

Había dos sillas en un porche débilmente iluminado. La de la izquierda vacía. La derecha ocupada.

La joven estaba a punto de lanzar un hechizo de conmoción, cuando se dio cuenta de que el guardia estaba dormido.

Hizo una seña a Theo, quien comprendió, y le tapó la boca a la asistente.

La chica forcejeó, pero recordó que su vida aún corría peligro.

Se alejaron con lentitud del guardia.

Ren observó que sudaba. Su rostro estaba pálido.

«¿Enfermo, además de cansado?».

El terreno era extenso y sombrío. Llegaron a la esquina más oscura del jardín, pero Ren aún se sentía expuesta. Todo era plano, con muy pocos árboles. No habría dónde esconderse si los

descubrían. Al menos era de noche. Visibilidad baja. Eran sombras caminando entre sombras.

—¿Estamos en el Jardín Susurrante? —preguntó Theo.

La cautiva asintió frenéticamente.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó Ren.

Él asintió.

—Una vez. Para un almuerzo. Es una recompensa para las casas vasallas de los Shiverians. Hay baños subterráneos. Ese lugar donde nos tenían… es un centro de rejuvenecimiento.

—Qué encantador —susurró Ren—. ¿Dónde demonios está la salida?

Una tercera voz los interrumpió.

—Deteneos. Soy miembro de la Casa Shiverian. ¡No os mováis!

El guardia que faltaba. Se había acercado usando las mismas sombras.

«Mierda…».

Ren repasó mentalmente varios hechizos. No sería fácil girarse y lanzar. El guardia tenía la ventaja. Su única ventaja era el número. Dos contra uno. A menos que fuera excepcionalmente hábil, no podría atacar a ambos a la vez. Solo debían moverse en direcciones opuestas.

Ren miró a Theo, quien le devolvió la mirada.

Hubo entendimiento.

El guardia lo notó.

—¡Eh! ¡Nada de eso…!

Ren vio que alzaba la varita. Era la solución más astuta. No necesitaba aturdirlos o pelear. Un conjuro de fuego brillante, y el resto de los guardias vendrían corriendo.

Se preparó para el estallido. Magia surcando el cielo.

Pero lo que vio fue la muñeca del hombre desprenderse.

La sangre brotó. El dolor tardó en llegar, pero, cuando lo hizo, fue con fuerza. Cayó de rodillas y Ren, con reflejos veloces, lanzó un hechizo de silencio.

Una oleada tenue de magia lo alcanzó justo a tiempo.

Hubo un grito ahogado, y luego nada. Solo un hombre con un muñón, gritando sin hacer ruido.

Theo fue más misericordioso.

Un hechizo aturdidor salió disparado desde su varita. Demasiado herido para resistirse, el guardia recibió todo el impacto y cayó inconsciente.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Ren—. ¿Su hechizo falló?

Theo negó.

—Mira.

Un chillido suave llegó desde arriba. Vega giraba en círculos, todavía con la mano cercenada entre sus garras.

Al enfocarse en su vuelo, olvidaron a la asistente, que corría de regreso por donde habían venido, y la vieron desaparecer.

El reloj se había puesto en marcha.

Ren siguió a Theo en la oscuridad.

Vega volaba como un talismán de esperanza.

No encontraron más guardias.

Finalmente, los jardines se estrecharon. De amplios sectores a un tipo de laberinto de piedra.

Ren detestaba la sensación de estar atrapada, como lo había estado en aquella mesa, pero Theo se movía como quien conoce el camino. Había una solitaria verja entre arbustos. Los guio por ese arco y salieron a las calles.

Él conocía mejor esa zona.

Caminaron paralelos a la propiedad, aún demasiado cerca para el gusto de Ren, hasta que el camino descendió hacia una plaza de mercado.

Theo se detuvo en seco.

—¿No hay nadie?

—Es medianoche, Theo.

—Lo sé. Lo llaman el Mercado de Medianoche. Es popular entre los residentes de Puerto Seguro. Normalmente, no se vacía hasta el amanecer. Debería haber cientos de personas aquí…

Ren frunció el ceño.

—¿Será día festivo?

—Aún quedan unas semanas para la fiesta nacional. Esto es otra cosa. Sigamos —indicó Theo.

Mientras avanzaban, la paranoia de Ren se disparó.

Kathor era una ciudad inmensa, con una población lo bastante grande como para que nunca durmiera del todo. Haberse criado en el Distrito inferior le había enseñado eso. De niña, las conversaciones ruidosas y los pasos por la calle habían sido sus canciones de cuna. El ruido justo para arrullarla cada noche.

Pero Theo tenía razón. Estas calles no estaban solo tranquilas. Estaban muertas.

—Nos están observando —murmuró Theo.

Ren vio a qué se refería. Las ventanas. Ojos espiando por rendijas. Cortinas que se cerraban de golpe. Era como si toda la ciudad supiera algo que ellos desconocían.

Era inquietante.

—¿Qué son esas marcas?

Cruces oscuras dibujadas con tiza cubrían una puerta a su derecha.

Mientras caminaban, Ren notó más y más. Una cruz aquí, dos allá. Por ahora, solo significaba que podían caminar sin obstáculos hasta el acceso al portal más cercano.

El portal estaba vacío.

Normalmente, había al menos un asistente. El protocolo de la ciudad exigía que alguien estuviera allí para supervisar el transporte por los portales de cera.

Más preocupante aún: todas las velas habían sido robadas.

Tuvieron que rebuscar en un armario trasero para encontrar unas pocas de repuesto.

Encendieron las mechas y contaron los minutos, medio esperando que alguien de la Casa Shiverian irrumpiera en la sala con la varita en alto.

Pero no ocurrió.

Calles vacías los recibieron en Las Alturas. Más puertas marcadas con tiza.

Ren sintió como si los hubieran secuestrado de un mundo y arrojado a otro. Era como en los viejos cuentos de hadas, donde la gente viajaba a través de espejos y terminaba en universos completamente distintos.

Su primera prioridad era la seguridad.

Subieron las escaleras del frente al trote.

Theo rompió la cerradura en segundos.

Una vez dentro, aislados del mundo exterior, ambos se dejaron caer al suelo, hombro con hombro.

La muerte había venido a por ellos una vez más, y una vez más se había marchado con las manos vacías.

Ninguno habló. ¿Qué podían decir?

Lo único que importaba era que estaban a salvo.

La pesadilla había terminado.

18

NEVELYN TIN'VORI

Era como presenciar el fin del mundo.

Durante el día, Nevelyn, sus hermanos y Josey se habían sentado juntos, frente a la ventana que daba a la bahía, en su habitación.

Testigos del cumplimiento de la terrible profecía de Agnes Monroe.

Primero llegaron los médicos y los paladines.

La Legión de la Espada Brillante activó todas sus unidades de reserva.

Nunca había visto tantos uniformes en las calles, pero en menos de una hora, las condiciones de la ciudad sobrepasaron sus esfuerzos.

Las unidades de respuesta dejaron de visitar los hogares, y los pacientes se vieron obligados a llegar por su cuenta al hospital de Puerto Seguro.

Luego, vino la estampida hacia los mercados.

La gente abandonó sus puestos de trabajo, o salieron de sus viviendas, para comprar todo lo que pudieran. Se formaron largas filas. Las filas se convirtieron en multitudes. Y las multitudes, poco a poco, se transformaron en algo más parecido a una turba.

Mientras observaban, una pelea estalló al final de una de las filas.

Los puestos de comida se quedaban sin existencias.

Cuando voló el primer puñetazo —dejando a un hombre inconsciente en el suelo—, Nevelyn decidió que era hora de mandar a Josey a la cama.

Él protestó y murmuró, pero varios bostezos inoportunos interrumpieron sus quejas. Ella lo arropó en silencio y le deseó

buenas noches.

Nevelyn no era de rezar, pero, al cerrar la puerta, se detuvo un momento en el umbral y murmuró un proverbio que su madre solía decirles.

—Que la oscuridad no llame a tu puerta.

No estaba segura de por qué lo había dicho. No creía en plegarias ni en el destino. Tampoco comprendía del todo el nivel de protección que sentía por Josey.

No fue hasta que bajó las escaleras, pasando la puerta secreta junto a la biblioteca, que Nevelyn se dio cuenta: él tenía la misma edad que ella, cuando un grupo de hombres enmascarados irrumpió por la entrada de su antigua casa. Le resultaba imposible imaginar al dulce Josey acurrucado en esa misma oscuridad, rezando para no ser descubierto.

Nevelyn se prometió enseñarle el pasadizo. Mañana. Por si acaso.

Al regresar a su habitación, encontró a Ava dormida en uno de los sillones.

Dahvid le había echado una manta por encima.

Los dos hermanos mayores se sentaron a observar, en silencio, los sucesos del exterior.

Las peleas se intensificaban. Ya eran verdaderas trifulcas. Nevelyn vio una patrulla de paladines aproximarse desde el sur. El trío tuvo una breve discusión… y luego se alejó en dirección contraria.

«Ahora solo es el comienzo», pensó. «Las horas más oscuras vendrán después».

Si los escudos sociales habituales no intervenían, la ley de la calle se impondría, y lo único que importaría sería quien era el más fuerte o quien tenía la mejor magia.

Miró hacia el otro lado, donde estaba el Distrito de las Bodas.

Vio familias llevando a sus hijos de vuelta a casa. Parejas conversando. Muchos de ellos no parecían saber todavía lo que ocurría a tan solo unas esquinas. Cada familia enviaba a una persona. Quizás en busca de algún producto necesario: pan, queso, manzanas…

Los vio pasar frente a la propiedad de los Tin'Vori, doblando la esquina para encontrarse cara a cara con el caos.

Algunos retrocedieron con sensatez.

Otros avanzaron, creyendo que podrían ayudar, sin darse cuenta del peligro real.

—¿Te sientes mal? —preguntó Dahvid en voz baja.

Ava roncaba.

—¿Por qué?

—Tenemos comida de sobra —respondió—. Ellos no tienen nada.

Nevelyn ya había recorrido ese laberinto mental.

—Tienes razón. Vamos, abramos la puerta principal. Repartamos paquetes de ayuda. ¿Cuántas personas crees que podremos alimentar antes de quedarnos sin nada? ¿Y crees que todos esperarán en fila, pacientemente, por sus raciones? ¿O crees que acabará pareciéndose a eso?

Sus palabras coincidieron con el estallido de un duelo mágico. Un hombre blandió el aire con su varita, y hubo sangre. Le pareció ver un dedo cercenado, aunque quizás era una mano. Un destello brillante lo hizo volar contra una caja. No tardó mucho en propagarse. Una piedra en el agua. Duelo tras duelo, físicos y mágicos, se expandieron por toda la plaza del mercado. Se hizo el caos en cuestión de segundos.

—¿Sabes cuántas personas viven en Kathor, hermano?

Dahvid se encogió de hombros.

—Hace mucho que no voy al colegio.

—Casi trescientas mil, según el último censo. Lo que estamos viendo es solo una fracción. Todavía hay gente trabajando que ni siquiera sabe que una enfermedad ha llegado a la ciudad. La próxima oleada será mucho peor. ¿Y la que venga después? —Sacudió la cabeza—. No podemos proteger a toda una ciudad. Solo podemos intentar sobrevivir. No me hagas disculparme por querer salvar a las personas que más quiero en el mundo.

Dahvid no parecía del todo satisfecho con esa respuesta, pero no replicó.

Fue lo más cercano a un acuerdo que lograrían.

Abajo, las calles comenzaban a vaciarse. El mercado había sido arrasado. La mayoría de los puestos estaban dañados. Corrientes de

gente se dirigían al Distrito inferior, tal vez con la esperanza de que el resto de los mercados aún resistieran.

Campanas de alerta sonaban en toda la ciudad.

No las usaban a menudo, pero ella sabía que estaban pidiendo a la población que regresara a sus casas.

Había comenzado el toque de queda.

Las autoridades pedían el inicio de una cuarentena.

Nevelyn sentía los párpados pesados. No ayudaba que una llovizna suave comenzara a golpear los tejados. La ciudad se volvió gris y silenciosa, hasta que su visión se desvaneció por completo.

Más tarde, se despertó incómoda.

Se había dormido en el sillón, y tenía un gran nudo en la espalda, y la garganta reseca.

Ava se había marchado a su habitación y Dahvid también.

No habría sabido decir qué hora era.

Las lámparas nocturnas seguían encendidas. Nada se movía más allá de la ventana. La ciudad era una pintura inmóvil extendiéndose en todas direcciones. Todas las puertas parecían ojos cerrados. Los edificios, soldados con los hombros caídos. Guardianes de la ciudad, abandonando su deber.

Nevelyn se levantó, soñando con la calidez de su cama, cuando un movimiento llamó su atención. En los tejados. Casi invisible. Entrecerró los ojos y vio que era una gárgola. Una de las criaturas de piedra viva encargadas de proteger la ciudad. Siguió la dirección a la que se dirigía y vio humo elevándose entre los edificios. Un resplandor rojo parpadeaba en las ventanas lejanas. Un fuego comenzaba a rugir en la oscuridad.

Sacudió la cabeza.

«Mejor allí que aquí».

Nevelyn fue tambaleándose hacia la cama.

Había una jarra de agua a medio llenar en la mesa. Sirvió un vaso, lo bebió entero, y se sirvió otro.

Miró una vez más por la ventana. Todo el mundo estaba enmarcado detrás de esta, con todos sus problemas.

—Quedaos allí fuera —murmuró—. Dejadnos en paz.

Y entonces se hundió en la comodidad de las almohadas. El sueño la envolvió.

Cuando amaneció y bajó las escaleras, descubrió que el mundo no la había escuchado: Ava estaba enferma.

19

MERCY WHITAKER

El hospital era una pesadilla.

Decir que estaba desbordado sería generoso.

Sin embargo, Mercy prosperaba en medio del caos. No había dejado de moverse, evaluar, tratar. En algún momento activaron los protocolos de emergencia. Los pacientes que no estaban allí por la enfermedad debían ser enviados a casa, a menos que ya hubieran sido catalogados como casos críticos.

El doctor Horn debía ser quien aprobara la decisión, pero se había marchado por un asunto familiar y aún no había regresado.

Mercy se temía lo peor. Solo una crisis importante lo habría alejado del hospital en un momento como este.

Tres de las cuatro alas habían sido convertidas en centros de aislamiento.

Toda la atención se centró en las víctimas de la enfermedad.

El primer piso se transformó en una gran estación de admisión, así como en una sala de espera para los casos con síntomas más leves.

Varios factores se tomaban en cuenta durante la evaluación inicial.

Primero, la expansión de los patrones de moretones en los pacientes. A Mercy le sorprendía lo preciso que resultaba eso como medida de gravedad. Más moretones significaba síntomas más severos, y menos moretones implicaba un caso leve.

No había visto ninguna excepción a esa regla.

Después, se evaluaba la salud relativa y la edad del paciente.

Se trasladaban a los enfermos, según su grado de riesgo.

El segundo piso era para quienes presentaban síntomas de debilidad. El tercero estaba reservado para posibles muertes; los pacientes más vulnerables.

Ya había habido tres bajas, la última vez que se comunicó con la morgue.

Hizo nota mental para verificarlo de nuevo, pero, por ahora, los vivos reclamaban su atención.

Entró a una habitación ocupada por una familia.

La madre atendía a su esposo y a sus dos hijos, con toda la concentración de una enfermera entrenada.

Mercy se presentó.

Los niños —mellizos—, le sonrieron con timidez cuando apoyó el estetoscopio sobre sus pechos amoratados.

El eco estaba ahí. Siempre estaba ahí.

Mercy le guiñó un ojo al pequeño, antes de pasar al padre y comenzar de nuevo.

«¿Todos ellos tenían el eco, verdad?».

Las palabras de Nance la perseguían. No podía escapar de él, ni de la experiencia cercana a la muerte en Colinas Errantes.

Esos recuerdos eran como una mancha de sangre que no lograba borrar, por más que sumergiera sus pensamientos bajo el agua y los frotara.

Viéndolo en retrospectiva, estaba claro que Nance había estado allí para monitorear los resultados de un experimento. ¿Diseñado por él? ¿Por otra entidad? Era probable que un grupo más grande estuviera involucrado.

Crear y diseminar una enfermedad no era tarea fácil. Y tampoco habría sido sencillo eliminar toda la evidencia que ella había dejado en la planta de tratamiento.

No podía evitar preguntarse cómo habían creado la enfermedad en primer lugar. Y, más importante aún, ¿con qué fin la propagaban?

Su mente siempre se detenía en esa pregunta: ¿con qué fin?

El mal existía en su mundo, pero rara vez sin propósito.

Había presenciado todo tipo de tragedias durante su tiempo en el hospital. Hechizos que cegaban, torturaban o mutilaban. Casi todos

esos pacientes tenían una historia detrás. Un ladrón robando una bolsa. Un amante despreciado, buscando venganza.

Era una regla de la naturaleza humana actuar en su propio interés.

Ese Nance —quienquiera que fuera—, no esparcía la enfermedad solo para ver al mundo contener la respiración. Tenía que haber un motivo.

Mercy terminó con la familia.

Ninguno de ellos era lo suficientemente grave como para trasladarlos a otro piso. Los niños más pequeños parecían especialmente resistentes a la enfermedad, mostrando solo unos pocos moretones.

Agradeció ese pequeño consuelo.

Les sugirió que volvieran a casa si sentían que podían llegar de forma segura.

Luego, regresó al área de admisión.

Su persona de contacto —una enfermera llamada Bathly—, llenaba una serie de formularios. Mercy había dado la orden de omitir la mayoría del papeleo habitual del hospital, pero aún necesitaban cierta información básica para mantener un tratamiento organizado.

—¿Dónde me necesitas ahora, Bathly?

La mujer se encogió de hombros.

—La admisión ha bajado a cuentagotas. Ahora es buen momento para ir a la morgue. Sé que querías revisar a algunos de los fallecidos. Y todavía no hay señales de Horn, por cierto.

Mercy observó la sala de espera del primer piso. Había menos de una docena de personas allí. Siempre existía la posibilidad de que otra oleada de pacientes llegara en plena noche, pero Bathly tenía razón. No tendría una mejor oportunidad para dejar el triaje y enfocarse en los otros elementos de la enfermedad.

—¿Quién está de guardia abajo?

—Uno nuevo —respondió la enfermera—. Williams.

Mercy echó un vistazo a unos formularios antes de agradecerle y bajar las escaleras.

El piso del sótano era la zona más tranquila del hospital en este momento. Sabía que había pacientes en esas habitaciones, pero el personal había sido desviado al caos de arriba. La única incomodidad venía de la iluminación. Había hechizos menores de iluminación instalados en el techo. Sospechaba que los hechizos originales cubrían todo el pasillo, pero hacía tiempo que nadie los renovaba. El resultado era que el radio de cada luz no alcanzaba a la siguiente, obligándola a caminar por breves segmentos de oscuridad absoluta. Cada vez que cruzaba uno, esperaba que algo saltara desde las sombras.

«Dioses, me estoy volviendo loca».

Otro tramo de escaleras la llevó a la morgue.

El subsótano ofrecía un frío natural. El entorno perfecto para reducir la descomposición.

La doctora empujó la puerta y encontró al nuevo completamente dormido. Tenía el cabello largo, con canas visibles en las sienes. Llevaba una mascarilla color carmesí y estaba envuelto en un abrigo de invierno para soportar el frío.

Mercy cruzó la sala mientras él roncaba.

El primer formulario estaba firmado por Arthur Bow, el forense de toda la vida. ¿Los otros dos informes? También firmados por Arthur. Lo que significaba que el nuevo no había hecho absolutamente nada desde que había llegado.

—Ey… —lo llamó Mercy—. ¿Qué demonios es esto?

El hombre se despertó de golpe.

—¿Eh? Oh… Oh… Hola. Perdón. De verdad lo siento. Yo solo… —Un bostezo interrumpió la frase—. Solo intentaba ponerme al día. Soy nuevo. Doctor Williams.

—¿Ponerte al día? —repitió Mercy—. No has hecho nada. No has procesado a ninguno de estos pacientes.

Él miró la fila y se sorprendió al ver cuántos cuerpos había.

—Mierda… Han llegado más cadáveres.

—Estás en una morgue, y hay una plaga suelta.

—Podríais haberme despertado —murmuró.

—También podrías haber elegido no quedarte dormido. Mira, el resto estamos haciendo turnos triples allá arriba. No eres el único

que necesita descanso. Concéntrate.

Este asintió.

—Claro. Supongo que solo… pensé que no iban a ir a ningún lado.

Ella lo miró.

—¿Los cuerpos?

—Bueno, sí… —Como ella no dijo nada, terminó la frase—: Porque están muertos. —Mercy no se rio, y el silencio incómodo lo obligó a ponerse de pie—. Cierto. Perdón de nuevo. Me pongo a ello.

—Bien. Necesito verlos a todos. Una revisión rápida.

Él parpadeó.

—¿A todos?

—Sí. Hay una enfermedad desconocida arrasando la ciudad. Tenemos múltiples cadáveres, y múltiples cadáveres…

—Crea un patrón, y los patrones permiten una respuesta estratégica. Entendido. Yo también he leído el manual de Pulliver. Tienes razón, tienes razón. Abrámoslos entonces y echemos un vistazo.

Al menos estaba entrenado. Al borde de la negligencia, pero con formación adecuada.

Recorrió la fila, abriendo uno por uno los compartimentos de los pacientes.

Como siempre, los dedos cicatrizados de Mercy empezaron a picarle al acercarse a los muertos. También sintió un pinchazo breve en la parte baja del abdomen. Sabía que era donde, cinco años atrás, su apéndice había reventado y le había sido extraído.

Ignoró esos dolores fantasmas y se concentró en lo que tenía delante. Tomó su cuaderno y comenzó a tomar notas de cada una de las víctimas.

El primer paciente tenía setenta y cuatro años. Un hombre mayor con moretones repartidos sobre una piel delicada y olivácea. Coincidía con su perfil.

Sin embargo, los siguientes dos pacientes estaban en unos veintitantos.

Fue tan sorprendente, que Mercy se detuvo a leer sus historiales.

Uno era un ingeniero elemental. No sabía mucho de esa rama de la magia, más allá de que trabajaban con patrones climáticos y con la formación de materiales crudos.

El otro era un tejedor de formación clásica.

Mercy frunció el ceño al leer ese archivo, y luego pasó al siguiente cadáver.

De las nueve víctimas, cinco tenían menos de treinta años.

—El perfil original no se está sosteniendo.

—¿En serio? —preguntó el doctor Williams. Mercy casi había olvidado que seguía allí—. Pensé que era una enfermedad nueva. ¿Cómo podría haber un perfil original?

—Investigué el mismo brote en Colinas Errantes, hace poco menos de un mes. Había evidencia de que era más peligroso para los ancianos, lo cual concuerda con la mayoría de las enfermedades transmisibles. La única víctima mortal allí fue una enfermera mayor, que hacía de médica del pueblo.

Él frunció el ceño.

—¿Sacaste un patrón con una sola víctima?

—Claro que no. También hubo un patrón entre los pacientes vivos. En ese momento parecía que los más viejos sufrían los síntomas más severos, y el inicio también era más rápido, pero estos nuevos datos van en la dirección opuesta.

Antes de que Williams pudiera responder, las puertas dobles del fondo de la sala se abrieron de golpe.

Mercy dio un respingo, pero solo era un equipo de paladines de la Espada Brillante.

Entraron con otro cadáver. La décima víctima oficial de Puerto Seguro.

Mercy sabía que seguía siendo una tasa de mortalidad relativamente baja, pero la sola visión de otro cuerpo le recordó la forma en que Nance había reaccionado a sus acusaciones. Ese encogimiento de hombros despreocupado. Era como si la muerte de inocentes simplemente no importara.

«¿Con qué fin?».

—Traed el cuerpo aquí —ordenó—. Vamos a echar un vistazo ahora.

Williams firmó la recepción del cuerpo.

La doctora no esperó a que él abriera la bolsa. Bastó un pequeño tirón y los dientes metálicos se separaron.

La tela se abrió.

Mercy soltó un grito ahogado que hizo que los paladines se detuvieran en seco en la puerta, con las manos instintivamente bajando hacia sus armas.

El doctor Williams estuvo a su lado en un instante, colocándose entre ella y el cadáver, pero no se trataba de ese tipo de amenaza. No era un *renacido*. No había magia oscura en juego.

Gritó, porque había reconocido al fallecido.

La décima víctima no era otra que el doctor Horn.

20

REN MONROE

La mañana amaneció brillante y hermosa.

Observaron a Vega volar en dirección al amanecer. El ave de piedra viviente llevaba un mensaje en sus garras para la Casa Brood. Existían protocolos que Theo podía activar para convocar a cientos de sus guardias esparcidos por la ciudad. Una escolta apropiada para regresar a la finca, pero ambos coincidieron en que era mejor optar por la discreción. Necesitaban orientarse tras el ataque, y la vista panorámica desde Las Alturas les ofrecía justo eso.

Además, aquel lugar estaba tan bien protegido, como cualquier propiedad de la Casa Brood. Incluso después de haber sido secuestrado, Theo se comportaba como todo un caballero. Había conseguido pasteles de algún lugar —los dioses sabían de dónde—, y el té que le sirvió a Ren olía a naranjas silvestres.

Ella se acomodó en una silla acolchada y sintió como si le hubieran dado una segunda oportunidad en… todo.

Una vida con Theo.

Una oportunidad de honrar a los muertos.

En lugar de sentirse sacudida por lo cerca que había estado de morir, Ren estaba más decidida que nunca a asumir su papel en el cambio de la ciudad.

Pero eso no podía comenzar hasta que supieran cuál era el siguiente paso después de su complicada fuga.

—¿Así que mi hermana estaba detrás de todo esto? —preguntó Theo—. Supongo que no debería sorprenderme. De los tres, siempre fue la que más se parecía a mi padre.

—Eso nos dice mucho. Su gran jugada fue consolidar tu posición. Eso me indica que las demás casas te aprecian. No querían eliminarte a ti. Solo a mí.

Theo la sorprendió con una sonrisa maliciosa.

—Lo cual me demuestra que has dejado una impresión fuerte. ¿Cuántas personas se han ganado el miedo colectivo de todas las casas, Ren?

Ella resopló.

—No lo había visto de esa forma.

—Te has ganado su atención, y ahora ellos se han ganado la mía.

Theo dijo esas palabras con un tono más oscuro del que ella le había escuchado jamás. No era simple irritación. Lo que sentía, a través de su vínculo, era una furia helada. Una promesa letal en su mirada.

Ren nunca lo había visto parecerse tanto a un Brood.

Él debió de notar su inquietud, porque se sacudió.

—¿Demasiado dramático? Sí, demasiado dramático. Solo quiero decir que todas las grandes casas están atadas a nosotros de una forma u otra. Dependen de la Casa Brood. Si queremos aplicar presión, podríamos hacerlo.

Ren asintió.

—Un puente que cruzaremos más adelante. Ahora mismo, hay asuntos más urgentes. Ambos involucran a la familia. Está el asunto de dónde se esconde tu hermana…, y luego está lo que encontramos en esa planta de tratamiento de agua.

Theo frunció el ceño.

—Había asumido que eso fue una trampa. Una muy oscura, cierto, pero pensaba que habían utilizado esos cuerpos para atraernos. Una vez dentro, rodearon el edificio…

Una vez más, Ren había olvidado que este había estado inconsciente durante esa revelación.

—Seminar no sabía nada de los cuerpos. Hablé con ella. Intenté usar la información para ganar tiempo. No funcionó, pero pude ver en su reacción que no tenía ni idea de lo que investigábamos.

Theo dejó su taza de té, desconcertado.

—¿Fue solo una coincidencia?

Ren asintió.

—Eso creo. Recuerda, fue el aviso de Sloan, el que nos llevó allí. Ella vinculó a Lana con los Hacedores, un grupo conocido por no usar magia. Es difícil imaginar que la Casa Shiverian se asociara con ellos. No, creo que, lo que encontramos, era otra cosa completamente diferente.

Antes de que Theo pudiera responder, se oyó un crujido estático. Un sonido muy suave. Sus ojos se dirigieron al patio trasero. Él había dejado la puerta entreabierta. Ambos dejaron sus tazas y cruzaron la habitación. En cuanto salieron, el ruido se convirtió en una voz. Era como si alguien estuviera justo al lado dándoles un discurso, y ese alguien era el virrey Gray.

—Estamos extendiendo oficialmente el edicto anterior. Repito, estamos extendiendo oficialmente la cuarentena emitida hace dos noches. Esta orden afecta a todo ciudadano de Kathor.

Era el sistema de amplificación del gobierno. Un hechizo que Ren sabía que había sido meticulosamente entretejido en cada calle, edificio y rincón de la ciudad. Era uno de los pocos poderes reales del virrey. Él —y solo él—, podía activarlo en tiempos de crisis, comunicándose con toda la población.

—Romper esta cuarentena es un delito. Las únicas excepciones son para personal médico, soldados de la Espada Brillante, funcionarios del gobierno…

Mientras escuchaban, el virrey Gray ofrecía varias piezas faltantes del rompecabezas de los últimos días: la repentina caída de doctor Horn, el guardia desaparecido, las calles vacías y los mercados desiertos. Una plaga había llegado a su ciudad. Las marcas en las puertas estaban brindando información a las autoridades: quién estaba enfermo, en qué barrios, y en qué grado.

El virrey animó a la gente a mantener abiertas las líneas de comunicación para que sus equipos pudieran reaccionar de forma adecuada y ofrecer ayuda.

El líder de Kathor compartió una lista detallada de síntomas.

Luego, explicó la situación actual de los hospitales y qué capacidad tenían para recibir pacientes, y a cuáles debían ir.

Ren sabía que esta no era la primera enfermedad que llamaba a las puertas de Kathor.

Los primeros colonos casi habían sido aniquilados por la fiebre porcina antes de terminar los muros exteriores. La pandemia más devastadora en cuanto a tasa de mortalidad había sido la Peste Silenciosa. Mató a ocho mil personas en el cambio de siglo. Su origen era famoso. Una historia de advertencia contada a niños —y a todo marinero recién contratado.

Un barco mercante encontró una nave abandonada flotando en la costa norte de la ciudad. Todos a bordo eran de Tusk. Y todos estaban muertos. Había signos evidentes de enfermedad en cada cadáver. Aun así, los comerciantes no pudieron resistirse a las mercancías gratuitas. En la bodega hallaron cajas de telas raras de Tusk.

En lugar de quemar el barco, ordenaron descargar la carga.

Esa decisión mataría a una décima parte de la población.

Naturalmente, la ciudad había avanzado desde entonces. Existían salvaguardas que deberían limitar el brote. Muchas casas nobles tenían propiedades tan protegidas que las enfermedades solían pasar de largo.

Las siguientes palabras del virrey respondieron a esa misma duda:

—Los primeros informes indican que la enfermedad se propagó a través del suministro de agua. Hemos asegurado todas las instalaciones de agua de la ciudad. Si ha consumido agua proporcionada por la ciudad en la última semana, ha estado expuesto. Sugerimos que se hierva el agua durante los próximos días, como precaución, pero el suministro ya no representa un peligro. Recordad: somos Kathor. La ciudad más brillante en la colina. Nuestra luz no se apagará. Ni ahora. Ni nunca. —Su potente voz se desvaneció.

Ren volvió a mirar el té que estaban bebiendo. Por suerte, lo habían hervido. El calor normalmente mataba las bacterias… pero ¿servía también con una plaga como esta? Ninguno mostraba síntomas. ¿Habían estado expuestos antes de encontrar los cuerpos? Supuso que solo el tiempo lo diría.

Theo fue el primero en romper el silencio.

—Los cuerpos —dijo—. Los encontramos en el suministro de agua.

—Lo que significa que lo que está pasando está conectado con lo que encontramos.

«Mierda, mierda, mierda… Mi madre está potencialmente conectada con la plaga».

—Necesito una vela de portal —indicó Ren.

Theo frunció el ceño.

—¿Por qué? Ya lo has oído. Hay una cuarentena.

—Necesitamos respuestas, y creo saber dónde encontrarlas.

21

NEVELYN TIN'VORI

Nevelyn no enfermó, por más que se obsesionara con cada dolor o molestia.

Josey también evitó la plaga, aunque parecía estar sufriendo de la enfermedad incurable del aburrimiento.

Dahvid, al principio, pareció enfermo, pero resultó que solo había comido un queso en mal estado.

Cuando Ava se enteró de que era la única enferma, se transformó instantáneamente en la persona más insoportable del mundo.

Nevelyn estaba muy preocupada por ella —al fin y al cabo, era una enfermedad desconocida—, pero exigir que le llevaran todos los libros de la casa a su habitación le pareció un poco dramático.

No sintió compasión hasta que las cosas empeoraron más.

A la hora del almuerzo, iba a llevarle una bandeja de comida y pudo ver a Ava por una rendija de la puerta. Su hermana estaba recostada contra los cojines, con los dientes apretados y el sudor corriendo por su frente.

Todos habían acordado no entrar en la habitación, pero Nevelyn no pudo cumplir esa regla.

No, con Ava.

—Voy a llenar la bañera —dijo, entrando con paso firme. Llevaba puesta su máscara con todos los encantamientos. Tendría que bastar —. Vamos, el agua caliente te hará bien.

Ava no protestó.

Dejó que su hermana mayor la guiara.

Estaba claro que, sin su ayuda, no habría tenido fuerzas para cruzar por sí sola el borde de la gran bañera con patas de garra.

Ava soltó un gemido de alivio inmediato al ser sumergida en el agua espumosa.

—Ya puedes irte —rumió entre dientes—. Estaré bien.

Nevelyn la ignoró. Fue al dormitorio, encontró el libro que Ava estaba leyendo, pasó a la página marcada, colocó un taburete y comenzó a leer en voz alta.

Su hermana no volvió a pedirle que se marchara. Se hundió en el agua con los ojos cerrados por el dolor. Por primera vez en semanas, Ava no se quejó. Encontraron una paz momentánea.

Después, Nevelyn la envolvió en una toalla, la ayudó a ponerse el pijama y le acomodó la cama.

Ya estaba roncando, cuando Nevelyn alcanzó la puerta. Al doblar la esquina, vio a Josey en lo alto de las escaleras. Se movió al verla acercarse, y le quedó claro que escondía algo.

—¿Qué es eso?

Encogió los hombros.

—¿Qué es qué?

—En la mano. ¿Qué tienes?

Se encogió de hombros otra vez, pero esta vez se giró con lentitud para revelar un cuchillo. Su padre lo había guardado en uno de los estantes de su despacho. ¿Un regalo de algún comerciante con el que trabajó? En realidad, Nevelyn ya había olvidado la mayoría de esas historias. Recordaba sus palabras, su rostro, su sonrisa y su enfado, pero muchos detalles ya se habían perdido en las grietas de su memoria.

—¿Quién te ha dado un cuchillo?

—Dahvid.

Una voz llegó desde abajo.

—¡No es verdad!

Tercer encogimiento de hombros del día.

—Si sigues encogiéndote así, se te va a caer la cabeza —le dijo—. ¿Para qué necesitas un cuchillo?

—Hay un ratón.

Ella arqueó una ceja.

—¿Y piensas atraparlo con eso?

Cuarto encogimiento. Dioses, estaba batiendo récord.

—¿Vas a estar entretenido?

Sus ojos se iluminaron con esperanza.

—Sí.

—No dañes la casa. No dañes el cuchillo. No bajes corriendo las escaleras. No te apuñales por accidente… —Pensó que con eso cubría lo esencial, pero luego recordó que tenía solo siete años y que criaturas de esa edad carecen de lógica básica—. Y no lo chupes.

Josey hizo una mueca ante esta última advertencia.

—¿Al ratón o al cuchillo?

—A los dos.

Asintió.

—Trato hecho.

Nevelyn lo vio alejarse por el pasillo, sabiendo que solo sería desagradable si realmente lograba atrapar a la pobre criatura.

Suspirando, volvió a su habitación. Su drama familiar le parecía una minucia, comparado con lo que ocurría fuera.

A lo largo del día, la ciudad pareció recuperarse brevemente. Algunos vendedores salieron a inspeccionar el mercado. Otros, intentaron restaurar sus puestos, hasta que un grupo errante los vio. Hubo una breve conversación, un instante aún más breve de violencia. Obligando a los dos tenderos a vaciar los bolsillos, para, a continuación, empujarlos, antes de continuar hacia otra parte de la ciudad.

No apareció ningún paladín.

Kathor seguía sujeta a otro tipo de reglas.

¿Cuánto tiempo duraría esta anarquía?

Lo único sorprendente era la total ausencia de las grandes casas. Ninguna había intervenido para establecer orden. ¿Estaban esperando a que las fuerzas menores se destrozaran entre sí? ¿Cansarlas antes de regresar y poner el pie sobre el cuello de la ciudad justo cuando el polvo comenzara a asentarse?

También era posible que la predicción más audaz de Agnes Monroe se hubiera hecho realidad. Tal vez las grandes casas también habían sido alcanzadas por la plaga, con consecuencias igual de devastadoras.

La siguiente fase fue tan predecible como la primera.

A primera hora de la tarde, la gente fue forzada a volver a las calles. Solo una cosa podía motivar un riesgo así: comida. Los vio golpear puertas traseras de restaurantes, golpear ventanas de las tiendas. En algunos casos, rompían el vidrio, si nadie respondía. Todos buscaban, buscaban y buscaban. En vano. Cada migaja había sido reclamada.

Por primera vez, Nevelyn se sintió culpable por lo bien preparados que estaban y por lo poco que tenían los demás.

Pero el mismo problema seguía presente: si abrían sus puertas y ayudaban a uno solo de esos desesperados… ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los rumores condujeran a una turba furiosa frente a su casa?

Todo lo que le importaba era la supervivencia. Resistir esta tormenta. Llegar al otro lado.

Al caer la tarde, volvió a ver movimiento.

Un gran carruaje entró en el mercado. Observó cómo los caballos giraban hasta encontrar un espacio para detenerse. Varios bajaron y empezaron a descargar. Su llegada atrajo a los desesperados como buitres a la carroña. En minutos, los carroñeros comenzaron a rodearlos. Otros salían de los edificios por pura desesperación. También regresaron las bandas. Grupos más pequeños que habían estado operando en otras zonas de la ciudad y que ahora parecían haber encontrado un verdadero botín.

Se contuvo la respiración colectiva.

Todos parecían esperar a ver quién atacaría primero.

Los que descargaban se dieron cuenta. Ella los vio señalarse entre sí.

Iba a estallar la violencia.

Esperó el primer puñetazo. El primer tajo de magia en el aire.

Ninguno llegó.

Nevelyn observó cómo abrían las tapas de las cajas. A cada persona se le entregaba algo. Y luego, para su sorpresa, seguían su camino.

La noticia se propagó con rapidez.

Más cajas se abrieron. Más latas y bolsas se repartieron.

Por primera vez, Nevelyn notó que todos los miembros del grupo llevaban la misma bufanda roja. Si no en el cuello, atada al muslo o en el brazo. ¿Los habría enviado el virrey? A todos los que llegaban se les daba comida sin discusión. Ella observó hasta que las cajas quedaron vacías.

«Ahora», pensó. «Ahora es cuando vuelve la violencia».

Pero volvió a equivocarse.

Hubo una reacción inicial por parte de la multitud. Gente empujando. La misma desesperación que ya había visto en el mercado, pero entonces una mujer levantó ambas manos. Pidió silencio, y la gente la escuchó.

Nevelyn estaba demasiado lejos para oír nada, pero la mujer hablaba con gestos enfáticos.

Cuando terminó, la multitud no se rebeló. No intentaron robar el carruaje ni atacar a sus improbables benefactores.

En cambio, se dispersaron.

Silenciosos como un sueño.

Nevelyn se levantó de un salto. Corrió hacia la ventana y comenzó a manipular los cerrojos. Un par de mujeres que habían estado entre la multitud pasaban por la calle justo debajo.

—¡Esperad! ¡Disculpad!

Las dos levantaron la vista.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nevelyn—. ¿Quiénes eran esas personas?

Un intercambio de miradas. Estaban decidiendo si compartir o no lo que sabían.

—Comida gratis —dijo finalmente una de ellas—. Tenían comida gratis para cualquiera que realmente la necesitara. Raciones extra para sobrevivir los próximos días. Pero solo si estás en una mala situación.

—¿Qué han dicho al final? —insistió.

—Que volverán mañana con más.

—¿Quiénes eran? ¿La Legión de la Espada Brillante?

La suposición de Nevelyn provocó una carcajada en la mujer.

—Claro que no. Esos imbéciles se han encerrado en sus cuarteles y no han vuelto a salir. Los que están repartiendo comida son los

Hacedores. Gente del Distrito inferior. De pura cepa. Dioses, espero que no estuvieras conteniendo la respiración esperando que la Espada Brillante viniera a rescatarte.

Y, con eso, las dos mujeres siguieron su camino calle abajo.

Los ojos de Nevelyn volvieron al mercado.

El grupo ya había comenzado a cargar de nuevo las cajas vacías en su carruaje.

Notó una vez más sus brillantes bufandas y telas rojas. Un detalle astuto. Una característica memorable que otros podrían ver y reconocer de inmediato. Todavía quedaba una pequeña multitud a su alrededor. Los Hacedores saludaron, hablaron brevemente y luego dejaron que los caballos tiraran del carruaje, alejándolos del lugar.

Así que este era el grupo de Agnes Monroe.

Nevelyn había estado esperando la siguiente fase del plan. Una plaga se había esparcido, como se prometió, y se planeó. Y acababa de presenciar el paso dos.

Pensó que era uno de los actos de violencia más ingeniosos que había visto en su vida.

Una plaga sería vista como un desastre natural. No muy distinto de una hambruna o una sequía. Pocos sabrían, o creerían, que un grupo específico podría tener un papel en la propagación de una enfermedad así. Si la causa se percibía como algo natural, entonces lo que importaba era la reacción. Los Hacedores habían perpetrado la violencia con su mano derecha invisible, y ahora protegían a la población con su visible mano izquierda. Después de todo, ¿quién mejor para rescatarte de un ahogamiento que quien te ha tenido la cabeza bajo el agua todo el tiempo?

—Qué diabólico —murmuró.

Sus ojos recorrieron las azoteas de los edificios. A esa hora, empezaban a fundirse en una masa gris sin forma.

Ahora el plan estaba en marcha.

Primero, la plaga.

Después, la recuperación y la caridad.

¿Cuál era el siguiente paso lógico?

Agnes Monroe le había dicho que todos tendrían que elegir. Tendrían que decidir qué camino seguir. Era como si esto fuera un

gran punto de inflexión en toda la historia humana.

Lo que hacía que la respuesta a la pregunta de Nevelyn fuera obvia:

Crear un desastre.

Rescatar a la ciudad.

¿Y luego? Pedir una recompensa.

El paso final del plan sería *el poder*.

22

MERCY WHITAKER

El hospital se transformó en un campo de batalla.

Sus asesores principales desaparecieron uno por uno.

Dos se fueron a casa con la enfermedad. Los otros dos se internaron en habitaciones del sótano, inútiles, salvo para responder alguna que otra pregunta operativa.

Tampoco ayudó que, al mismo tiempo, el personal llegara a un punto crítico de escasez.

Incluso con turnos dobles, simplemente no había suficientes enfermeros.

Se tuvo que abandonar el protocolo habitual. Todos hacían lo mejor que podían para tratar a los pacientes, mientras mantenían un entorno relativamente estéril.

En la morgue, los cuerpos comenzaban a acumularse. La enorme población de la ciudad finalmente se hacía evidente.

En Colinas Errantes, solo había habido una víctima. Un resultado engañoso.

Ahora los porcentajes se aplicaban a una ciudad con más de doscientas mil personas. Cada día llegaban más cadáveres.

El hospital se vio obligado a contratar mensajeros para enviar avisos a las familias. Había que reclamar a los fallecidos, para liberar espacio.

Por supuesto, la mayoría estaban demasiado enfermos, incluso para recibir la notificación, lo que los dejaba atrapados en un círculo terrible de malas noticias.

El doctor Williams no había salido de la morgue. Que ella supiera, dormía allí.

El forense habitual de Puerto Seguro no había regresado. El rumor era que había muerto en su casa.

Noticias lúgubres como esa se esparcían cada vez más, y todavía era más triste el hecho de que ninguno tenía tiempo para llorar a nadie.

El propio mentor de Mercy había muerto y apenas había pensado en él.

No había tiempo para lamentarse ni para escaparse a llorar un poco. Cada persona que aún estaba de pie tenía que seguir moviéndose, o el hospital colapsaría.

Su primer rayo de esperanza llegó cuando algunos pacientes comenzaron a recuperarse.

Mercy empezó a tramitar altas en el primer piso. Los moretones comenzaban a desvanecerse. No se iban del todo, pero ya no causaban dolor. Otros síntomas desaparecían. A cada paciente que daban de alta, les recetaba descanso, medicación y mantener la hidratación.

Mejores noticias llegaron desde la Espada Brillante: un paladín les informó que todas las plantas de tratamiento de agua habían sido aseguradas.

El agua de la ciudad era oficialmente potable otra vez.

Mercy no habría podido continuar sin esos dos pequeños avances positivos.

Había dado de alta a casi doscientos pacientes, cuando comenzó a emerger un patrón. Algo curioso que no había notado al principio. Dos pacientes tuvieron la misma queja. Solo una coincidencia, pensó, hasta que un tercer paciente repitió lo mismo.

—No puedo hacer magia.

Era un hombre de unos cuarenta y tantos. Vestido con elegancia. Según su expediente, era ingeniero estructural y trabajaba para la Casa Proctor.

Mercy le había dado el discurso habitual, para los pacientes dados de alta, pero él la detuvo antes de que pudiera salir de la habitación.

—¿Nada? —le preguntó.

—Nada. Lo he intentado todo. Hechizos que uso en el trabajo. Hechizos que uso en casa. Magia que conozco desde niño. Nada

funciona.

Mercy asintió.

—Las enfermedades suelen amortiguar la habilidad mágica.

—No me siento enfermo —dijo él—. Por eso, me estás dando el alta. Ya estoy mejor.

—Es cierto, pero cómo percibes tu salud no siempre refleja lo que realmente está pasando dentro de tu cuerpo. Probablemente, quedan restos de la enfermedad. Has ganado la batalla, pero eso no significa que tus células hayan terminado de eliminar todo. Esperaría que tus habilidades regresen en unos días. Dale una semana. Intenta lanzar esos hechizos otra vez, entonces.

Mercy lo dio de alta y siguió adelante, pero los detalles continuaron rondando los bordes de sus pensamientos mientras pasaba el día.

Desafortunadamente, no podía hacer lo que siempre hacía cuando surgía una dolencia misteriosa. Si el doctor Horn descubría algo en medio de una cirugía, siempre había tiempo después para visitar la biblioteca del hospital. Investigaba allí todo lo que quisiera, sabiendo que su próximo turno estaba a días de distancia.

La idea de tener tiempo libre para leer era casi cómica en ese momento.

Se vio obligada a redirigir su investigación hacia los mismos pacientes. Antes de cada alta, comenzó a hacer una serie de preguntas.

¿Tenéis una varita con vosotros?

Si lo tenían, ¿podían intentar un hechizo simple? ¿Cualquier hechizo?

Ningún paciente que hubiera sufrido el brote podía hacer magia.

La intensidad actual de los síntomas no importaba. El tiempo desde la infección era irrelevante. Ningún paciente podía acceder a su arsenal mágico. Algunos se quejaban de estar demasiado cansados. Sus mentes demasiado nubladas. Otros estaban profundamente preocupados. ¿Por qué no podían recordar los pasos correctos? Era como si la información hubiera sido arrancada de sus mentes.

Una vez que reunió suficiente evidencia, Mercy entregó sus funciones a uno de los residentes más jóvenes y se dirigió al sótano.

El doctor Williams estaba allí. Despierto, esta vez, pero rodeado de más cuerpos de los que ella creía que había en el hospital. A simple vista, parecía haber al menos setenta víctimas. Un número que solo seguiría creciendo.

—Una pregunta para ti.

Él abrió los brazos en señal de bienvenida, pareciendo por un instante el rey de los muertos.

—Dispara.

—¿Conoces las ocupaciones de los fallecidos?

—Algunas —respondió—. Están en los formularios de ingreso que completan los familiares. Hay algunos sin identificar, pero sí, tengo esa información, de más o menos la mitad.

—¿Cuántos considerarías usuarios intensivos de magia? Gente que consume muchos ockleys cada mes.

Mercy sabía que la mayoría de las asignaciones del gobierno dependían del nivel económico, pero siempre había excepciones para ciertos trabajos. Si necesitabas más magia para cumplir tu deber con la ciudad, podías conseguirla con una simple petición.

El doctor Williams consideró su pregunta.

—Tendría que buscar la información exacta en sus registros de asignaciones, pero, en general, diría que… ¿Muchos? La primera víctima era una tejedora. Usan magia durante largos periodos. Había varios del área de ingeniería. Gente que anda por la ciudad reparando cosas todo el día. La mayoría tiene un uso elevado y recibe ockleys extra para cubrir el trabajo mágico. Pero hoy en día, ¿quién no usa mucha magia?

—Dioses… —exclamó Mercy, ignorando su pregunta—. Eso es el eco.

Williams la miró, preocupado.

—¿Has dormido algo?

—No mucho, pero no estoy perdiendo la cabeza. Por fin he encontrado una respuesta. Todos nuestros pacientes arriba, incluso los que se están recuperando, no pueden usar magia.

—La enfermedad amortigua la magia —aportó Williams—. Eso está bien documentado.

—Exacto, y eso es lo que les he dicho, pero todos están así. Todos los pacientes. Sin excepción. Y no es solo un debilitamiento. No pueden hacer ningún tipo de magia. También sabemos que muchos de los fallecidos eran usuarios intensivos de magia. Piénsalo. En la escuela enseñan que la magia es… Es una sustancia invisible, ¿cierto? Podemos usar magia porque está en el aire. Está en todo. Incluido en nosotros.

Williams asintió.

—Somos conductos. Conductos muy poderosos.

—Exacto. La gente tiene magia en las venas. Está presente. Todo el tiempo. Incluso si no la usa activamente, ¿correcto?

—Teóricamente, sí.

—Si la magia está presente dentro de nosotros, entonces eso significa que ocupa espacio, ¿no? Aunque ese espacio sea infinitesimal, tendría que haber algún espacio físico que ocupa dentro de cada uno.

—Supongo que sí —respondió Williams, frunciendo el ceño—. Todo esto es muy teórico.

—Bien. Teóricamente, ¿qué pasaría si la magia dentro de ti fuera destruida? Digamos que se quema, por ejemplo. ¿Qué significaría eso para el espacio que antes ocupaba dentro de ti?

—Que… está vacío.

Mercy golpeó con el puño la mesa más cercana.

—¡Y eso crearía un maldito eco!

Se sintió mal por disfrutar de este momento, estando allí rodeada de muertos, pero era un avance gigantesco frente a una pregunta que la había atormentado.

La magia estaba en el centro de todo esto.

¿Por qué había un eco? Porque la ausencia de magia creaba un vacío dentro del cuerpo, y ese vacío producía un nuevo sonido en el latido de cada víctima. ¿Por qué la sensación de ardor? Probablemente, era consecuencia de la destrucción de la magia dentro de un cuerpo. Dolorosa, pero no lo suficiente como para causar una alta tasa de mortalidad. ¿Y los moretones? Bueno, la

magia existía en todo el cuerpo. Era normal que causara dolor —y señales de ese dolor—, en todas partes. ¿Y por qué la mayoría de los fallecidos eran personas que usaban grandes cantidades de magia? Porque tenían más magia fluyendo en su interior. Más que quemar. Más dolor. Más hematomas. En resumen: estaban más expuestos. Eso también explicaba por qué la enfermera de Colinas Errantes había muerto. Probablemente, era la única en el pueblo que usaba magia, de forma activa, todos los días.

Sentía un enorme alivio al tener finalmente respuestas.

Pero esas respuestas, como era normal, abrían paso a más preguntas.

¿Cuánto tiempo estaría ausente la magia? ¿Era una condición permanente? ¿O algo parecido a un músculo desgarrado? ¿Podía reentrenarse lentamente en cada paciente? Tampoco podía dejar de preguntarse por qué ella no había enfermado. La exposición inicial, en Colinas Errantes, debería haber sido suficiente para haber contraído la enfermedad. Sin contar que había bebido agua contaminada durante semanas después de volver a Puerto Seguro. ¿Se debía a que había seguido los protocolos? ¿O era suerte? ¿Algún tipo de inmunidad?

Todas esas curiosidades acabaron cediendo ante un sentimiento de temor. Era imposible olvidar que esta no era una plaga normal. No habían sido ratas las que subieron a un barco y la trajeron a sus costas. Esta enfermedad no se había desarrollado bajo la piel por culpa de algún bicho microbiano invasivo. Esto había sido deliberado. Diseñado. Tenía creadores, y esos creadores tenían un propósito.

Interrumpir la magia.

23

REN MONROE

Mientras Theo se concentraba en contactar con la Casa Brood, Ren encendió una mecha en la privacidad del dormitorio de invitados. Incluso sentada y enfocada, no podía dejar de pasearse mentalmente. Era como si todos sus problemas compitieran por ver cuál podía ser el más devastador.

¿La amenaza inminente de la plaga? ¿O el hecho de que las casas más poderosas del mundo se hubieran aliado para deshacerse de ella? ¿O tal vez la posible participación de su madre en una oscura conspiración?

«Dioses, es tan difícil elegir un ganador…».

La vela casi se había consumido.

La mente de Ren se fijó en la imagen de su habitación. La alfombra de color tiza. Su cama con la manta amarilla pálida. Las paredes vacías. Nunca había sido de mucha decoración.

Extendió la mano y pellizcó la llama que esperaba.

La oscuridad la envolvió.

Hubo un brevísimo momento de incomodidad. Una pausa apenas más larga de lo normal, en la que creyó sentir algo en ese espacio oscuro. Una sombra dentro de sombras más grandes… y luego parpadeó, y apareció en una habitación que apenas reconocía.

No era como la había dejado.

Del suelo al techo, el cuarto estaba lleno hasta el tope. Sacos de arroz apilados. Cajas llenas de fideos crudos. Había suficiente comida para alimentar a un pequeño ejército. El único espacio libre era donde ella se encontraba. Un pequeño círculo y un sendero

angosto que llevaba a la puerta. Las provisiones acaparadas eran un mal presagio.

«¿Cómo había conseguido su madre todo eso durante una plaga?».

—¿Ren? ¿Eres tú?

La voz de Agnes Monroe resonó por las paredes.

La joven se tomó un segundo para armarse de valor, y abrió la puerta del dormitorio.

Había aún más comida fuera. Cajas y cajones llenaban todo el espacio.

Su madre estaba en la cocina. Llevaba su atuendo habitual, sobrio. Ropa negra de cortes amplios. Solo lo necesario para cubrirse y moverse con facilidad en su trabajo en los muelles. El único detalle llamativo era un trozo de tela roja brillante: una bufanda atada con elegancia al cuello, anudada con precisión.

Ren no vio a nadie más en el apartamento, pero había señales obvias de visitas recientes. Tazas desperdigadas por la encimera, como si hubiera habido una fiesta, o quizás como prueba de que un grupo de revolucionarios usaba su hogar como escondite.

Cuando por fin habló, no pudo evitar que su voz sonara acusatoria:

—¿Qué has hecho, mamá?

—Ven. Siéntate conmigo.

Ren no se movió.

—Recibí una visita de la tía Sloan.

Su madre hizo un gesto, como si el nombre no importara. Era como si su vieja vecina no fuera más que una chismosa. Rumores fáciles de negar.

Ren decidió que sería mejor ir directa al grano:

—También encontré a Lana.

El rostro de su madre se quedó en blanco. No fingió sorpresa. No intentó negar la verdad. En cambio, mantuvo sus facciones y borró toda emoción.

—Mamá…

—No es lo que piensas.

—Encontramos cuatro cadáveres —replicó con furia—. ¿Qué más podría ser?

—Un sacrificio voluntario, por el bien común. Cada una de las personas que encontraste se ofreció para estar allí, porque todos creen en lo que estamos haciendo. Creen en lo que viene después.

—Mamá, me estás asustando.

—Ay, crece de una vez, niña. ¿De veras vas a quedarte ahí fingiendo que tienes las manos limpias? Te vi asesinar a un hombre no hace mucho. ¿Has olvidado que fui testigo?

—Ese hombre mató a mi padre. A tu esposo.

—Lo hizo, y tú llamaste a su asesinato justicia. ¿No es cierto?

—Fue justicia.

—Entonces, dime, ¿qué castigo daría justicia a las casas que han oprimido a toda una población? ¿Durante generaciones? Ninguna de ellas ha tenido que enfrentarse al mundo y responder por sus pecados. Así que dime: si Landwin Brood merecía morir, ¿qué pasa con ellas?

Agnes Monroe siempre había sido una mujer hermosa. Ahora esa belleza se transformaba en algo completamente distinto. Sus ojos se habían oscurecido a medida que hablaba. Del habitual color miel, casi pasaban al negro. Había furia entretejida en su voz. La tía Sloan la había llamado la Vieja Agnes. ¿Cuánto tiempo llevaba existiendo esta versión de su madre? La verdad era que Ren no lo sabía. Había dejado de prestarle atención hacía años.

—Tú has obtenido tu venganza —continuó su madre—. Un puesto en la Casa Brood. Una preciosa vida nueva. ¿Ahí se detiene la justicia? ¿Una vez que tú estás satisfecha, nadie más merece alcanzar lo mismo? —Su madre la sorprendió escupiendo al suelo entre ellas—. Roland Monroe no murió por eso. Mataron a tu padre porque defendió a todos. No buscaba una recompensa personal, ni un mejor empleo. Luchaba por la gente del Distrito inferior. Ren, hemos esperado una generación para este momento. La oportunidad no se repetirá. No en los próximos cien años.

A Ren se le revolvió el estómago. Le temblaban las manos. Le costaba reconocer a la persona que tenía delante.

—Me sentí culpable al venir aquí —susurró—. Como si te estuviera traicionando, por solo preguntar. Pensé que mi madre nunca se involucraría en algo así. Mentiras, conspiraciones, la muerte de inocentes… Esas eran las tácticas que la Casa Brood utilizó contra nosotros. Mamá, vi los cuerpos. Hay gente muerta. Los hospitales de la ciudad están desbordados. ¿De veras vas a quedarte ahí y decirme que todo esto formaba parte de tu plan?

—De *nuestro* plan —corrigió Agnes—. De *nuestro* sagrado trabajo.

Esas palabras resonaron en la habitación.

Esa oscuridad había vuelto a los ojos de su madre.

Sintió una pesadez en el aire. Sabía que su madre no usaba magia, pero algo casi palpable se interponía entre ellas. Si no era un hechizo, era una amenaza. Por primera vez en su vida, Ren no sabía si su madre estaba de su lado.

—Los Hacedores no somos los desechos de la ciudad. *Somos el pueblo*. *Somos la sangre que late en el corazón de esta ciudad*. *Somos Kathor* —declaró su madre, golpeándose el pecho con un puño para enfatizar—. Somos miles. Y te prometo esto: miles más se unirán. La gente de esta ciudad siempre ha soñado con un cambio, solo que no sabían que podían alargar la mano y tomarlo por sí mismos. Tu blanco fue la familia Brood. Disparaste…, y diste en el blanco. Me sentí orgullosa de lo que lograste, pero nosotros apuntamos a cada casa noble que queda en pie. Dime, si tenemos éxito, ¿cuál es la diferencia entre nosotros y tú? ¿Qué hizo que tu causa fuera noble y la nuestra merecedora de desprecio?

Ren abrió la boca para hablar, pero la cerró de golpe.

Estuvo a punto de mencionar el número creciente de víctimas, pero entonces lo recordó: su propio plan también había dejado muertos. La muerte la había seguido desde el principio. ¿Cuántos guardias y soldados habían muerto durante el asalto a la finca de los Broods? ¿Cuántos habían enterrado después? Había otras víctimas también. Cora, Avy, Timmons. Todos completamente inocentes. Cada uno de ellos arrastrado al abismo por su error.

La verdad era que no tenía una posición moral sólida desde la cual responder. Por primera vez, lo vio con perfecta claridad.

La única diferencia real era que su plan había funcionado. Había tenido las habilidades necesarias para triunfar. ¿Y su madre y este grupo de rebeldes sin magia? La verdad era que Ren no podía imaginar un mundo donde ellos ganaran.

Las grandes casas eran demasiado fuertes.

—Muy bien. La plaga ha llegado. Dime, ¿cómo afecta eso a las grandes casas? Estudié pandemias en nuestro curso de Ciudades e Imperios. Las tasas de mortalidad se distribuyen de manera uniforme entre toda la población de la ciudad. La mayoría de las veces, son un poco peores para los pobres. Como hay más de nosotros que de nobles, puedes estar casi segura de que habrá más bajas entre la clase baja. Eso es aritmética básica. Has logrado arrodillar a la ciudad, pero los verdaderos kathorianos serán quienes más sufran.

—Así parece, desde fuera.

—Entonces, déjame entrar.

Ren empezaba a cansarse del ir y venir. O había algo sustancial aquí… o estaba a punto de ser arrastrada al inicio de un monumental desastre.

Su madre repitió la invitación inicial.

—Ven y siéntate.

Esta vez, obedeció.

Se acomodaron en sus asientos de siempre. ¿Cuántas veces se habían sentado así a lo largo de los años? Hablando de deberes, de política, de amores. Ahora se miraban a los ojos y discutían el destino de toda una ciudad.

—La muerte no es el objetivo —dijo su madre—. Es un efecto colateral desafortunado de cualquier enfermedad. Créeme, hemos hecho todo lo posible por minimizar el número de víctimas.

—Entonces, ¿qué? ¿Cuál es el punto de todo esto?

—¿Cuál es el único poder que tienen las grandes casas sobre nosotros?

Ren conocía la respuesta. Su profesor había hecho la misma pregunta en un seminario de primer año, aunque había intentado enmarcar la situación de forma más benévola hacia los ricos. Al fin y

al cabo, una cuarta parte de la clase eran descendientes directos de las cinco grandes casas.

—La magia —respondió Ren.

Su madre golpeó la mesa entre ellas con el puño.

—La magia. La gran desigualdad de nuestra era. Las casas ancestrales poseen toda la magia. Son las únicas que tienen acceso al suministro. Controlan todo el mercado. Eso es lo que nos separa de ellos.

Ren no pudo ocultar su decepción.

—¿Así que estáis apuntando a los almacenes de magia? Controlar los centros de distribución es una estrategia decente, pero creo que estás subestimando cuántas casas grandes tienen reservas privadas. La Casa Brood tiene depósitos en su finca que podrían recargar todas las varitas de la ciudad docenas de veces. No quiero ni imaginar cuánto ha acaparado la Casa Shiverian a lo largo de los años. Incluso si conseguís haceros con todas las instalaciones de la ciudad, las casas más ricas sobrevivirán, y, cuando la enfermedad pase, tendrán el poder para recuperar todo. Esto no va a funcionar.

Agnes Monroe solo sonrió.

—Dioses, eres lista. A mí me costó cuatro años darme cuenta de eso. Nuestro maestro…

Las palabras de su madre se desvanecieron por un momento. Ren la vio inclinar ligeramente la cabeza, como si escuchara una voz lejana que ella no podía oír. Era evidente que no sabía del todo cómo manejar el momento. Ren era su hija. Alguien en quien siempre había confiado, pero, aun así, había detalles que quedaba claro que no estaba dispuesta a compartir.

La observó hasta que su madre volvió a fijar los ojos en ella.

—Digamos simplemente que entendimos que teníamos que soñar a lo grande. No bastaba con cambiar las cortinas o pintar las paredes. No con un problema como Kathor. Si quieres cambiar una ciudad tan grande…, tienes que derribar la casa entera. No dejas ni un ladrillo en pie. Y, cuando estás segura de que el trabajo está terminado, construyes una nueva.

Ren se sintió atrapada por su propio conocimiento.

La pasión de su madre era evidente. Estaba claro que creía que esto funcionaría. Pero ¿cómo podían entender la historia de eventos que jamás se habían molestado en estudiar? Las casas ancestrales no podían ser barridas por una simple plaga. Si acaso, las grandes pandemias anteriores habían consolidado su poder en la ciudad. Eran las casas menores las que quedaban comprometidas, incapaces de resistir la tormenta.

Ren intentaba encontrar una manera de explicar todo eso, cuando su madre habló de nuevo.

—Las grandes casas lo verán pronto. La plaga no está diseñada para matar personas. —Su madre se inclinó hacia delante. De la misma forma, en que lo hacía cuando Ren era niña. Cuando escondía un dulce a sus espaldas. Era como si guardara un secreto que solo era para ella—. Mata la magia dentro de ellos.

24

REN MONROE

«Dioses, ha perdido la cabeza. Todos lo han hecho».

—Eso no es posible —fue lo más amable que Ren logró decir—. Mamá, no se puede destruir la magia. Está en el aire. Está en la tierra. Está impregnada en las piedras y en los edificios. Llevamos tanto tiempo usándola que ya vive dentro de nosotros. Está tejida en nuestra sangre.

—No después de esto —respondió su madre—. No después de que la enfermedad termine su trabajo.

Agnes Monroe tiró del cuello de su blusa hacia abajo. En la base de su garganta había decoloraciones que ya casi habían desaparecido, pero no del todo. Fantasmas de un dolor anterior.

—Soy la prueba de lo que viene después.

Ren dio un paso atrás, horrorizada.

—Has sido un sujeto de prueba.

—Cientos de nosotros nos ofrecimos, sí —confirmó—. Sabes que renuncié a la magia hace años, pero, cuando probé la enfermedad, sacrifiqué mi habilidad de forma permanente. Ren, te lo prometo, la enfermedad funciona. He intentado todos los hechizos que conocía. Conjuros que utilizaba cuando tu padre todavía estaba vivo. Ninguno funciona. No corre magia por estas venas. Ha sido quemada.

Fue la primera vez que Ren sintió un verdadero sentimiento de miedo.

Pudo notar a Theo a través de su vínculo, tanteando su preocupación con suavidad.

Las palabras de su madre —por improbables que fueran—, le dieron justo en el corazón. El estómago se le encogió. El sudor le

bajó por el cuello. Se levantó de golpe. Retrocedió con lentitud, alejándose de su madre. Ahora todo le parecía una amenaza. Había pasado demasiado tiempo desarrollando su arsenal mágico como para perderlo por esto.

—Sé que tienes miedo —dijo su madre con suavidad—. Sé que, para alguien como tú, parece una sentencia de muerte. La magia es lo que te ayudó a avanzar. Es cómo has vencido a las probabilidades. Pero considera esto, Ren: la eliminación de la magia es cómo todos los demás avanzan. Tú has logrado tanto. Solo imagina lo que podría pasar si abrimos la puerta por la que tú pasaste, lo suficiente para que los demás puedan cruzarla.

Ren negó.

—Mamá, esto no va a funcionar.

—Ya ha funcionado.

—Tengo que irme. Por favor, no me pidas ayuda. No seré parte de esto.

—Ya has ayudado. —Ren levantó la vista de golpe. Sintió como si algo se le hubiera atorado en la garganta. Las palabras que quería decir no salían. Todo se atragantaba y arañaba dentro de ella—. En cierto modo, tú has sido la que has iniciado todo esto —le recordó su madre con tono críptico. Otra vez ese peso entre ellas. Algo oscuro y no dicho. Luego continuó—: Atacaste la Casa Brood. Tu trabajo con los Tin'Vori adelantó nuestra causa varias décadas. No estaba segura de que viviría para ver mi propia revolución. No, hasta que llegaste tú. La protección que ofrecían los Broods a la ciudad era casi perfecta. Landwin Brood, con todos sus pecados, era un maldito escudo increíble para Kathor. Cuando Theo asumió el mando, hubo caos. Aunque breve. Varios contratos clave para la defensa de la ciudad caducaron. Tú y Theo… vosotros habéis dejado la puerta abierta. Los Hacedores solo hemos tenido que cruzarla.

«Dioses, la planta de tratamiento de agua».

Su mente volvió a la reunión que tuvieron con el virrey Gray. Habían hablado de esos edificios. Miembros leales de la Casa Brood habían sido bloqueados durante casi una semana. Una ventana de tiempo pequeña, pero ahora la ciudad sufría por ello.

A Ren no le gustaban las implicaciones. Las palabras de su madre sonaban casi como una amenaza. Acúsanos, y podremos acusarte a ti. Toda la situación la hacía sentir acorralada, y eso le sacó las garras.

—Papá se avergonzaría de ti. Usarme para hacer avanzar tu causa. Sacrificar a inocentes con una plaga. ¿Todo por qué? ¿Para destruir la magia? Él amaba la magia. Me enseñó mis primeros hechizos. Siempre me preguntaba qué estaba aprendiendo en la escuela. Él no haría esto…

«No me haría esto a mí». No pudo decir esa parte en voz alta.

Ren comprendía que había implicaciones mayores, pero en el calor del momento, solo podía pensar en que su madre había iniciado algo que destruiría lo que ella más atesoraba: su magia. Y, ¿cuál era el propósito de todo esto si no tenía eso? Esperaba misericordia, simpatía…

Pero su madre le respondió con la misma dureza.

—Tú no conocías al verdadero Roland Monroe. ¿Cómo podrías? Eras muy joven cuando murió. Sí, le gustaba lanzar uno que otro hechizo. Disfrutaba de la magia ingeniosa, pero eso no era lo que debatía por las noches. No era lo que leía en el periódico por la mañana. Tu padre era un hombre callado, pero, cuando levantaba la voz, siempre era contra la injusticia. Votó, una y otra vez, para limitar la expansión mágica de las grandes casas. Él no luchaba por la magia, Ren. Luchaba por la gente. Y ahora es tu turno de elegir. ¿Vas a defender la magia? ¿O vas a defender la libertad?

—¿Libertad? —le espetó Ren—. Claro. Mira, si eliminas la magia, algo más la reemplazará. Es la naturaleza humana. ¿Te has hecho esa pregunta? ¿Quién gobernará después? Porque nunca ha existido un mundo donde todos sean iguales. Siempre hay alguien que termina con un poco más de poder que los demás. ¿Quién será esta vez? ¿Los que tengan más fuerza física? ¿O poder militar? ¿Las familias con más tierras o mejores armas? Lo que estáis imaginando es una utopía. Como si, al dejar la magia de lado, el pueblo de Kathor se tomara de las manos alrededor del fuego y cantara. Nada así ha ocurrido jamás en la historia de nuestra gente. Los Hacedores os están ofreciendo oro falso.

Su madre se dejó caer en su silla.

—Qué respuesta… Las grandes casas nos han tenido aplastados durante siglos, ¿y tu solución es no hacer nada? ¿No intentar cambiar nada? Ren, nuestra ciudad tiene un miembro podrido. Si no lo amputamos, el resto del cuerpo morirá. El resto del cuerpo ya se está muriendo.

—Esa es una analogía sorprendentemente perfecta —respondió —. Hace un siglo, amputar era el único tratamiento para ciertas enfermedades. Si había podredumbre en una pierna o infección en un pie, los médicos lo cortaban sin pensarlo. Pero luego las amputaciones bajaron un 73 %. Hubo un avance en el mundo de la medicina. ¿Adivinas cuál fue? —Su madre no dijo nada. Pero Ren, por supuesto, sabía la respuesta—. Magia. Inventaron nuevos tratamientos usando magia. Hechizos que podían mantener a las personas íntegras. Eso es lo que hace la magia. Abre nuevos caminos. Mejores soluciones. —Su voz temblaba—. Supongamos que tu plan funciona. La magia desaparece. ¿Sabes cuánto depende esta ciudad de ella? Nuestra capacidad para viajar, desaparecida. Nuestra capacidad para purificar el agua, desaparecida. Nuestra capacidad para regar grandes extensiones de tierra, desaparecida. Nuestra capacidad para estabilizar edificios viejos, desaparecida. Nuestra capacidad para tratar a los enfermos, desaparecida. Nuestra capacidad para defendernos, desaparecida. El plan que propones arrojaría a la civilización a una de las eras más oscuras, desde que zarpamos hacia este continente.

Su madre simplemente se encogió de hombros.

—Hay métodos alternativos para cada uno de los problemas que has mencionado. Podemos sobrevivir sin magia. Yo lo he hecho durante una década. Pero dime esto, Ren: si tenemos éxito, si todo esto funciona, ¿qué les pasará a las grandes casas? —Era el turno de morderse la lengua. No podía obligarse a responder la pregunta—. Desaparecidos —indicó su madre en el silencio—. Nuestros tiranos desaparecerían por fin.

No tenía cómo contradecir eso. Su madre tenía razón. Si realmente pudieran destruir la magia, arrasarían con toda la estructura social. Todas las grandes casas serían reducidas con una

rapidez devastadora. Le daría a la población general la oportunidad de arrollarlas.

Al imaginar esa posibilidad, Ren se sintió como una farsante.

Durante todos estos años, había afirmado desear la destrucción de las grandes casas. No hacía tanto que había mirado hacia Las Alturas y comparado a las grandes casas con dragones. Había prometido en silencio guiarlos hacia la misma extinción.

«¿Por qué dudaba ahora? ¿Era simplemente porque no creía que su madre pudiera vencerlas? ¿O porque la solución —tan pulcra y elegante como sonaba—, le quitaría lo único que realmente había amado?».

El peso de todas esas preguntas acabó por quebrarla.

Su capacidad habitual para compartimentar se derrumbó. Oleadas de consecuencias la arrasaron por dentro, rompiendo sus defensas, ahogando cada pensamiento. Era demasiado. Todo pesaba demasiado.

Su madre la atrapó cuando cayó.

Quiso apartarse. Quiso gritar y enfurecerse, pero estaba demasiado débil para hacer algo más que dejarse caer en ese abrazo conocido. Se hundió en el aroma familiar. Un tacto del que nadie puede desprenderse del todo. Una madre siempre era refugio ante las tormentas de la vida… Incluso si su madre era quien había convocado esta tormenta.

—No importa lo que elijas —susurró Agnes—, te querré siempre, pero entiende que yo también tengo decisiones que tomar. No abandonaré nuestra preciada labor.

Algo susurró entre ellas. No era magia. O al menos, no una que Ren hubiera sentido antes. Era algo crudo, no dicho, salvaje. Un poder tan antiguo como el tiempo mismo.

Su madre la soltó en el preciso instante en que el contacto se volvió insoportable.

Ren se quedó ahí, aturdida.

Al cabo de un momento, se limpió las lágrimas con la manga.

Su madre estaba en la cocina, ocupada con una tetera que acababa de hervir. Sobre la mesa, había dejado un gran trozo de tela

roja. A juego perfecto con el pañuelo que llevaba al cuello. El mismo color que, según decían, usaban los Hacedores como símbolo.

Ren extendió la mano y rozó la tela con la punta de los dedos. Era deliciosamente suave. Brillante, atractiva. Se sentía como la más dulce de las trampas. Ese primer contacto le dio un atisbo de lo que vendría después. Como una promesa girando en el aire. Se uniría a esta rebelión. Ganarían. Derrocarían a las grandes casas, de una vez por todas.

Y entonces la ciudad entera pertenecería al pueblo.

Todo parecía tan lógico.

Tenía mil razones para huir.

Miedo a lo que se había convertido su madre. Rabia por cómo la habían usado para alcanzar sus fines. Sabía que debía volver a casa. Hablar con Theo. Alejarse de la plaga que ya rondaba por las calles como un monstruo invisible, pero esa voz más pequeña le susurró que tomara la tela roja, y así lo hizo.

Ren dobló con cuidado la tela y la guardó en el bolsillo de su abrigo.

Cuando su madre le tendió una taza de té, la aceptó.

El calor le escaldó las manos.

El primer sorbo le quemó la lengua.

Aun así, no se dio la vuelta para marcharse.

—Dime qué debo hacer.

Agnes Monroe ladeó la cabeza. Una vez más, parecía estar escuchando una voz lejana.

Ren la observó, mientras su madre cruzaba la habitación, abriéndose paso entre las cajas apiladas. Regresó con una vela de cera, de todas las cosas posibles. La colocó sobre la mesa entre ambas y encendió la mecha.

—Bébete tu té, vuelve con Theo y espera más instrucciones.

Obediente, bebió.

El tiempo que tardó en vaciar la taza fue casi idéntico al que tardó la vela en consumirse.

Ren asintió una vez más hacia su madre antes de apagar la vela con los dedos.

La oscuridad fue como un susurro. Una voz que llamaba prometía y mentía mil veces.

Y luego ya no estaba allí.

PARTE TRES: Ardiendo

25

REN MONROE

Sus pies tocaron tierra en Las Alturas.

Ren se movió rápido.

Subió los escalones de la entrada de dos en dos, antes de llamar a la puerta.

Theo apareció, mirando primero por la rendija y, a continuación, se apresuró a descorrer los cerrojos para dejarla entrar.

Ella pasó a su lado sin decir palabra.

Fue directa a la cocina.

Encontró una pluma y un cuaderno vacío. Cuidando de mantener la vista fija en Theo, Ren empezó a escribir un conjunto detallado de instrucciones.

Fue una tarea enormemente difícil de escribir todo, mientras mantenía la mente enfocada en otro pensamiento. Pero Ren había entrenado exactamente para este momento durante su tiempo en Balmerick.

Cuando estuvo segura de haber anotado todos los pasos, deslizó el cuaderno hacia Theo.

Una vez más, se cuidó de no mirar nada de lo que había escrito.

Theo comenzó a leer.

Sus ojos se abrieron de par en par, incrédulos.

Agarró el cuaderno y salió disparado de la habitación.

Ren lo oyó revolviendo cosas en la biblioteca.

«No, no pienses en eso. No pienses en lo que está buscando. Piensa en… Balmerick».

Fijó su mente en una imagen del campus al amanecer. En cómo la niebla se desvanecía poco a poco, revelando los secretos del lugar. Se imaginaba cruzando el patio central cuando Theo regresó. Tenía el cuaderno y un libro que había encontrado en la biblioteca.

Ren evitó mirar el título. Resistió la gran tentación de comprobar si había encontrado el texto correcto. Sospechaba que este era uno de los pocos temas en los que Theo tenía tanta formación como ella.

Un minuto después, sintió el primer hechizo de Theo golpearle el pecho.

Se desplomó en la silla y escuchó el sonido que había estado esperando. Fue como una cáscara de huevo resquebrajándose.

Theo comenzó a rodearla, lanzando dos hechizos en rotación: aturdir, invocar, aturdir, invocar.

En la décima repetición, Ren oyó el mismo chasquido. Soltó un grito agudo, cuando la tela sobre su pierna derecha estalló en llamas. Entonces, llegó el caos: Ren intentando quitarse los pantalones, mientras Theo la ayudaba y estorbaba al mismo tiempo.

Finalmente, logró deshacerse de ellos y se alejó de las llamas.

Theo pisoteó el fuego, olvidando por completo que tenía un arsenal de hechizos que podían apagarlo con más rapidez. A la vieja usanza también funcionaba. El fuego se extinguió, dejando solo humo. Sus pantalones estaban irreparablemente dañados. El trozo de tela roja también había empezado a arder, pero Theo lo había salvado.

El muslo de Ren tenía un tono rosado y crudo. Un pequeño precio a pagar, por lo que acababa de recuperar: su mente volvía a ser de ella.

Theo se arrodilló a su lado. Sus ojos se entrecerraron, recelosos.

—Soy yo —dijo—. Te lo juro. Soy yo.

Él asintió.

—¿Qué demonios ha pasado?

—He sido manipulada. Un hechizo de manipulación increíblemente poderoso.

Ren negó. Era como si su mente despertara, estirándose. Quienquiera que hubiera estado dentro se había movido con una eficiencia impecable. Cerrando puertas. Abriendo otras. Era

impactante darse cuenta de lo profundo que se había infiltrado la magia, y en tan poco tiempo. Era probable que Theo la hubiera salvado de un daño permanente.

—No lo entiendo. Has ido a ver a tu madre. ¿Te ha manipulado ella?

—Sí. No. No lo sé. Es la única persona que he visto. No había nadie más.

—Pero has dicho que ella no utiliza magia —señaló Theo.

—No lo hace. En realidad, no puede. Mi madre ha sido uno de los primeros sujetos de prueba de la plaga. No ha usado magia desde hace una década. La manipulación no ha sido cosa de ella.

Theo frunció el ceño.

—¿Había alguien más? ¿Escondido en el apartamento?

Ren negó.

—No, lo habría sabido.

—Entonces, ¿cómo te han manipulado?

Solo había una posible respuesta. Los ojos de Ren cayeron sobre la bufanda medio quemada en el suelo.

—Es un hechizo en cadena. Dioses…, mi madre está siendo manipulada, Theo. Por eso, hablaba con tanta obsesión. Deberías haberla oído. Nunca la había visto así. Ahora todo tiene sentido. Alguien la está manipulando, y el hechizo que la manipula… saltó a mí.

Theo frunció el ceño.

—Ren, eso sería…

—¿El hechizo de manipulación más complejo de la historia? —completó ella—. Coincido. Lo sería. Quien lo haya lanzado es brillante. El hechizo ha sido muy sutil, Theo. No intentó irrumpir en mis defensas. Esperó a que estuviera vulnerable. Mi madre y yo discutíamos, y hubo un momento en que… me quebré. Lloraba. Ella me abrazaba. Y fue entonces cuando la magia se deslizó dentro de mí. El hechizo está tejido en la tela. —Señaló la bufanda.

Theo dio un paso atrás, casi por instinto.

—¿Cómo has sabido que te manipulaban?

—He tenido entrenamiento. Dockery ofreció un curso en nuestro último año.

Eso le arrancó una carcajada.

—¿En serio? ¿Diste Compartimentalización Mágica? Pensé que el chiste era que nadie se inscribía y Dockery se quedaba solo, hablándole al aire.

—Éramos solo tres —confirmó Ren. Sintió una punzada de culpa al recordar que uno de ellos era Timmons—. Los tres éramos del Distrito inferior. Sabíamos que las grandes casas entrenan eso desde niños, así que no tenía sentido repetir la teoría. Pero lo consideramos útil, para saber organizar tu mente. Específicamente, tu arsenal de hechizos. Si tu sistema es complejo, es difícil que fuerzas externas lo penetren. Es como si alguien entrara a tu cocina mientras no estás. La mayoría de los manipuladores pueden memorizar en qué gabinete guardas las tazas. Saben cómo volverlas a colocar, pero, si agregas una capa más, como orientar todas las asas hacia el noreste, es obvio cuando alguien ha estado allí. Lo mismo se aplica con la mente. Sentí las alteraciones. Supe que algo no estaba en su sitio.

Theo negó, incrédulo.

—¿Cómo es que solo quedaste quinta en nuestra clase?

Ren resopló.

—Una de mis materias no fue convalidada. Habría sido primera, si hubiera pasado la apelación. En fin. El punto es que reconocí la manipulación de inmediato, y quien sea que esté detrás debe ser increíblemente fuerte, porque mi madre no tenía ni idea de que estaba siendo influenciada. Se requiere una habilidad brutal para colarse en su mente sin que lo note.

Theo frunció el ceño.

—¿Por eso está metida en todo esto?

Ren sabía que sería fácil afirmar eso como verdad, pero no quería más secretos entre ellos. No después de que un secreto casi destruyera su vínculo. También sabía que no podía ser culpable de las acciones de su madre… Así como Theo no podía ser culpable de las de su padre.

—No, mi madre ha estado involucrada con los Hacedores desde hace una década. Ella cree realmente que las grandes casas deben caer, pero yo conozco a mi madre: lo que está pasando ahora la

molestaría. La gente está muriendo. Algunas personas han sido sacrificadas para propagar la enfermedad. Quien haya creado este hechizo fue lo bastante inteligente como para apuntar a un grupo que ya se inclinaba hacia la revolución. La mejor magia de manipulación no cambia la mente de alguien. Trabaja con su sensibilidad natural. Creo que este hechizo está construido sobre sus creencias reales. Piénsalo como… Como una mano en su espalda. Está ahí para empujarla un poco más allá de donde normalmente estaría dispuesta a ir por sí sola. —Ren escarbó en su memoria, buscando detalles de su conversación. Hubo momentos en los que su madre pareció apagarse. En los que se parecía poco a ella misma —. Cuando mencioné a Lana, fue como si mi madre se desconectara. Estaba hablando de la muerte de una niña inocente… y la emoción desapareció de su rostro. Creo que en ese momento se activó la magia de manipulación. Tomó el control, porque toqué esa parte del plan con la que mi madre nunca estaría de acuerdo. No estoy diciendo que sea inocente, Theo. Está involucrada en esto, pero creo que quien haya comenzado todo, ha llegado al punto en que sus cómplices empiezan a dudar. No es fácil ver morir a gente inocente. Entonces, ¿cómo los convences de seguir adelante con el plan?

—Los obligas a hacerlo —concluyó Theo—. Con un hechizo de manipulación.

—Lanzado sobre un grupo de personas sin magia —añadió Ren—. Y tampoco podemos volver al apartamento de mi madre y chasquear los dedos frente a su cara para que despierte.

Theo asintió.

—Por eso las casas entrenan sobre esto. Si no se evalúa y trata en las primeras dos horas, la magia se afianza en el sujeto y no se puede extraer. Ni siquiera puedes cortar el hilo mágico que lo conecta con la víctima. Es como acero. Hay que volver a la fuente y cortarlo desde allí.

—Tenemos que encontrar a la persona que lanzó el hechizo —concluyó Ren.

Un escalofrío le recorrió la espalda, sin tener nada que ver con el tema. Bajó la mirada y se dio cuenta de que había estado medio

desnuda durante casi toda la conversación.

—Déjame ir a buscar unos pantalones. Tengo una teoría.

26

NEVELYN TIN'VORI

A medida que pasaban los días, Nevelyn sentía como si estuviera observando el segundo acto de una elaborada obra.

Casi con certeza, una tragedia.

Los Hacedores —fácilmente reconocibles por sus brillantes telas rojas—, llegaban a la misma hora todos los días para entregar comida a las masas. Un suministro aparentemente interminable de fideos, frijoles y fruta seca. Nadie se preguntaba de dónde venía ni por qué alguien regalaría tantos recursos valiosos en un momento como este.

Nevelyn observaba con un temor creciente e inevitable.

Los Hacedores estaban ganándose silenciosamente a la población, y, cuando tuvieran suficiente apoyo, ¿cuál sería el siguiente paso?

—Nada funciona. —Su hermana se dejó caer en la silla junto a ella.

Ava se había recuperado en casi todos los sentidos. Los moretones habían desaparecido. Los otros síntomas también. Solo quedaba la neblina mental asociada a la enfermedad. Ni siquiera podía recordar los pasos básicos de ciertos hechizos.

—Todavía te estás recuperando —repitió Nevelyn—. Volverá cuando estés completamente curada.

Ava se negó a tomar consuelo de esas palabras. El hecho de que los tres no se hubieran enfermado empezaba a afectarle seriamente. Tenía la impresión de que el destino la había elegido a propósito. Como si la enfermedad fuera una gran ofensa personal, en vez de algo que había devastado a toda la ciudad.

Sus charlas sobre magia llevaron a otro descubrimiento: Josey no tenía entrenamiento alguno.

Estaba claro que no había crecido como ellas. La magia había sido un recurso ilimitado en la propiedad de los Tin'Vori. La asignación mágica de su padre había sido considerable. ¿Practicar en la sala de archivos del barrio? Tan rutinario como cepillarse los dientes antes de dormir.

Josey solo necesitaba una mano para contar los hechizos que conocía.

Solo cuatro, en total.

Sabía un pequeño hechizo de luz que usaba para leer de noche. También tenía un hechizo bastante ingenioso que silenciaba el sonido de sus pasos. A Nevelyn le pareció una elección sospechosa. Los dos últimos eran opuestos: uno para calentar y otro para enfriar. Una elección sensata para un chico que había crecido lidiando con las estaciones cambiantes de Kathor.

Cuando Ava señaló lo pobre que había sido su educación, Josey rompió a llorar. Tardaron casi una hora en sacarlo del armario donde se había escondido.

Sorprendentemente, fue Dahvid quien logró convencerlo. Su hermano, al parecer, tenía un pequeño admirador en casa.

—¿Cómo está Josey? —preguntó Nevelyn.

—Bien —respondió Ava—. Dahvid lo está entrenando en lo básico.

—¿Hechicería?

—Combate. ¿Qué sabe Dahvid de hechicería?

—Encantador.

No podía encontrar una razón válida para quejarse de la decisión. Después de todo lo que habían visto desde esa misma ventana, ¿realmente haría daño que el chico aprendiera a defenderse?

Estaba a punto de sugerir que buscaran libros de texto adecuados en la biblioteca, cuando detectó movimiento en la calle. Un grupo de personas pasaba corriendo. Luego otro grupo. Y otro más.

Todos avanzando con prisa.

En poco tiempo, una multitud se movía ante la puerta delantera de la propiedad Tin'Vori.

Nevelyn fue hasta la ventana.

No era una huida.

Rastreó el origen del grupo y no vio señales de peligro. No había fuego ni amenazas. Los rostros que pasaban parecían entusiasmados. Era como si todos se dirigieran a algún lugar donde realmente querían estar.

—Yo voy —anunció Ava.

Su hermana ya bajaba las escaleras, antes de que Nevelyn pudiera siquiera reaccionar.

—¡Ava! ¡Espera un minuto!

Incluso después de una plaga, su hermana menor seguía siendo el doble de rápida que ella.

Nevelyn murmuró una maldición.

Alcanzó la cima de las escaleras justo cuando Ava llegaba al rellano.

El alboroto atrajo a Dahvid y Josey como polillas a una llama.

Ava ya quitaba los cerrojos extra, cuando el grupo entero se reunió en el vestíbulo.

—¿Qué pasa? —preguntó Dahvid—. ¿Hay alguien afuera?

—¡Yo quiero ir! —intervino Josey.

Ava los ignoró. Abría los cerrojos como una mujer poseída.

—Ava, espera. Al menos discutámoslo.

Su hermana se volvió en seco.

—Olvídalo. Cada vez que discutimos algo, tú decides por todos. Mira, tenías razón. Acaparar comida fue inteligente. Atrincherarnos aquí, también. Mérito donde se merece. Pero si crees que voy a pasar el resto de mi vida atrapada en esta casa, estás equivocada. Tenemos que saber qué ocurre.

—¡Yo quiero ir! —repitió Josey.

Los tres hermanos Tin'Vori le lanzaron una mirada que habría hecho sentir orgullo a su madre.

Josey bajó la cara de inmediato. Sabía lo suficiente como para no insistir.

—Soy nuestra mejor exploradora —dijo Ava, abriendo el último cerrojo—. Seguiré a la multitud, recogeré información y regresaré. Tenemos que tomarle el pulso a la ciudad. Lo sabes, Nev.

Dahvid dio un paso al frente.

—Entonces iré contigo. Para protegerte.

—Ni pensarlo —replicó Nevelyn—. Sabes que llamas demasiado la atención. No vamos a arriesgarte en una multitud. Ava tiene razón. —Su hermana pareció satisfecha de que alguien finalmente estuviera de su lado, hasta que Nevelyn añadió—: Yo iré contigo. Si las cosas se ponen feas, soy la única que puede ocultarnos.

Sus hermanos sabían lo suficiente sobre el don de Nevelyn como para entender lo que quería decir. ¿Cuántas veces se había escabullido entre los guardias, cuando eran niños, sin que nadie la notara? No estaba segura de que su magia pudiera proteger también a Ava, pero era mejor que nada.

—Está bien —accedió Ava—. ¿Puedes al menos intentar seguirme el ritmo por una vez?

Dahvid soltó una risita.

Eso le ganó una patada de Nevelyn.

Él soltó un quejido cuando su pie conectó con su espinilla.

—¡Dioses! ¡Vamos! ¡Lo ha dicho ella, no yo!

Eso hizo que Ava sonriera. Era como si volvieran a ser niños.

Nevelyn ajustó su chal de forma silenciosa.

—Vamos.

Debate resuelto, se abrió la puerta al mundo exterior.

Por primera vez en semanas, Nevelyn cruzó el umbral. Sentía un nudo en el pecho. Se dio cuenta de que no respiraba. Su primer instinto fue no inhalar lo que fuera que flotara en el aire tras tantas semanas.

La gente seguía pasando frente a su puerta. Casi todos en pequeños grupos.

Nevelyn y Ava se unieron a uno más grande, haciendo su mejor esfuerzo por no llamar la atención.

El camino elegido por la multitud atravesaba el Distrito de las Bodas. Estaba claro que otras calles también confluían allí. El camino se llenaba cada vez más, hasta que una verdadera multitud se formó frente a ellas.

Ava se deslizó como una sombra entre los presentes, y Nevelyn se vio obligada a seguirla con mucha menos gracia, tropezando con hombros y murmurando disculpas mientras avanzaba.

Todo el tiempo mantenía una mano en el colgante de su collar, con el lado oscuro hacia fuera.

Para cuando alcanzaron las primeras filas, le costaba respirar. Intentó calmarse mientras observaba la escena que se desplegaba ante sus ojos.

La multitud se había reunido en una media luna densa frente a las puertas de la Casa Blythe.

Nombrada en honor a la matriarca original de la familia Winters, seguía siendo la residencia principal del heredero actual.

No recordaba quién era en ese momento, pero había visitado la casa en una ocasión cuando era más joven. Algún tipo de baile formal. Las puertas de la propiedad estaban forjadas en hierro con la forma del emblema de la casa familiar: el ojo sabio. Siempre representado en plata, en lugar de oro. Un guiño a la idea de que los Winters valoraban más el conocimiento que la riqueza. A juzgar por el tamaño de la mansión en su propiedad, eso parecía más una idea ingeniosa que una práctica real. El enorme ojo en la puerta observaba, sin pestañear, a la multitud que esperaba.

Nevelyn vio decenas de guardias de la casa al otro lado de la verja de hierro. Todos formados y debidamente armados. Un hombre de cabello oscuro y ondulado se mantenía al fondo del grupo. Incluso a esa distancia, notó que tenía unos ojos azul hielo.

Su mirada barrió al grupo fuera de las puertas con un desdén evidente.

—Marc Winters —susurró Ava—. El heredero actual. Su hermano menor fue el que murió hace unos años. Clyde. No sobrevivió a ese viaje por el bosque con nuestra vieja amiga.

Esa vieja amiga era Ren Monroe. Parecía estar enredada con todas las casas nobles de la ciudad a estas alturas. Estaba claro que había tejido una gran telaraña, y no pudo evitar preguntarse dónde estaría la pequeña araña ahora. Con seguridad, atrincherada en alguna propiedad de los Broods. A salvo.

La atención de Nevelyn fue atraída por un segundo grupo.

Un círculo cerrado de personas que llevaban los ya familiares pañuelos rojos.

Antes de que la multitud pudiera comenzar a agitarse, uno de ellos se separó del grupo.

Un silencio cayó de inmediato sobre los reunidos.

Era calvo, de piel clara y voz profunda y resonante.

—¡Amigos! ¡Gracias por reuniros! Estamos aquí porque las casas nobles nos han abandonado. Cuando los mercados se quedaron sin comida, ¿compartieron ellos su abundancia? Cuando vosotros y vuestras familias necesitabais protección en las calles de Kathor, ¿acaso sus guardias mantuvieron la paz?

No necesitaba responder a sus propias preguntas. La multitud murmuraba las respuestas por él, hasta que se convirtió en un zumbido creciente de descontento.

—Somos los Hacedores —anunció el hombre—. Muchos de vosotros nos habéis visto en los mercados estos últimos días. Hemos partido el pan con vosotros. Compartido nuestra comida. Decidme, ¿por qué las grandes casas no han hecho lo mismo?

Dirigió una mirada hacia las puertas de hierro.

Todos los ojos lo siguieron.

Nevelyn vio entonces que la Casa Winters había cometido un error al exhibir a su heredero. Marc Winters ofrecía a los Hacedores un blanco perfecto. Su mirada fría. La capa impecable sobre sus hombros. Todo su odio podía ser dirigido hacia él.

—En tiempos de paz, veréis sus emblemas en todas partes. El gran halcón de la Casa Shiverian. El ojo sabio de la Casa Winters. Los martillos de la Casa Proctor. El escudo de la Casa Brood. La hoz de la Casa Graylantian. Comprad cualquier bien en el mercado, y ellos estarán allí para cobrar el impuesto. Cruzad los canales y sus vasallos estarán esperando, exigiendo monedas por cada paso. Han recogido nuestro dinero durante años con la promesa de que, cuando llegara el momento, cuando la paz se desvaneciera, serían los primeros en protegernos del peligro.

Más murmullos entre la multitud. Era como ver a alguien prender fuego a un campo solo para comprobar hacia dónde llevaría las llamas el viento.

Nevelyn se acercó más a Ava.

—Un escudo —repitió el orador, incrédulo—. Nuestros hospitales están desbordados. Nuestras calles no son seguras. Nuestros mercados están vacíos. Pero ¿dónde están las grandes casas? ¿Han respondido a nuestro clamor? La promesa que siempre han susurrado es esta: «si nosotros somos fuertes, vosotros también lo seréis». Y bien, ¿dónde están ahora, cuando realmente los necesitamos? ¿Por qué se esconden detrás de sus puertas? —Sus preguntas resonaron en el claro—. Nosotros, los Hacedores, solicitamos oficialmente al virrey. Exigimos que se permita al pueblo votar una moción de censura. Si dos tercios de los kathorianos están de acuerdo, podemos destituir oficialmente a los gobernantes actuales. No les sorprenderá saber que los cinco cargos están ocupados por miembros de las cinco grandes casas. ¡Podemos cambiar eso! Si ellos no van a ayudarnos, debemos ayudarnos nosotros mismos. Bajo un nuevo liderazgo, podremos comenzar a asistir a quienes realmente lo necesitan. Los nuevos funcionarios tendrían permiso para revisar los almacenes en sus propiedades. Cualquier recurso acaparado sería redistribuido al resto de la ciudad. ¿Cuántos de vosotros conocéis a alguien que esté sufriendo? ¿Muriendo de hambre? ¡Muriendo! No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras la gran promesa se convierte en una gran mentira. Debemos hacerlos rendir cuentas. Tenéis voz, Kathor. ¿La usaréis? ¿Os uniréis a nuestra causa? —Con el dramatismo justo, el orador se volvió, y se acercó a las puertas exteriores de la Casa Blythe.

Una vez más, la causa de los Hacedores se veía reforzada por esa impresionante imagen. La puerta de plata impecable, con su herrería de valor incalculable. La mansión al fondo, mucho más grande de lo que cualquier familia podría necesitar. Todos los guardias con las manos posadas con delicadeza sobre la empuñadura de sus espadas. Y, en el centro de todo, Marc Winters, que parecía no haber sufrido un mal día en su vida.

El orador alzó la voz como si hablara con un dios:

—¡Casa Winters! ¿Nos ayudaréis? ¿Seréis la primera casa en abrir vuestras puertas? Nosotros, los Hacedores, nos ofrecemos a servir en vuestro nombre. Podemos organizar a la multitud. Solo las

familias que no tengan nada entrarán. ¿Qué decís? ¿Cumpliréis vuestra promesa al pueblo?

Nevelyn vio a los guardias del otro lado de la verja moverse incómodos. Había un silencio oscuro en el aire. Era como si la historia misma contuviera el aliento para ver qué ocurriría.

Marc Winters no respondió. En lugar de eso, alzó el mentón. Apenas un movimiento leve.

Fue uno de los gestos más arrogantes que Nevelyn había presenciado jamás.

Y luego comenzó su lenta marcha por la colina.

Cientos de personas lo observaron, mientras el tonto les daba la espalda, y pareció como si todas las casas nobles se la dieran también.

Su retirada fue dolorosamente larga.

La colina estaba empinada. Los escalones frente a la Casa Blythe eran muchos.

Cuando llegó a la puerta principal, la multitud estaba lista para prender fuego a la ciudad. La gente empezaba a avanzar por todas partes. Ella y Ava habían sido empujadas unos pasos más cerca de esas imponentes puertas. No era una estampida. Todavía no. Solo el primer estiramiento de un músculo antes del salto real.

Cuando el orador por fin volvió a girarse hacia la multitud, alzó una mano en señal de silencio.

—Podríamos romper esta puerta —dijo, su voz suave pero firme —. Podríamos avanzar y tomar todo lo que les pertenece. Creedme, sé que somos lo bastante fuertes para hacerlo, pero no necesitamos recurrir a la violencia. No, mientras podamos usar nuestra voz. ¡Volved a casa! —les ordenó—. Decidles a vuestros amigos, a vuestros vecinos, a vuestros seres queridos… Decidles lo que habéis visto hoy. Las grandes casas han tenido su oportunidad de ayudar, y han elegido no hacerlo. Votad contra ellos cuando llegue el momento. Usad vuestra voz. Podemos elegirnos los unos a los otros. Nosotros somos el verdadero Kathor.

Como si lo hubieran ensayado, los Hacedores, al frente de la multitud, comenzaron a distribuir dos cosas. Había cajas de comida, pero otro grupo se adelantó con pilas de brillantes pañuelos rojos.

Nevelyn vio a la gente estirar los brazos y aferrarse con fuerza a los pequeños trozos de tela. Ansiosos por unirse a la causa. Ansiosos por estar junto a sus conciudadanos. La comida solo era tomada por los verdaderamente desesperados. De alguna manera, los Hacedores habían logrado llevar a la multitud del borde de la violencia a la caridad, en menos de cinco segundos.

Antes de que las personas que repartían pañuelos llegaran hasta donde ellas estaban, las hermanas acordaron, en silencio, emprender el camino de regreso a casa.

Nevelyn no pudo evitar notar lo bien que habían jugado su papel los Hacedores. En lugar de incitar a un motín, habían salido de allí pareciendo razonables, mesurados y benevolentes.

Pero sabía la verdad: ellos eran quienes habían iniciado esta plaga.

Quería gritarle esa verdad a la multitud. Sacudirlos de su trance y explicarles que ninguno de los dos bandos merecía su lealtad.

«Protegeos», quería decirles. «Proteged a las personas que más queréis».

Eso era lo que ella planeaba hacer.

27

MERCY WHITAKER

La morgue de Puerto Seguro se convirtió en una especie de segundo hogar.

El doctor Williams hacía las veces de compañero de piso no oficial. Compartían comidas, discutían teorías y tomaban té.

Mercy no le aguantaba el ritmo. El forense parecía estar siempre hirviendo, sirviendo o bebiendo esa infusión, sin importar la hora del día.

Su tiempo en la morgue habría resultado casi normal de no ser por las interrupciones, cada vez que un familiar llegaba a recoger a un difunto. Un primo, un tío, una madre. Todos parecían llamar a la puerta del mismo modo. Era como si no quisieran molestar al mundo con su duelo. La mayoría murmuraba una pequeña disculpa, antes de decir el nombre del ser querido al que venían a buscar.

No sabía cómo consolarlos. ¿Qué palabras podrían suavizar un golpe que ya había caído con tanta fuerza?

La investigación era lo único que mantenía su ánimo en pie. La sensación de que al menos estaban haciendo algo frente a tanto dolor y confusión.

Williams dedicaba la mayor parte de su tiempo a estudiar enfermedades transmitidas por el agua. Esperaba encontrar alguna pista entre los patógenos anteriores y sus efectos.

La lectura de Mercy se centraba más en casos históricos de disrupción mágica. Gran parte del material era tristemente anecdótico. Un hombre que perdió la magia por estornudar demasiadas veces seguidas. Una mujer que, supuestamente, tuvo

un orgasmo que borró de su memoria todo conocimiento de hechizos.

Poco a poco, sus días se convirtieron en algo monótono, marcado por la lectura y el duelo.

Hasta que una voz interrumpió.

—¿Los perros dentro o fuera?

Era temprano. La voz resonó desde el pasillo.

Williams y ella se miraron con confusión antes de que recordara que había hecho una solicitud al criadero local. Puerto Seguro había trabajado con ellos en el pasado, pero solo cuando una enfermedad requería rastreo adicional. Había hecho la solicitud sin muchas esperanzas de respuesta. La ciudad todavía no funcionaba con normalidad, pero ahí estaba su pedido, asomándose por la esquina.

—¿Hola?

—Sí —dijo Mercy, sacudiéndose el aturdimiento—. Lo siento, ¿qué ha preguntado?

—¿Los perros dentro o fuera? Puedo dejarlos en el pasillo si lo prefiere.

La doctora parpadeó.

—¿Los tiene con usted?

No estaba segura de cuál era el protocolo, o si quedaban protocolos. Tradicionalmente, no se permitían animales por motivos sanitarios, pero a estas alturas, ¿quién iba a bajar allí para regañarla por meter perros en la morgue?

—Que entren, supongo.

El hombre silbó.

Mercy no estaba preparada para el terror de ver a tres sabuesos infernales, completamente crecidos, deslizarse escaleras abajo como humo exhalado. Todos tenían el pelaje oscuro, marrón casi negro. Ojos demasiado grandes, demasiado abiertos. Tenían un aire inquietantemente adorable, aunque sabía que aquello era una herramienta evolutiva para atraer a presas pequeñas.

Las criaturas recorrieron la sala antes de sentarse —erguidas, majestuosas—, junto a la pared del fondo.

Su amo, en cambio, parecía todo lo contrario: daba la impresión de no haberse duchado en días.

—Entonces, ¿qué estamos rastreando?

—Bueno, en realidad esperábamos tomar muestras hoy…

Su voz se fue apagando. El hombre ya estaba lo bastante cerca como para que viera los hematomas en su pecho, cruzándole la clavícula.

—¿Puede rastrear sin magia?

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Por supuesto. Son ellos quienes usan magia. No yo.

Suspiró aliviada. Los sabuesos serían increíblemente útiles. Solo necesitaban que llegaran las muestras…

Fue como si el destino se burlara de ellos, porque en ese momento se oyó un golpe en la puerta. Mercy alzó la vista justo a tiempo para ver a un paladín asomarse.

—Disculpe, ¿dónde quiere estos cadáveres?

La doctora señaló.

El cuidador de sabuesos se retiró hacia el extremo opuesto de la sala, reuniéndose con sus perros. Si la entrega de cadáveres le sorprendió, no lo demostró.

Seis paladines desfilaron por la entrada. Cada pareja cargaba una camilla, y sobre cada una de ellas yacía un cuerpo cubierto. Cuando dejaron el último, se retiraron sin decir palabra. No los culpaba por querer irse de aquel lugar. Aquellos no eran cadáveres comunes.

—Qué emocionante —comentó Williams.

Mercy asintió.

—No puedo creer que los hayamos encontrado.

Encontrar esos tres cuerpos había requerido una búsqueda descomunal. La ciudad tenía cinco plantas de tratamiento de agua. Según los informes, cada una de las instalaciones responsables del suministro había sido contaminada. En cada una se hallaron cadáveres.

Ella y Williams se habían arriesgado a salir a las calles para rastrear su ubicación.

Las primeras cuatro plantas informaron que los cuerpos habían sido enviados a morgues locales.

Recopilaron las direcciones y partieron.

Pero, al llegar, les informaron de que el personal del hospital ya había recogido los cuerpos. Supuestamente, todos habían sido transferidos a Puerto Seguro.

Nadie mejor que ellos sabía que eso era mentira.

La ciudad no funcionaba. Su hospital apenas seguía operativo. Mercy sospechaba que las entidades mayores de gobierno estaban igual o peor. Normalmente, el caos traía inacción. Le parecía mucho más probable que esos cuerpos hubieran acabado en pequeños depósitos, completamente olvidados. Tal vez —y era un gran «tal vez»—, algún funcionario los recordaría semanas después y se encargaría, pero eso hacía que esta situación fuera todavía más extraña. ¿El desorden de la ciudad había producido eficiencia? ¿Y esa eficiencia justo había eliminado pruebas claves?

A Mercy todo le resultaba poco creíble. Sospechoso, incluso.

Su última visita se resolvió por pura suerte. Una anciana abrió la puerta del depósito.

—¿Cadáveres? —había dicho—. Sí, tenemos unos cuantos.

Los cuerpos de la última planta aún estaban allí. Quienquiera que hubiera recogido los demás, se había saltado esos… o no pudo entrar. Siempre imaginaba a Nance como su contrincante. Su fracaso era su victoria.

Se ajustó los guantes, ignoró el cosquilleo en sus dedos atrofiados y asintió hacia el doctor Williams.

—Empecemos.

Él aflojó el cierre de la primera bolsa y se pusieron manos a la obra.

La víctima era un joven de unos treinta y pocos. Pelo cortado al ras. Piel pálida e hinchada. Cortes idénticos en ambos bíceps. Heridas gemelas cruzaban cada muslo expuesto. Cada una exactamente igual a las del primer cadáver que ella había examinado.

Williams se inclinó, examinando los bordes de la lesión del cuello.

—Esto no se puede hacer con un bisturí ni con un cuchillo normal. Mira lo ancha que es la incisión. En todos los cortes. Ancha, pero perfectamente recta…

—¿Podrían haberla hecho con una hoja más grande? —sugirió Mercy—. ¿Una espada ancha?

—Aun así, esperaría cortes más cerrados, pero tal vez. La herida del pecho también es extraña. Haría falta una presión enorme para provocarla. Me pregunto cómo lo hicieron. ¿Algún tipo de máquina? —Negó con la cabeza—. Todo esto es muy raro. Casi parece…

—Ceremonial —indicó en voz baja.

Williams asintió.

—Exactamente, la palabra que estaba buscando. ¿Los tres pacientes están igual?

Destaparon con cuidado los otros dos cuerpos. Todos presentaban heridas idénticas.

La primera vez que Mercy había visto un cadáver así, le faltaba contexto. Ahora sabía que las personas involucradas habían liberado una enfermedad. Las heridas estaban diseñadas para propagar algo.

La doctora se arrodilló, quedando a la altura del cadáver más cercano. Había una razón por la que quería inspeccionar esos cuerpos en particular.

—Sigue ocurriendo. Increíble. Mira eso.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No se había atrevido a esperarlo. Recuperar los cadáveres ya era un logro, pero tener acceso a la sustancia que habían diseñado para contaminar el agua… era casi un milagro.

Mientras observaba, la sustancia se elevaba con lentitud desde cada herida. No salía tanta como en el primer cuerpo que había examinado, pero sí lo suficiente para tomar muestras.

—Genial. Recojamos todo lo que podamos.

Ambos se pusieron manos a la obra.

Los frascos herméticos que usaban parecían vacíos. Solo al alzarlos contra la luz podían ver los remolinos oscuros en su interior. Era como una especie de corrupción líquida.

Tomaron muestras de cada uno de los cuerpos.

El cuidador de sabuesos no los interrumpió, pero, al mirar hacia atrás, Mercy notó que los tres perros habían cambiado de postura. Todos inclinaban la cabeza hacia la derecha. Apenas perceptible. El hombre carraspeó al notar que ella se había dado cuenta.

—Huele —dijo.

—¿Perdón?

—Lo que sea que tenéis en las manos. Ellos pueden olerlo.

Hasta ese momento, habría jurado que la sustancia era inolora.

Desvió la mirada de aquellos ojos dorados antinaturales y volvió a concentrarse en la tarea.

Williams etiquetaba los frascos, mientras ella cubría los cuerpos de nuevo.

Cuando todo estuvo en orden, hizo una seña al cuidador.

—¿Y ahora? —preguntó—. ¿Cómo procedemos?

Él se encogió de hombros.

—Les das el olor y los dejas ir.

—Claro. ¿Y nosotros tres los seguimos sin más?

El hombre resopló, divertido.

—No, a menos que corras más rápido de lo que aparentas, doctora. Hay un mapa de rastreo en este hospital. Estos tres están vinculados a él. Puedes seguir su progreso desde allí, mientras el hechizo no expire. Yo los seguiré. Cuando lleguen al final del rastro, enviaré noticias. Podría tomar unos días. Depende de lo lejos que tengan que ir.

Mercy asintió.

—Entendido. Pongámoslos en marcha, entonces.

—Effie —llamó el cuidador, girándose—. Adelante, chica.

La sabuesa del medio rompió su postura y avanzó con paso firme.

Mercy destapó con cuidado uno de los frascos y lo colocó en el suelo.

La perra estaba bien entrenada. Se centró de inmediato, de manera casi sobrenatural. Hundió el hocico dentro del frasco todo lo que pudo. Varios resoplidos profundos y luego se irguió.

Todos la observaron escabullirse de la sala, como una sombra que se despide.

La doctora selló el frasco y lo cambió por una muestra del siguiente cuerpo.

—Emma.

Otro sabueso avanzó. Repitió los mismos pasos.

El último perro —que llevaba el desafortunado nombre de Eustace—, fue el único que rompió el protocolo. Aprovechó su cercanía para lamerle brevemente la palma.

Mercy le rascó detrás de las orejas antes de dejarlo ir.

Una vez que los tres desaparecieron, ella se volvió hacia el cuidador.

—¿Has dicho que hay un mapa?

Él asintió.

—Con el tipo con el que solía trabajar. Bajito, calvo, gafas con montura. Silencioso. Estaba en el ala trasera. El mapa está en su oficina.

Una sonrisa fugaz cruzó el rostro de Mercy.

—El doctor Horn.

El cuidador confirmó el nombre antes de despedirse.

Ella lo vio alejarse, con una extraña sensación agitándose en el pecho. Era como si una mano invisible le apretara el corazón con fuerza.

Williams pareció notarlo, y tuvo la amabilidad de dejar a un lado los frascos y pasarle un brazo por los hombros.

—Vamos. Podemos ir juntos.

No podría haber estado más agradecida. Entrar en la oficina de su antiguo mentor amenazaba con desestabilizarla. Solo unos meses atrás, habían operado juntos. Luego, Horn la había enviado a una misión que resonaría por toda la costa este. Una misión que, al final, lo llevaría a la muerte.

Encontraron la oficina de Horn intacta, tal como la había dejado. Quizás con unas carpetas de más, ya que había estado revisando varios casos antes de marcharse.

El mapa colgaba sobre el escritorio. Mercy no podía creer que nunca lo hubiera notado.

—¿Crees que es ese? —preguntó.

Williams entornó los ojos.

—Bueno…, es el único… Oh, ¡mira ahí!

El mapa se transformó ante sus ojos. Había mostrado una visión amplia que abarcaba desde Ravinia hasta las primeras ciudadelas del

sur. Ahora se centraba en los distritos de Kathor. Todos trazados con precisión.

Tres marcas aparecieron, como ascuas encendidas. Una por cada sabueso, comprendió, y todas empezaron a avanzar con lentitud por el mapa.

Se movían por el Distrito inferior. Luego, tomaron atajos y callejones hacia el corazón industrial de la ciudad. Allí hicieron una larga pausa, antes de reanudar su marcha.

Pasó casi una hora antes de que alcanzaran las puertas de la ciudad.

Se demoraron varios minutos allí.

Mercy se preguntó cómo harían para cruzar puertas o portones, pero, tras un breve retraso, ya estaban fuera de Kathor.

El mapa se expandió para seguir su ruta.

Lentamente, se fue ensanchando hasta mostrar ríos, colinas y montañas.

Ella y Williams permanecieron en silencio, hechizados por una magia que, solo unos meses atrás, habría parecido común.

Estaba empezando a quedarse dormida, cuando Williams habló:

—Mira eso.

Lenta e inexplicablemente, uno de los sabuesos se separó del grupo. Ocurrió justo al norte de Kathor. En las estribaciones que separaban la ciudad de las tierras de cultivo.

Vieron cómo esa brasa parpadeante giraba hacia el oeste, alejándose de los otros dos.

Mercy observó las colinas en esa dirección.

«¿Adónde vas? ¿Qué hay allí? ¿Quiero siquiera saberlo?».

—… una buena racha.

La doctora parpadeó.

—¿Qué?

Williams sonrió.

—Eres una pésima oyente. Es un milagro que terminaras la carrera. Decía que hemos tenido una buena racha. Al menos, yo llevo siete días.

—¿Siete días de qué?

—Sin caer enfermo —dijo—. Supongo que el profesor Porthinos tenía razón. Seguir los protocolos, bla-bla-bla, lavarse las manos, bla-bla-bla.

Williams estaba entretenido con su té, así que no notó el efecto que sus palabras tuvieron en Mercy. La forma en que ella se recostó contra los cojines de su silla, sacudida por una idea que solo había considerado una vez, de pasada. Todo este tiempo, y aún no estaba enferma. Ni siquiera un atisbo de la enfermedad. ¿Quién había tenido más exposición que ella? Había descubierto el primer cadáver. Había estado con los primeros pacientes conocidos. Había bebido agua en Colinas Errantes y en Kathor. No había forma de que hubiera pasado todo ese tiempo sin haberse expuesto.

Había pasado suficiente tiempo como para que Mercy creyera conocer la respuesta. Cada enfermedad que habían estudiado —ya fuera una plaga aislada o una dolencia estacional—, compartía tres características comunes. Primero, todas eran transmisibles de algún modo. Ya fuera por contacto físico, por el aire o por el agua. Luego, producían síntomas similares en sus víctimas. La gravedad podía variar, pero había una consistencia en la población. El último elemento, sin embargo, era que cada enfermedad que había estudiado implicaba la existencia de un grupo selecto que llegaba a conocerse como los inmunes.

Había personas, por ejemplo, que nunca contraían la gripe costera que asolaba la ciudad cada invierno. Los médicos de antaño habrían dicho que eran afortunados. Incluso bendecidos por los dioses. Pero los estudios médicos demostraban, una y otra vez, que algunas personas simplemente tenían la composición genética para resistir una enfermedad.

Mercy frunció el ceño ante eso.

«¿Williams y yo somos… inmunes?».

Parecía estadísticamente improbable. Aunque, pensándolo bien, no recordaba otras excepciones entre el personal. Casi todos habían enfermado. Muchos incluso habían regresado a ayudar, tras recuperarse.

Estaba haciendo cuentas. cuando la respuesta la golpeó en el pecho como un yunque de dos toneladas. Incluso ahora, el doctor

Williams estaba realizando la misma tarea que lo había salvado.

Beber té.

Jamás había visto a alguien consumir tanto té como él, y se dio cuenta de que no lo había visto beber ni un solo vaso de agua.

«Lo ha estado hirviendo cada vez».

Puede que fuera la persona con más suerte que había conocido jamás. Semanas habían pasado, y él, sin saberlo, había eliminado a los patógenos antes de que pudieran alcanzarlo. Hasta que…

Hasta hoy.

Los dos acababan de pasar horas en una sala llena de la enfermedad. Dosis más altas, de hecho, que las que se encontraban en el agua. Era posible que los hechizos de su mascarilla hubieran funcionado, que lo hubieran protegido, pero ella sabía que lo había expuesto sin querer.

Lo vio tomar otro sorbo de té y no supo cómo —ni siquiera si debía—, decírselo.

«Mejor aferrarse a la esperanza, por ahora».

Ambos permanecieron sentados en el silencio de aquella oficina, observando las tres brasas brillantes, abrirse paso por las interminables llanuras.

La doctora se sorprendió soñando con un mundo con más respuestas que preguntas. Más soluciones que problemas. Tal vez, solo tal vez, los sabuesos los guiaban hacia ese lugar. Tal vez, Williams no enfermaría. Tal vez, por una vez, algo saldría bien. Por una vez.

28

REN MONROE

—Sabemos ahora que la enfermedad provoca una desconexión temporal con la magia. Nuestros investigadores trabajan día y noche para encontrar soluciones a esa interrupción. Hasta entonces, pedimos a cualquier persona que haya conservado su magia durante la plaga que se presente en la Casa del Faro con efecto inmediato. Es un mandato para toda la ciudad. Si tienes magia, nuestra ciudad te necesita. Por último, recordamos que se ha presentado una solicitud oficial para una moción de censura. Esta votación podría destituir a todos los gobernadores actuales…

Ren y Theo se apoyaban en la barandilla del balcón, contemplando la ciudad, mientras el virrey Gray repetía el mensaje que llevaba retumbando toda la mañana.

Era el primer descanso que se tomaban desde que empezaron a investigar.

Llevaban horas leyendo sobre hechizos en cadena y magia de manipulación.

Todo lo que habían encontrado confirmaba su hipótesis inicial: encontrar el origen del hechizo sería vital. El problema era que esa misma investigación también respaldaba la idea de que un hechizo de manipulación con tal complejidad y alcance no debería haber sido posible.

No había nada similar en toda la historia registrada, lo cual los llevaba a una conclusión incómoda: quien lo hubiese conjurado sería formidable.

Ren no se había entregado con tanta devoción a la investigación desde sus años de grado. En aquella época, su única motivación

había sido la venganza: demostrar su valía y hacerse un sitio entre sus iguales.

Ahora, su objetivo era detener lo que ella misma había iniciado.

Sentía que encontrar la respuesta correcta era la única forma de compensar todo el daño que había dejado tras de sí. Si la acusación de su madre era cierta —si de verdad había sido ella quien había dejado la puerta abierta a este ataque—, entonces se aseguraría, maldita sea, de ser quien la cerrara.

Pero la simple verdad era que no podían luchar esta batalla solos.

Theo lo sabía, y, por eso, había activado los recursos de la Casa Brood.

Vega había alzado el vuelo con cartas dirigidas a varios aliados, y ahora no les quedaba más que esperar.

Salieron a tomar aire fresco mientras aguardaban el regreso del ave, y fue entonces cuando oyeron el mensaje del virrey.

El anuncio les hizo notar un detalle que hasta ahora habían pasado por alto.

—No estamos enfermos —anunció Ren.

Había estado tan preocupada por la posibilidad de enfermar, que no se había detenido a pensar en lo extraño que era que ninguno de los dos hubiera sucumbido al virus. Estaba claro que era algo poco común, si el virrey había tenido que emitir una solicitud pública de voluntarios.

Theo reflexionó antes de responder.

—¿Falta de exposición? —sugirió—. Estábamos cautivos cuando se propagó la plaga. Inconscientes la mayor parte del tiempo. Es posible que no hayamos bebido suficiente agua como para contagiarnos.

Ren frunció el ceño.

—¿De veras la cantidad importa? Bebimos agua de la ciudad antes de encontrar los cadáveres, y también después. Además, hemos estado en el lugar de contagio, Theo. Tenemos más exposición que la mayoría. Simplemente…, no hemos contraído la enfermedad.

—Tal vez somos inmunes.

—¿Los dos? —Ren arqueó una ceja—. Muy afortunado me parece.

La plaga no era el único tema del mensaje del virrey.

Mientras Ren se preocupaba por la enfermedad, Theo parecía más concentrado en la votación oficial forzada por los Hacedores. El mensaje del virrey incluía instrucciones sobre cómo votar, qué significaba cada opción y lo que ocurriría si la moción se aprobaba o se rechazaba.

Ren lo escuchaba sin comprender del todo la inquietud de Theo. La historia estaba de su lado.

—Nunca ha habido una moción de censura exitosa en toda la historia de Kathor. Ninguna se ha acercado siquiera al mínimo necesario. Tu familia diseñó esas leyes precisamente para que nunca prosperaran. ¿Por qué te preocupa?

Theo negó.

—Estaba pensando en lo que haría yo…, si fuera uno de los Hacedores. Tienes razón. El primer obstáculo es la participación. Rara vez vota más de la mitad de la población. Muchos tienen lazos con las grandes casas. Votar en contra, cuando el voto es público, no les conviene. Lo cual significa que los Hacedores tendrían que lograr la mayor participación del siglo, y además conseguir que todos voten a su favor. Sería difícil…, a menos que estés usando magia para manipular a la gente.

Habían observado algunas de las protestas desde Las Alturas.

Ren sentía la culpa como una serpiente que se enroscaba en su interior. Era como haber iniciado un fuego con la intención de eliminar una planta invasora muy concreta.

Y había funcionado: había destruido a Landwin Brood.

Pero ahora observaba cómo las llamas se extendían fuera del perímetro planeado. Prendiendo en otras hojas. Avanzando hacia bosques que no eran suyos. No podía dejar de preguntarse cuánto daño más sufriría Kathor si no lograban apagar ese incendio.

Los informes de las concentraciones eran inquietantes. Los Hacedores repartían comida y pañuelos rojos. Ren imaginaba el hechizo de manipulación colándose entre la gente. Susurrando pequeños empujones para unirse a su causa.

—Aunque consigan los votos —añadió Ren—, no importa. La votación no aprueba nada por sí sola. Solo traslada la moción al virrey Gray. Él tendría que ratificar la decisión del pueblo, y sabemos que es un siervo de las grandes casas. ¿Por qué aprobaría algo que le quita poder?

—No lo haría —respondió Theo—, y empiezo a pensar que ese es el objetivo. Los resultados serán públicos. La ley lo exige. Supongamos que lo logran. Que movilizan a miles y todos votan a favor. El virrey tendría que negarse públicamente. No se me ocurre mejor munición para una rebelión, y puede que esta sea la única vez en la historia en que las grandes casas no tengan poder suficiente para sofocarla. Sería anarquía, Ren.

A ella se le encogió el estómago.

Por un lado, se sentía culpable por haber encendido esta chispa de rebelión. Por otro, Theo no sabía lo tentador que sonaba todo aquello. No necesitaba ser manipulada para pensar que un mundo con menos poder para las grandes casas podría ser un mundo mejor. El problema, claro, era saber que los que estaban esperando el poder también estaban corrompidos.

Todo sería más fácil si su madre estuviera participando en una rebelión honorable. Luchando por una causa justa.

Pero Ren ya había visto tras el telón.

Su madre —y miles más—, estaban siendo manipulados. Forzados a actuar contra su conciencia por un oscuro titiritero que aún no se mostraba. Esa persona, quienquiera que fuera, no podía quedarse con Kathor.

La conversación fue interrumpida por el regreso de Vega.

El ave de piedra se posó en la barandilla con un golpe seco. Sus alas se abrieron brevemente para equilibrarse y luego se plegaron con elegancia.

Llevaba una carta arrugada entre las garras, y Theo la recogió.

—Varios informes: mi madre ha asegurado la finca. Mi hermana está allí. —Ren alzó la vista de inmediato—. Como prisionera —leyó Theo—. Está vigilada. Tropas de los Broods han sido enviadas a la ciudad. Están asegurando diversas propiedades. Casas seguras. Tendremos opciones, si lo necesitamos. La Legión de la Espada

Brillante controla las plantas de tratamiento de agua… y nuestros hombres han decidido no poner a prueba sus defensas por ahora. —Sus ojos descendieron hasta el final de la página—. Maldición. Ningún rastro de Zell Carrowynd. Sus estatuas también han desaparecido. Es el peor momento para que desaparezca.

Ren negó.

—Hay precedentes. Durante la Guerra de los Vecinos, la guardiana desapareció y las estatuas quedaron neutrales. No pudieron hacer daño a ninguno de los dos bandos, y por eso no tomaron partido. Puede que Zell esté retirándose del tablero.

—Eso es una pérdida. Grande. Vamos a enviar otra carta a mi madre, a través de Vega. Podemos avisarles de que cualquier «inmune», que permanezca en la finca, debe presentarse en la Casa del Faro.

—¿Eso significa que vamos a ir? —preguntó Ren.

Theo asintió.

—Tengo la sensación de que las otras casas estarán allí. Ya sea para presumir de su fuerza o para ver quién más ha sobrevivido a la plaga. Tenemos que medir nuestras fuerzas contra las demás casas, pero también nuestra fuerza colectiva. Si no quedan suficientes magos para hacer frente a los Hacedores, estamos condenados de todos modos. Ausentarnos de la reunión del virrey solo nos dejaría en la oscuridad. Tiene sentido ir.

Después de eso, redactó la carta con rapidez.

Vega alzó el vuelo de regreso a la finca, mientras Ren hacía unas últimas anotaciones en su investigación. Sentía una especie de impulso en el aire, una energía frenética, vibrando, en el lazo que compartían. Sabía que aún iban varios pasos detrás de quien había atacado la ciudad, pero aquella mañana se sentía como el inicio de una cacería. Solo debían seguir las pistas correctas y darían con esa persona. Estaba convencida.

Afuera, Ren y Theo se detuvieron, de forma instintiva, en el umbral.

Las Alturas estaban en silencio.

No había señales de protestas ni daños, pero tampoco había calor, ni bienvenida en las calles. Era como si esa parte de la ciudad

contuviera la respiración, temerosa de inhalar lo que había reclamado al resto de Kathor.

Llegaron sanos y salvos al punto de acceso público.

El edificio no era más grande que un cobertizo. No había ningún encargado, y, al igual que en el portal que usaron para llegar allí, todas las velas habían desaparecido.

Ren venía preparada. Había traído suficientes para ambos.

Normalmente, habrían hecho el salto desde su propia casa, pero los puntos de acceso públicos tenían galerías de retratos: una serie de pequeñas losas pintadas, con imágenes de distintas zonas de la ciudad. Servían como recordatorios mentales para quienes no viajaban con frecuencia a ciertas áreas.

Theo buscó un momento hasta encontrar el patio exterior de la Casa del Faro.

Una vez desplegado, colocó las velas y encendió ambas mechas con un hechizo.

Ren había estado hacía poco en la residencia del virrey, pero no en la Casa del Faro, propiamente dicho. Observó el retrato. Las fuentes que podía ver en él. Las ventanas arqueadas al fondo. Estaba tan concentrada que casi no oyó la voz de Theo.

—Acabo de tener un pensamiento horrible.

Ren alzó una ceja.

—¿Ah, sí? Normalmente, esa es mi especialidad.

—Todo es tu especialidad —indicó, con una débil sonrisa—. No, estaba pensando… ¿Y si somos los últimos magos? ¿Y si el efecto de la plaga es permanente? Seríamos todo lo que queda.

Ren tragó saliva.

—Pero las futuras generaciones…

—Puede que tengan magia —comentó Theo—, pero también puede que no. ¿Cómo podríamos saberlo si sus padres ya no la tienen? ¿Nacerán con una conexión mágica? Y si lo hacen, ¿quién les enseñará a usarla? —Sacudió la cabeza—. Sé que suena lúgubre, pero no puedo dejar de pensar en lo que pasará en los próximos veinte años. Las personas que están viajando ahora a la Casa del Faro…, podríamos ser todo lo que queda de la magia en esta ciudad.

Ambos observaron las llamas titilantes. Ren podía sentir las emociones de Theo a través del vínculo. Era como mirar la entrada a una cueva oscura y saber lo fácil que sería perderse, si dabas un paso de más. Necesitaba hacer por Theo lo que tantas veces había hecho por ella: traerlo de vuelta.

—Supongo que al menos hay un lado positivo: puede que ahora seas el segundo mago más talentoso del mundo.

Él soltó una risa.

—Acepto con gusto el segundo lugar, si es contigo.

Ambos alargaron la mano al mismo tiempo.

Hubo un pequeño tropiezo hasta que sus dedos se entrelazaron de forma natural.

Las velas ya habían ardido lo suficiente para permitir el viaje a través del portal de cera, pero, durante un rato, ninguno se movió.

Era hermoso estar allí sentados, bañados en aquella cálida luz, de la mano, fingiendo que los problemas del mundo exterior no eran su responsabilidad.

Ren se permitió imaginar cómo habría sido conocer a Theo en la universidad. Quizás, ella dejaba caer sus libros y él la ayudaba a recogerlos. Salir a tomar café, discutir sus hechizos favoritos, enamorarse de forma normal… En esa versión del universo, el padre de Theo sería un hombre amable. Su familia tendría fama de traer justicia, en lugar de crueldad. Su propio padre seguiría vivo. Cada noche cantaría para su madre, mientras cocinaban juntos. Y su madre sería feliz —no amarga, ni vulnerable, ni atrapada bajo el hechizo oscuro de nadie.

Cuando Ren abrió los ojos, lo único que conservaba de aquella vida soñada era a Theo. Su mano, cálida, anidada en la de ella.

Se miraron a los ojos. Un leve asentimiento y soltaron las manos, alargando los brazos hacia las velas, al mismo tiempo.

El fuego ardió…, y los arrastró al vacío sin luz.

Un dolor tan breve como aquel mundo imaginado.

Cuando sus pies tocaron el suelo, la Casa del Faro se alzaba ante ellos.

29

MERCY WHITAKER

Mercy fue una de las primeras en responder a la convocatoria del virrey.

Incluso en su estado actual de depresión, no podía resistirse a la idea de reunir más datos. Quería saber quién había sobrevivido a la plaga con su magia intacta —y quería saber por qué.

«¿Sería la inmunidad algo aleatorio? ¿Estaría ligada a un rasgo genético específico o a la ascendencia?».

Cualquier respuesta sería útil para seguir formando una visión más amplia de la enfermedad y su impacto en la ciudad.

Además, ¿qué otra cosa podía hacer?

Williams se había despertado esa mañana cubierto de moretones. Se sentía tan culpable. Él había evitado la plaga durante tanto tiempo, sorbiendo sus infusiones hervidas. Escapando por los pelos de una de las pandemias más extendidas de la historia, hasta que ella cometió la imprudencia de llevar dosis activas al depósito de cadáveres.

Mercy nunca había sido de las que se flagelan por errores inocentes. La lógica le decía que no podía haber sabido que lo ponía en peligro, pero, aun así, lamentaba la pérdida de otro compañero en este viaje tan traicionero.

Devlin estaba muerto. También el doctor Horn.

«No voy a dejarte morir, Williams. Si llega a eso, no dejaré que mueras».

Le picaban los dedos cada vez que lo pensaba. Lo había dejado arropado en una cama de Puerto Seguro, con tres jarras de agua en la mesilla de noche. Una bandeja con raciones y frutos secos.

Después de asegurarse de que no le faltaba de nada, había visitado una vez más la oficina de Horn.

Las tres ascuas brillantes finalmente se habían detenido.

Todo indicaba que habían llegado a su destino.

Dos estaban en Colinas Errantes.

Una nota del maestro de sabuesos explicaba que se reuniría primero con esos perros, y luego se dirigiría a la segunda ubicación.

Esa seguía siendo una incógnita. Al oeste de la ciudad. Justo donde las colinas empezaban a transformarse en montañas, propiamente dichas.

Mercy había contrastado la localización con todos los mapas que había encontrado en la biblioteca del hospital, pero no había nada marcado allí. Ningún pueblo, ningún puesto de avanzada, ningún accidente geográfico notable. Su instinto le decía que en esa zona había respuestas. Solo necesitaba encontrar la forma segura de llegar.

Por ahora, bebía vino en silencio, mientras observaba a los otros magos de la ciudad llegar a la Casa del Faro. Una docena de personas «inmunes» estaban ya en la sala.

Cada pocos minutos, llegaba alguien más en respuesta a la llamada del virrey.

A todos se les ofrecía comida y bebida.

Los «sirvientes» eran paladines de la Legión de la Espada Brillante. Ver sus emblemas bordados en hilo dorado le revolvía el estómago. No podía evitar pensar en Devlin. Un peso muerto anclado en su vientre.

Las conversaciones zumbaban por la sala. La gente hablaba como si fueran invitados distinguidos, en lugar de los supervivientes de una tragedia.

Mientras escuchaba a escondidas, Mercy sentía una repulsión creciente por todo el grupo que la rodeaba.

—Podría verse como una oportunidad. Quiero decir, somos los únicos que conservamos la magia. Podríamos redactar contratos para servicios específicos. La clave será evitar la competencia desleal…

—Lo mío ni siquiera se puede llamar magia. Solo potencio la magia de otros. Es aburridísimo. Bien pagado, pero aburrido.

—Mis hechizos favoritos son los morados.

Esta última frase, al menos, le sacó una sonrisa. Venía de una niña, no mayor de siete años, con el cabello rizado y brillante, y una sonrisa todavía más grande. Hablaba con un niño que parecía apenas un poco mayor. El niño se inclinó hacia ella y le susurró que le gustaban los hechizos con fuego. Los ojos de la niña se abrieron como platos y, en un instante, parecían amigos de toda la vida.

Todos los demás en la sala le resultaban bastante menos redimibles.

La doctora siguió bebiendo y escuchando, hasta que ya no pudo soportarlo más. Las charlas casuales. El enfoque con el que discutían cómo sacar provecho de su situación. Se dio cuenta de que no quería quedarse ni un minuto más de lo estrictamente necesario.

«Hora de empezar a recabar información».

Dejó su copa de vino y se dirigió al grupo más cercano. Dos magos hablaban de sistemas de magia pasiva —algo sobre la cantidad de hechizos que requerían para renovarse a diario—. Mercy ignoró el tema y se lanzó de lleno.

—Hola. ¿Ambos seguís teniendo magia?

La miraron como si fuera idiota.

—Por supuesto. Si no, ¿para qué estaríamos aquí?

—Perfecto. ¿Alguna especialidad? ¿Cuál es vuestro enfoque?

Al principio, se mostraron desconcertados por la forma en que ella se había metido en su conversación, pero Mercy descubrió con rapidez cuánto les encantaba hablar de sí mismos. Averiguó sus ocupaciones: un manipulador y un potenciador.

Una vez tuvo esa información, se marchó.

Uno de ellos seguía hablando a medias, comentando su conexión con una de las grandes casas, pero le importaba muy poco. En vez de seguir escuchando, los abandonó y se dirigió al siguiente grupo.

—Hola. Perdón por interrumpir. Solo quería saber…

30

NEVELYN TIN'VORI

Nevelyn escuchaba mientras Josey hacía una amiga.

Era encantador oírlos hablar. Se preguntaban mutuamente por sus hechizos favoritos. Oyó a su pupilo mentir, al menos tres veces, en menos de diez segundos. No era un engaño malicioso. Solo la típica fanfarronería infantil, cuando se enfrentan a otro niño que también presume.

—Casi lanzo un hechizo de aturdimiento el otro día.

—Yo sí que lancé un hechizo de aturdimiento el otro día.

—¿Ah, sí? Pues… ¡Puede que me haga tatuajes!

Los ojos de la niña se desviaron hacia donde estaba Dahvid y se sonrojó al instante, cuando él sostuvo su mirada.

Josey fue rápido en colocarle una mano tranquilizadora sobre el hombro.

—No te preocupes. Es simpático.

Dahvid soltó un bufido, y Nevelyn no pudo evitar sonreír.

—Eso es un elogio de alto nivel —murmuró.

Unas veinte personas se habían reunido ya en el ala occidental de la Casa del Faro. La mitad del entorno era de madera con paneles: un hermoso arce que captaba cada luz y la devolvía sobre los invitados. La otra mitad de la sala era toda de cristal. Daba a la calle más cercana y ofrecía una vista de la ciudad. Una oscuridad gradual hacía difícil distinguir los detalles. Los edificios parecían ir convergiendo en una sola entidad, coronados todos por el carmesí agonizante del atardecer.

Estuvieron a punto de rechazar la invitación, pero Ava insistió en que asistieran. El conocimiento es poder, y esta reunión les brindaría

información valiosa sobre la ciudad en su conjunto. No solo lo que ellos habían presenciado desde su limitado punto de vista.

Nevelyn no tenía claro qué esperar. ¿Seguiría llegando gente toda la noche? ¿Los inmunes se contaban por cientos? ¿Miles? ¿O este grupo de una veintena era más cercano al total real? Sospechaba que pronto lo averiguarían.

Había colocado, de forma discreta, su collar en forma de corazón en la tonalidad más oscura. No estaba activando el hechizo conscientemente, pero sabía que, incluso sin usarlo de forma activa, la magia influía en cómo la percibían los demás. Si alguien en la fiesta miraba hacia los Tin'Vori, sus ojos se posarían, inevitablemente, sobre Dahvid. Haría falta mucha más concentración para siquiera notar a su hermana, que los observaba desde el fondo.

—¿Has visto a los paladines? —susurró Dahvid.

Ella asintió.

—Están todos sin luz.

Una pista importante.

Nevelyn sospechaba que el resto de la fuerza policial de la ciudad también había sido afectada por la plaga. Al fin y al cabo, el virrey querría mostrar toda la fuerza que le quedara esta noche. Si quedaban paladines con magia, estarían al frente. Bien visibles, para que las casas y la ciudad supieran que aún tenía poder. El hecho de que ahora fueran poco más que mayordomos glorificados no presagiaba nada bueno.

Todavía seguía ese hilo mental, cuando una mujer se acercó a ellos con paso firme.

—Hola. ¿Eres un portador de imágenes?

Dahvid asintió. Aquello no era novedad. Su magia siempre atraía miradas.

—¿Y tú? —preguntó la mujer, señalando a Josey.

La protección de Nevelyn se activó al instante.

—¿Quién lo pregunta?

Su tono tomó por sorpresa a la mujer.

Nevelyn la vio parpadear un par de veces, como si acabara de darse cuenta de que ella estaba allí. Era más baja, con el pelo rojo brillante como el fuego. Las ojeras bajo sus ojos le indicaron que

llevaba tiempo sin dormir. También llevaba puestos unos guantes de cuero doble bastante gruesos. Se recuperó rápido de su desconcierto inicial, y se tocó un emblema en el pecho: mostraba dos colibríes en vuelo, sosteniendo una cinta entre ellos.

—Soy doctora en Puerto Seguro.

Nevelyn asintió.

—¿Y le parece que está enfermo? Para eso estamos todos aquí, ¿no? Porque no nos hemos puesto enfermos.

La contundencia de sus palabras hizo retroceder un paso a la mujer.

—Claro. Solo estoy recogiendo datos.

—Pues recógelos en otra parte.

Otro paso atrás.

—Yo… he estado estudiando el lugar. Siguiendo la enfermedad hasta su origen. Solo trataba de averiguar si hay algún hilo conductor entre los inmunes. Cuanto más sepamos sobre…

—Cuanto más sepáis, más podréis utilizarlo en nuestra contra —la interrumpió Nevelyn—. No te conocemos. Con todo el respeto, llévate tu encuesta a otra parte.

La mujer levantó las manos enguantadas con gesto inocente y se alejó. Había tristeza en su expresión, pero no pudo obligarse a sentir lástima.

Un momento después, la supuesta doctora ya estaba con otro grupo, haciendo las mismas preguntas.

Nevelyn la observó en busca de alguna señal de que no era quien decía ser.

Josey volvió a charlar con su nueva amiga, y un tercer niño de su edad apareció de la nada. Un chico delgado, con ojos tan grandes como lunas, que intentaba encontrar la forma de unirse a la conversación.

Dahvid miró de reojo a su hermana.

—Había olvidado lo buena que eres haciendo amigos.

Ella le guiñó un ojo. No estaban allí para hacer amigos. Estaban allí para averiguar qué demonios estaba ocurriendo, y luego usar esa información para asegurarse de que la Casa Tin'Vori sobreviviera y prosperara. Esa era su única preocupación real.

Nevelyn estaba a punto de darle otro sorbo a su copa cuando vio movimiento en el exterior.

Dos personas, acababan de llegar, a través de los portales de cera.

Observó sus cuerpos suspendidos brevemente en el aire. Uno era alto, con el cabello rubio brillante. Guapo, pero no era su tipo. Este chico parecía demasiado frágil. La otra tenía el cabello lacio hasta los hombros. Tenía rasgos hermosos, pero Nevelyn sospechaba que no muchas personas elegirían *hermosa* como la primera palabra para describirla. Había otras que encajaban mejor: centrada, decidida y obsesiva. Su mano derecha empuñaba una varita en forma de herradura que le resultaba muy familiar.

Fue suficiente para que Nevelyn sonriera.

«Por supuesto que has sobrevivido».

—Hablando de amistades. Acaban de llegar algunos de los nuestros.

31

REN MONROE

Bacon House no era una casa.

Lo había sido en algún momento. Generaciones atrás.

Los primeros ancestros de los Proctors que llegaron a Kathor se establecieron como los mejores constructores de la ciudad. Nadie podía igualar su habilidad. Naturalmente, el secreto de su éxito era la magia. Se descubrió que los Proctors habían acaparado tres hechizos cruciales —todos relacionados con los procesos químicos de conexión entre materiales dispares—, lo que les daba una ventaja abrumadora sobre sus competidores. Las demás casas influyentes apenas podían quejarse. Después de todo, ¿cuál de ellas no había hecho lo mismo?

Guile Proctor construyó la primera versión de la Casa del Faro.

Un precioso edificio de piedra de dos pisos, perfectamente simétrico. Las diez ventanas frontales estaban flanqueadas por encantadoras contraventanas de madera.

La hija mayor de Guile recibió la tarea de mejorar aquel diseño perfecto, y lo logró. Retiró las piedras de cada una de las esquinas frontales del edificio y las reemplazó con amplios ventanales de vidrio. Estos se extendían en diagonal, desde la esquina inferior hasta los puntos medios del tejado. El diseño formaba tres triángulos impecables: uno de piedra y dos de cristal. Los ocupantes podían sentarse en esas secciones y contemplar toda la ciudad.

Así siguió, generación tras generación. Cada Proctor debía añadir sus propios toques al diseño común. Una serie de puentes de cristal conectaban el edificio original con nuevas expansiones. Bajo esos pasillos colgantes, los idílicos patios interiores estaban rodeados por

aún más añadidos. El efecto moderno era una serie de estructuras que parecían suspendidas en el aire.

Los Proctors terminaron donando los edificios como residencia permanente del virrey en funciones. Uno de los muchos beneficios que aseguraban la lealtad del gobierno de Kathor a las grandes casas.

Ren y Theo cruzaron la entrada principal. Estaba flanqueada por un par de paladines de la Legión de la Espada Brillante. El emblema en sus pechos siempre le recordaba a Devlin. ¿Dónde habría terminado? No le cabía duda de que habría ascendido rápido en sus filas, pero si esos dos paladines eran indicativos, el poder de la Espada Brillante había sido mermado por la plaga. Ambos estaban sin luz. Las venas de magia brillante que normalmente recorrían sus armas o armaduras se habían extinguido.

Otro par de paladines los escoltó por un amplio pasillo, que desembocaba en una sala de estar todavía más grande.

Ren se detuvo allí, para echar un vistazo a la reunión.

Todos tenían una bebida en la mano. Estaban dispersos por la sala, intentando mantener conversaciones triviales, pero todos lanzaban miradas furtivas a los recién llegados.

Ren aceptó la primera copa que le ofrecieron, pero no dio ni un sorbo. Era una norma básica que había aprendido de la Casa Brood. Servía para evitar envenenamientos y errores.

Se dirigió a un espacio vacío en el perímetro de la sala. Se apoyó contra una estantería y comenzó su evaluación de los presentes. Si estos eran los únicos magos que quedaban en la ciudad, quería saber exactamente en qué posición se encontraban ellos dos.

El primer rostro familiar fue nada menos que Dahvid Tin'Vori.

«Por supuesto que has sobrevivido».

Su antiguo cómplice era tan evidente como la luz del sol. Dahvid era una cabeza más alto que la mayoría de los presentes. Demasiado atractivo. El tipo de persona a la que uno se esfuerza por no mirar directamente. Su armadura de cuero era discreta, pero destacaba entre un grupo de magos que probablemente preferían los hechizos al combate físico. Había aberturas en la tela oscura, claramente diseñadas para acceder a sus tatuajes. Podía ver al

viajero escarlata observando con descaro desde su pecho. Una serie de círculos concéntricos adornaban uno de sus hombros. Cada tatuaje albergaba un poderoso hechizo.

A pesar de haber trabajado juntos, todavía no lo había visto en un duelo. Una pena. Le habría gustado medirlo. Cualquiera que pudiera superar una prueba raviniana y derrotar a Thugar Brood en cuestión de días, merecía respeto. Tal vez incluso temor.

Si Dahvid era luz, Nevelyn Tin'Vori era su sombra.

Ren la vio oculta solo unos pasos detrás de su hermano. Esos grandes ojos marrones analizaban la sala con la misma intención que los de ella. Su rostro estaba parcialmente escondido por una maraña de rizos oscuros y salvajes.

Ren casi no notó el único detalle nuevo.

Nevelyn estaba junto a un niño que no parecía tener más de diez años. Ninguno de sus rasgos recordaba a los Tin'Vori. No tenía sus ojos, ni sus narices, ni sus mentones.

«¿Y tú, quién eres, dime?».

Los ojos de Nevelyn se posaron en ella en ese mismo instante.

La otra mujer dio un paso protector hacia su pupilo, que dejaba clara su posición, pero se recompuso a tiempo para ofrecer una inclinación respetuosa.

A Ren le dio un cierto placer ver cuán poco sorprendida estaba Nevelyn de verla allí. ¿Dónde más podrían estar? Ambas eran supervivientes, por encima de todo. Ni siquiera el destino podía mantenerlas apartadas.

Devolvió el gesto con una inclinación de cabeza, antes de continuar su inspección del resto de los invitados. Un conteo rápido indicaba que había más de treinta personas. Algunos eran completos desconocidos. Otros, fácilmente reconocibles. Las cinco casas mayores estaban representadas, pero bastaba un vistazo para ver que no eran los antiguos líderes. Ni de cerca. Hacía más de un año, Ren había cenado en un salón privado con algunas de las personas más influyentes de la ciudad. La única superviviente de aquel grupo era Gemma Graylantian. Según Theo, era una manipuladora increíblemente talentosa.

Aparte de Gemma, Marc Winters era lo más cercano a la realeza. El heredero actual de su casa, y hermano mayor de Clyde.

Ese pensamiento le provocó un escalofrío.

Los dos se parecían bastante.

Marc tenía los mismos ojos azules y el cabello oscuro, pero era de complexión más ancha. En ese momento, mantenía lo que parecía, una conversación tensa con una chica mucho más joven. Ren no conocía su nombre, pero podría reconocer a una Shiverian en cualquier parte. Nariz afilada y pecas dispersas. No parecía tener más de quince años.

Aún estudiaba a la joven, cuando un muchacho delgado como un sauce se presentó ante ellos. Hizo una ridícula reverencia antes de enderezarse, con su cabello blanco brillante sacudiéndose con cada movimiento.

—Señor. Eh… Maestro Theo. Yo… me han dicho que debía presentarme ante usted. Soy su primo segundo. Bueno, no es que usted sea mi segundo primo, sino que… Soy primo segundo. Hijo… del primo de su padre.

Theo alzó las cejas.

—Por los dioses… Por favor, deja de hacer reverencias.

Naturalmente, el chico volvió a inclinarse.

Ren no pudo evitar intervenir.

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Theodore. —Sus mejillas se tiñeron de rojo—. En realidad, me pusieron ese nombre por usted, señor.

Theo miró a Ren con una expresión que decía *ni se te ocurra*, pero ella ya se había muerto y resucitado riéndose. El muchacho esbozó una sonrisa, aunque estaba claro que no entendía que era tan gracioso.

—¿Llamado así por él? ¿Cuántos años tienes?

Theodore se encogió de hombros.

—Trece, mi señora.

—No la llames así —advirtió Theo—. O va a querer una corona.

—Trece —repitió Ren—. Así que naciste cuando Theo tenía… unos siete. Suena bien. Para entonces ya había domado su primer wyvern, descubierto una tumba de dragón y creado una docena de

hechizos. Bastante razonable que alguien quisiera ponerle a su hijo el mismo nombre que él.

Los ojos de Theodore se agrandaron conforme hablaba, y Ren se dio cuenta de que el chico se había creído que Theo había hecho todo eso antes de la pubertad. Mientras tanto, los ojos de Theo ya estaban clavados en el techo. Desvió la conversación, antes de que Ren pudiera dejar al muchacho aún más desilusionado.

—Así que…, ¿has conservado tu magia, primo?

El chico parecía absolutamente encantado de que se dirigieran a él con un término familiar.

—Oh, sí, señor. Todavía tengo todos mis hechizos.

—¿Alguna especialidad?

—En realidad, sí. Soy un animador.

Eso captó la atención de Ren. Relativamente raro, aunque no era una sorpresa que perteneciera a la Casa Brood. Eran conocidos por reclutar talentosos artesanos, y los animadores tenían la rara habilidad de dar vida a los objetos con magia. Aunque, como con cualquier tipo de magia, había distintos niveles de destreza.

—¿En qué te pusimos a trabajar? —preguntó Theo—. ¿Piedra viviente?

Otra vez asintió.

—Sí, señor. En realidad, mi padre fue quien creó la suya. ¿El halcón?

Theo alzó una ceja.

—¿Eres hijo de Benjamin Crane?

—Sí, señor.

—Dioses. ¿Cómo está?

Fue el primer tropiezo de Theo. Ren ya lo había notado en la voz del chico, y ahora lo veía en la forma en que su barbilla cayó y sus hombros se encorvaron, como si se estuviera preparando para recibir otro golpe de la vida.

—Mi padre falleció, señor. Hace algunos años.

La compasión que Ren sintió despertar en el pecho de Theo, a través de su vínculo, era un tipo de magia en sí misma.

Theo posó una mano firme sobre el hombro de su primo.

—Mis condolencias. Ben era una persona maravillosa, y que su hijo continúe con su legado… Dioses, no puedo imaginar que pudiera estar más orgulloso. Parece que has sido uno de los pocos en evitar la plaga. Eso no es casualidad, primo.

El efecto de sus palabras fue instantáneo.

El chico se irguió, le dio una palmada en el hombro a Theo y luego se acomodó de manera que los tres quedaran mirando hacia la sala.

Theo se había ganado su lealtad. Así de fácil.

—¿Qué quiere que haga esta noche, señor?

Theo escaneó el entorno.

—¿Con honestidad? Me gustaría que hicieras amigos. Conoce a todos los que puedas. Sospecho que nos vamos a ver bastante a menudo durante las próximas semanas. No estaría mal tener a alguien bien conectado. Especialmente, con quienes no están ligados a una de las casas mayores.

—A ello voy. —Y salió disparado, como si lo hubieran lanzado de un cañón.

Lo vieron acercarse directamente al grupo más cercano y ofrecer su mano para presentarse.

Theo atrapó la mirada de Ren.

—Ni se te ocurra.

—¿Qué? —preguntó ella con fingida inocencia—. No iba a hacer nada.

—Puedo oír los chistes rebotando en tu cabeza.

—¿Chistes? ¿Yo? No, no soy de humor. Pero me encanta investigar y… en cuanto lleguemos a casa pienso hacer algo de trabajo y averiguar a cuántos bebés llamaron Theo, después del anuncio oficial de tu nacimiento. ¿Crees que la tendencia empezó con tu trascendental llegada al mundo, o fue después de lanzar tu primer hechizo?

Este negó.

—Muy graciosa.

Después de eso, siguieron una serie rápida de presentaciones y conversaciones. Hablaron con una pareja mayor, vinculados

mágicamente. Conocieron a un potenciador de la casa Graylantian y a un ingeniero estructural de la Casa Proctor.

Al principio, Ren pensó que la línea directa de los Proctors no tenía supervivientes, pero luego divisó a Ellison Proctor, bebiendo, al otro lado de la sala. El encantador anfitrión que había trabajado brevemente con ella en el Colectivo, y uno de los magos menos capaces que conocía.

Su conversación más corta fue con una doctora de Puerto Seguro. La mujer tenía la piel pálida y el cabello rojo brillante recogido en un moño tirante. Llevaba guantes de cuero, que Ren intuyó de inmediato que eran un recipiente mágico.

La mujer le hizo varias preguntas rápidas sobre su magia, y luego se alejó como si ya se hubiera aburrido.

Los paladines seguían recorriendo la sala, funcionando como glorificados camareros. Su presencia empezaba a resaltar aún más la ausencia del virrey Gray.

La última observación de Ren fue que había bastantes niños presentes. El chico al lado de Nevelyn no era el único. Dos intentos de contarlos la llevaron a una cifra de entre quince y veinte. Algunos estaban con sus padres —que, notó Ren, a menudo no tenían magia —. Los vio en los márgenes de la sala, con los signos reveladores de moretones en clavículas o antebrazos. Interesante que un niño fuera inmune, cuando los padres no lo eran.

Ren estaba intentando contarlos de nuevo cuando vio a la niña.

Llevaba un vestido negro sencillo. Su cabello era de un blanco casi fantasmal, familiar. Sus padres lo habían trenzado en una trenza gruesa, con la que la niña no dejaba de juguetear.

Era como ver a Timmons Devine de niña. La misma figura esbelta. La barbilla afilada.

Los ojos de Ren se alzaron con expectación, pero el hombre detrás de la niña no era el señor Devine. Era otro. No era una pariente. Solo se parecía.

Se dio cuenta de que la niña la observaba fijamente, hasta que desvió la mirada.

—¿Todo bien? —susurró Theo.

—Sí —respondió—. Solo… echo de menos a Timmons.

Él asintió, confundido, pero sabiamente no preguntó más.

Eso no pasó mucho antes de que las conversaciones comenzaran a volverse tediosas. Todos tenían la mitad de su atención en su interlocutor, y la otra mitad lanzando miradas a las entradas. Incluso los más sociables estaban perdiendo fuelle.

Ren estaba a punto de sugerirle a Theo que le preguntaran a algún paladín cuánto más tendrían que esperar, cuando la magia susurró por el aire. Silenciosa como una brisa.

Todo a su alrededor se congeló.

Las copas seguían alzadas. Las sonrisas seguían en algunos rostros. Era como esos cuadros vivos que a veces abrían las obras de teatro. Todos en su primera posición, esperando que se levantara el telón.

Finalmente, Ren vio movimiento.

La chica Shiverian cruzó la sala con paso decidido.

Marc Winters la seguía con un suspiro dramático.

Gemma Graylantian se incorporó de su silla.

Por último, Ellison Proctor se deslizó entre el grupo inmóvil.

Uno de cada una de las cinco casas.

Bueno, dos de la Casa Brood. Ella y Theo se miraron.

Como si fuera un experimento, Ren levantó una mano. Se movió. No estaban congelados como el resto. Habían sido dejados fuera del encantamiento. A propósito. Vieron cómo el resto formaba un círculo más pequeño dentro del grupo.

La heredera Shiverian fue la primera en hablar.

—Por favor, mantened la voz baja. Limitad vuestros movimientos. Cuanto menos tenga que ocultarnos activamente, más tiempo tendremos para discutir. Me llamo Avid Shiverian. Soy hija de Ethel Shiverian. Esta noche he venido a pedir disculpas en nombre de toda nuestra casa. Cometimos un grave error al tratar de separaros. Cuando todo esto pase, habrá reparaciones. Prometido una vez y una segunda vez. De nuestra casa a la vuestra, la deuda será saldada.

Esas palabras representaban un raro juramento doble.

Ren nunca había escuchado uno en la vida real. Solo en tratados históricos. En parte, porque implicaban una admisión de culpa poco

común. Estaba claro que los Shiverians querían enterrar cualquier resentimiento. Y rápido.

No eran los únicos.

Marc Winters fue el siguiente en hablar.

—Las participaciones financieras clave serán reasignadas a los Broods. La Casa Winters enmendará esto. Prometido una vez y una segunda vez.

Ellison Proctor repitió sus palabras.

La atención se desvió hacia Gemma Graylantian. Sus brillantes ojos clavados en ellos.

—Todo lo que hicimos fue proporcionar un par de máscaras. ¿Puede llamarse cooperación? Más bien hemos sido proveedores…

La mirada fulminante de Avid Shiverian chispeó cargada de poder mágico.

Gemma puso los ojos en blanco, pero la rapidez con la que cedió decía mucho sobre el respeto que sentía por la chica.

—Ay, está bien. Nuestras disculpas. Se hará restitución. Promesas y todo eso. ¿Ahora podemos continuar con la reunión?

Avid miró a Theo.

—¿Está resuelto? ¿Podemos seguir?

Ren resopló.

—¿En serio? ¿Así de fácil? Habéis intentado separarnos. Si vuestro plan hubiera funcionado, es muy probable que me hubierais ejecutado en secreto. ¿Y ahora se supone que debemos olvidar lo ocurrido?

—¿Dado el estado de la ciudad? Sí. —Avid tenía una calma antinatural para su edad. Era como si ya hubiera negociado en nombre de su casa mil veces—. Hemos ofrecido reparaciones. El resto de las casas han prometido restitución. Estás actuando como si fueras la primera persona en la historia de nuestras casas en ser secuestrada. No fue algo personal. Fue un asunto de negocios.

—Claro —indicó Ren—. Pues, por mucho que me encantaría saber cuánto valía mi vida para todos vosotros, me resulta mucho más curioso que hayáis decidido mantener esta conversación en privado. ¿Por qué no pedir disculpas públicamente? Si la restitución es tan importante para vosotros.

—Porque tenemos asuntos de estado que discutir.

Avid hizo una señal.

Todos en la sala permanecieron inmóviles.

El hechizo era tan complejo y poderoso que Ren ni siquiera fue capaz de desentrañar cómo lo había lanzado, y mucho menos cómo lo sostenía mientras mantenía una conversación lúcida. Tendría que investigar la magia subyacente más adelante.

Por ahora, permaneció allí, observando cómo la persona que los había convocado, finalmente se unía al grupo.

El virrey Gray entró en la sala.

32

REN MONROE

La figura central de la ciudad avanzó entre el mar de figuras congeladas.

Ren notó que llevaba el mismo traje color carbón que había utilizado durante su última reunión. Había un pequeño detalle diferente, pero no lograba identificar cuál. Había pasado tanto desde entonces. Parecía otra vida. El traje pulcro casi lograba ocultar el hecho de que el hombre que lo llevaba estaba exhausto. Su peinado, normalmente perfecto, estaba desordenado. Sus ojos inyectados en sangre, y los hombros caídos. No era sorprendente. Era el hombre a cargo de una ciudad que acababa de recibir un golpe directo.

Dudaba de que hubiera dormido desde la llegada de la plaga.

Aun así, conservaba la lucidez para observar la sala. Lo vio evaluar, con rapidez, los recursos disponibles.

—Esto es… bastante escaso. ¿Estamos seguros de que están todos?

—Faltan algunos —respondió Avid—. Como mi abuela. Es demasiado mayor para viajar. No quisimos arriesgarnos a que enfermara solo por las apariencias…, pero esto está bastante cerca del número real. Nuestras mediciones sugirieron que habría cerca de setenta personas inmunes.

—¿Mediciones? —repitió Theo—. ¿Cómo podríais medir eso?

Por un momento, Avid pareció dispuesta a guardar el secreto de su casa, pero fue lo bastante sensata como para entender que este era un momento que exigía compartir. La confianza se ganaría.

—Tenemos instrumentos que miden la producción mágica. Normalmente, los usamos para evaluar durante las primeras etapas

de entrenamiento. Hay dos cantidades que podemos calcular. La primera es la producción mágica en bruto: cuánta magia extrae un hechicero del aire al canalizarla a través de una varita. La segunda, es la eficiencia mágica: una medida de cuánta de esa magia invocada obedece realmente al mago. Usamos esas pruebas para reclutamiento y formación.

Ren volvió a enamorarse brevemente de la Casa Shiverian. La forma en que abordaban la magia como una ciencia —algo que se debía estudiar, perfeccionar y avanzar—, siempre le había resultado atractiva. Sin importar que acabaran de secuestrarla.

—Cuando descubrimos que la plaga interrumpe la magia, ampliamos el alcance del dispositivo —explicó Avid—. La idea era obtener lecturas mágicas de toda la ciudad y averiguar quién era todavía capaz de usarla. Al principio, el motivo era egoísta. Queríamos saber si la pérdida de magia que veíamos en nuestra casa era algo normal o si alguien nos había atacado específicamente. Nuestros mayores querían comprobar si alguna otra casa había evitado la plaga.

Marc Winters sonrió con sorna.

—¿Pensasteis que uno de nosotros la propagó?

—No lo descartamos —respondió Avid—, pero pronto fue evidente que todos habían sido afectados. Nuestras mediciones no son perfectas, pero sí lo bastante precisas como para darnos una base de información. La estimación final fue que quedaban setenta magos. Cuarenta y tres están presentes esta noche. Es posible que viéramos duplicados; un mago que lanzara un hechizo en un lugar y otro en otra parte de la ciudad, pero la cuarentena debería haber limitado el movimiento general. Lo más probable es que haya magos allá fuera que no respondieron a la llamada.

El virrey Gray respondió, pero Ren se distrajo con un leve movimiento fuera del círculo. Pensó que el hechizo se había debilitado un momento.

Sus ojos se posaron en Nevelyn Tin'Vori, de entre todas las personas. Su antigua cómplice los observaba. Parecía congelada como el resto, pero, al mirarla con más atención, Ren vio su garganta tragar saliva.

Los Tin'Vori siempre le daban sorpresas.

No sabía cómo estaba resistiendo el hechizo, pero decidió no llamar la atención sobre ello. Mejor guardar ese secreto por si le era útil más adelante.

—… alguna posibilidad de recuperación.

—No podemos afirmarlo con certeza —respondió Avid—. Pero nuestras primeras pruebas no son prometedoras. Llevamos a sujetos recuperados a salas de archivo. Ya conocen a mi madre. Probamos con personas mayores y jóvenes. Magos prominentes y gente que solo sabía unos pocos conjuros básicos. Incluso tuvimos a algunos pacientes del sitio original donde descubrieron la enfermedad, en Colinas Errantes. Ninguno pudo usar magia. De hecho, ninguno fue capad de ver siquiera la magia en el aire. La sala de archivo era oscuridad total para quienes habían sido afectados por la plaga.

Sus palabras fueron seguidas por un silencio atónito. Tal vez —como Ren—, todos habían estado esperando que alguien hubiera encontrado una forma de contrarrestar lo que hacían los Hacedores. Un antídoto. Una cura. Algo. Lo que fuera. Esta era la conclusión más sombría posible.

—Debemos asumir —continuó Avid—, que cualquiera que haya contraído la enfermedad ha perdido permanentemente su capacidad de usar magia. Somos los últimos magos de Kathor.

El virrey Gray llevó al grupo a otro tema.

—¿Qué haremos con los Hacedores?

Marc Winters frunció el ceño.

—Un nombre curioso para un grupo que no parece hacer nada en absoluto. ¿Acaso contribuyen a la ciudad? Todo lo que he visto es que se paran en las esquinas a gritar sobre lo injusta que ha sido la vida con ellos.

Ren se mordió la lengua para no responder. Por suerte, el virrey fue rápido al replicar.

—No usan magia, pero eso no significa que sean unos vagabundos. Todos nuestros informes indican que se centran en el trabajo. Prosperan gracias a su utilidad. Ser útiles, por encima de todo. Estamos hablando de trabajadores portuarios, soldadores, granjeros… Y, cuando llegó la plaga, fueron los primeros en salir a

los mercados. Repartieron comida. Cuidaron a los enfermos. Mirad, sé que no tenemos motivos para quererlos, pero el resto de la ciudad sí que los quiere.

—Interesante —comentó Gemma—. Tienen un excedente de comida… Justo cuando al resto de la ciudad se le agotan los suministros. Es como si lo hubieran planeado así.

Ren sabía que tenía razón. Después de todo, había visto los cajones de provisiones apilados en el apartamento de su madre. Era sorprendente lo rápido que las grandes casas llegaban a la conclusión correcta.

—Por supuesto que lo han planeado —añadió Marc Winters—. Han sido ellos los que han traído la plaga a la ciudad.

Gray lo consideró.

—¿Tienes pruebas reales para sostener esa afirmación?

—No, pero ¿acaso no es obvio? Su grupo no usa magia, y luego llega una plaga que la destruye. Sin mencionar su intento actual de tomar el poder. Apenas había oído hablar de ellos antes de esto.

—Eso no es evidencia —indicó Gray—. Es una suposición, y las suposiciones no convencerán a la población. Si alguno de vosotros tiene pruebas reales de que los Hacedores han estado involucrados en esto, sería crucial para nuestros esfuerzos…Hubo un intercambio de miradas esperanzadas.

Ren supuso que este era un grupo acostumbrado a guardarse secretos entre ellos.

Theo la tocó mentalmente a través del vínculo, pidiéndole permiso para compartir lo que sabían.

Ella asintió.

—Podemos confirmar su implicación —anunció Theo—. Los Hacedores han sido los que han propagado la plaga. Además, tenemos motivos para creer que hay un hechizo de manipulación involucrado. ¿Habéis visto las bufandas rojas que llevan? Hay magia tejida en la tela. Un hechizo en cadena. Una de las obras mágicas más complejas y poderosas que he visto. La Casa Brood ha estado trabajando para rastrear su origen. Sus palabras provocaron reacciones interesantes en el grupo.

Marc Winters golpeó la mesa más cercana con el puño, claramente satisfecho de que su suposición fuera confirmada.

Avid Shiverian parecía absorta en sus pensamientos, como si le hubieran presentado un rompecabezas que no podía esperar para resolver.

El virrey Gray mostraba una expresión casi hambrienta, como si esto fuera exactamente lo que había estado esperando.

—¿Pruebas? —preguntó—. Por favor, decidme que tenéis pruebas reales.

Theo negó con la cabeza.

—No pruebas directas, pero sí mucho testimonio. Fuimos nosotros quienes descubrimos los cuerpos en la primera planta de tratamiento de agua. Sabemos que estaban conectados con los Hacedores. Todos los fallecidos eran miembros del grupo…

—Esos cuerpos —dijo Gray—. ¿Dónde los tenéis?

Theo negó de nuevo.

—No los tenemos.

El rostro del virrey cayó entre sus manos.

—¿Qué quieres decir con que no los tenéis? ¿Cómo van a ser evidencia si no los tenéis?

Theo adoptó una expresión de fastidio propio de los Broods.

—Esa falla no fue culpa nuestra. Habríamos podido reunir mucho más material, pero justo después de descubrir los cuerpos, mi vinculada y yo fuimos secuestrados en un intento de golpe. Naturalmente, eso limitó un poco nuestra investigación.

Gray hizo una mueca y miró al resto de los presentes.

—Ah… Veo que ya habéis hablado del tema —indicó—. Para que lo sepáis, les dije que era una idea estúpida, pero así es la vida de un rey títere. Nadie escucha lo que dices.

Gemma puso los ojos en blanco.

—Te hemos estado escuchando toda la semana, Martin. No puedo ni caminar por el jardín sin que tu voz me grite desde los malditos arbustos.

—Mis disculpas, Gemma. No me di cuenta de que mis anuncios de emergencia estropeaban tus paseos matutinos. Si quieres escribirme algunos horarios específicos, puedo darle prioridad a tu

agenda personal sobre la seguridad de toda la ciudad. ¿Te parece bien?

En lugar de ofenderse, una lenta sonrisa se extendió por el rostro de la mujer. Estaba claro que estos dos ya se habían enfrentado antes.

Avid Shiverian interrumpió:

—¿Podemos concentrarnos? Este hechizo no es precisamente fácil de mantener. Tenemos más cosas que discutir y ya empiezo a sudar.

De hecho, una gota de sudor le resbalaba por la sien derecha.

El virrey dejó su escaramuza lúdica con Gemma y volvió al tema principal:

—Como decía, necesitaréis más que esto para convencer a la población. Tengo los resultados de la votación de hoy. Participó cerca del 90 % de la ciudad. Una participación sin precedentes. Odio decirlo, pero los Hacedores han tenido éxito. El 77 % votó a favor de la moción de censura. Todas las casas serían apartadas del liderazgo activo, si yo ratifico esta medida. Los resultados serán de conocimiento público en menos de una hora.

Marc Winters frunció el ceño, molesto.

—¿No podemos simplemente alterar los resultados?

Ren se había mordido la lengua antes, pero esta vez no pudo evitar dar la respuesta correcta.

—No se pueden alterar los resultados de una votación ciudadana. Hay medidas para evitar que las casas se confabulen. Ha sido así desde los Disturbios de la Anatomía.

Gray asintió.

—Tiene razón. Landwin Brood y yo discutimos el tema una vez. Buscaba una forma de anular los mecanismos actuales, pero no encontramos ninguna. Estos resultados serán públicos. Todos sabrán que la moción fue votada. La pregunta es: ¿qué queréis que haga?

Gemma resopló.

—¿Qué crees que queremos que hagas, Martin? ¿Firmar un documento que nos quite todo el poder? Por supuesto que queremos que rechaces la moción.

—¿Y después qué? —replicó Gray—. ¿Estáis preparados para lo que pasará si bloqueo el voto? No intento ser un cabrón. Lo

pregunto de verdad: ¿estáis listos? —Hizo un gesto hacia las figuras congeladas en la sala—. ¿De verdad creéis que esto es suficiente poder para contener una rebelión? La mitad de los inmunes parecen niños.

Su pregunta quedó colgada en el aire.

Todas las grandes casas tenían trucos bajo la manga. La gente en esa sala no era toda su fuerza. Había hechizos pasivos en sus propiedades. Soldados entrenados y leales a sus casas que, con o sin magia, podían rivalizar con cualquier fuerza civil. No colapsarían de un día para otro. Habían sido construidas para resistir, pero ahora estaban obligadas a considerar qué pasaría si estallaba una rebelión real. Si toda la ciudad se volvía contra ellos… ¿Sobrevivirían a una guerra prolongada?

Por primera vez, en más de un siglo, la respuesta no era obvia.

Ren fue la única lo bastante valiente para responder.

—Creo que deberías aprobar el voto.

Todos los ojos se volvieron hacia ella, pero a Ren no le importaban los demás. Solo una persona merecía su atención en ese círculo: Theo.

Sus miradas se encontraron. No vio vergüenza en su expresión. No sintió enojo a través de su vínculo. En su lugar, un leve murmullo de orgullo vibraba entre ellos.

La verdad era que Ren había estado buscando un punto medio desde su conversación con su madre. No quería una destrucción total. No soportaba la idea de que sus acciones condujeran a una guerra abierta. Aquello parecía el compromiso correcto. El poder real de las casas reducido. La guerra civil, evitada. Y, como era de esperarse, Theo estaba en perfecta sintonía con ella.

Asintió, y ella escuchó cómo el heredero de la Casa Brood respaldaba su causa:

—Estoy de acuerdo con Ren. El pueblo ha hablado. Incluso con un hechizo de manipulación… el voto es abrumador. Está claro que quieren un cambio. ¿Y por qué no lo querrían? Una plaga ha arrasado la ciudad y todos nosotros nos hemos encerrado en nuestras propiedades. La única razón por la que su plan ha

funcionado ha sido porque las personas que debían ayudarlos a levantarse no han hecho nada. —Sacudió la cabeza con disgusto.

Ren sospechó que no solo lo decía por los presentes, sino por lo que representaban sus familias. Por lo que sabía que su padre había hecho, y su abuelo antes que él.

—Los Hacedores quieren que rechacemos esta medida. Sería la prueba final de que a las grandes casas no les importan las personas que las sirven. Si hacemos eso, se desatará la rebelión. La ciudad irá a la guerra con nosotros. Pero, si dejamos que el voto se apruebe, ¿qué podrían decir? ¿Que decidimos hacer lo correcto? Yo creo que debemos aprobar el voto. Aceptar roles un poco más reducidos. Todos seguiremos teniendo riqueza y poder, pero también tendremos paz. Un día, nuestros descendientes hablarán de la guerra que casi ocurrió, en lugar de la guerra que sí pasó. —Su voz no tembló.

Ren sintió que en ese momento eran verdaderamente una sola persona. Cuerpo, alma y mente, en perfecta armonía. Sabía que el bando de su madre en esta batalla no era la respuesta correcta. Aún pensaba encontrar a la persona responsable y acabar con la magia que había tejido sobre la ciudad, pero ahora ella y Theo veían que no era una elección binaria. Esta situación no era la de los Hacedores contra las grandes casas. No, la verdad era que Kathor merecía algo mejor que ambas opciones y ella lucharía por ese futuro. Marc Winters negó.

—¿De verdad eres tú quien habla, Theo? ¿O es lo que piensa tu mascota? Quiero decir, ¿escuchas siquiera la estupidez que estás di…?

Theo agitó su varita en el aire. Fue un gesto casual, pero la magia golpeó a Marc Winters con tal fuerza que lo hizo deslizarse varios pasos hacia atrás. Sus defensas se activaron un instante, antes de que el hechizo lo alcanzara.

Ren vio una grieta enorme recorrer la capa externa de magia, antes de que esta se desvaneciera por completo.

La voz de Theo fue tan baja como una tormenta que se avecina.

—Habla mal de ella otra vez, Marc, y te entierro.

Normalmente, no le gustaba la fanfarronería, pero este era, definitivamente, uno de los momentos más atractivos de Theo.

Ambos continuaron fulminándose con la mirada hasta que Avid Shiverian soltó un siseo para que se detuvieran.

—Estoy manteniendo un vacío temporal. Todos vosotros estáis, en este momento, fuera del tejido real del tiempo y el espacio. Sería encantador que pudierais evitar batiros en duelo en este espacio.

Theo bajó la varita, y Marc hizo lo mismo.

—Sin ánimo de ofender a tu vinculada —interrumpió Gemma—, pero la respuesta es no. Mi casa no será apartada. Los niños Graylantian todavía nacen con callos, ¿sabes? Piel endurecida en la parte superior de las palmas. —Levantó la mano derecha para que todos pudieran verla. La imagen habría sido más convincente si no llevara puestos una cantidad obscena de anillos dorados—. Fuimos agricultores durante tantas generaciones que, incluso después de todo este tiempo, seguimos viniendo al mundo preparados, físicamente, para sostener una pala. No permitiré que la historia me recuerde como la Graylantian que devolvió a nuestra familia al campo. Nos hemos ganado esta corona. Si la quieren, tendrán que arrebatárnosla.

Ellison Proctor estaba demasiado avergonzado para hacer contacto visual con Ren.

—Nuestra casa también declina, con todo el respeto —dijo.

La opinión de Marc Winters estaba más que clara.

Avid Shiverian fue la última en hablar:

—Aprecio tu punto de vista, Theo. Pero ¿de verdad crees que podremos sentarnos a disfrutar de nuestra riqueza? ¿Crees que nos permitirán conservar nuestras propiedades? Si esta votación se aprueba, el nuevo gobierno no tardará en usar su poder contra nosotros. Seremos desmantelados sistemáticamente. Parte por parte, pieza por pieza. Permitir que nuestras casas sean públicamente desacreditadas…, no hay futuro en eso. No para nuestras casas. No para esta ciudad. La Casa Shiverian vota no.

Mientras los demás hablaban, los ojos del virrey Gray habían permanecido fijos en Theo y Ren. Había algo indescifrable en su expresión.

—Rebelión, entonces —indicó el virrey, con suavidad—. Muy bien. Puedo retrasar el anuncio hasta mañana. Eso debería daros tiempo para prepararos para lo que viene. Por ahora, creo que es el momento de hacer mi aparición oficial en esta fiesta. Por favor, poned cara de sorpresa cuando entre.

Entonces, levantó la mano, como si fuera a ajustarse algo en el cuello, pero luego su brazo cayó a su lado con torpeza.

Ren frunció el ceño mientras lo veía deslizarse de nuevo entre la escena congelada. Todo el orgullo que había estado ardiendo entre ella y Theo un momento antes, se oscureció, convirtiéndose en una sensación compartida de desesperanza.

Las grandes casas habían elegido la guerra. Una sangrienta guerra civil que reclamaría miles de vidas inocentes. Podría retrasar su sociedad un siglo, pero no les importaba, mientras siguieran siendo reyes y reinas.

Lo más difícil de aceptar era que Ren y Theo, sin querer, habían iniciado todo esto. Su búsqueda de venganza. Su breve descuido en la defensa de la ciudad. Era como si hubieran derribado la primera ficha por accidente, y ahora todos los demás estuvieran empeñados en tirar la torre entera solo por el puro placer del caos.

Avid liberó su magia.

Se oyó un sonido, como si mil dedos chasquearan a la vez.

La sala se descongeló, antes de llenarse de sonido, movimiento y el eco de platos y copas. El resto de los presentes no tenía ni idea de que el destino de la ciudad acababa de decidirse sin ellos. Un brillante tink-tink-tink sonó.

Todos alzaron la vista.

El virrey Gray entraba, por segunda vez.

Ren lo observó cruzar el umbral, y fue esa repetición —como un eco en su propia memoria—, lo que le permitió recordar el detalle que antes se le había escapado. Ese gesto, al final de su reunión privada, había sido la única pista real sobre lo que faltaba.

Ren le apretó el brazo a Theo. Su agarre fue tan fuerte que casi le hundió las uñas en la piel.

—La bufanda —murmuró Ren—. Theo, llevaba una bufanda.

En su momento, le había parecido de un tono carmesí. El rojo de un granate desvaído o de sangre seca. Eso fue antes de ver a los Hacedores caminando por la ciudad con ellas. Siempre anudadas al cuello o en el antebrazo. A veces asomando en los cinturones. Sabía, sin sombra de duda, que la suya era idéntica. Debía habérsela quitado para evitar sospechas.

Los dedos de Ren se cerraron sobre el mango de su varita en forma de herradura.

El virrey se preparó para dar su discurso.

La sala cayó en silencio.

—Es uno de ellos —susurró.

33

MERCY WHITAKER

El virrey esperó a que el silencio se apoderara de la sala.

Todos se volvieron para mirarlo, excepto los paladines, que seguían llenando copas o retirando platos con comida a medio terminar.

Mercy no se había dado cuenta de cuántos de ellos estaban de servicio esa noche hasta ese momento, cuando el resto del público había quedado en total quietud.

—¡Bienvenidos! Gracias por responder a mi llamada. —Su voz llenó la sala.

Mercy sabía que la mayoría de ellos llevaban días escuchando esa voz por toda la ciudad. No se oía en la morgue, pero cada vez que salía a tomar aire fresco, escuchaba los anuncios. Solo lo había visto una vez en persona. En su graduación en Balmerick, había dado el discurso de clausura. Estaba prácticamente igual que entonces. Tal vez, más cansado.

—Sé que esta no es una petición menor. Muchos de vosotros tenéis familias que os necesitan…

Un paladín apareció en su visión periférica.

Mercy extendió su copa distraídamente, sin mirar. Su mano se preparó para sentir el impacto del líquido al llenar la copa —ese leve aumento de peso—. Por eso, le sorprendió cuando no pasó nada.

El camarero no sirvió nada. Tampoco murmuró una disculpa por no tener agua.

En su lugar, pasó de largo sin decir palabra.

—… casas y posesiones que requieren vuestra atención…

El momento fue lo suficientemente extraño como para captar su atención.

Mercy miró por encima del hombro justo cuando el paladín también lo hizo por encima del suyo.

Ya estaba a unos diez pasos de distancia, dirigiéndose a las casi ocultas puertas de la cocina, pero, en esa breve mirada compartida, lo reconoció. La piel morena clara. Los ojos suaves. Un rostro abierto que la había recibido con una sonrisa amplia la primera vez que lo vio.

Su mente se quebró ligeramente al verlo con el uniforme de paladín, pero, en menos de un segundo, supo exactamente de dónde había sacado ese uniforme: era de Devlin.

—¡Nance!

La palabra salió como algo más gutural. Menos nombre y más una maldición.

A sus espaldas se escucharon gritos y exclamaciones.

Mercy creyó oír a alguien conjurar magia, pero no se dejó distraer. Lo único que importaba era no dejar que Nance Forester llegara a la puerta de la cocina.

Su primer hechizo de aturdimiento lo alcanzó en el costado, haciéndolo caer de rodillas. Bloqueó el segundo con el antebrazo. Fue similar a lo que Holt había hecho en la planta de tratamiento de agua. Era como si su cuerpo fuera un escudo contra la magia que ella lanzaba. Disparó un tercer y cuarto hechizo. Él los resistió de algún modo, retrocediendo hacia la salida.

Al mirar a Mercy, vio que sus ojos estaban anormalmente oscuros.

—¡Detenedlo! —gritó ella—. ¡Por favor, que alguien lo detenga!

Mercy lanzó un último hechizo y vio su cuerpo estremecerse justo antes de que el rayo saliera de sus dedos. Una ondulación antinatural. Sus ojos oscuros se aclararon, casi hasta volverse verdes. Una chispa de sorpresa cruzó su rostro, y entonces su hechizo lo golpeó con la fuerza suficiente para romperle la caja torácica. Salió disparado por el aire y se estrelló contra una mesa cubierta con un mantel.

La sensación de victoria fue breve.

Había otros hechizos silbando por encima. Se desenvainaban espadas, mientras los paladines inundaban la sala desde todos los lados. Muchos más de los que Mercy había notado sirviendo. Era como si todos hubieran estado esperando exactamente este momento.

La sala se sumió en el caos.

34

NEVELYN TIN'VORI

Todo ocurrió en un instante, apenas un aliento.

El virrey había llegado.

La multitud enmudeció.

Antes de que pronunciara más que unas pocas palabras, dos personas se movieron al mismo tiempo. Fue como presenciar los pasos de una danza extraña.

Ren Monroe avanzó con su varita en forma de herradura en alto.

La molesta chica de cabello rojo brillante se movió en la dirección opuesta.

Ambas apuntaron. Ambas lanzaron hechizos al mismo tiempo.

Sus conjuros fueron la única advertencia de violencia.

Nevelyn y Dahvid reaccionaron mejor que la mayoría. Una de las pocas ventajas de crecer siendo una criatura cazada. Su hermano invocó su espada. Nevelyn sujetó a Josey por el cuello de la camisa y prácticamente lo levantó del suelo.

Salieron del centro del combate, justo cuando alguien pasaba volando por donde el niño había estado.

Más adelante, dos paladines estaban hundiendo sus espadas en la espalda de un hombre de cabello largo y oscuro.

Nevelyn intentó que Josey no lo viera, pero la violencia estaba presente en cada rincón de la sala.

El primer paladín que los atacó fue despachado por su hermano con brutal eficacia. Siempre había sabido que tenía talento, pero, por los dioses, hacía que matar pareciera un arte. Dos cortes fluidos y ya estaba enfrentándose al siguiente enemigo.

El problema era que estaban rodeados de soldados enemigos.

Arrastró a Josey lejos del combate de Dahvid y corrió directamente hacia otro grupo de paladines. Cuatro. Se desplegaron con las armas en alto.

Nevelyn observó que entre ellos y los soldados había tres niños más.

Todos paralizados por el miedo. Todos a punto de morir.

«Dahvid no es el único con magia».

Nevelyn empujó a Josey hacia un lugar seguro y alcanzó su colgante. Un giro rápido —del lado oscuro al claro—, y su magia rugió con vida. Lanzó el hechizo contra los cuatro oponentes. Mucho más de lo que había intentado hasta ahora. Normalmente, se enfocaba en un solo objetivo. Pensó que eso debilitaría el hechizo…, pero los soldados se quedaron inmóviles al instante. La miraron. Todos con expresión vacía.

Escuchó a Josey gritarles a sus amigos que se movieran, ¡que salieran de allí!

Nevelyn no podía distraerse. Toda su concentración estaba puesta en mantener el control del hechizo. Dio su primera orden.

—De rodillas.

Los cuatro se arrodillaron.

Estuvo a punto de decirles que tomaran sus propias armas y se cortaran la garganta, pero sintió cómo el hechizo se le escapaba. Era como tratar de mantener entre las manos un pez recién salido del agua. Uno de los hombres, el más alejado del lado derecho, se resistía. Intentando levantarse.

—¡Dahvid!

No se atrevió a apartar la vista de sus objetivos.

Un momento después, su hermano apareció a su lado. Sus ojos se abrieron sorprendidos, al ver a los cuatro soldados. No hizo preguntas. No dudó. Simplemente, los ejecutó a todos con rapidez.

Los niños lloraban. Incluso Josey lo hacía.

Nevelyn los llevó hacia la esquina más cercana, uno de los pocos lugares seguros que quedaban, antes de volverse con Dahvid para evaluar el resto de la batalla.

Estaba claro que la cosa no iba bien.

Ren, Theo y la chica de la Casa Shiverian se batían en duelo contra el virrey Gray.

Nevelyn sabía que Ren era una hechicera con mucho talento. Había luchado de igual a igual con Landwin Brood. Con Theo y una prodigio de una casa noble, formaban un trío formidable.

Y, aun así…, el virrey los hacía retroceder. Un poder antinatural salía de su varita. Golpes brutales que sacudían los escudos mágicos y reverberaban en toda la sala.

En otros puntos, los paladines iban ganando terreno. Siempre con la ventaja numérica. Si esto hubiera sido al aire libre, los magos habrían tenido ventaja. Espacio de sobra para desplegar su magia, pero, en ese estrecho espacio, los paladines empezaban a eliminar magos uno por uno.

Su primer instinto fue huir. Aún había tiempo para salvarse, pero el virrey lanzó un hechizo tan poderoso que derribó a Ren Monroe. La vio rodar por el suelo, apretar los dientes y lanzar otro hechizo como respuesta.

En ese instante, supo que no era una pelea de la que pudieran huir. Los perseguirían dondequiera que fueran.

—¡Dahvid! ¡Ayúdalos! Yo cuidaré de Josey.

Su hermano salió disparado sin dudar, moviéndose entre los combates con la concentración de un alma vengadora. Nevelyn necesitaba creer que sobreviviría, aunque dejara de vigilarlo.

—Vas a vivir. Vas a vivir. Vas a vivir.

Y entonces, Nevelyn se movió en dirección contraria. Giró su colgante de nuevo al lado oscuro, cuando llegó junto a Josey. Había cinco niños acurrucados lejos del caos. Todos llamaban a una sexta niña que se había escondido bajo una mesa, con lágrimas corriéndole por el rostro. La pequeña estaba tan en *shock* que no podía moverse. Y con razón: había cadáveres en el suelo a su alrededor y sangre deslizándose hacia donde ella estaba agachada.

Nevelyn les ordenó con un siseo que se callaran.

—Josey, sujétate fuerte a la parte trasera de mi vestido. Es necesario que forméis una cadena detrás de mí. Vamos a salir de aquí juntos, pero no debéis soltaros. ¿Entendido? No os soltéis.

Los cinco obedecieron, temblando.

Nevelyn respiró hondo, y luego lanzó la versión más poderosa de su otra magia. Era la primera vez que exigía a su hechizo de invisibilidad que ocultara a alguien más, además de ella.

Pero funcionó.

Sintió el escudo invisible expandirse hasta cubrirlos a todos.

Segura de que el hechizo resistiría, comenzó a avanzar.

Josey y los demás se sujetaron con fuerza, y fue como arrastrar un peso pesado bajo el agua. Una fuerza adicional que no había tenido que considerar antes.

La puerta estaba cerca. Podían escapar sin ser heridos, pero los guio primero hacia la niña bajo la mesa.

La pobre temblaba con violencia.

Nevelyn comprendió que para ella habían desaparecido. Probablemente, pensaba que se habían teletransportado.

No fue hasta que Nevelyn le tomó la mano, que la niña la vio. Fue como si abriera una cortina mágica para decirle: aquí estoy. Tienes permiso para verme.

Fue suficiente para sacarla del trance.

La magia estallaba sobre sus cabezas. Cristales rotos. Pero, ahora que tenían a la última niña, se alejaron del caos, hacia el pasillo trasero.

Nevelyn los guio entre los cadáveres, evitando los charcos de sangre. Como superviviente de tragedias, sabía que las imágenes de esa sala atormentarían a estos niños toda su vida.

Pero primero debían sobrevivir.

Primero tenían que vivir.

Nevelyn volcó toda la fuerza que pudo en su hechizo. Empezaba a tirarle de los músculos, pesando sobre sus hombros. Estaba cerca del desmayo, pero apretó los dientes y siguió adelante. Si Dahvid podía ser fuerte, ella también. En cuanto dejó de girarle la cabeza, los sacó del infierno.

Uno por uno, los niños la siguieron.

35

REN MONROE

Antinatural.

Esa era la única palabra que describía a lo que se enfrentaban.

El primer hechizo de Ren había impactado en el virrey, directo en el pecho. Fue, hasta donde podía decir, el único que le había causado un daño real. Era como si simplemente no lo hubiera anticipado, y por eso logró atravesar las defensas imposibles que ahora lo hacían invulnerable a sus ataques. Había lanzado docenas de conjuros. Theo y Avid proyectaban un flujo constante junto a ella. Las defensas del virrey deberían haberse visto desbordadas en menos de treinta segundos.

Y, sin embargo, nada lo tocaba.

Los conjuros rebotaban, convirtiendo las mesas cercanas en astillas. Algunos parecían desaparecer dentro de él.

Mientras luchaba, sus ojos tenían un tono oscuro y brillante, además de enfocados. Sabía que había sido un estudiante destacado en Balmerick, pero esto superaba cualquier cosa que hubiera presenciado. Una cosa era resistir tantos ataques, pero otra muy distinta devolverlos con esa potencia.

Ren recordaba el consejo de Landwin Brood a Theo: haz que alguien retroceda y no podrá atacarte con toda su fuerza. Eso se aplicaba especialmente a la magia. Bombardeos como el que enfrentaba el virrey solían anular la capacidad ofensiva de un mago. Estaba demasiado ocupado defendiéndose.

Pero, aun así, él lo hacía. Luchaba con reflejos que ni el mismísimo Able Ockley habría igualado.

Ren empezaba a perder la esperanza cuando vio a Dahvid Tin'Vori unirse al combate. Trazó uno de sus tatuajes, y Ren vio cómo dos versiones de él avanzaban hacia la pelea. Se separaron ligeramente, mientras avanzaban.

El virrey los vio un segundo demasiado tarde.

Tuvo que elegir entre ellos, y lo hizo: lanzó una explosión mágica contra el de la derecha, pero eso lo dejó vulnerable al otro.

El real.

Dahvid se abalanzó con su espada. Topó con el borde de una barrera mágica, pero apretó los dientes y empujó con todas sus fuerzas.

Fue bastante para atravesarla.

La defensa se rompió, y la hoja se hundió en el costado del virrey con un susurro. No fue un golpe mortal, pero sí lo suficiente como para que se tambaleara.

Los ojos de Gray se abrieron con sorpresa. Parecía entender que no podía derrotarlos a todos. No, al mismo tiempo.

Dahvid lanzó otro tajo, pero el virrey cegó la sala con un hechizo final. Un conjuro de luz concentrada, como el que a Ren le gustaba usar.

Parpadeó varias veces, y entonces lo vio correr. Directo hacia la entrada oeste.

Ren sabía que esa zona conducía al puente de cristal, y que el puente llevaba a otras partes de la propiedad. Habría túneles de escape. Lugares a los que ellos no podrían seguirlo.

No lo dudó, y corrió tras él.

Theo iba un paso por detrás, su vínculo pulsando con hambre, miedo y adrenalina.

Dahvid y Avid se unieron a la persecución, pero los paladines se interpusieron entre ellos, formando una especie de muro humano.

Ren se vio forzada a luchar cuerpo a cuerpo, y, para cuando atravesó a los enemigos, el virrey ya tenía una ventaja de al menos treinta segundos.

«No podemos dejar que escape».

La cacería había comenzado.

36

MERCY WHITAKER

Alrededor de la sala, la marea empezó a cambiar.

Algunos paladines huyeron con el virrey, pero la mayoría quedaron atrapados en posiciones imposibles. Los magos restantes los rodearon, avanzando en pequeños grupos, hasta que cada soldado enemigo fue sometido.

Gemma Graylantian gritó que los mantuvieran con vida y Mercy sospechó que no era por compasión. Era más probable que quisiera interrogarlos.

La doctora se lanzó al triaje en cuanto terminó la pelea. Limpió heridas. Vendó cortes profundos. Contuvo hemorragias. Había algunos huesos rotos que necesitarían atención posterior, y un niño que se había dislocado el hombro al esquivar el ataque de un paladín. Era un trabajo familiar. El tipo de triaje que había hecho durante su residencia, pero esa sensación se desvaneció al empezar a atender a los heridos graves.

Varios magos habían muerto.

Uno de ellos era Marc Winters, el heredero actual de su casa.

Buscó con la mirada una y otra vez, pero, por suerte, ningún niño había fallecido. Fue un alivio fugaz, ya que Mercy tropezó con el hombre y la mujer con quienes había hablado momentos antes. Compañeros de vínculo. La mujer había sobrevivido, pero su esposo no.

No pudo soportar los sonidos que hacía la esposa superviviente. No podía ver esa clase de dolor, de nuevo.

—¡Moveos! ¡Retroceded! Puede que todavía no esté muerto… ¡Dejadme atenderlo!

La sala seguía siendo un caos.

Otros también ayudaban a los heridos.

La esposa se apartó, pero murmuraba una y otra vez:

—Muerto. ¡Oh, dioses! ¡Está muerto!

—¡Alguien! ¡Que alguien ayude! ¡Dadme espacio, por favor! —Tenía la voz de mando de una doctora de triaje.

Algunos se apresuraron a ayudar, haciendo lo posible por apartar a la mujer. Usaron sus cuerpos para cubrirle la vista de algo tan terrible que la perseguiría el resto de su vida.

Mercy examinó cada herida. Tomó el pulso del hombre. No estaba, pero eso no significaba que todo estuviera perdido.

Comenzó a lanzar su magia en silencio. Destellos brillantes que eliminaban infecciones o sellaban heridas internas.

La doctora echó un vistazo por encima del hombro. La esposa gritaba a quienes intentaban sujetarla. Todos estaban distraídos.

Mercy vaciló un momento, y luego lanzó el único hechizo desesperado que le quedaba. Colocó una mano sobre el corazón inmóvil del hombre y la magia pulsó desde ella. Se preparó, mientras el cuerpo entero del hombre empezaba a convulsionar.

Sintió una punzada aguda en el pie derecho. Un dolor tan intenso y repentino que tuvo que morderse la lengua.

El esposo volvió a la vida con un jadeo.

Había funcionado.

La mujer se desplomó de rodillas.

Los dos ayudantes se quedaron mirando mientras el hombre se giraba, tosiendo sangre, mucosidad y algo peor. Jadeaba. Sus ojos recorrían la sala sin rumbo, pálido como un fantasma, pero vivo.

Mercy reprimió su propio dolor y volvió a dar órdenes.

—¡Dadle agua! Vigiladlo, por favor. Ha perdido mucha sangre. Ha tenido una suerte increíble de sobrevivir.

La mujer se arrastró por el suelo hasta su compañero. Se abrazaron, ambos llorando, pero Mercy no tenía tiempo para presenciar su reunión. Quedaba mucho por hacer.

Hizo una segunda ronda. Parte necesaria de cualquier triaje, porque la magia tenía la mala costumbre de desvanecerse. Refrescar los hechizos era tan importante como el primer lanzamiento.

Revisó uno por uno, hasta que los supervivientes se agruparon cerca de ella. Se dio cuenta de que, cuando el virrey había escapado, varios magos lo habían seguido. Mirando a su alrededor, sospechaba que eran precisamente los que habrían tomado el mando si estuvieran presentes.

La logística de qué hacer después, recayó en ella, en Gemma Graylantian, y en un pionero al que había conocido antes: un hombre llamado Hurst.

Lo primero fue contar los cuerpos.

Siete magos estaban muertos. Más de treinta paladines, también. Eso dejaba treinta y un supervivientes intentando reagruparse, y la primera pregunta era: ¿adónde ir?

No tardaron en decidir que Balmerick era la opción más segura.

El resto del pueblo —al no tener magia—, no podía acceder a Las Alturas. Sería un refugio, y el campus era lo suficientemente grande para recibirlos a todos.

La siguiente pregunta era cómo llegar.

No todos tenían velas de transporte. Más importante aún, había dos grupos que no podían viajar con ellos. Primero, los padres sin magia de algunos niños. Hubo un breve debate. La mayoría aceptó enviar a sus hijos a un lugar seguro. Cualquier sitio era mejor que quedarse abajo, donde podrían ser atacados otra vez.

Una madre se negó, y Mercy solo pudo observar, mientras rodeaba con el brazo a su hijo y lo guiaba silenciosamente hacia la noche.

«Estad a salvo. Por favor, estad a salvo».

El segundo grupo, que no podía viajar —pero tampoco podía quedarse atrás—, eran los prisioneros. Casi todos carecían de magia, así que no podían ser transportados a Las Alturas.

Mercy reconoció a uno: Nance Forester. No le lanzaba miradas oscuras ni sonrisas burlonas. No, estaba acurrucado y atado con los demás, como una oveja perdida.

Al ver que nadie proponía otra opción, ofreció:

—Podemos llevarlos a Puerto Seguro. Hay salas con protecciones mágicas. Diseñadas para cuando tenemos que atender criminales.

«O cuando quieren encarcelar falsamente a una de sus doctoras», pensó, recordando su propia estancia en una de esas habitaciones.

—Necesitaré un pequeño grupo de escolta si…

Se interrumpió. Un zumbido bajo llenó el ambiente. Todos lo oyeron y callaron al mismo tiempo. Cerca de la parte frontal, una de las ventanas había sido rota por un hechizo.

Mercy se acercó hasta allí, y el sonido se convirtió en una voz. Una voz que retumbaba en la calle.

Era el virrey Gray.

Le hablaba a toda Kathor.

37

NEVELYN TIN'VORI

Cuando llegaron a la puerta principal de la propiedad de los Tin'Vori, Nevelyn soltó su magia. Toda esa energía saliendo de ella la hizo caer de rodillas. Respiró con dificultad tres veces, antes de soltar un siseo hacia Josey para que llamara a la puerta.

«Juro que si Ava, por alguna razón, se ha marchado…».

La puerta se abrió, y su hermana observó al grupo de niños.

—Bien. Justo pensaba que necesitábamos más —dijo con sarcasmo.

—Mételos dentro —jadeó Nevelyn—. Ahora.

Se incorporaba, cuando alguien gritó.

Nevelyn se giró, lista para defenderse de un ataque, hasta que se dio cuenta de que era la voz del virrey. El mismo hechizo de transmisión que habían usado antes. Su voz resonaba por toda la calle.

—Kathorianos, habla el virrey Gray. Tengo noticias importantes para vosotros. La moción de censura ha sido aprobada. El 77 % de vosotros ha votado por quitar a los actuales gobernadores. He decidido honrar la voluntad del pueblo y he firmado oficialmente esta medida como ley. Eso significa que los siguientes gobernadores ya no regirán sus distritos designados…

Uno a uno, fue nombrando nombres conocidos de las grandes casas. Todos acababan de ser despojados de su poder.

Nevelyn también detectó la falta de aliento en su voz. Sus palabras eran entrecortadas. ¿Había estado corriendo? ¿Había escapado? Todo lo que realmente quería saber era si Dahvid estaba a salvo.

—Se elegirán nuevos líderes en las próximas semanas, pero también les traigo esta noche noticias graves. No sé, siquiera, si lograré terminar este mensaje. El gobierno de Kathor ha estado investigando los orígenes de la plaga que ha azotado nuestra ciudad. Recientemente, hemos descubierto que esta enfermedad no ha sido un accidente. La conspiración que ha permitido su propagación implica a todas las grandes casas.

Nevelyn contuvo el aliento. Sabía que sus palabras no eran verdad, pero eso no hacía que la acusación fuera menos impactante. Primero había despojado a las casas de su poder, y ahora las acusaba públicamente de traición.

Miró a ambos lados de la calle: las ventanas estaban abiertas. La gente se asomaba para escuchar el mensaje. No tardaría en esparcirse por toda la ciudad. ¿Cómo podrían aspirar a contrarrestarlo?

—No les ha bastado con tener el monopolio de nuestros recursos mágicos, querían un monopolio sobre quién podía usar magia. Primero descubrimos que la enfermedad elimina la capacidad de conjurar hechizos. Hemos confirmado que esta condición es permanente…

Hubo un gran estallido en el fondo del mensaje. Luego, un golpe sordo. Cuando volvió la voz del virrey, hablaba aún más rápido. Las palabras se desdibujaban.

—Cualquiera que haya contraído la plaga ha sido desconectado de su magia, y ahora sabemos la razón. Las grandes casas eligieron candidatos inmunes a la enfermedad que permitieron propagar. El plan estaba diseñado para hacer que el resto de la ciudad dependiera todavía más de la magia, y las casas, como siempre, estarían en mejor posición para beneficiarse…

Más ruidos de fondo. Se oían otras voces menos claras. Le pareció distinguir las palabras «ahora» o «ve» entre el murmullo.

—Cuando me reuní con los llamados inmunes, me atacaron. Logré escapar, pero estoy huyendo. Vienen a por mí. Como su virrey, otorgo oficialmente poderes de emergencia a los Hacedores. ¡Ellos pueden ayudarnos! Nuestra ciudad… ya no es segura. Los inmunes vienen… Están tomando el control. Oh, dioses, que alguien mande…

Su voz se cortó de golpe.

El silencio que le siguió parecía tener vida.

Nevelyn no podía creer lo que acababa de oír. Era una maldita jugada maestra. En un solo discurso, conectó a todos los magos restantes con las grandes casas y les adjudicó la culpa de la plaga. Era como si todos hubieran planeado ser inmunes a la enfermedad; como si alguno de ellos hubiera tenido opción alguna en lo que pasaba. Ahora serían todos objetivos. Temidos en el mejor de los casos. Odiados en el peor.

Ava seguía de pie en el umbral.

Los niños se apilaban en el pasillo detrás de ella.

Su hermana no entendía lo que acababa de pasar, el mensaje que acababa de oír, y mucho menos la ausencia de Dahvid. El único alivio de Nevelyn era saber que probablemente estuviera a salvo. Si el virrey se había esforzado tanto por emitir ese último mensaje, significaba que lo habían acorralado y capturado. Pero, al mirar hacia la calle, con la gente aún asomada a sus ventanas, susurrándose unos a otros, no podía evitar preguntarse si lo peor todavía estaba por llegar.

Nevelyn tropezó al entrar.

—Cierra la puerta.

Estaba a salvo. Estaban a salvo. Por ahora.

38

REN MONROE

El ala trasera del hospital de Puerto Seguro estaba en silencio, como en un sueño.

Ren paseaba de un lado a otro, dentro de una pequeña oficina. Había un escritorio robusto cubierto de notas médicas dispersas. Dos tazas vacías de té olvidado. Un mapa colgaba de la pared, y dos ubicaciones separadas estaban marcadas con ascuas brillantes.

Las observó con curiosidad, pero no logró descifrar el significado de ninguna.

Theo estaba con ella. Había encontrado la silla más cómoda del cuarto y de alguna forma se había quedado dormido.

Avid Shiverian y Gemma Graylantian también estaban en la sala.

Gemma parecía meditar.

Avid, en cambio, hojeaba un tomo titulado Matemáticas y magia: guía de un médico para ecuaciones angulares. Normalmente, eso habría atraído a Ren como polilla a la luz, pero no estaba de humor para aprender nada nuevo. No hoy.

«Dioses, han logrado arruinar mi gusto por la lectura».

Mercy Whitaker apareció en el umbral. Estaba enmarcada por Dahvid Tin'Vori y Theodore Crane. Quizás, la pareja de escoltas más dispareja que Ren había visto jamás.

Dahvid era apuesto y de hombros anchos. El primo de Theo, por otro lado, era tan delgado que, si se giraba de lado, podía desaparecer.

Avid Shiverian cerró su tomo con un golpe seco.

El ruido despertó a Theo, que se puso de pie de un salto, todavía medio dormido.

—Todas las habitaciones están selladas —anunció Mercy—. No queda nadie en Puerto Seguro con acceso por encima del mío, así que, a menos que yo abra la puerta… nadie la abrirá.

Ren asintió.

—Bien. ¿Y todos estáis de acuerdo en que yo lidere?

Todos asintieron.

Había habido una breve discusión momentos antes. Sospechaba que Marc Winters se habría opuesto y habría intentado imponer su rango, pero Winters estaba muerto. Los demás se sentían lo suficientemente cómodos como para dejarle el liderazgo. Después de todo, Ren fue quien lo había descubierto todo.

El grupo salió de la oficina. La sala de contención del virrey estaba hacia la izquierda, al final del pasillo. Una franja vertical de vidrio permitía ver parcialmente el interior, ahora vacío. Dentro, un hombre se sentaba en una silla, atado y encapuchado.

Ren se preparó mentalmente, antes de hacer un gesto hacia la puerta.

Mercy lanzó el contrahechizo para permitirles entrar.

Al hacerlo, escucharon un murmullo bajo. Como si el virrey Gray hablara consigo mismo dentro de la capucha. El sonido cesó en cuanto escuchó sus pasos sobre el suelo sin pulir.

Ren esperó a que todos tomaran posición antes de retirarle la capucha.

El lado derecho del rostro del virrey parecía una pesadilla. Hematomas profundos y sangre seca cubriéndole la mejilla.

Este observó su entorno en silencio, hasta que, finalmente, su mirada se posó en ella. Aún había confianza en su expresión. Era como si supiera algo que ellos desconocían.

—Virrey Gray.

—Ren Monroe. Así que lo has descubierto, ¿eh? Te vi lanzar ese primer hechizo antes de que cualquiera de mis paladines desenvainara una espada. ¿Qué me ha delatado?

—Tu bufanda. Te llevaste la mano a ella, aunque ya no la tenías.

Vio cómo sus ojos se encendían al dar con la respuesta.

—La llevaba puesta en esa primera reunión. Claro. Cuando llegó la plaga, me la guardé en un bolsillo trasero. No quería que me

asociaran con los Hacedores antes de que tomaran el control de la ciudad. Una torpeza por mi parte.

Ren decidió volver al principio.

—Durante esa reunión, intentaste retrasarnos. Cuando mencionamos esos edificios, estabas ganando tiempo para que tus equipos colocaran los cuerpos en el suministro de agua. Fue inteligente, por tu parte, apelar a nuestras emociones.

El virrey sonrió.

—Suerte, para probar eso en un juicio.

—Este es el juicio —murmuró Avid, con oscuridad.

Ren ignoró a la otra chica. Su mente todavía repasaba con cuidado todas las interacciones que había tenido con el virrey. La primera reunión con Theo, pero también la junta privada entre las casas. Pidió pruebas en dos ocasiones distintas. Una vez a Marc Winters y otra a Theo. En su momento, pareció que buscaba algo concreto para usar contra los Hacedores. Ahora se daba cuenta de que quería confirmar que ellos no tenían forma de contrarrestar la historia que él pensaba contar al resto de la ciudad. Odiaba sentirse tan superada.

—Entonces, repasemos tu plan. Paso uno: crear y esparcir una plaga que destruye la magia. Mientras eso sucedía, los Hacedores estaban perfectamente posicionados para ayudar, porque llevaban años acumulando enormes cantidades de víveres secos. Empezaron a regalar comida para ganarse la simpatía del resto de la población. En poco tiempo, parecían los salvadores caritativos, mientras las casas se aislaban cada vez más.

El virrey se encogió de hombros.

—Tienes bastante imaginación.

—Y sabías que habría personas inmunes, porque probaste la enfermedad con tus propios miembros. También con los pueblos del exterior. Una pequeña fracción nunca cayó enferma. Como tú.

Como no respondió, Ren continuó:

—Entonces, la siguiente fase fue reunirnos a todos en un mismo lugar. Era una excusa inteligente: la ciudad nos necesita. Somos los únicos que pueden salvarla. Sonaba creíble. Desesperado sin ser

sospechoso. Y cuando todos llegamos…, ¿cuál era el plan? ¿Empezar a matarnos?

—Pacificar —respondió con suavidad—. Esa era la orden. No fuimos con intención de matar a nadie. Las órdenes eran pacificar. Si todos hubierais accedido a rendiros, a entregar vuestras varitas, entonces simplemente habríamos realizado los arrestos. No tenía por qué salir, como ocurrió en la Casa del Faro.

—Claro. Seguro que no habría pasado nada si entregábamos nuestras armas y cooperábamos. Había niños en esa sala. Niños que tienen magia.

—Los niños crecen. Se convierten en adultos. Adultos que tendrán acceso a una magia que el resto de la ciudad no puede tocar. ¿De veras vas a fingir que nunca lo has pensado? ¿Un futuro en el que vosotros os convertís en dioses? Eso es lo que pasará si no eliminamos la magia. Un día, quienes aún la posean, serán adorados como deidades. Nuestra gran obra no puede lograrse si eso sucede.

Ren sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

«Nuestra gran obra». Su madre había usado esas palabras en su última conversación, y ahora había descubierto su origen.

—Pero tú tienes magia —señaló ella—. ¿Cómo funciona eso? Déjame adivinar. Les has dicho a tus seguidores que tú eras la excepción. Que tú sí puedes tener lo que les has pedido a ellos renunciar. Siempre pasa así. El poder para unos pocos, y promesas vacías para el resto.

Sintió que los demás se movían a su alrededor. Avid ajustando los brazos cruzados. Theo cambiando el peso de pie. Por un instante, Ren olvidó que estaba en una habitación donde esas palabras también eran ciertas para sus aliados, y no solo para su enemigo actual.

El virrey negó con la cabeza.

—No. Les dije que usaría mi don para destruir a tantos de vosotros como pueda, y luego deberían matarme a mí también. Esa es la diferencia entre tú y yo. Yo ya he aceptado mi muerte. Conozco mi propósito en este mundo.

Finalmente, el fanático se revelaba. Debió de haberlo ocultado muy bien durante todos estos años. Cada vez que lo había visto, se

había mostrado perfecto y profesional. Un hombre con total control de sí mismo. Ahora veía que solo era un buen actor. No era alguien con quien se pudiera razonar. Ren lo había esperado. Al menos un mentiroso podía comprarse con suficiente dinero. Convencerse de tomar otro camino para salvar el pellejo. Pero los fanáticos… Estos llevaban su causa hasta el final, sin importar el coste.

—¿Puedo contarte el futuro? —La voz de Gray resonó en la pequeña habitación—. Lo he visto con mis propios ojos. La gente temerá que la historia se repita. ¿Qué pasará cuando unas pocas personas poderosas vuelvan a tomar el control de Kathor? ¿No sería mejor detenerlas antes de que eso suceda? Uno a uno, los magos restantes desaparecerán. Asesinatos. Exilio. En menos de veinte años, no quedará un solo mago en esta ciudad. Puede que creas que has ganado, que tienes poder sobre mí… Pero este futuro ya está escrito, y yo soy quien sostiene la pluma.

Ren le respondió con un bostezo exagerado.

—Dioses… Perdón, es que el discurso ha sido tan largo… En fin. No estás equivocado. Hay personas como mi madre que quieren rebelarse —admitió—. Ella cree de verdad que este mundo sería mejor sin las grandes casas. Pero ¿sabes? Mi madre jamás haría daño a un niño para lograr eso. Jamás. Y ahí es donde entra tu hechizo de manipulación, ¿no?

Sus ojos se entrecerraron. Era la mirada de un niño atrapado haciendo algo que no debía.

Ren levantó la bufanda que le habían quitado del bolsillo trasero.

—Cada una tiene un hechizo de cadena tejido en la tela. Magia de manipulación que se extiende de persona a persona. Tal vez sea el hechizo más impresionante que haya visto jamás. Complejo y poderoso. Es el diseño perfecto para personas como mi madre. La magia no se activa hasta que han llegado al límite natural de sus propios deseos. ¿Renunciar a la magia? Claro. ¿Guardar comida extra? Por supuesto. ¿Permitir que tu casa sea una base temporal? Por qué no… Pero llega un punto en el que lo que les estás pidiendo va demasiado lejos. Las órdenes empiezan a rozar su código moral. No es lo mismo pedir que almacenen provisiones, a pedir que propaguen una plaga que matará a miles. —Dejó que esas palabras

flotaran en el aire entre ellos—. Es entonces cuando se activa el hechizo de manipulación. Justo cuando dudarían, una voz susurra que vayan un poco más allá, que profundicen más. La manipulación es lo suficientemente poderosa como para convertir a alguien como mi madre de rebelde a fanática. Pero, sin duda, alguien que puede crear un hechizo así de fuerte, también debe entender el problema de usar un hechizo de cadena, ¿no? —Fue el turno de Ren de sonreírle—. Prohibimos los hechizos en cadena porque son muy fáciles de alterar. De hecho, los estudios muestran que cuanto más largo y más extendido sea un hechizo en cadena, más vulnerable es a ser modificado. Ahora bien, hay dos cosas específicas que se necesitan para hacer una alteración así. La primera es un manipulador con mucho talento.

A sus espaldas, los demás se movieron.

Abrieron paso a Gemma Graylantian. La mujer mayor arrastró una silla desde la esquina, hasta donde estaba sentado el virrey.

A Ren le había sorprendido que Gemma no hubiera intervenido hasta ahora. Suponía que estaba concentrada en su papel dentro de la obra. Después de todo, no le pedían que hiciera un hechizo cualquiera. Esta manipulación inversa sería increíblemente sutil. Tan difícil, que pocos en el mundo podían lograrla.

Gemma colocó su silla justo frente al virrey y se sentó.

Ren sintió las sutiles ondas mágicas que se extendían desde la heredera, aguijoneando cuidadosamente las defensas mentales del virrey.

—También necesitas al originador del hechizo. —Ren asintió hacia él—. Normalmente, eso es lo más difícil, pero aquí estás. La mayoría de los manipuladores necesitan al menos un momento compartido para lograr la clase de alteración que estamos intentando. Quizás, un encuentro en una tetería. Una breve conversación en una esquina. Los manipuladores con verdadero talento, como Gemma, pueden hacer un cambio mental con una sola mirada.

»Pero seguro sabes que el proceso es más fácil cuando se tiene un periodo extendido de contacto con la persona. Por ejemplo, si fuera un invitado en tu casa… o incluso un prisionero en una celda cerrada.

Un músculo en la mandíbula del virrey se contrajo.

La magia de Gemma ya lo había atrapado, tejiéndose entre sus sentidos, nublando su juicio.

Ren vio cómo la mujer probaba su control mágico sobre él. Levantó la barbilla. Él la imitó. Miró hacia la derecha. Él miró a la derecha. Un espejo perfecto de sus decisiones.

—¿Puedo contarte el futuro? —preguntó Ren, imitando sus palabras de antes—. Lo he visto con mis propios ojos. Vamos a romper tu hechizo de manipulación. Mañana por la mañana, personas de toda esta ciudad despertarán y descubrirán que esa voz que susurraba con urgencia dentro de su mente… se ha ido. Algunos seguirán con la revolución. No sabrán qué más hacer con sus vidas. Ya están demasiado comprometidos. Pero la mayoría sentirá lo que llamamos «remordimiento del despertar». Es un término común entre los manipulados. Cuando la magia se desvanece, los impulsos naturales de una persona regresan con fuerza, y casi siempre se mueven en dirección contraria. Lejos de lo que los controlaba. Por eso, la mayoría de los manipuladores son tan sutiles en su trabajo. Saben que, si cometen un solo error, todo puede venirse abajo.

Gemma hizo otra prueba. Se encogió de hombros y él hizo lo mismo. Alzó las cejas. Él la imitó. En apenas treinta segundos, había sido reducido a una marioneta.

—Estamos listos —anunció la mujer.

Antes de que Ren pudiera dar la señal, el virrey comenzó a reír.

Fue un sonido fuerte y estremecedor. El tipo de carcajada que se arrastra por la columna vertebral y se instala en el estómago, retorciéndolo.

Gemma intentó recuperar el control, manipularlo de nuevo para silenciarlo, pero el virrey simplemente echó la cabeza hacia atrás y se rio todavía más fuerte. Cuando volvió a levantar la vista, sus ojos estaban anormalmente abiertos. Mucho más oscuros que antes.

Ren supo que otra persona los estaba observando *a través* de los ojos del virrey.

«No, no, no, no…».

—Pequeña Ren Monroe, has cometido un grave error —dijo—. ¿De veras has creído que él era capaz de todo esto? Ven. Déjame

mostrarte cuán importante es Martin Gray para mis planes.

Los ojos del virrey se aclararon. De ese negro antinatural, pasaron a un color marrón suave.

Ren vio un brevísimo instante de terror en su expresión y entonces empezó a salir humo de su piel. Soltó un grito aterrador, cerrando los ojos con fuerza, ante la intensidad de un dolor invisible.

Lo único que pudieron hacer fue quedarse ahí y mirar cómo el virrey Gray comenzaba a arder desde dentro.

Por suerte, Avid lanzó un hechizo que silenció sus gritos.

Ren apartó la mirada cuando los párpados del hombre empezaron a derretirse.

Theo se acercó a ella, intentando susurrarle palabras de consuelo, pero la violencia de aquel momento había traspasado toda su calma habitual. Peor aún, la única solución real que tenían para salvar la ciudad acababa de desvanecerse entre sus dedos.

Ahora estaba claro.

Gray no era el creador del hechizo.

Ren había estado tan segura de que lo era. Especialmente, después de haber presenciado la magia que había desplegado en la Casa del Faro. Pero no. Alguien más estaba allí fuera, manipulando a cientos de personas. Una persona que seguía demostrando que era más poderosa y más astuta que cualquiera de ellos.

La mente de Ren iba a mil por hora.

«¿Quién demonios podía hacer todo esto?».

PARTE CUATRO: Respirando

39

MERCY WHITAKER

Cada uno afrontaba el dolor a su manera.

Mercy necesitaba mantener las manos ocupadas. Sentía que era su deber investigar a los cuatro prisioneros restantes. Uno por uno, los hacía escoltar hasta el quirófano donde había trabajado por última vez con el doctor Horn.

Tras asegurarlos a la mesa, invocaba los mismos hechizos que él había utilizado. Encantamientos de revelación, entrelazados con cánticos espectrales de agudización. Capa tras capa, hasta que la oscura sala se llenaba de luz. Entonces, alzaba la vista y veía los hilos que brillaban debido a la magia que conectaban a cada sujeto con todas las personas que habían conocido.

Ninguno de los guardias tenía un hilo de origen.

Habría sido evidente, como el hilo que existe entre los vinculados. Todos los textos lo describían de un color plateado intenso. Más grueso que la mayoría, extendiéndose desde la frente del paciente, antes de ramificarse en múltiples direcciones.

Pero sí notó que cada uno de los cautivos tenía un hilo más oscuro —como hecho humo en movimiento—, conectado a la parte trasera del cráneo. Señales claras de que eran manipulados de forma activa.

Cojeando por la habitación, intentaba cortar cada uno de esos hilos con su bisturí. Pero cada vez, los hilos, duros como diamante, comenzaban a mellar el filo de su hoja. Algo común con los hilos de manipulación. Eran como acero cerca del sujeto y como mantequilla

cerca del origen. Imposibles de cortar, a menos que se tuviera al creador del hechizo.

Agotada, Mercy devolvió al último prisionero a una de las habitaciones protegidas con hechizos.

Cuando sacó a Nance Forester para examinarlo, él no le dijo nada. No se disculpó. No mostró ninguna sonrisa burlona. Parecía casi sin vida, en comparación con la criatura vibrante que había conocido en Colinas Errantes.

Después de lo que acababan de presenciar con el virrey Gray, las ganas de Mercy de regodearse también se habían desvanecido. No había gloria en capturar a un hombre que, al parecer, ya era un prisionero. Después de todo, ¿cuánto de lo ocurrido en Colinas Errantes fue culpa de Nance? ¿Y cuánto fue culpa de la voz en su cabeza? Cada vez era más difícil distinguir quién era responsable de qué maldad.

Volvió a la oficina de Horn, aún cojeando ligeramente. Al parecer, tenía roto uno de los dedos del pie. No había tenido tiempo de revisarlo.

Casi todos se habían quedado dormidos, salvo Ren Monroe. La chica no había descansado ni dormido. Su interrogatorio al virrey había sido impresionante, aunque no saliera como esperaban. Ahora estaba parada frente al mapa de Mercy. Las brasas brillantes no se habían movido desde hacía rato.

La doctora esperaba que le llegara pronto una carta del maestro de sabuesos.

—¿Has tenido suerte? —preguntó Ren, cuando Mercy se acercó a ella.

—Todos muestran señales de manipulación, pero no del origen.

La chica asintió.

—Como sospechábamos. Gemma ha dicho que conoces a uno de ellos. Que no fui la única que lanzó un hechizo antes de que atacaran los paladines. ¿Cómo supiste que algo iba mal?

—Nance Forester —explicó Mercy—. Fue quien fingió ser nuestro anfitrión en Colinas Errantes, pero, en realidad, estaba ahí para supervisar la primera prueba de la enfermedad. Uno de sus hombres mató al paladín que me escoltaba. —Cerró los ojos brevemente,

recordando cómo había rodeado el cuello de Devlin con un brazo, y cómo había regresado a Puerto Seguro con las manos vacías. Un error de apenas unos segundos—. Cuando llegó Nance, pensé que estaba ahí para ayudarme a volver a casa…

Mercy volvió a pensar en esa conversación. Había sido un momento tan extraño que nunca lo había analizado con cuidado. El hecho de que Nance no fuera quien decía ser había nublado su memoria, pero, al recordarlo ahora, lo vio con más claridad. Nance había modulado su voz. Mientras bajaba por las escaleras, sus ojos habían cambiado.

Ahora que había presenciado la transformación del virrey, estaba segura de que había visto lo mismo en Nance. Un oscurecimiento en los ojos. Un cambio en la estructura de la voz. Debería haberlo notado antes.

—Él los ocupa.

Ren se giró con brusquedad.

—¿Quién?

—Quien sea que está haciendo esto. No se limita a manipularlos a distancia. Es como si a veces diera un paso al frente. Ocupa a uno de ellos, a la vez. Imagina una red inmensa de información. Has manipulado a una persona, que manipula a otra, y así sucesivamente. Has construido una red de personas por toda la ciudad. Mientras hablábamos con el virrey, debió estar escuchando de alguna forma y decidió hacer acto de presencia. Entró en la habitación con nosotros. Lo viste, ¿verdad? Al final.

Ren asintió.

—Todos lo vimos. Sus ojos. Su voz.

La mente de Mercy fue arrastrada de nuevo a los rincones oscuros de ese recuerdo.

—También ocurrió en la fiesta. Nance… se resistió a mis primeros tres o cuatro hechizos. Era como si la magia ni siquiera pudiera tocarlo, pero, cuando lancé mi último conjuro, observé cómo quien estaba dentro de él se marchaba. Nance también lo sintió. Tuvo una expresión de… sorpresa. Era como si supiera que lo habían abandonado, y esa fue la primera vez que mi magia lo afectó. La partida lo dejó indefenso.

Ren parecía estar atando los cabos.

—Abandonó a tu oponente para ocupar al mío. He estado intentando entender esa parte. Mi primer hechizo alcanzó al virrey, pero, cuando proyecté el segundo, era básicamente invulnerable. Nada de lo que le lanzamos lo tocaba. Normalmente, en un duelo pasa lo contrario. El primer hechizo «sorpresa» lo absorbe un escudo, y luego, a medida que rompes esos escudos, el oponente queda expuesto. Creo que al principio fue vulnerable, porque el causante del hechizo estaba en otro lugar, ocupando a tu oponente.

Mercy asintió.

—Lo que significa que cambió de huésped para proteger al virrey, porque es más importante. Pero lo que estamos describiendo… no debería ser posible.

—Nunca he oído hablar de algo así —admitió Ren—. Ya no estamos hablando de manipulación. Esto va más allá. Es alguien lo bastante poderoso como para ocupar otro ser viviente. Es control mental de cientos de personas, extendido por toda la ciudad. No hay ningún mago vivo que pueda ser capaz de hacer algo así.

Tarde, Mercy se dio cuenta de que Avid Shiverian las escuchaba. Encontraba a la joven heredera, tranquila, inteligente y ligeramente aterradora.

—¿Y si es algo antinatural? —sugirió Avid—. ¿Como un *renacido*?

Ren Monroe se estremeció.

—He luchado contra uno.

Los ojos de Mercy se agrandaron. Recordaba algunos detalles de su historia de supervivencia en los bosques. Su atención había estado centrada sobre todo en la muerte de Cora Marrin, ya que eso había influido en su propia admisión al programa médico de Puerto Seguro, pero la prensa lo había cubierto todo. Algunas historias afirmaban que Ren y Theo habían sido perseguidos por un *renacido*, pero nunca había sabido si era cierto.

—La criatura que enfrentamos tenía acceso a una magia única —admitió Ren—. Podía absorber las habilidades de cualquiera a quien matara. También se alimentaba de nuestras pesadillas. Pero los *renacidos* suelen tener un objetivo muy concreto. Criaturas enfocadas en una venganza específica, con una persona específica.

Nada de esto se parece a algo así. Quien está detrás de esto está atacando a toda la ciudad. Escuchaste al virrey. Su objetivo es destruir la magia, y resulta que nosotros somos quienes todavía la poseen.

Las tres se quedaron en silencio.

Mercy podía escuchar ronquidos, pero no estaba segura de si venían de Theodore o de Gemma.

Tenían todos, el mismo aspecto que ella. No era raro que fuera tan difícil llegar a una teoría sólida. Ninguno de ellos había dormido.

—¿Qué es esto? —La pregunta de Ren rompió sus pensamientos. La chica señalaba el mapa.

—Ah… Cierto. Son las rutas de los sabuesos infernales. He estado investigando la enfermedad. La mayoría de los cadáveres que utilizaron para propagarla fueron robados. Creo que los Hacedores querían cubrir sus huellas. Tal vez fue idea del virrey. No lo sé. Pero hubo un grupo de cuerpos que se les escapó. Los encontramos, los trajimos de vuelta a Puerto Seguro y contratamos sabuesos infernales para rastrear el olor hasta su fuente original.

Alzó la mano y tocó la brasa que brillaba al norte.

—Esto es Colinas Errantes. Dos de los sabuesos fueron allí, y tiene sentido. Fue donde me encontré con la enfermedad por primera vez. Pero el tercero… —Mercy dejó caer el dedo hacia el suroeste—. Viajó a esta ubicación. He comparado la zona con todos los mapas del hospital, pero no hay nada que sea relevante. Estoy esperando el informe del maestro de sabuesos antes de actuar. Lo que sea que haya allí, vale la pena investigarlo. Si tenemos suerte, encontraremos pistas que nos ayuden.

Su conversación fue interrumpida por un golpe en la puerta.

Dahvid asomó la cabeza, y no venía solo. Su hermana Nevelyn, a quien Mercy también encontraba bastante intimidante, lo acompañaba. Cuatro niños la seguían como patitos grandes. Ninguno parecía mayor de doce.

La doctora les ofreció una sonrisa tranquilizadora, mientras se acomodaban con los demás supervivientes.

Nevelyn Tin’Vori cruzó la sala y Mercy, de forma algo irracional, pensó que la mujer podría golpearla.

En su lugar, se disculpó.

—Perdona lo de antes. Fui cortante contigo en la fiesta.

—Solo estabas siendo precavida —respondió—. Lo respeto.

Los ojos de Nevelyn se volvieron hacia Ren.

—Siempre en el centro del huracán, ¿verdad, Monroe?

Eso provocó un bufido.

Se hicieron las presentaciones.

Theo se levantó de mala gana y ofreció preparar té para todos. A Mercy le pareció el polo opuesto de lo que siempre había imaginado que sería un Brood. Pensar en té, le recordó que Williams seguía en el sótano, y se prometió a sí misma ir a revisar cómo estaba.

Tan absorta estaba, que casi no notó al niño que le tocaba el hombro.

—Disculpe, señorita.

Mercy le sonrió.

—¿Sí, cielo?

Era el niño por el que Nevelyn había sido tan protectora en la Casa del Faro. Señalaba el mapa a su espalda.

Mercy estaba a punto de explicarle lo mismo que acababa de contarle a Ren, cuando el niño la interrumpió con una de esas preguntas tan directas que solo los pequeños pueden hacer.

—¿Le gustan los dragones?

La doctora parpadeó.

—¿Perdón?

—Los dragones. Siempre me han gustado. Incluso cuando era más pequeño. Mi hermano Garth murió, pero durante la última fiesta nacional me compró un libro. Dijo que era caro, pero que debía tener al menos uno. Lo leía todas las noches. Una y otra vez, para a prender sobre los diferentes tipos. ¿A usted también le gustan?

Mercy no entendía por qué le hacía esa pregunta.

—Lo siento —indicó—, pero ¿por qué piensas que me gustan los dragones?

Él señaló el mapa.

—Tienes marcada la tumba de Arakyl. Pensé que… Bueno, la mayoría de la gente no sabe de él.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Dónde? ¿Qué marca?

Como la mayoría de los niños de su edad, él dominaba el arte de hacerse más alto.

Mercy lo vio colocar con cuidado dos libros gruesos bajo el mapa, antes de subirse sobre ellos. Esa pequeña altura extra fue suficiente para que pudiera señalar con el dedo la brasa que brillaba al oeste de Kathor. Era la segunda ubicación no identificada.

—Me tomó un tiempo, pero memoricé todos los sitios de entierro. Ese es el de Arakyl. ¡Oh! Y aquí está la cámara funeraria de Gathraxes. Siempre discuten sobre quién la descubrió, en realidad, porque el tipo que la «encontró», también halló un cadáver allí abajo. Así que, está claro que fue otra persona…

Mercy se giró y dejó de mirar al niño. Fijó los ojos en Ren Monroe con tanta intensidad que la chica abandonó de inmediato la conversación que tenía con Avid Shiverian.

—¿Qué? —preguntó esta—. ¿Qué pasa?

—Un dragón —gritó Mercy, atrayendo de inmediato la atención de toda la sala—. La persona detrás de todo esto. No es una persona. Es un maldito dragón.

40

REN MONROE

Ren cruzó el patio central y el resto del grupo la seguía como fantasmas caminando entre la niebla matutina.

Todo el grupo de escolta los acompañaba, incluyendo a Nevelyn y su pequeño grupo de niños. Entre ellos, estaba la niña que se parecía a Timmons. El alivio que Ren sintió al verla sana y salva fue casi abrumador. Incluso ahora, sentía una necesidad protectora hacia ella. Era como si se le hubiera dado una segunda oportunidad de proteger a los inocentes a los que no había podido salvar hasta ahora.

El primer paso para mantenerlos a salvo fue enseñarles cómo viajar por los portales de cera. La técnica era gloriosamente simple, pero requería concentrar la mente en un lugar distante. Finalmente, todos lograron hacerlo, aunque Ren tuvo que prometerle al último niño una recompensa de dulces si lograba teletransportarse.

Ahora planeaban reunirse con los otros magos que habían sobrevivido a los eventos de la Casa del Faro.

Había mucho de qué hablar.

Más adelante, vio los edificios del dormitorio principal encorvados como grandes aves de piedra en la niebla todavía espesa. Una figura los esperaba en los escalones frontales del edificio principal.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para ver a quién le habían asignado la guardia, los ojos de Ren se desviaron rápidamente hacia Avid Shiverian. La chica le ofreció una pequeña y sombría sonrisa.

—Como sabes, la Casa Shiverian tiende a ser más cautelosa que las demás. Puede que, durante la primera reunión, no hayamos

compartido toda la verdad con el virrey…

Able Ockley bajó los escalones para recibirlos.

Durante su reunión privada, Avid había llevado al resto de las casas a creer que Ockley y el resto de la generación gobernante de su casa habían sucumbido a la plaga. Pero allí estaba él, el duelista más talentoso de la ciudad, con aspecto de estar en perfectas condiciones, y, como si quisiera presumir, este alzó su varita.

Un movimiento casual de muñeca hizo que la niebla se dispersara.

Ren vio emerger la mitad inferior del dormitorio más cercano. Las ventanas estaban llenas de rostros. Ojos observando desde casi cada habitación. Por supuesto, ¿cómo no lo había pensado? Los estudiantes habrían estado en medio de un semestre cuando llegó la plaga. Algunos habrían regresado a casa, pero no todos.

—¿Cuántos? —preguntó—. ¿Cuántos aún tienen magia?

—Hay veintitrés inmunes —respondió Ockley—. Están alojados en el segundo piso. No respondieron a la llamada del virrey porque, a diferencia de vosotros, pensaron que podría ser una trampa. Ya sabes cómo son los niños. Tienen una gran imaginación. Creen que todo forma parte de una novela de espías.

Avid soltó una carcajada.

—Esta vez tenían razón.

—Combinados con los supervivientes de la Casa del Faro —continuó Ockley—, sumamos sesenta y tres en total. El futuro de la magia está en este campus. También contamos con varios jinetes de wyverns a nuestra disposición. Están en el aeródromo del campus, esperando nuestras órdenes. Les he ofrecido una suma considerable para que se quedaran. Así que sería maravilloso si alguna de las casas con bolsillos más profundos pudiera cubrir ese gasto en particular.

Avid le sonrió.

—Si la economía no colapsa por completo, prometo que la Casa Shiverian lo pagará. Tienes mi palabra.

Theo murmuró una confirmación.

Ren sentía el corazón latirle con fuerza en el pecho. Hasta ese momento, había pensado que perdían, pero ahora tenían un

propósito, una dirección y poder.

Los magos supervivientes estaban reunidos en un solo lugar, para una cumbre improvisada. Todo lo que tenían que hacer era averiguar cómo detener a un dragón muerto que quería destruirlos.

—¿Por qué no entráis? —ofreció Ockley, con calidez—. Encenderemos algunas chimeneas. Tazas de té para todos. Sospecho que tenemos muchas decisiones que tomar.

El impulso llevó al grupo a subir los escalones y entrar en una de las salas comunes favoritas de Ren en el campus. La pared occidental era una fila continua de chimeneas. Cada una tenía, a su alrededor, muebles elegantes pero desparejados.

Durante el año escolar, los estudiantes estudiaban o se reunían en esos espacios, y, aunque Ren pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca, en alguna ocasión se había sentado frente a esas chimeneas. Casi siempre con Timmons. Sus ojos se desviaron brevemente hacia la niña que se parecía a su antigua amiga.

«No te fallaré una segunda vez».

En el centro del gran salón había una vieja mesa de guerra. Circular y lo bastante grande como para albergar unas treinta sillas. Sabía que había sido donada por la Casa Brood. Los pequeños emblemas estaban tallados alrededor del borde, en delicados bucles.

En el centro, un mapa de Kathor.

Ren sabía que estaba encantado, de modo que, sin importar desde dónde lo miraras, el mapa siempre parecía estar orientado hacia ti.

En una ocasión, el abuelo de Theo había tejido planes para derrotar a los pueblos agrícolas, en esa misma mesa. También fue la mesa donde luego firmó los acuerdos con los Graylantian.

Pero Ren sospechaba que la conversación de hoy tendría un tono diferente. No se trataba de poder o gobierno. No, el tema del día era la supervivencia. ¿Cuál era su lugar en Kathor en ese momento?

Ren tomó asiento mientras la noticia de su llegada se esparcía.

Theo se sentó a su lado y los Tin'Vori ocuparon los sitios de su derecha.

Gemma Graylantian, Avid Shiverian y Ellison Proctor también estaban presentes, pero notó que eran los únicos símbolos de poder.

Las personas que ocupaban los asientos a su izquierda y derecha no eran herederos de grandes casas. En cambio, magos como Mercy Whitaker y el pionero que había conocido en la Casa del Faro llenaban los espacios.

Había hecho falta una tragedia para hacerlos iguales. Como siempre debió ser.

Se arrastraron más sillas desde otros rincones de la sala, hasta que la gran mesa de guerra estuvo rodeada de una verdadera multitud.

Able Ockley hizo que un par de estudiantes subieran y bajaran las escaleras para hacer un último anuncio. Algunos estudiantes fueron sacados de sus camas.

Una vez que todos estuvieron sentados, Ockley pidió silencio.

—Estoy ansioso por escuchar una actualización de la ciudad bajo nuestros pies —dijo—. Hemos sabido algo, gracias al resto de los supervivientes de la Casa del Faro, pero estoy seguro de que hay más.

Ren se levantó.

Habían acordado un orden de camino a Balmerick. Avid se había ofrecido para cerrar todo. Mercy, inicialmente, no quería hablar en público, pero Ren insistió. Su experiencia era importante, y la claridad sería la clave. Pero ahora, era trabajo de Ren pintar el retrato general. Carraspeó y comenzó:

—Anoche, hubo un enfrentamiento en la Casa del Faro. Tras determinar que el virrey trabajaba con los Hacedores, lo desafiamos a un duelo. Quedó claro que lo había organizado todo para que los antiguos paladines de la Espada Brillante atacaran a todos los magos reunidos allí. Alegó que solo venían a arrestarnos, pero, tras interrogarlo, estoy bastante segura de que su objetivo era eliminar a la mayor cantidad posible de nosotros.

»Quieren eliminar la magia del mundo. Ese fue el objetivo de la plaga. Ese fue el objetivo de la emboscada de anoche.

»El virrey escapó de la finca principal. Lo perseguimos…

Había tomado clases de oratoria en Balmerick. Lecciones sobre tono, narrativa y elocución, pero nunca le habían pedido resumir algo tan terrible. Los discursos eran sobre historia o teoría mágica.

No sobre una tragedia que acababa de vivir. Aun así, describió en voz baja la captura del virrey, el descubrimiento del hechizo en cadena, y sus intentos por romperlo. Finalmente, compartió el horrendo detalle de la inmolación que presenciaron.

Cualquier atisbo de ligereza en la sala se desvaneció.

Able Ockley parecía particularmente perturbado, y Ren sospechaba que era porque se trataba de magia que ni él sabía realizar.

Entonces, Mercy Whitaker tomó la palabra para continuar la historia:

—Bien… Entonces…, nuestra sospecha actual es que la persona que originó este ataque es, en realidad, un dragón muerto. El nombre no confirmado que tenemos para la criatura es Arakyl, y sabemos que la mayoría de los dragones están conectados con las emociones. Concretamente, con las emociones de las personas que pasan por sus cámaras funerarias o cerca de ellas. Según la investigación, así es como se «despiertan» en la mayoría de los casos. Los estudiosos creen que son atraídos por emociones profundas. Ira, emoción y miedo. Los peores incidentes históricos relacionados con cámaras funerarias tienen una conexión directa con alguien de estas características encontrando el cadáver. En la mayoría de los casos históricos, la interacción del dragón con la persona era breve. Muchas veces, mortal. Lo que está ocurriendo ahora parece ser la interacción más grande registrada entre un dragón y la humanidad. Suponemos que el virrey fue el responsable de despertar a Arakyl. Por suerte, pudimos usar sabuesos infernales para rastrear la enfermedad hasta su origen. En el mapa, la ubicación está… aquí.

Lanzó un hechizo rápido, y todos vieron aparecer un rastro en el mapa frente a ellos. Conducía desde las puertas de la ciudad hacia el oeste. Las mismas coordenadas que habían sido marcadas en el mapa en Puerto Seguro.

—Tenemos las coordenadas del lugar de entierro del dragón, y poco más. No sabemos cuándo manipuló por primera vez al virrey. No tenemos ni idea de si visitó la zona él mismo o si el hechizo en cadena lo alcanzó por otros medios. Tampoco sabemos qué tipo de

obstáculos enfrentaremos si nos acercamos al dragón. ¿Está el área defendida por los Hacedores? ¿O podremos acercarnos al cadáver sin problemas? No lo sabremos hasta que enviemos un equipo.

Varias miradas se cruzaron.

Ren sabía que esta parte no sería fácil. Nunca había tenido que convencer a un grupo de personas de que un dragón muerto estaba fomentando un ataque a una ciudad que había perdurado durante siglos. Era su trabajo llenar los vacíos.

—Rastrear la enfermedad no es la única evidencia que tenemos —añadió Ren—. Mercy, ¿por qué no compartes algunos de los detalles que discutimos?

—Detalles… —repitió la doctora, antes de asentir—. Bien. Sabemos que la enfermedad se propagó a través de cadáveres colocados en instalaciones de tratamiento de agua. Todos estos cuerpos tenían heridas específicas. Esternones abiertos, cortes en la parte superior de brazos y piernas. El forense que inspeccionó los cuerpos por primera vez notó que cada herida era demasiado ancha como para haber sido hecha con una hoja normal, pero también señaló que eran perfectas. Estaban ejecutadas con la precisión de un cirujano. Dado lo que sabemos, ahora creo que esas heridas fueron realizadas con una garra de dragón. Es la única explicación lógica para el ancho de cada laceración. Además, los cuerpos que encontramos imitaban a la perfección los cadáveres de dragón. La enfermedad se propagaba desde las heridas de los muertos. El gas salía de los cuerpos. Era casi idéntico al proceso que se utiliza para crear el aliento de dragón.

Todavía había dudas en el aire.

Ren sabía que no parecía una prueba concluyente, pero ya habían revisado toda la evidencia antes de ir a Las Alturas. Ella creía que su hipótesis era lógica. Solo tenían que comunicarla bien.

Hizo un gesto para que Mercy continuara:

—Bien. Otra evidencia, es quiénes son inmunes. No he tenido la oportunidad de hablar con todos los estudiantes de Balmerick aquí presentes, pero apostaría a que todos vosotros poseéis una magia variante, ¿verdad? —La pregunta resonó entre la multitud.

Se escucharon murmullos, pero nadie habló para corregirla. A Ren le encantaba esta parte del rompecabezas, y le había impresionado lo rápido que la doctora había llegado a la teoría.

—Interesante, ¿no? —siguió Mercy—. Potenciadores, portadores de imágenes, almas enlazadas, manipuladores… Cada persona que entrevisté en la Casa del Faro posee una manifestación atípica de la magia. Lo que hacéis, no es simplemente lanzar hechizos. Tenéis alguna habilidad o conexión única. Mi hipótesis es que la plaga no os afectó porque el dragón no sabe que ese tipo de magia existe. Las variantes se han vuelto más comunes los últimos años. No se comprendían bien, cuando los dragones todavía recorrían la tierra. Creo que la enfermedad atacó la forma más fundamental de la magia. Por eso, todos los demás han perdido sus poderes mágicos…, pero vosotros los conserváis. La enfermedad no ha podido destruir lo que no reconoce como magia.

La primera reacción fue de asombro, pero dio paso a la aceptación con rapidez.

Ren supuso que algunos ni siquiera sabían que poseían una cualidad mágica única. Especialmente, entre los magos más jóvenes. Aun así, nadie levantó la mano para negar la afirmación. Si acaso, era probable que todos estuvieran repasando su vida o su educación, pensando en momentos extraños donde su magia se comportó de manera diferente.

Ren se dio cuenta, por primera vez, de que nunca le había preguntado a Mercy cuál era su habilidad especial. Hizo una nota mental para hacerlo luego. Había estado demasiado ocupada irritándose por el hecho de que su propia «solución» a la plaga había sido Theo Brood. No porque hubiera superado la enfermedad con ingenio, sino porque se había enamorado de un chico y se habían protegido mutuamente sin querer. ¿Tenía que ser tan ridículamente romántico?

Mientras un murmullo comenzaba a apoderarse de la sala, Mercy miró a Ren. Ya habían acordado que la doctora presentaría los detalles finales.

—La última pieza de evidencia es el hechizo de manipulación que encontramos. Es la magia más compleja que he presenciado. Un

hechizo en cadena que pasa de persona a persona sin intervención directa de su creador. Sin mencionar que la entidad que lo lanzó ha estado ocupando a los manipulados. No solo susurrando o sugiriendo. Hablamos de control mental literal. La habilidad de entrar y salir de otros seres. Hablamos con Gemma Graylantian, una de las manipuladoras más talentosas de nuestra generación. Nos dijo que no existe una persona viva capaz de realizar ese tipo de magia.

Ockley aclaró la garganta:

—Lo confirmo. Lo que describen no es posible.

—No para una persona —coincidió Ren—. Pero ¿para un dragón? Todos conocéis las historias. Estoy segura de que muchos habéis ido a cámaras funerarias en excursiones escolares. Lo primero que te dicen es que protejas tus pensamientos. Te hacen usar equipo especial, cubrirte de pies a cabeza, porque incluso muertos, los dragones son peligrosos. Hay evidencia histórica de que pueden manipular a sus visitantes. A veces las consecuencias son pequeñas. Como la historia del hombre que intentó volver a entrar en la ciudad, desnudo. En su juicio, se determinó que un dragón lo había manipulado, y le pareció divertido. —La vieja historia arrancó algunas sonrisas. Era un relato famoso, probablemente inventado, pero servía al propósito de Ren—. Pero también hay reportes de personas que fueron obligadas a saltar de edificios. Ordenadas a realizar actos oscuros bajo el mando de estas criaturas. Creo que todos podemos estar de acuerdo en que los dragones son las criaturas más poderosas que han existido.

Una estudiante que había llegado tarde levantó la mano.

—No recuerdo historias de dragones atacando ciudades enteras. Cada anécdota que tenemos apunta a manipulaciones individuales. Lo que estáis comentando parece un cambio enorme…

Un vistazo rápido le mostró que Theo sonreía con sorna, y Ren creyó saber la razón.

«Dioses, ¿sonaba así cuando era estudiante?».

Ren le sonrió a la chica.

—Créeme, sé lo absurdo que suena todo esto. Yo misma he tratado de procesarlo. Lo único que sabemos con certeza es que tenemos un sabueso infernal que ha rastreado la enfermedad hasta

una ubicación específica. —Señaló el mapa—. También sabemos que nos estamos enfrentando a alguien con poderes que superan las habilidades de cualquier mago vivo. La única otra posibilidad es que haya una persona canalizando la magia de un dragón, y no puedo imaginar a nadie capaz de mantener ese tipo de poder, con ese nivel de control. No es imposible, pero, por ahora, pensamos que lo más sabio es seguir la conclusión más probable. Podríamos sentarnos aquí a debatir si un dragón muerto es capaz de algo así… o podemos enviar un equipo a investigar qué está ocurriendo.

Able Ockley parecía convencido.

—Aceptemos tu premisa de que un dragón está detrás de todo esto. ¿Cuál es la solución? No podemos matarlo. Ya está muerto.

La solución no era de Ren. Ella desvió la atención hacia Mercy Whitaker.

—Necesitamos enviar un equipo a la cámara funeraria —explicó la doctora—. Los hilos de manipulación son imposibles de cortar en el punto en que se conectan con la víctima. Es como tratar de cortar acero. Es mucho más fácil atacar desde su origen. Fui entrenada para realizar procedimientos de ruptura en personas. No puedo imaginar que el proceso sea muy diferente con un dragón. Si un equipo de escolta puede llevarme lo suficientemente cerca del cadáver, puedo lanzar hechizos que dejen a la vista las conexiones mágicas entre el dragón y los manipulados.

La mente de Ren se detuvo por un momento.

Procedimientos de ruptura…

Cuando hablaron del tema antes, no había captado lo que Mercy quería decir. Miró a Theo, pero este ya la observaba.

Una oleada de pánico recorrió su vínculo.

La doctora describía exactamente el tipo de procedimiento que el doctor Horn había intentado. Nunca se le había ocurrido que Horn pudiera haber trabajado en Puerto Seguro. ¿Estaban conectados de algún modo? Otra pista más que tendría que seguir.

Mercy seguía hablando.

—Si estoy en lo cierto, podríamos empezar a cortar esas conexiones. Una por una. Tiene razón —le dijo a Able Ockley—, no podemos matar a un dragón que ya está muerto, pero podríamos

separarlo de sus víctimas. No resolverá todo. Algunas de las personas que se unieron a los Hacedores no necesitaban ser manipuladas. Querían esta revolución, por lo que pensamos que un pequeño grupo seguirá adelante, pase lo que pase, pero hay personas por toda Kathor que han sido influenciadas. Esos manipulados, al darse cuenta de que han sido engañados, se alejarán de sus captores. Creo que, si cortamos esos hilos, despertaremos, en esencia, a media ciudad. Es posible que eso sea suficiente para que este movimiento se extinga. Con suerte, será suficiente para alejarlos de la última orden del virrey.

Ockley resopló ante eso.

—¿Te refieres a la parte donde nos retrató a todos como villanos y ordenó a la ciudad enfrentarse a nosotros? En efecto. Sería una gran idea empezar a deshacer ese pensamiento lo antes posible. Pero lo que describes no será fácil. Uno no puede entrar en una cámara funeraria de un dragón, sin más, y empezar a lanzar hechizos de revelación.

Mercy asintió.

—Es un riesgo. Todo a partir de aquí lo será. Por eso, no iré sola. Necesito voluntarios. Gente hábil en combate o magia defensiva. No tenemos ni idea de lo que nos espera allí fuera. ¿Quién vendrá conmigo?

Esta siempre era la parte difícil. Defenderse de un ataque era una cosa, pero entrar voluntariamente en la cámara funeraria de un dragón muerto era otra muy distinta.

Ren no se sorprendió al ver a Dahvid Tin'Vori levantar la mano.

—Iré. Puedo manipular mi espada invocada para cortar los hilos que describes. Supongo que, cuanto más rápido trabajemos, menor será el riesgo. También tengo una espada mágica que recuperé de… un oponente. Sería efectiva contra lo que estás describiendo.

Ren pensó que había sido bastante cortés, de su parte, no mencionar que había tomado la espada del cadáver de Thugar Brood.

Al fondo de la sala, una estudiante de Balmerick dio un paso al frente. Al parecer, había estado entrenando para ser defensor de la Casa Winters antes de la plaga.

—Dame esa espada y dime dónde debo golpear —indicó.

Un pequeño equipo de especialistas comenzó a tomar forma.

Ren se sentía segura con las decisiones, hasta que una oleada de incomodidad recorrió su vínculo. Theo la miró, frunció el ceño en señal de disculpa y luego levantó la mano.

—Tengo talento para la magia defensiva. Barreras y escudos. Iré.

Apenas logró contenerse para no gritarle que se callara.

La conversación pasó a otro lado de la mesa, alguien más hablaba sobre sus méritos para la misión, y Ren aprovechó para susurrarle a Theo.

—¿Qué demonios te pasa? Es una cámara funeraria de un dragón, Theo. ¿No recuerdas la que vimos el año pasado? No es seguro. No lo será… —Su voz fue baja pero firme.

—No hay muchas cosas en las que yo sea mejor que tú, Ren, pero la magia defensiva es una de ellas. Sabes que tengo talento para los escudos. Ha sido el enfoque de mi entrenamiento durante una década. Puedo ayudarlos. Además, sería un desperdicio que los dos nos quedáramos en el mismo lugar.

Ren frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué sería un desperdicio?

—Puedo tirar de ti —le recordó—, y tú puedes tirar de mí. Separarnos significa, en esencia, que tenemos acceso a ambas ubicaciones. Lo siento, Ren, pero es una estrategia sensata.

Tuvo que morderse la lengua. Cada parte de ella quería decirle que podía tomar su estrategia inteligente y metérsela por donde no brilla el sol. Quería exigir que se quedaran juntos. Pase lo que pase. Pero ¿cuál sería su argumento? *Por favor, no te vayas, porque si mueres, yo también estoy perdida*. No era algo razonable para decirle a alguien.

—Entonces, está decidido —anunció Ockley—. Siete magos partirán hacia el oeste. La siguiente discusión debe ser sobre dónde iremos el resto.

Ren parpadeó.

—¿Qué? ¿Por qué dejaríamos Balmerick?

—Aún no tenemos que hacerlo —respondió Ockley—. Pero esto no es una solución a largo plazo. La infraestructura de esta isla

depende de la ciudad de abajo. No hay agricultura. No hay forma de alimentarnos. Incluso el suministro de agua depende de Kathor. La vida en Las Alturas depende de una buena relación con la parte baja y con quienes la manejan.

Odiaba lo lógico que sonaba, porque estaba demasiado preparada para sentirse segura aquí. Balmerick siempre le había parecido un segundo hogar. Una manta cálida sobre los hombros. Tal vez, esa sensación le había impedido evaluar lo que implicaría vivir aquí no solo unas semanas o meses, sino décadas.

Su mirada se dirigió a Avid Shiverian. La chica parecía haber estado esperando esta parte de la conversación.

«Claro. Los Shiverians siempre tienen un as bajo la manga».

—Supongo que tienes otro lugar en mente —apuntó Ren.

Ockley golpeó la mesa de guerra con los nudillos. La magia susurró ante su toque. Todos vieron cómo el mapa empezaba a cambiar. La vista de la costa se deslizó hacia el norte, y luego un poco hacia el interior. Un pequeño círculo apareció en el valle entre dos montañas.

—Esto es Merosueño —anunció Ockley—. Nuestro futuro.

41

NEVELYN TIN'VORI

Dioses, qué nombre tan horrible.

Merosueño.

Nunca lo había escuchado, y, a juzgar por las expresiones en la sala, nadie más lo había hecho.

Able Ockley tomó asiento, mientras Avid Shiverian se levantaba para hablarles.

Nevelyn no pudo evitar preguntarse dónde habían aprendido todos a hablar con tanta soltura frente a grupos grandes. ¿Había alguna clase en Balmerick para jóvenes gobernantes pomposos? ¿O simplemente nacían con ese leve fastidio por la existencia de los demás?

—Merosueño es el gran secreto de nuestra casa. Las únicas personas que sabían de su existencia eran mi madre, Ethel Shiverian, y su hermana Seminar, además de los constructores que recibieron el encargo. El acuerdo contractual fue que esos constructores debían vivir el resto de sus vidas en Merosueño. A cambio, nuestra casa apoyaría económicamente a sus familias de manera perpetua. Hemos cumplido ese contrato y seguimos cumpliéndolo.

»Con los años, la mayoría de los constructores originales fallecieron. En este momento, solo viven allí dos. El resto del pueblo está vacío. Esperando por nosotros. Nadie lo ha visitado, salvo mi madre y su hermana. Fue un secreto que ellas guardaron, incluso a mí, su heredera.

Nevelyn tuvo que contener la risa. Dragones muertos y ciudades secretas. Al menos, no le faltaba dramatismo al día.

Theo Brood levantó la mano como un niño en clase. Supuso que tenía sentido. Avid Shiverian parecía saber más sobre cómo funcionaba el mundo que el resto.

—¿Cómo habéis podido construir una ciudad entera sin que nadie se diera cuenta? Viendo el mapa… esa ubicación está a menos de un día de camino de la finca Brood. ¿Cómo es que mi padre no lo notó?

—Estuvo cerca —respondió Avid—. Varias veces. Mi madre y su hermana son muy buenas en lo que hacen. O lo eran… Antes…

Era la primera vez que Nevelyn presenciaba una emoción genuina en la chica. Su rostro se contrajo brevemente con dolor, y luego lo volvió a suavizar.

—Todo esto es solo para deciros, que la ciudad nunca ha sido descubierta. Nos espera. Hay suficientes viviendas para cerca de diez veces la cantidad de personas que tenemos hoy aquí. Espacio de sobra para seguir creciendo. Hay granjas dentro de las puertas exteriores de la ciudad, para sustento propio. El pueblo ya está abastecido. Suministros. Comida. Mi abuela eligió la ubicación porque está sobre una veta mágica que atraviesa esa sección de las montañas. Tendremos suficiente magia para varias generaciones. También hay salas de archivo, para seguir entrenando a la próxima generación. Merosueño fue concebida como el plan de emergencia de nuestra casa. Si alguna vez una catástrofe golpeaba Kathor, los Shiverians retrocederían a Merosueño y sobrevivirían. Ahora extendemos esa oferta a todos vosotros. Nuestra casa no dejará que la magia muera. Debemos sobrevivir.

La esperanza y la tristeza se entrelazaron en el aire.

Este era un plan real. Una solución concreta que los mantendría a salvo.

Pero también venía con una verdad inevitable: serían exiliados. Kathor ya no sería su hogar.

Gemma Graylantian golpeó la mesa de manera repentina. Llevaba tantos anillos que el impacto resonó de forma estrepitosa.

—Al diablo. No puedo creer lo que oigo. ¿La Casa Shiverian, los mayores creadores de conjuros del mundo conocido, rindiéndose ante las demandas de una turba? Vuestros ancestros se revolcarían

en sus tumbas si lo escucharan. ¿Por qué deberíamos retirarnos de la ciudad que nosotros hemos construido? ¡Kathor es nuestra!

La reacción fue mixta.

Nevelyn vio algunos asentimientos apasionados. Principalmente, de personas con vínculos directos con las grandes casas. Gente que todavía se consideraba a sí misma, incluso después de todo lo que había pasado, como gobernantes.

Pero la mayoría de la sala intercambió miradas incómodas.

En el mejor de los casos, las palabras de Gemma carecían de tacto. En el peor, representaban algo que ya estaba muerto.

Nevelyn se sorprendió al encontrarse en ese segundo grupo. Hacía menos de un mes, su principal objetivo había sido restaurar la Casa Tin'Vori. Renacer de las cenizas. Reclamar su lugar entre la élite de la ciudad. ¿Cómo podía importar algo de eso ahora? Quería paz. Un lugar seguro para que Josey creciera y floreciera. Una vida normal para Ava. Un mundo en el que Dahvid no tuviera que seguir invocando su espada para enfrentar a un oponente tras otro. Esta era su oportunidad.

Incluso Avid Shiverian entendía que el mundo había cambiado.

—*Era* nuestra —dijo—. Antes. Ya no. El mensaje del virrey lo ha cambiado todo. Se ha sembrado una semilla de desconfianza en las mentes del pueblo. Ya no nos quieren. Creo que el plan actual es sensato. Tengo grandes esperanzas de que logremos convencer a la población, pero mira al futuro, Gemma, y dime el aspecto que tendrá Kathor dentro de veinte años. —La mujer mayor temblaba de furia, pero no dijo nada—. No soy profeta —admitió Avid—, pero veo dos opciones para nosotros. La primera: rescatamos la ciudad. Cuando se disipe la niebla del hechizo de manipulación, les diremos la verdad. Adoptamos el papel de humildes servidores. Hay cientos de hechizos mágicos pasivos funcionando en la ciudad. Magia que hace la vida más fácil para todos. Si somos inteligentes, podríamos convencerlos de que les prestamos un servicio valioso. Posicionarnos como servidores públicos. Ese rol nos ganaría unas décadas de paz.

»Pero incluso así, imagina cómo nos verán. Seremos un recordatorio vivo de lo que ellos jamás podrán volver a tener. Peor

aún, puede que realmente crean al virrey: que nosotros les quitamos la magia.

»No importará que sea mentira. No, si son suficientes los que lo creen. Cada vez que realicemos un hechizo curativo, la persona que ayudemos sabrá que hay otro hechizo que podría matarlos. Cada vez que reparemos una estructura, se preguntarán si también podemos derrumbar sus casas. Solo haría falta un error. Un solo mago lanzando el hechizo equivocado en el momento equivocado. Un accidente…, y se volverán contra nosotros. En ese futuro, sobreviviremos un tiempo. Pero, en algún momento, decidirán que el mundo es más seguro sin nosotros. Moriremos, y la magia morirá con nosotros.

Toda la sala había caído bajo el hechizo de sus palabras.

Nevelyn vio que incluso Gemma Graylantian se había puesto pálida al escucharla.

El futuro que pintaba era sombrío.

—La segunda opción es que los gobernemos. Estoy segura de que eso es lo que tienes en mente, Gemma. Usamos Balmerick como base de operaciones y comenzamos una guerra con la ciudad. Requeriría todos nuestros recursos. Viendo esta sala, apostaría a que tenemos suficiente poder para ganar, pero solo si todos los aquí presentes están dispuestos a matar por ello. Miles de kathorianos morirían. Incluidas algunas de las personas que hay en esta misma sala. Nuestros números se reducirían. Lo suficiente, como para que la magia desaparezca antes de que llegue la siguiente generación. Y, si de algún modo sobreviviéramos, quienes todavía tuvieran magia serían temidos. Despreciados, como tiranos.

»Eso es lo que tendríamos que ser para mantener el control de la ciudad: tiranos con puño de hierro. Hasta que un día, alguien lo suficientemente fuerte aparezca para destruir la magia de una vez por todas. —Avid recorrió la sala con la mirada, buscando los ojos de cada uno de los presentes—. O vamos a Merosueño. Creamos una nueva sociedad allí y prosperamos en el exilio, hasta que la ciudad esté lista para la magia, otra vez. ¿Cuál es el dicho? La ausencia hace crecer el cariño. Funcionaría. Estaríamos a salvo, y, un día, los hijos de nuestros hijos podrán regresar a la ciudad que todos

amamos. —Avid se dejó caer, de nuevo, en su asiento. El pecho le subía y bajaba con fuerza.

Gemma permaneció en silencio. La mujer miraba sus propias manos, llenas de anillos y joyas, como si estuviera maldita, condenada a contemplar cómo todo el oro que había acumulado durante siglos se convertía en polvo.

Nevelyn casi sintió lástima por ella, pero luego miró a Josey. Su protegido parecía aterrorizado por los futuros que acababan de presentarse. No podía soportar la idea de que lo cazaran. Tampoco la idea de que él se convirtiera en cazador.

Nevelyn carraspeó.

—¿La ciudad será solo para magos? ¿O también podrán venir los familiares sin magia?

Todas las miradas se volvieron hacia ella, y luchó contra la tentación de darle la vuelta a su collar, para lanzar el hechizo para que todos olvidaran que había hecho una pregunta.

Avid la miró con una expresión esperanzada.

—La familia será bienvenida, independientemente de si tienen magia o no.

En el fondo, Nevelyn sabía que sería doloroso dejar atrás su finca, especialmente después de todo el esfuerzo que les había costado recuperarla. También sabía que a Ava le disgustaba que tomara decisiones por ella, pero creía, con sinceridad, que esto era lo que su hermana querría. Mientras estuvieran todos juntos, ¿qué importaba el resto? Podrían empezar una nueva vida en Merosueño. Juntas.

Nevelyn asintió.

—La Casa Tin'Vori irá con vosotros.

Si el lugar más seguro para su familia era Merosueño, entonces a Merosueño irían.

Un murmullo recorrió la sala.

Algunos se habían levantado para marcharse, pero ahora se detuvieron, para discutir en voz baja.

Un grupo de estudiantes anunció sus intenciones. Todos pidieron permiso para ir, y Avid les agradeció con un gesto de cabeza.

El efecto se propagó por la sala, como fuego en pasto seco. Un coro de solicitudes y acuerdos, solicitudes y acuerdos. Hasta que

parecía que cada mago que quedaba había aceptado que esa era la respuesta: irían a Merosueño y construirían un nuevo mundo.

Todos, menos Gemma Graylantian.

Golpeó la mesa con el dedo, haciendo que las luces sobre sus cabezas danzaran sobre todo ese oro y plata.

Tras unos segundos, se puso de pie.

Todos la observaron alisarse el espectacular vestido que llevaba puesto. Sus ojos brillaban como cuchillas afiladas.

—Si queréis que me vaya, tendréis que arrastrar mi cadáver por las calles.

Y con eso, salió de la sala.

42

REN MONROE

Una especie de caos organizado se apoderó de todo el campus.

Se improvisar on clases en el aula de primer año para todos los niños que aún no habían aprendido los fundamentos de la magia.

Avid Shiverian impartía la mayoría de esas sesiones, lo cual tenía sentido: su madre había inventado el plan de estudios estándar.

Por supuesto, el proceso era un poco apresurado. Algunos de los niños rompían en llanto al no poder realizar ciertos hechizos. Sin embargo, unos pocos se crecían ante el desafío. La presión los moldeaba en algo más.

Uno de ellos era la niña que, según Ren, se parecía a una versión más joven de Timmons, y no pudo evitar acercarse durante la parte práctica de la lección.

La niña falló al lanzar el hechizo, pero luego apretó los dientes y plantó bien los pies en la postura correcta, intentándolo de nuevo. En su cuarto intento, logró proyectar un escudo, pequeño pero real, en el aire. Entonces, miró a su alrededor, como cualquier niña, deseosa de saber si alguien había presenciado su logro. Y, entonces, su mirada aterrizó en Ren.

—¿Lo has visto? —preguntó, sin aliento—. Ha funcionado.

Ren asintió con aprobación.

—Lo has hecho muy bien. ¿Cómo te llamas?

La niña enderezó los hombros.

—Winnie Fletcher.

—Sigue practicando, Winnie Fletcher. Vas por un excelente camino.

Eso fue todo lo que necesitó para volver a concentrarse y lanzarse otra vez a practicar con entusiasmo.

Un sentimiento profundo y doloroso golpeó el estómago de Ren al observarla. Tuvo que salir de la sala para no echarse a llorar.

Esto no era propio de ella. Para nada.

Mientras los niños practicaban, Ren se esforzaba por evitar a Theo.

Su equipo había pasado todas las horas del día comprobando el equipo necesario para entrar con seguridad en una cámara funeraria de dragón.

Estaba furiosa por su decisión, y todavía más enfadada al pensar lo racional que era. Exactamente, el tipo de decisión que ella misma habría tomado. La única diferencia era… ¿que lo amaba? ¿Profundamente? ¿Irrevocablemente?

«Dioses, qué patético».

Por suerte, había mucho que hacer para mantener la mente ocupada.

El primer gran problema que enfrentaba el grupo era cómo llevar a todos a Merosueño. Los wyverns parecían una solución obvia, hasta que Nevelyn Tin'Vori señaló que, tantos vuelos al mismo lugar, llamaría la atención equivocada. Los Hacedores habían sido lo bastante inteligentes como para arrebatarles Kathor, por lo que, sin duda, lo eran también para seguir un rastro. Volar constantemente en una misma dirección sería como dejar migas de pan… Solo que crujientes, calientes y recién sacadas del horno.

Además, alguien señaló que los jinetes de wyverns no estaban exactamente de su parte. Ninguno conservaba su magia, por lo que su lealtad dependía del dinero que se les había ofrecido. ¿Y si decidían cambiar de bando? Recordarían el camino con facilidad.

La siguiente opción eran los portales de cera.

Era un pequeño riesgo para algunos niños, cuyos poderes eran tan incipientes que teletransportarse a esa distancia era difícil. No se trataba de un simple salto de la parte baja a Las Alturas. Cualquier niño podía recorrer una distancia corta. El nivel de concentración necesario para viajar con una vela estándar era considerablemente mayor, y eso representaba otro problema.

—¿Este es todo el suministro? Es una escuela de magia. ¿No deberían tener velas mágicas?

Estaba observando una caja llena de restos de velas. Cada cajón y armario habían sido registrados. En total, habían encontrado solo tres velas estándar. Todo lo demás eran sobras.

Ellison Proctor, el contable no oficial del grupo, se encogió de hombros.

—Los estudiantes de Balmerick utilizaban la sala de portales —dijo—. O podían caminar hasta la estación de suministros del patio. Tú estudiaste aquí. Ya sabes cómo es. La mayoría utilizaba los carruajes encantados.

Que, con seguridad, nadie sabía conducir. Ninguno de los inmunes era conductor profesional. Era una magia muy delicada. A menudo se transmitía de padres a hijos.

Avid prometió que estudiaría el tema, pero primero tendrían que encontrar un carruaje en la parte baja y llegar hasta Las Alturas, sin llamar la atención.

Ren decidió ampliar la búsqueda de velas.

Una vez más, sus exploradores regresaron con las manos vacías. Revisaron algunas casas vacías, pero esta vez pensando en velas, en lugar de comida, pero no hallaron nada. Luego, intentaron llamar a las puertas de las casas, todavía ocupadas.

Casi nadie abrió.

Ren entendía su cautela. Los refugios funcionaban como contraseñas: estaban a salvo, siempre que no dieran acceso a nadie. Era justo no confiar del todo en un grupo que, de pronto, había empezado a merodear por las calles de tu barrio.

En total, cinco personas abrieron sus puertas. Todas habían enfermado y vivían de reservas cuidadosamente racionadas.

Al hablar con ellas, Ren no pudo evitar pensar que estaban allí atrapadas, por lo que los portales de cera no eran una opción. Necesitarían un wyvern, un carruaje… o una cuerda muy larga.

«Un problema a la vez».

Ren notó que en Las Alturas contaban con simpatía. La mayoría de esas personas —con o sin magia—, eran comerciantes adinerados. Descendientes de las grandes casas. Su prosperidad

dependía directamente de que esas casas sobrevivieran. Algunos incluso susurraban que no creían en las palabras del virrey. Su amabilidad era bienvenida, pero no resolvía el problema: nadie tenía velas de sobra.

Tras fracasar en la recolección en Las Alturas, Ren volvió a la base y sugirió enviar una partida de búsqueda a la ciudad.

Ellison Proctor se ofreció voluntario. Llevaba notas detalladas de los suministros y propuso buscar velas junto con otros elementos. También afirmaba pasar desapercibido entre la multitud, cosa que ella dudaba, dado que era uno de los hombres más guapos de la ciudad. Pero, al verlo con la capucha puesta, coincidió en que era mejor enviar a alguien discreto. Además, no querían malgastar más velas de lo estrictamente necesario.

Cuando se teletransportó, la sala quedó en silencio.

Avid Shiverian leía un libro, que Ren suponía que estaba lleno de hechizos detallados sobre carruajes voladores. Able Ockley parecía estar meditando, por lo que ella se recostó en su silla y comenzó su propia forma de meditación.

El regreso de Ellison la sacó de su letargo. Solo había conseguido dos velas.

—He revisado cuatro mercados distintos —informó—. Ninguno de los vendedores habituales de velas estaba allí. Es como si el suministro se hubiera agotado. Lo cual, tiene sentido, supongo. La fábrica no funcionaba con magia pasiva. Las velas se hacían a mano. Apostaría a que cerró tras la plaga, y la realidad es que la gente no las necesita. Nadie puede utilizarlas. Aun así, es extraño que todo el suministro original haya desaparecido…

Sus palabras captaron la atención de Nevelyn Tin'Vori.

Ren debía estar dormida cuando regresó. Su vieja amiga se había ofrecido como voluntaria con los niños durante toda la mañana. Una elección sorprendente, porque no le parecía del tipo maternal. En realidad, era más del estilo de «alejen a esos niños de mi jardín». Fue uno de esos raros momentos en los que a Ren no le molestaba estar equivocada.

—Espera —dijo—. ¿Estáis buscando velas?

Ellison asintió.

—Acabo de revisar los mercados de la ciudad. No tenemos suficientes para cubrir el viaje de todo el grupo. Ni siquiera nos acercamos. Siempre podríamos transportarnos hasta un punto fuera de las murallas y caminar el resto del camino…

—Mierda… Eso era lo que hacían.

Ellison y Ren la miraron.

—¿Quiénes? —preguntó Ren.

—Vi a los Hacedores distribuyendo comida en el mercado, pero hubo un día en que uno de ellos intercambió cajas de alimentos por velas. Cientos de ellas. No me di cuenta de que eran velas de viaje. Es decir, ¿para qué las comprarían? No usan magia.

—Una jugada defensiva —aportó Ockley, con los ojos todavía cerrados, como si meditara—. Los portales de cera nos dan ventaja táctica. Si llegaba a estallar una guerra abierta, nuestra capacidad de movernos por la ciudad los dejaba vulnerables. Es inteligente. Quitarnos las piernas, antes de empezar la carrera.

«Muy inteligente».

Ren estaba harta de que Arakyl —si realmente era él quien estaba detrás del ataque—, los superara en estrategia. Había rumores de que los dragones existían fuera del tiempo. Algunos filósofos creían que esa era la razón por la cual aún podían interactuar con el mundo, incluso estando muertos. Sin duda, sentía que Arakyl había mirado al futuro y planeado cada posible detalle, y ese pensamiento le revolvía el estómago todavía más.

«¿Y si sabe que Theo va hacia allí? ¿Y si también lo ha planeado?».

Avid Shiverian había estado medio leyendo, medio escuchando. La chica se puso de pie, dobló la esquina de la página y dejó el libro sobre la mesa.

—Dame tres de esas velas —pidió—. Sé qué hacer.

Ellison deslizó la caja hacia ella.

Todos observaron cómo encendía una de las velas con un movimiento rápido de la mano. La llama osciló, y Ren negó.

—Vamos…, no me digas que ya has aprendido a conducir un carruaje volador…

Avid le guiñó un ojo.

—Vuelvo pronto.

Antes de que Ren pudiera preguntar algo más, apagó la llama y desapareció con un susurro que resonó en el aire.

Ockley se recostó en su silla con un suspiro exagerado.

—Ya sabéis, son todos así. Genios, pero ¿alguna vez se han parado, aunque sea unos segundos, a explicar qué demonios han descubierto? ¿Una pausa para contártelo? No. Nunca. Ni una sola vez. Siempre es «Able, querido, ¿puedes limpiar este desastre?», o «Able, ¿te importaría luchar contra este señor de la guerra por nosotros?» —Suspiró de nuevo—. Supongo que disfrutaré de varias décadas más de lo mismo. ¡Qué maravilla! Genial. Voy a tomar una copa.

Ren estuvo a punto de señalar que era un campus, pero sospechaba que, si alguien sabía dónde había licor escondido en Balmerick, ese era Ockley.

Se dirigió a las cocinas y las puertas se cerraron con un golpe fuerte tras él.

La joven estaba por recostarse de nuevo, cuando sintió un tirón a través de su vínculo. Theo la llamaba. Más que eso. Era una necesidad real. Era como si todo su cuerpo anhelara verla.

Sonrió para sí misma, pensando que era un tipo distinto de necesidad…, pero luego comprendió lo que realmente significaba.

Su grupo estaba listo para partir.

El nido del campus no hacía honor a su nombre. Estaba ubicado en la colina más alta, al norte del campus. Un cilindro elevado con grandes aberturas, por donde los wyverns volaban, al operar en Las Alturas. Ni siquiera tenía puerta. Solo una abertura con las piedras gastadas por cientos de marcas de garras, a lo largo de los años.

Ren pudo ver a su grupo, a través de esa entrada.

Theo apareció.

Corrió cuesta abajo a su encuentro, antes de que ella pudiera alcanzarlo.

—¿Qué pasa? ¿No querías que los demás me oyeran gritándote? —le preguntó—. ¿O te daba pena que…?

La cortó con un beso.

Su vínculo vibró y fue la misma sensación hambrienta de antes. Era como si nunca pudiera besar lo suficiente o sentir lo suficiente.

Ella le devolvió el beso, y ese instante, en la arena del tiempo, pareció deslizarse más lento que el resto. Por un momento, solo existían ellos. No había dragón muerto que enfrentar. No había hechizo que deshacer. No había guerras que librar, ni personas que rescatar. Solo ellos.

Pero toda magia se desvanece. Incluso los mejores hechizos terminan.

Ren lo besó una vez más, y entonces Theo se apartó. Su lado del vínculo palpitaba con confianza. Una certeza. Sabía que estaba haciendo lo correcto —y eso significaba que ella también lo sabía.

Comenzó a subir la colina de nuevo.

El resto del equipo ya empezaba a montar los wyverns.

Theo miró hacia atrás, a punto de decir algo.

—Lo sé —indicó Ren, interrumpiéndolo—. Yo también te quiero.

Él sonrió, antes de desaparecer dentro del nido.

Ren no pudo soportar verlo durante más tiempo. Su corazón estaba a punto de estallarle en el pecho. Era más fácil darse la vuelta.

Casi había llegado de nuevo al edificio principal, cuando los escuchó. Grandes alas batiendo en el aire, en un ritmo lento pero constante.

Las tres criaturas se elevaron en el cielo.

Ren sintió la adrenalina de Theo y creyó oír algunos gritos de júbilo de los jinetes, al saborear la libertad del vuelo.

Al principio, había temido que su vínculo tardara años en repararse; que el intento de separación del doctor Horn lo hubiera reducido a algo débil o pequeño, pero era evidente que ese revés había sido temporal. Sabía que la magia que fluía entre ellos nunca había sido tan plena, tan rica, tan profunda.

Aunque no pasó mucho, antes de que la adrenalina de Theo se desvaneciera, y fuera reemplazada por un temor creciente.

Una emoción gemela ya se agitaba en sus propios pensamientos.

La persona que más amaba se dirigía a una cámara funeraria de dragón. Uno que había demostrado ser lo bastante poderoso como

para lanzar un ataque contra la ciudad mágica más grande de la historia.

Ren deseó que volvieran. Que alguno de los wyverns enfermara o que una tormenta surgiera en el horizonte. Cualquier cosa.

Pero, en lugar de eso, siguieron volando.

43

NEVELYN TIN'VORI

Nevelyn alzó una ceja cuando Ren Monroe tomó asiento en la sala de guerra.

—Me sorprende que te hayas quedado.

Esta frunció el ceño ante sus palabras.

—¿Por qué no lo iba a hacer?

—Porque estás enamorada de él. Va a enfrentarse a un dragón. Yo… habría apostado todo a que te irías con él.

Sin quererlo, Nevelyn vio una imagen de Garth, y no la versión de la que se había encariñado. No. Fue obligada a verlo como su versión final: la garganta abierta y los ojos sin vida.

Tuvo que sacudir la cabeza para deshacerse de esa imagen.

Había sospechado que Ren intentaría escabullirse con el otro grupo, porque Nevelyn haría cualquier cosa por volver a ver a Garth. Montar un wyvern. Enfrentar un dragón. Pelear contra un ejército. Todo lo que le quedaba de él era Josey, y ya lo protegía con fiereza. Luchaba por conservar ese último talismán, de la única persona que realmente la había visto como era, y la había amado como era. Le parecía ridículo exigirle eso a otra persona, pero había asumido que Ren haría cualquier cosa por estar al lado de Theo.

La chica pareció leerle el pensamiento.

—Nunca estamos separados completamente.

Nevelyn arrugó el ceño.

—¿Te refieres a un rollo… espiritual?

Ren soltó una risa. Parecía que iba a guardarse su secreto, pero cambió de idea.

—No. Estamos vinculados. La magia siempre se desarrolla de forma extraña entre dos personas unidas por un vínculo. Siempre surgen características únicas. La nuestra es que podemos tirar el uno del otro, a través del lazo. De una ubicación a otra. Piénsalo como una especie de portal de cera privado. Puedo ver destellos de lo que él hace, oír lo que dice, pero no puedo responderle. Solo se activa en momentos de alta emoción.

Nevelyn se recostó en su silla, con su mente a cien por hora. Pensó en guardar sus propios secretos, pero se dio cuenta de que Ren intentaba construir una confianza entre ellas. No sabía qué ganaría haciéndose enemiga de esta chica, porque en todos los sentidos, sus destinos estaban entrelazados.

—Así que eso es lo que sucedió con Ava.

Ren se quedó muy, muy quieta.

Nevelyn sabía que era una chica que había pasado la mayor parte de su vida cazando o siendo cazada, por lo que ahora estaba calculando, en silencio, cómo responder a eso.

Finalmente, habló.

—Tu hermana… A quien creí muerta, hasta hace media hora.

Nevelyn alzó una ceja.

—¿Cómo sabes que no lo está?

—Has preguntado por familiares no mágicos —señaló Ren—. La verdad es que no podría ser otra persona. Josey tiene magia. Dahvid también. Asumo que Ava…, de alguna manera, consiguió sobrevivir. Se reunió contigo, y has logrado mantenerla oculta todo este tiempo, pero ha contraído la plaga. Lo que significa que ahora mismo está esperando instrucciones en la finca Tin'Vori.

Nevelyn se recostó en su silla.

—Dioses, tu inteligencia es realmente molesta, ¿lo sabes? Sí, está esperando en nuestra finca. Le he enviado una carta informándole sobre nuestros planes de viajar a Merosueño. No te guardo rencor por lo que hiciste. No sabías quién era, y, aunque lo hubieras sabido, estaba a punto de matar a Theo. Hiciste lo que tenías que hacer. Ava podría… ¿despreciarte?

Ren resopló.

—Puedo con eso.

—Suele expresar su desprecio con cuchillos.

—Una Tin'Vori rencorosa. ¡Qué sorpresa!

Fue el turno de Nevelyn de resoplar.

—Tú no eres mejor.

—Justo. Hablando de sorpresas, siento una curiosidad horrible sobre lo que sucedió en la Casa del Faro.

—¿Te diste cuenta?

—Apenas. ¿Cómo fuiste capaz de resistir el hechizo de Avid?

Nevelyn tocó el dije que colgaba de su collar.

—Mi magia está ligada a esto. Un lado me permite empujar a alguien. Puedo pedirles que me ignoren… o que me olviden por completo. Ese fue el hechizo que usé con tu madre el año pasado en Ravinia. Ha sido un don útil, creciendo como hemos crecido. Siempre en movimiento. Si encontraba a un matón, aprendí a… Simplemente, pasar desapercibida. Pero ese no es mi único don. Me llevó años descubrir la otra mitad de mi poder.

—¿También puedes atraerlos? —adivinó Ren.

Un día, Nevelyn se acostumbraría a que esa chica siempre tuviera razón.

—Sí, siempre lo he llamado mi magia de contemplación. No la uso muy a menudo. No es cómoda. Problemas de ser introvertida, supongo. Prefiero no ser vista. Pero, si quiero, puedo hacer que alguien me vea. Obligarle a centrar toda su atención en mí. Puedo… —Bajó la voz. Estaban solas en la mesa, pero no era algo que quisiera compartir con nadie más—. A veces puedo hacer que me obedezcan. Doblegarlos a mi voluntad.

Ren asintió.

—Tu magia te ocultó del hechizo de Avid. Eso suena… útil.

Esta vez, Nevelyn resopló.

—Lo es.

Las dos guardaron silencio, por un momento.

Nevelyn siempre había sentido un respeto a regañadientes por Monroe, y ese sentimiento solo había crecido en los últimos minutos. Solo quedaba una espina por sacar.

—Intentaste matar a mi hermana —dijo Nevelyn—. La dejaste por muerta en la nieve. ¿Por qué?

—Porque estaba a punto de matar a Theo. Él… tiró de mí, a través del vínculo, como ya lo había hecho antes. Solo que esta vez, estaba ahí parada, viéndolo morir. Estaba tan desesperada que fui físicamente a Nostra y le lancé un hechizo. Lo siento, Nevelyn, pero no sabía que era tu hermana. Solo sabía que Theo estaba a punto de morir. ¿Qué habrías hecho tú?

Nevelyn habría hecho cualquier cosa por salvar a las personas que ama.

—Esto es interesante —indicó.

—Ah…, ¿sí?

—Sí. El año pasado, bajo amenaza de muerte, dijiste que no lo amabas.

Ren asintió.

—Era cierto.

—Lo sé. De lo contrario, habrías perdido una extremidad, pero ahora ya no es cierto.

Los ojos de la chica se desviaron hacia las ventanas. Los wyverns ya se habían perdido de vista.

Nevelyn también los había observado partir.

La mirada de Ren descendió hacia el suelo.

—No. Ya no lo es.

Un abismo profundo pareció abrirse en el pecho de Nevelyn. Comprendía perfectamente la situación de Ren, y, al mismo tiempo, la odiaba por poder decir eso. ¿Por qué a la persona que ella amaba la habían salvado? ¿Por qué Garth tuvo que morir? Dulce Garth… Los ojos de Nevelyn volvieron a la ventana y al cielo vacío. Tal vez, Ren conozca pronto ese dolor*.*

«Ojalá nadie tenga que conocer este dolor».

Antes de que pudieran decir más, el aire a su alrededor se quebró, lleno de magia. Dos figuras aparecieron en el pequeño espacio entre la mesa y la pared del fondo. Ambas estaban congeladas en una especie de limbo suspendido. Sus pies flotaban por encima del suelo y sus ojos estaban vidriosos, desenfocados.

Nevelyn reconoció ese breve momento donde el cuerpo llega antes que la mente.

Avid Shiverian había regresado. Encogida a su lado, iba una anciana con los mismos rasgos físicos: una nariz pequeña, una barbilla afilada y ojos cristalinos. Tenían los brazos enlazados con delicadeza. Estaba claro que Avid le ofrecía estabilidad a la mujer mayor, mientras sus pies finalmente tocaban el suelo firme.

Ren fue la primera en romper el silencio.

—Me había olvidado por completo de tu abuela.

Avid estaba ayudando a la mujer mayor a sentarse en la silla más cercana.

El comentario de Ren atrajo la atención de su nueva invitada. Sus ojos eran de ese inquietante azul penetrante, que Nevelyn solo había visto en los ancianos.

—¿¡Oh!? ¿Ahora resulta que soy *su* abuela? Que los dioses nos ayuden. Disculpad, pero ¿desde cuándo hemos empezado a definir a la generación mayor en función de la menor? Mi nombre es Ingrid Shiverian. Cuando mi nieta aquí presente invente los hechizos fundamentales de física isométrica, entonces podéis empezar a llamarme *su* abuela. Hasta entonces, tened un poco de maldito respeto.

«Vaya, ya me cae bien».

Ella y Ren intercambiaron sonrisas.

En cuanto la mujer estuvo bien acomodada en su silla, miró a su alrededor, desconcertada por lo que veía.

—¿Y bien? ¿Qué demonios estáis esperando? ¿Necesito soplar un cuerno para que os mováis? Traedme los mapas. Vamos, en marcha.

Avid les hizo un gesto a ambas para que se pusieran de pie y la siguieran.

—Tenemos que ir a la biblioteca principal de Balmerick. Debería haber mapas topográficos de las regiones circundantes. Mi abuela necesita las versiones más actualizadas. Si conseguimos la información correcta, quizás pueda ajustar la escultura de cera de la sala de portales, para que represente el área cerca de Merosueño. Entonces, solo tendrían que encender la vela para esa ubicación y esperar a que se active el hechizo del portal. Resolvería nuestros problemas de suministro.

Ren siempre se estremecía, cada vez que pensaba en usar la sala del portal, pero esa incomodidad fue sustituida con rapidez por la posibilidad de que la escultura que había usado, semana tras semana, pudiera ser modificada después de tanto tiempo.

—¿Cómo se puede alterar la magia? ¿No necesitarías al artista original? Pensaba que alguien llamado Gothen la había hecho.

Solo lo sabía porque Theo lo había mencionado durante su discusión con Avy. Una justificación de por qué debía permitírsele poner las botas sobre la cera. El escultor era un «amigo de la familia».

Ingrid Shiverian le dedicó a Ren una sonrisa enigmática.

—Siempre he dicho que uno debe ser lo suficientemente poderoso, pero no demasiado. Si lo eres en exceso, tus enemigos te desafiarán. Si lo eres poco, no te respetarán. Gothen es el nombre que usamos para ocultar algunos de nuestros talentos. Un esfuerzo por mantener ese delicado equilibrio. Sí, necesitas al hechicero original, y, por suerte, lo tienes. —Se señaló a sí misma y luego las despidió con uno de los gestos más groseros que Ren había visto jamás. Era como si estuviera espantando a los sirvientes hacia una habitación trasera—. Ahora, portaos bien y traedme lo que he pedido, antes de que me quede dormida.

44

MERCY WHITAKER

Mercy no había volado nunca sobre el lomo de un wyvern, y, probablemente, no lo haría de nuevo.

Su estómago daba vueltas, incómodo, con cada ascenso o descenso de altitud. Siempre le habían parecido criaturas hermosas, sí, pero desde la distancia. Alas majestuosas, colores brillantes, velocidad vertiginosa…

No había nada hermoso en la forma en que rebotaba contra el lomo del wyvern, insegura de si las cuerdas que la sujetaban a la criatura estaban lo suficientemente apretadas como para resistir su velocidad. Tampoco ayudaba que estuviera atrapada al lado de Dahvid Tin'Vori, quien, al parecer, se había quedado dormido.

Su grupo de siete estaba repartido en tres wyverns. Era la partida de caza más formidable con la que había viajado jamás.

Theo Brood era el líder de una de las grandes casas. Dahvid, supuestamente, había ganado una prueba de guantelete en Ravinia, algo que todos sabían que requería mucho más que una sonrisa. Los otros cuatro miembros no eran famosos, pero eso no los hacía menos útiles.

Margaret Woods era la única estudiante que se había ofrecido como voluntaria. Había ganado todos los torneos juveniles de gladiadores de la ciudad, durante el último año, y ahora estaba armada con una espada mágica.

Dos de los miembros eran hermanos. Win y Guion. Uno tenía talento para hechizos de largo alcance y el otro estaba entrenado en combate cuerpo a cuerpo. Estaban vinculados. Una rareza entre familiares, pero su padre los había entrenado para un escuadrón de

élite de una gran casa. Creía que unos guerreros vinculados serían más atractivos como reclutas.

El último voluntario era un pionero llamado Redding. Mercy pensaba que sus habilidades —técnicas de supervivencia y familiaridad con las montañas—, podrían ser las más útiles de todas. Todavía no sabían si la ubicación estaba en lo profundo de la cadena montañosa o en las estribaciones inferiores.

No había recibido más cartas del maestro de sabuesos, y eso le preocupaba. Temía haberlo enviado a un peligro innecesario, al dejarlo viajar a Colinas Errantes.

«¿Y si los Hacedores lo habían interceptado allí?».

Con suerte, había sobrevivido al viaje inicial y ahora escoltaba a los otros dos sabuesos hacia la misma ubicación a la que ellos volaban. En un mundo ideal, los perros los ayudarían a descender hasta la cámara funeraria real.

Mercy había leído un poco sobre ellas antes de partir.

Las cámaras eran obra de los propios dragones. La mejor suposición de los «expertos» era que los dragones, al presentir su muerte, se enterraban bajo tierra. Una vez allí, esculpían la piedra y la tierra para crear una cámara donde morir.

Nadie sabía con certeza si eso era cierto, ya que nadie había presenciado jamás el proceso.

«Dioses, en serio vamos a bajar a una cámara funeraria de dragón».

No había nadie a quien culpar por su situación.

Todo había sido idea de ella, y ahora estaba atrapada liderando una expedición a un lugar maldito, para ejecutar una magia que no estaba del todo segura de que funcionaría.

Una cosa era realizar un procedimiento de separación en condiciones ideales, pero era muy diferente a intentar lo mismo en un dragón muerto.

Poco a poco, las montañas comenzaron a alzarse, enormes, en el horizonte. Cada pico de forma individual se volvía más claro.

Mercy miró a Dahvid y observó que sus ojos finalmente estaban abiertos. Eran de un azul impactante que le recordaba al océano.

Estaba pensando en algo que decir, cuando este giró el cuello, tanto como el arnés le permitió, y vomitó.

Había visto muchas cosas desagradables trabajando en el hospital, pero casi siempre llevaba mascarilla y guantes. El rocío de bilis, traído por el viento hasta su frente, no fue muy ideal.

Ni siquiera podía limpiarse bien.

Dahvid gritó una disculpa, antes de cerrar los ojos de nuevo.

Así que no estaba dormido. Estaba mareado.

Mercy enterró su rostro en el pelaje áspero del wyvern, para intentar limpiarse, y luego pasó la siguiente hora soñando con un baño caliente.

La primera señal de que se acercaban a la ubicación correcta vino de los propios wyverns.

El estómago de Mercy dio un vuelco cuando entraron en un giro repentino. Su montura extendió las alas y viró en una nueva dirección.

El jinete trató de enderezarlo. Funcionó, pero solo durante un instante. Una vez más, la criatura se desvió, lanzando unos chillidos que le recordaban más a una gallina gigante que a un ser capaz de destriparla con un solo zarpazo.

Un vistazo rápido le mostró que los otros wyverns se comportaban igual.

Los jinetes intercambiaron señales manuales antes de comenzar el descenso.

Esa fue la peor parte: un descenso en espiral que hizo que su estómago se revolviera.

Aterrizaron con un golpe brusco.

Cuando el viento amainó, Dahvid empezó a disculparse de forma apropiada, pero Mercy se apresuró a desabrocharse. Solo había aflojado una hebilla, antes de vomitar su propio desayuno sobre el ala derecha… y las botas de Dahvid.

Fue un alivio instantáneo.

Se limpió la boca con una manga antes de mirar a su compañero de viaje.

—Supongo que estamos en paz.

Ante eso, él sonrió.

Los demás desmontaron, pero los wyverns volvían a dar problemas.

Se resistían a las órdenes básicas.

Los tres bajaron la cabeza al suelo y, una vez que los jinetes se alejaron, también extendieron las alas, aplanándolas contra la tierra. Era casi como si intentaran mimetizarse con las colinas rocosas.

El grupo se reunió a un lado, observando el entorno.

Pasaron varios minutos, antes de que el jinete principal lograra calmar a su montura y se uniera a ellos.

—Lo siento, no volarán más cerca. Sienten algo peligroso en estas colinas. Da igual cuán bien entrenados estén. Sus ancestros sabían que, cuando un dragón estaba cerca, no te acercabas. O te escondías o huías. Eso es lo que están haciendo. —Señaló a los wyverns acurrucados entre el polvo y la hierba—. ¿Veis las cabezas y las alas bajadas? No se les enseña eso. Nacen con el instinto.

Mercy asintió.

—Entonces, haremos el resto del camino a pie. ¿Tienes las coordenadas?

El jinete asintió.

—Puedo orientaros en la dirección correcta, pero el resto depende de vosotros. Tomad.

Antes de que se extendiera mucho, Mercy llamó a Redding. Creía que era mejor que el verdadero pionero del grupo recibiera las indicaciones.

El jinete le explicó los puntos de referencia. Un árbol específico en las colinas lejanas. Una grieta entre dos montañas. Lo orientó con precisión —como una flecha—, y le dio una estimación aproximada del trayecto.

Redding anotó todo en un pequeño cuaderno antes de asentir, y Mercy se lo agradeció.

—Ockley quería que dos wyverns regresaran a Kathor —comentó —. ¿Crees que podrás mantener a uno de ellos lo bastante cerca del sitio de enterramiento? ¿O estarán demasiado asustados?

El jinete se giró, orientándose con el paisaje detrás de ellos, antes de señalar.

—Llevaré a mi wyvern hasta ese saliente, ¿lo veis? Aquel en el que sobresalen las rocas. Algo de distancia debería calmarlo, pero aún estaremos lo bastante cerca para ayudar. Recordad que hay un radio alrededor del sitio de entierro al que mi wyvern no entrará. Si me necesitáis, tendréis que retroceder fuera de ese círculo y podremos recogeros.

Mercy asintió.

—Gracias. Y lo siento por lo de…

Él la interrumpió con un gesto.

—Todos vomitan durante su primer vuelo. Buena caza.

Su wyvern había comenzado a emitir un agudo chillido. Lo vio correr para calmar a la criatura, antes de volverse hacia su propio grupo.

Los preparativos estaban en marcha.

Theo Brood había descargado un cofre reforzado. Abrió la tapa y empezó a repartir capas y guanteletes, además de una serie de medias palas. Había tardado varios días en reunir todo el equipo necesario. Parte de la ropa tejida con hechizos provenía del arsenal personal de la familia Shiverian. Otras piezas habían sido donadas por los Winters y los Proctors. Ni siquiera podrían acercarse a la cámara sin ellos.

—Una capa para cada uno —indicó Theo—. Tienen encantamientos de amortiguación sensorial, tejidos en la tela. Vuestra producción mágica no se verá afectada, pero impedirá que el dragón perciba vuestros hechizos, hasta el momento exacto en que salgan de vuestro cuerpo. Debería bastar para que podamos lanzar magia de forma segura dentro de la cámara funeraria. Aseguraos de poneros primero los trajes. Las capas no caben dentro de ellos…

Los trajes grises como el humo habían sido creados específicamente para los trabajadores del gobierno que se encargaban de uno de los sitios de entierro de dragones, ubicados justo fuera de los límites de la ciudad de Kathor.

Mercy —como tantos otros niños de Kathor—, había visitado ese sitio en excursiones escolares durante su infancia. Ahora, casi resultaba sorprendente pensar que les habían permitido estar tan

cerca de una criatura tan poderosa. Aunque, si la memoria no le fallaba, ese dragón había sido drenado, casi por completo, por cultivadores de drogas. Le habían quitado casi todas las escamas. Le habían robado todas las garras. Cuando lo vio por primera vez, el cadáver no era más que un esqueleto desplomado sobre piedras estériles. Era probable que este se encontrara mucho más intacto. Era posible que ni siquiera hubiese sido saqueado.

—Arakyl. —Margaret probó el nombre en voz alta—. No recuerdo ese nombre.

Todos estaban ocupados poniéndose los trajes encima de la ropa.

—Yo tampoco lo recordaba —admitió Mercy.

Después de la revelación de Josey, hizo lo posible por investigar el nombre y la ubicación de la tumba.

Ren Monroe fue de gran ayuda en esa parte. En realidad, se apropió de todo el proceso y encontró el doble de información en la mitad de tiempo. Era como si hubiera nacido dentro de una biblioteca.

Juntas, armaron un retrato bastante imperfecto.

—La cámara funeraria fue descubierta hace doce años. Es el hallazgo más reciente en varias décadas. Se publicaron artículos, hubo mucho entusiasmo, pero solo durante la primera semana después del descubrimiento.

»La ciudad reclamó los derechos sobre el lugar, para investigación mágica. La recolección estaba programada para más adelante ese mismo año, pero luego se canceló. Supuestamente, alguien «desacreditó» el sitio, diciendo que no eran huesos reales de dragón.

»A partir de ahí, el interés se desvaneció. No hay una sola mención del sitio en ningún informe. Ni siquiera en los documentos privados de las grandes casas que hemos leído. Es como si todos decidieran ignorar el emplazamiento.

»La vida del dragón también es un misterio. Solo encontramos una historia que menciona su nombre, pero de forma anecdótica.

Todos ajustaban sus trajes. Tiraban de las mangas y subían los cierres hasta la garganta.

A Margaret era a la única a la que no le quedaba perfecto. Ser una cabeza más alta que el resto del grupo dejaba sus tobillos expuestos.

Mercy le ofreció el paquete de vendas de repuesto.

—Envuélvete los tobillos con esto. No querrás ninguna exposición directa a los gases que hay ahí abajo.

La doctora observó cómo la chica comenzaba a enrollar la gruesa tela alrededor de cada tobillo.

Los demás levantaron los pulgares. Estaban armados y listos.

La voz más profunda de Dahvid rompió el silencio:

—¿Cuál era la historia?

Esperaba que nadie lo preguntara.

Ren había encontrado el relato en un libro centrado principalmente en cómo crear y sostener aldeas. La mayor parte del libro se enfocaba en técnicas de supervivencia, pero cada capítulo comenzaba con una breve anécdota. No había forma de verificar la información que encontraron, pero eso no impidió que Mercy la memorizara, esperando hallar pistas.

—Una vez, un hombre se perdió en el bosque. Dos dragones lo encontraron al mismo tiempo. Mientras el hombre, aterrorizado, se quedaba ahí, temblando ante ellos, los dragones debatieron quién debía comérselo. Uno se llamaba Arakyl. El otro, Provenance. Tras un largo debate, Arakyl sugirió que Provenance se lo comiera primero. Una vez terminado, podrían viajar en el tiempo y así Arakyl se lo comería la próxima vez.

»Provenance aceptó, y lo devoró hasta los huesos.

»Cuando su estómago se asentó, los dragones usaron su magia para viajar atrás en el tiempo. Por supuesto, el hombre también había escuchado el plan. Así que, tan pronto como apareció otra vez en el bosque, vivo y entero, huyó corriendo de vuelta a su aldea. Aunque el recuerdo de ser devorado lo atormentaba, también creía que había sido lo bastante astuto para burlar a la muerte. Lo que desconocía, es que los dragones habían buscado su aldea durante meses. Estaba bien escondida…, hasta que su huida desesperada los condujo directo a ella. Esa noche, se dieron un festín con todo el pueblo.

Margaret frunció el ceño.

—¿Por qué no lo dejaron ir desde el principio? Habría corrido a la aldea de la misma manera.

—Eso habría sido sospechoso —comentó Win—. Si un par de dragones lo dejaban ir sin razón, habría sospechado. El truco del viaje en el tiempo lo engañó, para que pensara que los había vencido.

Guion negó.

—Es solo una historia, tonto.

Antes de que los hermanos comenzaran una pelea de verdad, Theo intervino:

—Esas historias no deben tomarse literalmente. Son solo sombras de una verdad más grande. Hay que extrapolar. Hay dos lecciones: la primera es que Arakyl trabajaba con otro dragón. Eso es raro. La mayoría eran criaturas solitarias. Vagaban solas. La segunda es que fue lo bastante paciente como para postergar su hambre por un premio mucho mayor. Eso también es raro. Pensad en el resto de las historias. Muchas se centran en lo impulsivos que son los dragones, pero Arakyl fue paciente, lo suficiente como para seguir un plan mayor. Lo que significa que también habrá considerado qué hacer si alguien ataca su cámara funeraria. Tenemos que entrar allí sabiendo que probablemente ya va dos pasos por delante.

Todos asintieron.

Mercy no se molestó en señalar que la lección que ella había sacado de la historia era que Arakyl era inusualmente violento.

La mayoría de las historias sobre dragones no implicaban aldeas enteras pereciendo. Los dragones solían ver a los humanos como juguetes interesantes. Les robaban lo más preciado. Los engañaban, como gatos, jugando con ratones antes de devorarlos. Incluso había historias sobre dragones que se obsesionaban con una sola persona. Torturándola con el tiempo, sin razón aparente. No recordaba ninguna historia donde un dragón cazara a tal escala, pero no le dijo nada al grupo. Era mejor dejar que la advertencia de Theo guiara el camino.

El grupo empezó a caminar hacia el oeste, sobre las colinas frente a ellos, y el aire se volvía más frío a cada paso.

No pudo evitar pensar en los antiguos mapas que los primeros Delveanos dibujaron de este continente. Antes de atreverse siquiera a navegar hacia él. Siempre había tres palabras escritas en las esquinas superiores. Una advertencia para que los marineros no se acercaran al lugar que finalmente reclamarían como suyo. La única tierra que ella había conocido.

Aquí hay dragones.

Ahora, tenía la intención de ignorar ese mismo consejo y encontrar uno por sí misma.

45

NEVELYN TIN'VORI

Nevelyn nunca había comprendido cuán asombrosamente compleja podía ser la magia.

El núcleo de sus propios hechizos siempre había sido muy simple. Podía desaparecer de la existencia o consumir por completo la atención de alguien. Empujar y atraer. Su dependencia de esos dos poderosos hechizos significaba que nunca había dedicado tiempo a aprender más. Aparte de una exploración profunda del tejido mágico, no había tenido otra educación adicional.

La verdad era que se le había negado la oportunidad.

Cuando huyeron de Kathor, fueron a lugares que eran buenos para esconderse, pero no para entrenar a jóvenes hechiceros. Incluso Ravinia, una ciudad propiamente dicha, no tenía nada parecido a Balmerick. Y, si lo hubiera tenido, ¿qué escuela habría aceptado a un trío de huérfanos sin dinero?

Había pasado dos días en Balmerick, y eso bastó para darse cuenta de todo lo que se había perdido. Primero, escuchó mientras Avid —una chica que no tenía ni un día más de quince años—, enseñaba hechizos fundamentales a los niños. La estructura de su lección era impresionante. Cómo ciertos hechizos se podían construir sobre otros; cómo un tipo de conocimiento llevaba a otro y luego a otro más.

Y Nevelyn sabía que las lecciones de Avid eran solo una prueba de ese mundo. Diseñadas específicamente para que los niños pudieran procesar la información.

Ahora observaba a la abuela de Avid llevar esos conceptos básicos hasta sus límites naturales.

Era devastadoramente complejo.

La anciana apenas podía caminar por el campus, pero, en cuanto la colocaron frente a la gran escultura de cera, en la sala del portal, comenzó a desmantelar hechizos con décadas de antigüedad, con poco más que un movimiento de su huesuda muñeca.

Chispas brillantes salpicaban el aire cada pocos segundos.

Nevelyn no podía entender qué significaba cada color y forma, pero Ren Monroe, en cambio, parecía estar leyendo lo que sucedía, como si se tratara de un libro agradable, escrito en un idioma que conocía de forma íntima.

De vez en cuando, Nevelyn la veía asentir con aprobación ante un hechizo específico que Ingrid estaba utilizando.

Al otro extremo de la sala, Avid Shiverian estaba sentada, disimulando bostezos.

«Dioses, está aburrida con magia que yo ni siquiera puedo comprender».

Después de disipar la magia incrustada en las paredes circundantes, Ingrid comenzó a centrarse en la escultura de cera en sí.

Aquí fue donde finalmente empezó a tener dificultades.

Avid lo notó.

La joven apartó un último bostezo, cruzó la sala y colocó una mano en la espalda de su abuela para mantenerla firme y erguida.

Nevelyn observó movimiento en la superficie de cera. Era como si hubieran encendido un fuego bajo toda la escultura. Con lentitud, se estaba volviendo más maleable, aplastándose en una masa sin forma.

En sus dos primeros intentos, el mapa volvió a su forma original. Esa disposición perfecta de Kathor con todos sus edificios, canales y distritos.

Ingrid soltó algunas de las palabrotas más creativas que Nevelyn había oído en su vida.

Cuando terminaba de maldecir al universo, reanudaba la tarea como si estuviera empezando desde cero.

Su tercer intento cruzó un umbral que los anteriores no habían alcanzado. El entramado de edificios se derritió por completo en la

superficie de la escultura, burbujeando, hasta que la tierra se convirtió en una esfera sin rasgos. Era como podría haber sido antes de que cualquiera de las grandes casas llegara a Kathor. Una tierra gobernada por dragones y lo salvaje.

Fue entonces cuando Nevelyn notó que la esfera giraba. Casi demasiado rápido como para notarlo.

Todo el objeto giraba bajo los dedos nudosos de Ingrid.

Esta esperó hasta el momento justo y luego clavó su varita directamente en la cera.

El recipiente casi se agrieta. Nevelyn lo escuchó. Ese primer crujido de la madera al borde de ceder, pero entonces la magia se ramificó hacia fuera. Lenguas recorrieron la esfera.

Avid tuvo que afianzarse con fuerza, cuando las vibraciones casi derriban a su abuela.

Pero estaba funcionando.

Nevelyn vio pequeñas colinas emerger en la superficie. Montañas alzarse como los dientes de alguna bestia dormida. Cientos de brotes crecieron en cientos de árboles, que formaron docenas de bosques. Una sola vela apareció —con mecha y todo—, en el centro de la maqueta.

Fue entonces cuando Ingrid perdió el control de la magia.

El hechizo se le escurrió con un susurro burlón. Fue como si alguien hubiera dado un puñetazo al aire de la habitación y todo el aliento se hubiera ido de golpe.

Ingrid se desplomó en la silla más cercana con la ayuda de Avid.

Ren frunció el ceño al ver el resultado final.

—Está incompleto.

Tenía razón. Era obvio. El área central de la maqueta era impecable. Todos los bosques rodeaban una colina que se inclinaba directamente hacia el muro exterior de una ciudad: Merosueño. La vela había emergido justo en el exterior de esas imponentes puertas. Pero, cuanto más se alejaba la vista de esa ubicación, menos definido se veía todo.

El pecho de Ingrid subía y bajaba de forma pesada. Esos ojos azul hielo estaban abiertos de par en par y desenfocados.

Tardó un momento en recuperarse. Cuando lo hizo, miró su creación con el ceño arrugado, como una artista que acababa de usar el color equivocado.

—Bueno. Es lo mejor que puedo hacer —dijo—. Debería funcionar sin problema.

Nevelyn no pudo evitar repetir esa palabra:

—¿Debería?

—Si puedes mejorarlo, eres bienvenida a intentarlo —respondió la anciana—. Ahora, quiero té. Nada de esas porquerías con sabor. Quiero algo oscuro y fuerte. Tráeme una taza decente, también.

Nevelyn sintió que esa anciana merecía que le lanzaran una taza de té a la cara, pero, por suerte, Ren Monroe respondió antes de que pudiera sugerirlo:

—Yo buscaré el té.

—Yo te ayudaré —indicó Nevelyn, ansiosa por escapar de ese lugar.

Mientras se alejaban, escucharon a Ingrid murmurarle a su nieta:

—¿Se necesitan dos para hacer té? Estoy empezando a dudar de que la magia sobreviva, querida.

Ren también lo había escuchado, y las dos sonrieron.

Una vez fuera del alcance del oído, Nevelyn le dio un codazo a la otra chica.

—Oye. ¿De verdad crees que esa escultura va a funcionar? No estoy ansiosa por ver a Josey perdido en los portales de cera, porque esa bruja no haya podido terminar un hechizo.

—La magia base es sólida. He estado siguiendo cada conjuro, por si acaso. No ha perdido el toque. Estoy bastante segura de que Avid también lo ha hecho. Va a funcionar. Puede que solo requiera una combustión más larga de lo…

Monroe fue interrumpida por un estruendo lejano, al que le siguió un segundo y un tercero.

El suelo bajo ellas tembló, por el impacto de alguna explosión distante.

Ambas extendieron los brazos para mantener el equilibrio, y luego cruzaron la mirada.

—Eso ha sido aquí arriba —dijo Nevelyn—. ¿Cómo, si no, lo habríamos sentido?

Dos edificios —la biblioteca y el comedor—, obstruían su vista del resto de Las Alturas.

Ren las condujo, trotando, hacia la derecha, para mantener su elevación actual.

Poco a poco, la respuesta apareció ante ellas.

Varios incendios arrasaban el vecindario, que otros habían llamado el Distrito de las Perlas. En algún momento, esa parte de la ciudad había sido considerada la mayor hazaña arquitectónica de la era mágica. Pero, mientras observaban, los muros blancos se ennegrecían. Las llamas rugían cada vez más alto, hasta que los refugios mágicos entre casas se rompieron.

La magia había sido diseñada exactamente para este momento: si una casa ardía, las otras se salvarían.

El problema era que había pequeños incendios por todas partes. Presionando las barreras desde demasiadas direcciones. Drenando las defensas mágicas lenta pero inexorablemente.

Todo lo que podían hacer era observar cómo el fuego saltaba de una casa a otra, y a otra. Grandes nubes de humo empezaron a extenderse por el cielo. Era como ver el fin del mundo.

46

MERCY WHITAKER

Su grupo de búsqueda avanzaba con cautela por la ladera.

Nadie sabía con certeza dónde se encontraba la cámara. No tenían información sobre quién podría estar allí para custodiar el lugar. Tampoco sabían si el dragón muerto era realmente responsable del complot que les había arrebatado su ciudad. ¿Y si otro culpable había creado, en secreto, la enfermedad en ese sitio, y por eso había llegado el sabueso?

Mercy deseaba alguna señal de que estaban en el camino correcto.

Fue Redding quien avistó la primera pista.

—Mirad esa zona —dijo.

Todos los bosques de la zona eran ralos. No más de unos pocos árboles creciendo juntos. El joven señalaba un lugar donde los árboles eran inexplicablemente pequeños. Había crecimiento, pero no se comparaba con el del bosque circundante.

—Se quemó —indicó Theo—, cuando el dragón se enterró aquí.

Por supuesto, la vida de los árboles no se mide en días, sino en décadas.

Mercy pudo ver que ese era el lugar correcto.

El incendio, cuando fuera que ocurrió, había abarcado dos laderas y un valle solitario. Aún era un área bastante extensa, pero agradecía que su búsqueda se redujera a esa zona. Incluso el aire era extraño, como si el tiempo se hubiera detenido.

Su grupo amplió la marcha, ojos atentos a cualquier tipo de pista. Mercy se encontraba buscando cualquier señal del sabueso.

«¿Dónde estás? ¿Dónde está tu amo?».

Fue Margaret quien tropezó con algo y descubrió la siguiente pista. Cayó rodando y casi se cortó con la hoja de su espada.

Guion y Win intercambiaron sonrisas antes de ayudarla a ponerse de pie, pero con lo que se había enredado no era natural en absoluto.

Todos rodearon el sitio, mientras Theo se inclinaba y empezaba a tirar de algo. Era casi del mismo color que el suelo y ofrecía muy poca resistencia. El musgo había crecido sobre ello, y alrededor. La tierra había rellenado los huecos que quedaban.

—Tela —dijo Theo—. Alguien ha cubierto este lugar con tela.

Sin otra pista mejor, repartieron las medias palas y comenzaron a excavar.

Trabajaban sin descanso, retirando grandes tiras de tela que parecían interminables.

El trabajo físico solo parecía natural en Dahvid y Margaret, que usaban sus botas para clavar las herramientas con más profundidad, antes de lanzar grandes trozos de tierra por el aire.

Todos estaban sudando, cuando por fin la tierra cedió ante lo que aguardaba debajo: oscuridad.

—Ese es el túnel principal —señaló Theo—. Es la entrada que los dragones dejan sin sellar al morir, para alentar a los visitantes. Alguien ha intentado cubrirla con tela, como es evidente.

El túnel descendía en diagonal hacia la tierra. El original debió haber sido mucho más ancho, pero el tiempo había sellado lentamente los bordes, como una herida que sana poco a poco. Era lo suficientemente amplio para que dos personas descendieran lado a lado.

Estar allí, hacía que Mercy se sintiera a punto de arrastrarse por la garganta de alguna bestia terrible. Una sensación que solo empeoraba con las grandes bocanadas de aire caliente que subían desde abajo.

—Es decir, encuentran este sitio —comentó la doctora—, lo reportan en Kathor. La ciudad lo reclama…, y luego alguien dice que es falso. Todos empiezan a ignorarlo. Después, alguien cubre la entrada con, ¿una lona? No querían que nadie más lo encontrara.

Nadie cuestionó esa teoría.

Cuando todos se quedaron un rato mirando al vacío oscuro, Dahvid rompió el silencio.

—¿No vamos a entrar?

Theo negó.

—Prefiero encontrar un túnel secundario. Este… sería como llamar a la puerta principal. El dragón lo deja a propósito. Está encantado para que sepa que vamos. Queremos entrar por la parte trasera. Forzar una ventana, por así decirlo. Debería haber otros túneles. Los animales salvajes se sienten atraídos por las cámaras funerarias, por las mismas razones que los humanos: son nexo de poder y magia. Tal vez encontremos un viejo túnel de lobos o algo así…

Dahvid lo observaba.

—Entonces, ¿por qué nos has hecho cavar todo esto?

—Oh… —Theo miró a su alrededor, a las palas abandonadas y los rostros sudorosos—. Bueno, teníamos que confirmar dónde estaba la cámara. Ahora lo sabemos.

Antes de que Dahvid pudiera responder, algo atrajo su atención. Todos vieron la figura distante al mismo tiempo. O más bien, figuras.

Un hombre apareció, tambaleándose, sobre la cima de una de las colinas lejanas. Estaba a unos quinientos pasos de su ubicación. Lo seguían tres sabuesos.

Mercy dejó escapar un enorme suspiro de alivio. Esto era justo lo que necesitaba. Algo que, por fin, jugara a su favor.

—Ese es el maestro de sabuesos que contraté —dijo la doctora, empezando ya a caminar en esa dirección—. Uno de sus sabuesos rastreó el olor hasta este lugar. Supongo que podrán encontrar uno de los túneles que mencionas, Theo. Será mucho más fácil que hacerlo nosotros mismos. Nos ahorrará unas horas.

Había dado una docena de pasos, antes de notar que el maestro de sabuesos no se movía. Estaba lo suficientemente cerca como para distinguir su figura, pero demasiado lejos para ver su expresión.

Mientras lo observaba, el hombre se llevó una mano a los labios, y se escuchó un silbido agudo, que resonó por los valles a su alrededor, llevado por el viento.

Los tres sabuesos salieron disparados, corriendo a toda velocidad.

Desde esa distancia, parecían hermosos. Pura poesía en movimiento, pero Mercy sabía, por su primer encuentro en la morgue, que esas criaturas no eran ni bonitas ni elegantes. Eran cazadores. Entrenados para rastrear olores, encontrar presas y matar si era necesario.

Observó con confusión cómo sus movimientos se coordinaban. Uno tomó la delantera. Los otros dos se abrieron hacia los lados y finalmente comprendió que se posicionaban para acorralar algo.

Hizo falta el apretón de Dahvid en su brazo, para darse cuenta de que ese «algo» eran ellos.

Le susurró al oído que empezara a moverse, y que lo hiciera *ya*.

Una última mirada le mostró que los sabuesos ya habían cubierto casi la mitad de la distancia. Sus grandes flancos subían y bajaban. Sus ojos brillaban como brasas medio apagadas, en la luz que se desvanecía.

Cuando el terreno los ocultó de su vista, Mercy apartó la mirada y corrió hacia los demás. Ya se había tomado una decisión.

A Theo no le gustaba, pero tampoco protestó. ¿Qué otra opción tenían? Su grupo comenzó el descenso por el túnel principal.

Escuchó el susurro de la magia y vio a Theo erigiendo barreras en la entrada. Algo para retrasar a los sabuesos cuando llegaran.

El corazón de Mercy latía con fuerza en su pecho. Más fuerte que nunca.

Tardó varios minutos de descenso en la oscuridad, en darse cuenta de que los latidos que escuchaba no eran los de ella.

Algo más los esperaba en las entrañas de ese lugar.

Bum. Bum. Bum.

La oscuridad los recibió con los brazos abiertos.

47

REN MONROE

Su primer pensamiento fue movilizarse lo más rápidamente posible. Cualquier mago que conociera los hechizos estándar de desoxigenación. Incluso la magia de manipulación de agua sería útil.

Atravesó de nuevo la sala de guerra como un trueno, lista para unirse a los demás, y encontró a Able Ockley sentado con tranquilidad, observando los incendios a través de la ventana. Nadie salía corriendo a apagar el fuego. Simplemente…, lo observaban.

—¿Qué es esto? ¿Por qué no estamos enviando gente allí fuera?

—Porque es demasiado tarde —respondió él.

—¿Demasiado tarde? Tenemos magia. Podemos apagar esos incendios.

—Podríamos, pero el daño ya está hecho. Mira hacia arriba.

Ren cruzó la sala para tener un mejor ángulo de visión.

Por supuesto, Las Alturas, al estar tan expuestas a los elementos, habían sido creadas con una atmósfera altamente regulada. El sistema rotaba entre patrones climáticos preestablecidos, diseñados tanto para sustentar la vegetación general como para satisfacer a los residentes adinerados que llamaban hogar a esa zona. Esa regulación solo podía lograrse en un entorno pequeño y controlado. Para ello, diseñaron una enorme esfera que encerraba la sección flotante de la ciudad. Sabía, por sus estudios, que el conjuro inicial había requerido a cientos de magos, trabajando en turnos durante días.

Si la cúpula actual fallaba, no era algo que pudieran replicar.

Arriba, las nubes oscuras de humo se acumulaban, presionando contra los bordes de la barrera, antes de formar una falsa tormenta.

Evidentemente, no había válvulas de escape. O al menos, ninguna lo bastante grande como para manejar la cantidad de toxinas que comenzaban a derramarse en el aire. La cúpula se había diseñado para manejar algún que otro incendio —no docenas al mismo tiempo —. Lo que significaba que los mismos hechizos que habían mantenido alejados los vientos helados y las tormentas, durante casi una década, ahora atrapaban gases nocivos.

«¿Cuánto faltaría para que el aire se volviera irrespirable?».

Su mente fue directa a las soluciones.

—¿Y el encantamiento de dispersión de Winslow? Si conseguimos suficiente gente…

—¿Y adónde se dispersarían las toxinas? —preguntó Ockley, y estaba claro que llevaba sentado ahí pensando en el problema desde que comenzaron los incendios—. La magia de dispersión necesita una atmósfera infinita. No la tenemos en Las Alturas. Hay válvulas de liberación en las esquinas de la cúpula, diseñadas para rotar el aire, pero no son lo suficientemente grandes. No, con tanto humo.

Ren se sintió impotente.

—¿Y si destruimos la barrera?

—¿Y exponer una ciudad flotante a los elementos de esta altitud? Además, eso requeriría poder. Necesitaríamos a casi todos lanzando hechizos sin parar para destruirla. No, solo hay una opción. —Ren lo miró fijamente—. Irnos. Lo antes posible.

En el fondo, había esperado que eso no ocurriera hasta que Theo regresara. El viaje a Merosueño debería ser algo que hicieran juntos. Un nuevo lugar, un nuevo hogar, una nueva vida.

Silenciosamente, apartó esa versión ideal, colocándola en un estante polvoriento, en una esquina de su mente. Los incendios estaban forzando su decisión. No había nada más que pudieran hacer.

—Avisaré a los demás.

No tardó en cundir el pánico en Balmerick. La gente gritaba desde las ventanas, vociferaba en los pasillos. Reunían todas sus pertenencias personales —y más—. Ya no había garantía de que lo que dejaban atrás en el campus fuera a estar a salvo. Si querían que algo sobreviviera, tenían que llevárselo con ellos.

Mientras todos se movían, comenzó a llegar una corriente de personas nuevas al borde del campus. Able Ockley bajó, con un pequeño grupo, a recibirlos, preocupado de que fuera un ataque, pero pronto quedó claro que también trataban de sobrevivir a los incendios.

Eran los residentes que antes los habían observado con incertidumbre desde sus ventanas, y ahora venían con la esperanza de ser rescatados, pero el problema era que ninguno de ellos tenía magia. Cuando Ren y el resto de los magos se trasladaran a Merosueño, todos ellos se quedarían allí atrapados.

—Voy a revisar el nido —dijo Ren, cuando Ockley regresó—. Mantén a todos en movimiento, que se dirijan hacia la sala del portal, y diles que solo traigan lo realmente necesario.

Pequeños grupos de magos comenzaron a cruzar el patio principal.

Ren vio a Nevelyn Tin'Vori al frente de la entrada de la sala del portal. Pudo oír a su amiga dando repetidas instrucciones sobre qué hacer y qué esperar.

En la otra dirección, los supervivientes no mágicos estaban apiñados, con aspecto miserable e incierto. Era comprensible, considerando que estaban atrapados en una isla flotante en llamas.

Alguien había provocado esto.

Ren se detuvo un segundo, sorprendida por ese pensamiento. Había habido varias explosiones. El fuego se extendía más rápido que lo normal. La única forma de romper las protecciones mágicas de este lugar era coordinando varios incendios que dañaran lentamente las barreras, desde distintos ángulos. O Las Alturas acababan de sufrir la catástrofe más desafortunada jamás vista… o alguien había diseñado este ataque.

Hizo una nota mental para preguntar quién había estado ausente del campus, pero, al retomar el paso, se dio cuenta de que no tenía tiempo para jugar a la espía.

Al llegar al nido, vio que un wyvern había regresado.

Por fin, algo de buena suerte.

Ren encontró al jinete a medio quitarse el equipo. Tenía el cabello revuelto por el viento. También olía como el interior de un establo.

Ese tipo de olor espeso a animal que solo significaba que su montura había trabajado duro para llevar al grupo al oeste, y aún más para regresar con rapidez. Odiaba exigirle más.

—¿Puedes hacer unos cuantos vuelos más? Cortos, esta vez.

El jinete no se quejó.

Asintió y se puso el equipo de nuevo.

El rescate estaba en marcha.

Solo esperaba que la criatura tuviera suficiente energía para llevar a todos a un lugar seguro. Era probable que hicieran falta una docena de vuelos para trasladar a todo el grupo a la ciudad, y no ayudaba que el número de personas agolpadas en la entrada del campus hubiera aumentado.

A continuación, Ren se dirigió a la sala del portal.

Una verdadera multitud se agolpaba frente al edificio. Al menos cuarenta de los magos supervivientes ya se habían reunido allí. Nevelyn había estado ocupada organizando a los niños. Al parecer, les había asignado «compañeros», algo que Ren consideró un sistema bastante ingenioso.

La mayoría de los padres habían aprobado el viaje a Las Alturas, creyendo que sus hijos estarían más seguros ahí que en la ciudad. Ninguno había sido informado del cambio de planes que implicaba llevarlos a Merosueño. No había tiempo para eso. Solo podían esperar que los padres quisieran que sus hijos estuvieran en el lugar más seguro posible.

—¿Recuento? —preguntó Ren, al llegar junto a Nevelyn.

—Tenemos cuarenta y ocho de cincuenta y seis… Creo. Los niños son endemoniadamente inquietos.

—Y, aun así, eres bastante buena con ellos.

Nevelyn le lanzó una mirada que podría matar.

Ren le sonrió con complicidad. Había llegado a apreciar a su antigua cómplice. Eran tan cercanas, como podían serlo dos personas que, por naturaleza, mantenían al mundo a raya.

—¿Podrías hacerme un favor?

Nevelyn asintió sin dudar.

Ren mantuvo el tono baja.

—Cuando el conteo esté cerca del número completo, avísame si alguien falta… O si ves algo raro. Estos incendios no han sido un accidente.

Observó al grupo que esperaba. Había estudiantes que no conocía, así como algunas personas que había visto en la Casa del Faro. Nadie que le inspirara plena confianza ni desconfianza, lo que, lamentablemente, convertía a todos en sospechosos.

—Tal vez sea más fácil una vez que todos estén dentro. ¿Qué estamos esperando? ¿Ingrid sigue trabajando en la magia?

Nevelyn se encogió de hombros.

—No lo sé. Estaba aquí parada y, por alguna razón, la gente ha asumido que yo estaba a cargo.

—Bueno, tú estás a cargo.

—No quiero estar a cargo. Sé tú la que mande.

Ren volvió a sonreír.

—Entonces, ¿estamos esperando por nada?

—Dioses, siéntete libre de hacer un anuncio.

Se desató más caos mientras todos se movían del patio hacia los confines más estrechos de la sala del portal.

Ren pensó que Ingrid estaría todavía ajustando su hechizo. En cambio, encontró a la anciana acomodada en una de las sillas, arropada con una manta, profundamente dormida.

Su segunda preocupación fue que la sala no fuera lo bastante grande para acomodar a un grupo de ese tamaño. Solo había visto grupos de seis o siete estudiantes usar el portal a la vez.

Observó cómo cada asiento comenzaba a ocuparse.

Avid fue la última del grupo en entrar. Luchaba con el peso de una enorme mochila.

—He sacado todos los textos importantes que he podido encontrar. Pensaba que estarían a salvo aquí arriba, pero ahora no estoy segura. Si los Hacedores empiezan a quemar bibliotecas en la ciudad, al menos tendremos copias de los conceptos mágicos más importantes, para las futuras generaciones.

Ren asintió, reconociendo su previsión.

La chica encontró un asiento vacío junto a su abuela, mientras Nevelyn realizaba otro recuento. Ren la oyó susurrar amenazas a

algunos de los niños que habían convertido el cambio de asientos en un juego.

Tal vez habría sido gracioso, si no estuvieran todos por embarcarse a un exilio forzado. La realidad comenzaba a asentarse, como una piedra en el estómago.

La escultura de cera desapareció.

Ren frunció el ceño y, entonces, sintió el familiar tirón a través del vínculo. Las paredes se disolvieron. Los rostros y luces alrededor se mezclaron en algo mucho más oscuro. Los pies de Ren se apoyaron en el suelo de una caverna. Alguien había conjurado una luz. A su resplandor, vio al grupo de escolta. Su intuición sobre el vínculo era correcta. Cualquier daño que el doctor Horn hubiera hecho, se estaba curando a gran velocidad. Al menos lo suficiente como para ser arrastrada a cientos de kilómetros y presenciar lo que Theo quería mostrarle.

Nadie parecía herido, pero ¿dónde estaban? ¿Ya bajo tierra? El aire era denso y caliente… y había algo más.

Ren sintió un repentino nudo en el centro del pecho. Era como si alguien hubiera atado una cuerda a su corazón y estuviera tirando, pacientemente, hacia una dirección que no quería seguir.

Era una sensación de impotencia. Similar a la que sintió en la mesa, antes del procedimiento de separación, o en la casa de Della, momentos antes de ser torturada.

Era como si una presencia inevitable hubiera estado esperando su llegada.

Pero entonces, Theo apareció en su visión. Esa sensación de impotencia se desvaneció. Llevaba su traje protector y la capa que los Shiverians le habían proporcionado. Todas esas capas oscuras realzaban el brillo de su cabello y la palidez de su piel. Era increíblemente apuesto.

—Estamos en el túnel principal —anunció Theo. Estaba claro que hablaba en voz alta para que ella lo escuchara—. Tenemos algunos invitados inesperados, pero estamos seguros por ahora. Nuestro plan es avanzar hacia la cámara principal y comenzar pronto. ¿Todo bien por allá?

Claro. Debió haber sentido la oleada de pánico después de lo sucedido. Todo eso se habría transmitido a través del vínculo, en un cúmulo de emociones crudas.

Ren sabía que no podía hablarle de esa forma, pero sí podía transmitirle su mezcla de emociones actuales: persistencia, determinación y firmeza. Sí, había incendios, pero tenían un plan: Merosueño.

Theo miró directamente su forma fantasmal, asintió una vez, y luego cortó la conexión.

Aún podía ver sus ojos —con una determinación ardiente—, cuando la realidad volvió a aparecer. La escultura, la gente, y Nevelyn Tin'Vori frente a ella, frunciendo el ceño.

—¿Qué ha sido eso?

Ren parpadeó, algo mareada.

—Lo que te he mencionado antes. Theo, Dahvid y los demás. Ya están en el túnel principal. A punto de avanzar.

Nevelyn asintió, y luego maldijo:

—Maldición, he perdido la cuenta. Déjame empezar otra vez.

Tuvo que hacer otra ronda para reportar. Tenían a cincuenta y cuatro de los cincuenta y seis magos en la sala. Ockley seguía fuera, supervisando al wyvern, lo que dejaba a un rezagado.

—Falta alguien —susurró Ren.

—Podría ser sospechoso… o simplemente alguien que se ha quedado dormido.

Ren asintió.

—Que todos enciendan sus velas.

Su mente trabajaba a toda velocidad, mientras Nevelyn daba las instrucciones.

«¿Quién faltaba? Si era uno de los estudiantes, no tendría manera de verificar quién era. Tal vez, Able los conocía a todos, pero ni eso era seguro. ¿Sería uno de los supervivientes que había conocido en la Casa del Faro?».

Ren intentó repasar mentalmente aquella noche, cada rostro y conversación, pero su mente estaba atrapada en todas las demás preocupaciones logísticas.

El proceso de encendido de velas comenzó.

Uno de los estudiantes de Balmerick retiró la varilla ceremonial de la pared. Encendió la única mecha, y luego la pasó a la siguiente persona.

Ren observó cómo Ellison Proctor repetía sus movimientos.

Era una especie de simulacro de encender la vela que funcionaba igual que el acto en sí. Lentamente, la varilla pasaba de mano en mano, en la dirección de las agujas del reloj. Algunas personas temblaban al cogerla.

Ren lo observaba todo, esperando que algún pequeño detalle despertara algo.

A unos asientos de distancia, volvió a ver a la niña: Winnie Fletcher. Su pierna derecha temblaba. También enroscaba su trenza blanca fantasmal. Igual que en la Casa del Faro. Ren se dio cuenta de que su padre no estaba allí —ni podía estarlo—, porque no tenía magia para subir a Las Alturas. La pobre niña estaba a punto de alejarse de él y de todo lo que conocía. No era extraño que tuviera miedo.

Ren se levantó en silencio de su asiento y se agachó frente a la niña.

—Ey… No hay por qué estar nerviosa —susurró Ren—. Este hechizo nos permite viajar juntos. Es más fácil así. La fuerza está en los números. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Winnie asintió.

—Es solo que… uno de los chicos ha dicho que alguien murió aquí dentro. —El corazón de Ren se hundió en su estómago. La niña parecía aterrada al contarle el rumor—. Ha dicho que hubo un accidente, la magia no funcionó y alguien murió.

Era difícil no sentir que el fantasma de Timmons rondaba detrás de la niña, observando y esperando la respuesta de Ren.

Se armó de valor antes de mirarla a los ojos.

—No dejaré que nada te pase. Te lo prometo. Te lo prometo dos veces.

No tenía ni idea de si la niña había entendido que Ren estaba haciendo un juramento doble, pero las palabras lograron que Winnie asintiera con firmeza.

Ella le devolvió el gesto, antes de volver a sentarse.

Aunque estaba perfectamente quieta, su corazón golpeaba con fuerza en su pecho. Aparte de la supervivencia de Theo, nada parecía importar más en ese momento que lo que acababa de prometerle a esa niña. Sentía que era el único camino que podría alejarla de su venganza y culpa, y devolverla a algo completo.

A mitad del proceso de encendido, Able Ockley regresó. Le dirigió un asentimiento cortés, antes de dejarse caer en el asiento junto a Avid. Al menos, eso significaba que una tarea estaba cumplida. Los supervivientes no mágicos de Las Alturas estaban a salvo en la ciudad inferior.

Llegó el turno de Ren. Tomó la varilla encendida y no dejó pasar el eco de ese momento. Dos años atrás, había estado en ese mismo lugar. Sentada en esa misma silla.

Inhaló con fuerza, encendió la vela frente a ella y pasó la varilla a la siguiente persona.

Estaba sumida en sus pensamientos, cuando notó que Nevelyn mantenía una intensa conversación en susurros con su protegido. Josey asentía con énfasis sobre algo, lo que llevó a Nevelyn a cruzar la sala y acercarse a Ren.

—El que falta es Theo —susurró.

Esta frunció el ceño.

—Por supuesto. Está con el grupo de cazadores…

Entonces lo comprendió. Nevelyn no hablaba de *su* Theo. Hablaba del niño. Aquel que la había hecho reír tanto en la Casa del Faro. Supuestamente, nombrado en honor a Theo Brood. Un sirviente de su casa, y alguien cuya presencia nunca se habían molestado en cuestionar ni verificar, porque su existencia parecía una broma.

Ren se puso de pie. Escaneó la sala y confirmó que el niño no estaba allí.

Caminó hacia donde estaba sentado Ockley.

—¿En qué habitación estaba Theodore Crane?

Él frunció el ceño.

—Tercer piso. Ala trasera… Creo que era la habitación 307.

Sus ojos se dirigieron a Avid.

—¿Cuánto tiempo tengo? Antes de que se active el hechizo.

—Menos de treinta minutos.

—Volveré. Mantén a todos tranquilos.

Nevelyn parecía lista para acompañarla, pero Ren la tranquilizó con un asentimiento rápido. Sabía que estaría bien. Había enfrentado cara a cara a Landwin Brood. No le temía al primo de Theo. Ni siquiera creía que pudiera encontrarlo. Si él era el responsable de los incendios, sospechaba que ya se habría teletransportado de regreso a la ciudad bajo ellos, para reunirse con quienquiera que le hubiera asignado esa terrible tarea.

Pero sabía que registrar su habitación podía ofrecer pistas.

Cruzó el patio de nuevo, con los pies llevándola hacia ese edificio de dormitorios. La adrenalina palpitaba en su pecho mientras apretaba y volvía a apretar su varita con forma de herradura. Esa sensación coincidía con lo que sentía a través del vínculo con Theo. Ambos estaban al borde de algo terrible e incierto. Ambos ignoraban qué peligro los aguardaba a la vuelta de la esquina.

Y, aun así, seguían avanzando.

A lo desconocido.

48

MERCY WHITAKER

Todavía no habían llegado a la cámara propiamente dicha, pero Mercy ya podía oír una voz susurrándole. Justo en el borde de lo audible. Creyó escuchar su nombre, pronunciado con la voz de su abuela. Luego, con la de Devlin. No oyó sus súplicas silenciosas, porque sabía que no eran reales.

Los demás mostraban distintos grados de agitación, pero la única solución era seguir avanzando.

—Una vez dentro, necesitaremos tener los hechizos de protección listos —dijo ella—. Vamos a forzar a Arakyl a alimentarse de esa barrera mágica, hasta que haya establecido todos los hechizos de visualización. Luego, trabajaremos en cortar los hilos de manipulación. Cuando ese primer escudo falle, rotamos a una nueva pareja para lanzar la siguiente barrera. Theo, querías hacer el primer conjuro, ¿verdad?

Él asintió.

—Haré equipo con Redding. Recordad, no se trata solo de crear ese escudo inicial. Tenemos que seguir alimentando esa magia activamente. Reforzándola. Incluso los dragones siguen la ley de agresión de Wickham. Eso significa que cada nuevo escudo debe ser lo suficientemente fuerte como para impedir que Arakyl se concentre en el hechizo que lanza Mercy, o atacará a la única persona que no podemos permitirnos perder. Guion y Win, vosotros estaréis a cargo del segundo hechizo. Dahvid, si tú…

—Me enfocaré en destruir los hilos —dijo este, cortando de raíz cualquier intento de darle órdenes.

Mercy pensó que estaba claro que entre ellos había algún tipo de historia, porque era patente que no estaba dispuesto a recibir órdenes de un Brood.

—Nos ocuparemos de los hilos, hasta que esos perros lleguen a la cámara principal —continuó Dahvid—. Entonces, todos tendremos que cerrar la formación y concentrarnos en la amenaza inmediata.

Cuando todos se sintieron seguros con el plan, Theo y Redding se posicionaron al frente de la estrecha antesala y comenzaron su hechizo.

Mercy respiró con profundidad, tratando de calmarse, mientras un escudo casi invisible se formaba en el aire. Sintió una oscuridad ominosa. Era como si los ojos de una criatura ancestral se hubieran abierto lentamente, fijándose en ellos. El escudo se extendió, tenue y tembloroso, a través de la entrada. Un último tirón mágico fijó el hechizo en su sitio.

Entonces, se oyeron susurros en el aire. Cientos de voces distintas. Del pasado. Del presente. Del futuro —si es que ella tenía alguno fuera de esas paredes—. Mercy las oyó susurrar diferentes destinos. En unos, moría y los gusanos devoraban su cadáver. En otros, se volvía inmensamente poderosa, gobernando reinos enteros. Y, de repente, las voces se desvanecieron, dejando un silencio espantoso.

Theo se volvió hacia ella y sus ojos fueron dos pozos vacíos en un rostro de cera.

—¿Has venido hasta aquí para morir?

Mercy parpadeó.

—¿Qué?

Sus rasgos habían vuelto a la normalidad.

—¿Estás lista?

Sabía que tenía que ser Arakyl, tratando de sembrar oscuridad entre ellos.

Le ofreció a Theo el asentimiento más seguro que pudo, y el grupo avanzó.

Fueron recibidos por un leve aumento de las sombras. Sin el hechizo de luz, solo podía ver a la persona justo frente a ella. Las paredes también se estrechaban, obligándolos a caminar agachados.

El túnel daba vueltas y más vueltas. Era como caminar por las entrañas de una serpiente inmensa.

Por fin, el pasadizo se abrió, desembocando en la cámara principal de entierro.

La luz emanaba del cadáver del dragón. Lo suficiente, como para llegar hasta donde estaban. Desde ese ángulo, la cámara parecía intacta. No había infraestructura humana, ni grandes puertas de acero, ni sistemas de filtración.

La ausencia de intervención humana hacía que el aire estuviera cargado de calor y repleto de colores que titilaban y se desvanecían, dependiendo de hacia dónde mirara. Sentía la sustancia intentando penetrar su traje protector. Buscando puntos débiles.

La cámara en sí era enorme. Tan grande que apenas alcanzaba a ver la pared opuesta a través de los vapores.

Finalmente, sus ojos se enfocaron en aquello que habían venido a ver.

Un dragón.

Arakyl.

Incluso pensar en su nombre ya parecía un error. Una invitación a su mente.

Mercy se vio obligada a presenciar a un dragón de escamas negras volando por un cielo vacío. La criatura era tan grande que bloqueaba el sol. Sabía que estaba presenciando otro tiempo, otro mundo diferente. Antes de que sus ancestros llegaran a ese continente.

La misma fuerza que la había guiado fuera, la movió de nuevo, como una muñeca de trapo. Apenas logró mantenerse en pie, y, en ese mismo instante, el escudo de Theo y Redding parpadeó. Estaba rechazando el ataque mental del dragón.

Al recuperar la claridad, Mercy evaluó el cadáver con rapidez. Su tamaño eclipsaba a los wyverns en los que habían volado. La mayor parte de su carne tenía un aspecto putrefacto, pero solo le faltaban unas pocas escamas. Contó tres o cuatro, a lo sumo. Esos huecos brillaban con una llama púrpura. Al igual que las cuencas vacías de los ojos. La luz hacía parecer que aún los observaba. Vivo. Un cuello medio podrido se extendía hasta el cuerpo.

La doctora se sorprendió de lo indefenso que parecía.

Solo los separaban de Arakyl una pequeña pendiente y unos cincuenta pasos de tierra compacta.

«¿Podía ser tan sencillo?».

Entonces, el dragón muerto alzó la cabeza.

El gran cráneo giró en su dirección.

Mercy pensó que era su imaginación. Los dragones eran famosos por alimentar las mentes humanas con ilusiones. Pero entonces, oyó a Theo Brood decir, en un susurro incrédulo:

—Dioses, ¡puede moverse!

El fuego arcano que giraba dentro de la criatura brilló en advertencia. Sabía que esos remolinos brillantes eran exactamente lo que los dragones usaban para cazar. Una luz intensa, diseñada para paralizar momentáneamente a su presa. Los humanos solo habían sobrevivido porque eran más inteligentes que otras criaturas.

—¡Todos en movimiento! ¡Ahora, ahora, ahora!

Su voz fue un empujón de vuelta a su propósito.

Theo y Redding caminaron en perfecta sincronía.

Dahvid flanqueaba a Mercy por la derecha. Margaret por la izquierda. No podía verlos, pero sabía que Guion y Win cerraban la retaguardia.

Todos se movían con una sola directiva en mente.

A mitad de camino, Arakyl lanzó una llamarada púrpura hacia ellos.

El golpe dio de lleno en el centro del escudo.

Theo y Redding apenas tuvieron tiempo de afirmarse, retrocedieron un paso, pero fue suficiente. El escudo resistió. La luz púrpura se dispersó.

Habría sido fácil quedarse mirando la lucha, viendo cómo vertían magia en las capas del escudo, mientras Arakyl preparaba otro ataque, pero esa no era su tarea.

Mercy vació su mente.

Imaginó que estaba en la sala de operaciones con el doctor Horn, repasando la lista de hechizos. Solo era una doctora. Ese dragón era solo un paciente necesitado de un procedimiento de separación.

Su primer hechizo iluminó el aire con esa conocida luz plateada.

Tuvo que esforzarse más de lo habitual para mantener su radio, pero la magia se sostuvo. La expandió, antes de utilizar el siguiente hechizo para envolver a los demás y a sí misma, protegiéndolos de su efecto.

Antes de poder lanzar la tercera capa, el doctor Horn apareció en su visión. Caminaba hacia ella, inspeccionando lo que había conjurado. Lo oyó susurrar que recordara el equilibrio. Fue impactante verlo allí. Aún más impactante, cuando se volvió hacia ella, con el rostro cubierto de horribles moretones y la mandíbula colgando de forma antinatural.

—Te mataré, Mercy Beatrice Whitaker. Te enterraré en la parte más oscura de la tierra. Te dejaré pudriéndote en un lugar donde nadie jamás te encontrará… Donde ninguna luz tocará…

Hubo otra explosión de luz púrpura.

Mercy sacudió la cabeza.

El doctor Horn no estaba allí. Era una ilusión.

Apretó los dientes, tan fuerte que le crujieron por el dolor, y volvió a concentrarse en su tarea.

La esfera que había conjurado ya era lo suficientemente densa para la siguiente fase.

A lo lejos, oyó a Theo gritar llamando a Guion y Win. Estaban a punto de realizar el primer relevo. Mercy ignoró sus voces y movimientos. Su trabajo era lo único que importaba.

Colocó ambas manos sobre el borde de la esfera flotante. Extendió los dedos lo más que pudo —los deformados le protestaron con dolor—, y entonces empujó la magia que la esperaba.

Varias cosas ocurrieron al mismo tiempo.

Hubo un destello de luz brillante. Un blanco caliente que los cegó momentáneamente a todos. Luego, el primer escudo se hizo trizas.

Guion y Win avanzaron mientras Theo y Redding se retiraban.

Todo con una sincronización impecable. Su escudo rugió al activarse, y fue más que suficiente para mantener la atención de Arakyl.

Un segundo después, el hechizo de Mercy encontró su equilibrio. La magia se expandió, como una piedra arrojada al agua, y una tercera luz llenó la sala.

Hilos.

Era exactamente como estar en el quirófano. Plateados brillantes, rojos inestables y amarillos luminosos. Magia que siempre había estado allí. Su hechizo simplemente la hacía visible. Los observó aparecer lentamente por toda la sala. Decenas de hilos… Y decenas y decenas más.

Mercy observó con creciente horror.

El hechizo revelaba más hilos de los que jamás había visto en un paciente humano. Grandes sogas de oro bruñido. Cordones más pequeños que parecían rayos de amanecer. El hilo más grueso salía del pecho de Arakyl y tenía un tono bronce envejecido.

Sabía que no era la única que los veía. Todos en el grupo echaban miradas al complejo entramado que se tejía en el aire. Incluso Arakyl parecía momentáneamente distraído.

Mercy sabía que debía seguir. Dar órdenes a Dahvid y Margaret. Pero los hilos continuaban apareciendo. Su último paciente había tenido unos cientos. Esto superaba los miles. Su tarea ya no era difícil. Era imposible.

«Podría volver a casa. Rendirnos. Entregarme ante la majestuosidad que es…».

—Mercy.

Dahvid estaba allí. Sintió su aliento contra el cuello. Un soplo de menta. Estaba tan cerca, que podía sentir su corazón latiendo contra su omóplato.

—Mercy, no escuches esa voz. Te necesitamos. ¿Me oyes? Necesitamos que nos digas qué hacer. No te has movido en más de un minuto. Deja de escucharlo. Quédate con nosotros…

Le habían parecido unos segundos. Apenas unos segundos.

Mercy se enfocó en el tacto de Dahvid sobre su hombro. Esa menta olía mucho mejor que el cadáver en descomposición que los rodeaba. Deslizó una mano hasta la sierra encantada que llevaba en el cinturón. Al sentir el mango bajo los dedos, su confianza regresó. Fue como si volviera a pisar suelo firme.

—Primero dinos qué hacer —repitió Dahvid—. Solo guíanos.

Ella asintió.

—Seguid rotando los escudos. Necesito probar los hilos. Una vez que sepa cuáles están conectados con los manipulados, podremos empezar a eliminarlos…

Pero los colores no eran los correctos. Había aprendido los patrones con sus pacientes anteriores. Plateado para mentores y maestros. El parentesco siempre en tonos rojos. Los colores que ahora llenaban la sala eran distintos a todo lo que había visto antes. Un patrón completamente nuevo.

«¿Sería que los vapores alteraban su apariencia? ¿O que los dragones eran diferentes de los humanos?».

Solo podía probar, color por color.

Tomó un hilo dorado apagado. Con cuidado, alineó el filo de su sierra y comenzó a cortar. Los dientes encantados se engancharon. De un lado al otro.

Fue recompensada con una imagen: aves. Docenas de aves en pleno vuelo.

Entonces parpadeó y volvió al presente.

Mercy vio otro hilo del mismo color a diez pasos de distancia. Fue hacia él y repitió el corte. Esta vez vio un ciervo, agachado junto a un arroyo, bebiendo agua con su lengua rosada.

—Animales —anunció, más para sí misma—. Esos hilos dorados claros son para animales. ¿Quizás presas? Recordad eso…

Dahvid asintió.

Ella intentó ignorar la intensidad con la que la observaba, mientras tomaba otro hilo y comenzaba a cortar.

Los hilos plateados eran de otros dragones. Vio conversaciones, batallas aéreas, y más. Oyó voces que sabía que el mundo había olvidado hacía mucho tiempo.

Esos hilos la dejaban más desorientada. Dos veces necesitó que Dahvid la estabilizara.

En algún momento, Guion y Win volvieron a cambiar.

Theo y Redding lanzaron el tercer escudo del grupo.

Grandes ráfagas de fuego púrpura seguían golpeando los bordes de su barrera, y la magia de Arakyl parecía corroer sus defensas cada vez más rápido. Era como si el dragón estuviera aprendiendo

de su magia, adaptándose como cualquier criatura inteligente lo haría.

Hilos blancos para paisajes.

Hilos rojos que parecían conectarse a versiones más jóvenes de Arakyl. Lo vio como un polluelo. No más grande que ella.

Finalmente, Mercy encontró los hilos que conectaban con personas. Un amarillo putrefacto, como el polen. Cuatro cortes de prueba revelaron un patrón. Vio a un hombre sentado en las almenas de un castillo, golpeando las piedras con los dedos, al ritmo del aburrimiento. Una mujer caminando por un bosque al amanecer. Cada imagen era una confirmación, porque en todas se veía la misma bufanda roja que se usaba para propagar el hechizo de manipulación.

—Son estos —anunció—. Cualquiera que tenga este tono de amarillo.

Ahora que sabía el color correcto, dio un paso atrás e intentó considerar el retrato completo. Como antes, le pareció abrumador. Había cientos de ese color. Al menos un tercio de las conexiones visibles. Sabía que no había otra opción que comenzar.

Mercy localizó el hilo que había probado antes y comenzó a serrar de nuevo, una y otra vez. Golpes mucho menos delicados que en una cirugía normal.

Finalmente, el hilo cedió.

Se retorció brevemente en el aire, como una serpiente a punto de atacar, y luego desapareció en una nube de polvo parecido al polen.

Detrás de ella, Dahvid y Margaret ya trabajaban. Los vio alineando sus hojas, antes de dar golpes certeros. Sus cuchillas cortaban los hilos mucho más rápido que la sierra de Mercy.

Otro escudo falló.

Theo Brood dio la orden de relevo.

La doctora sintió una ola de calor, pero fue recibida con un nuevo escudo. Al menos, la primera fase del plan funcionaba. Metódicamente, eliminaron cada hilo en la sección protegida por el escudo convocado.

—¡Theo! —gritó—. Tenemos que movernos. Necesito acceso a más hilos.

Una risa oscura llenó el aire. El sonido se deslizó como una víbora por las entrañas de Mercy.

Todos alzaron la vista justo a tiempo para ver a una figura avanzar con pasos exagerados sobre el cuello esquelético del dragón. Tres sombras lo seguían, deslizándose con eficiencia mortal.

El amo de los sabuesos había llegado.

49

REN MONROE

Ren había vivido en ese dormitorio durante su segundo y tercer año. Al no poder costearse comodidades adicionales, la habían colocado en el último piso, en una de las habitaciones más estrechas del campus. Aun así, había sido de ella. Había disfrutado de la libertad y la privacidad. Un espacio que podía moldear a su gusto.

Ahora subía las mismas escaleras que entonces, con la varita alzada y lista. Intentaba recordar todo lo que sabía sobre Theo Crane.

Él había afirmado ser un animador. Al parecer, su padre, Ben, había construido a Vega —que incluso ahora se aferraba a su hombro—. Eso le parecía un vínculo demasiado profundo para alguien que resultó ser un traidor.

¿Acaso Crane no tenía mucho más que ganar con la Casa Brood que con los Hacedores?

El único fallo que podía recordar era el desliz de Theo en la fiesta. No había sabido que el padre del chico estaba muerto.

¿Podría ser eso? Tal vez los Broods habían descuidado a la familia Crane durante su luto, y quizás el error de Theo había reabierto esa herida. Si la muerte había ocurrido durante el último año, era posible que tanto Theo como Landwin estuvieran demasiado distraídos para rendir los debidos honores a su familia.

Ren consideraba esas posibilidades, mientras subía al tercer piso.

El descansillo ofrecía una vista completa del pasillo superior del dormitorio. Las habitaciones flanqueaban ambos lados a lo largo de todo el corredor. La habitación que Ockley había mencionado debía

estar a mitad del pasillo. Los números pares a la izquierda. Impares a la derecha.

La joven ajustó el agarre sobre su varita y comenzó a caminar.

317, 315, 313, 309…

No tenía llave. De hecho, estaba entreabierta. Pudo ver una rendija de luz.

Ren lanzó un hechizo de reconocimiento rápido. Buscó trampas o hechizos de protección. No había nada lanzado sobre la entrada.

Abrió la puerta con lentitud, varita en alto.

Nadie saltó desde una esquina. Nadie le gritó que saliera. No había señal de Theo Crane durmiendo en la cama del rincón.

La habitación estaba vacía.

Solo el escritorio mostraba señales de uso.

Ren se deslizó hasta él, atraída por los libros abiertos, los diarios y los lápices. Parecía como si su ocupante hubiera estado en medio de los exámenes y hubiera salido a tomar una taza de té. Se preguntaba cómo confirmar que esa había sido su habitación, cuando sus ojos encontraron unas iniciales, bordadas en la esquina inferior derecha: TC.

—¿Qué estabas tramando, Crane?

Una de las páginas del libro más cercano estaba doblada. Hablaba sobre varios hechizos de conflagración. Justo el tipo de información que alguien necesitaría si estuviera planeando iniciar y propagar un fuego.

Ren frunció el ceño y pasó algunas páginas.

¿Por qué dejar los libros así? Sería obvio para cualquiera que entrara en la habitación. ¿Quizás no pensaba volver? Pero entonces, ¿cómo había salido de Las Alturas? Cabía la posibilidad de que hubiera robado uno de los restos de velas. No había estado vigilando todos los suministros.

Otro libro le llamó la atención. La página estaba abierta en un ensayo sobre el desarrollo histórico de las insurrecciones. ¿En serio? ¿Crane leía sobre el tipo exacto de revolución a la que se había unido? Y luego, inspirado por esa lectura, ¿había decidido iniciar un fuego que eliminaría uno de los mejores bastiones del contingente de magos supervivientes?

Esa escena le parecía diseñada para ser descubierta.

Lo único real, se dio cuenta, era el diario de Crane. Lo hojeó y notó que la caligrafía no coincidía con el resto de las notas de la mesa.

—Mierda.

Se giró y comenzó a gritar su nombre.

—¡Crane! ¿Estás aquí, Crane?

Ren fue de habitación en habitación.

Primero gritaba su nombre y luego escuchaba cómo se desvanecía el eco.

No fue hasta que llegó al final del pasillo, que por fin oyó algo. Un sonido de raspado.

Le llevó un momento ubicar la dirección del ruido y entonces comenzó a moverse, a buscar. Había un armario de limpieza cerca de las escaleras.

Un rápido hechizo voló el pomo de la puerta. La abrió de un tirón. Había fregonas abandonadas, suministros de limpieza esparcidos y Theo Crane.

Estaba atado y amordazado.

Ren pudo sentir varias capas de hechizos de silencio en el aire. Se había arrastrado desde una esquina del fondo. En la oscuridad, había logrado girarse para que sus manos, atadas como estaban, pudieran alcanzar la puerta. Había estado usando las uñas para raspar la madera. Cualquier otro sonido que hiciera habría sido silenciado, pero los hechizos de su captor no podían bloquear los sonidos que hacía la puerta en sí. Fue ingenioso de su parte.

—¿Quién ha hecho esto? —le preguntó, arrancándole la mordaza —. ¿Quién ha sido, Crane?

Las palabras salieron a borbotones, tras coger aire.

—Proctor. Ellison Proctor. Vendió las otras casas a los Hacedores. Cuando… estuvo en Kathor. Hizo un trato con ellos. Entregar las otras casas y las propiedades de la familia Proctor quedarán intactas. Ren, creo que algo terrible va a suceder.

—Lo sé, lo sé. Ya lo ha hecho. Los fuegos que ha iniciado se han esparcido por Las Alturas toda la mañana. La atmósfera ha sido arruinada. No es habitable. Vamos a Merosueño. La sala del portal

ya está activa, Crane. Tendremos que ocuparnos de él, cuando lleguemos a la ciudad…

El rostro de Theo se oscureció.

—No. Esa es… la primera fase. Lo estaba siguiendo, Ren. Desconfiaba de él. Ha enviado toda la información a los Hacedores. Querían que destruyera Las Alturas, pero eso es solo porque también saben sobre Merosueño. Les ha enviado la ubicación. Las coordenadas. Ha estado tomando notas todo este tiempo. En ese diario. Lo saben, señora Monroe. Saben adónde vamos. Lo saben todo.

El corazón se le detuvo en el pecho.

—¿Cuándo les dio los detalles?

—Hace días. Hace varios días, señora.

Merosueño estaba a al menos un día de viaje desde Kathor a pie. Quizás más. Su pensamiento inicial había sido que estaba demasiado lejos para que los Hacedores pudieran usar esa información de forma efectiva. Podrían encontrar la ciudad con el tiempo y colocar un ejército en el exterior de las murallas, pero, para entonces, ¿qué importaría? Los magos estarían a salvo, dentro. Había granjas que podían mantenerlos durante años.

Pero ahora sabía que habían pasado varios días desde que se filtró la ubicación.

Si Proctor había conseguido pasarles esa información con suficiente antelación, los Hacedores ya podrían haber reunido un pequeño ejército.

«¿Qué pasaría si el lugar al que estaban a punto de teletransportarse estaba rodeado?».

—¡Mierda, mierda, mierda!

Ren se dio vuelta y echó a correr.

Crane fue lo bastante astuto como para no hacer preguntas. Corrió tras ella.

Llegaron a las escaleras, bajando los peldaños de dos en dos y de tres en tres. A punto estuvo de deslizarse por una barandilla. El chico la había alcanzado para cuando llegaron a la planta baja.

Ren echó a correr por el pasillo principal, pero Crane gritó:

—¡Por aquí! ¡La puerta trasera! ¡Es más rápido!

Tenía razón.

Ren había olvidado ese pasillo trasero. Su rodilla izquierda casi cedió cuando giró en esa dirección.

Crane empujó la puerta y ella se coló tras él. Ambos estaban ya sin aliento, pero siguieron corriendo.

Cruzaron el patio central.

Theo atravesó el umbral justo antes que ella.

El pasillo que conducía a la sala le ofreció a Ren una vista parcial del interior.

Ellison Proctor estaba sentado al fondo. Cuando vio a Theo lanzarse en su dirección, abrió los ojos con una mezcla de sorpresa y alarma.

—¡Es una trampa! —gritó Ren. Avanzaba tambaleante por el pasillo. Casi había llegado—. ¡Ellison! Tenéis que salir de…

Antes de que pudiera decir más, Ellison saltó por encima de la barrera, a la altura de la cadera. Trepó sobre la escultura de cera, casi a cuatro patas, y se lanzó hacia la vela que todos habían encendido con tanto cuidado. Atrapó la llama entre los dedos extendidos. Un soplo de humo se alzó. No pasó nada.

Y luego pasó todo.

Las luces exteriores de la sala parpadearon en rápida sucesión. La señal de advertencia que Ren había visto cien veces. En ese instante fugaz, alcanzó a ver un cuadrado de tela roja asomando del bolsillo del abrigo de Ellison. Esa debía de ser su marca para los Hacedores. Una señal visual que les indicaba que debían perdonarle la vida.

Ren dio un paso más, antes de que la magia retumbara en la sala.

Poder. Poder puro, sin ataduras. Sintió la repentina fuerza empujarla hacia atrás. Como si un dios enfurecido la rechazara por haber pronunciado las palabras equivocadas en una plegaria.

«No, no, no…».

Algo iba mal. Esa magia debería haberla arrancado del suelo. Debería haber sentido su cuerpo comprimirse, apretado en un espacio demasiado pequeño, mientras se deslizaba por el portal de cera.

En lugar de eso, solo hubo un rugido ensordecedor.

Todos en la sala desaparecieron. Nevelyn Tin'Vori, Able Ockley, Winnie Fletcher.

Todos.

Todos, menos Ren y Crane.

El viento la arrojó contra la pared más cercana, y luego todo quedó en silencio.

Un aterrador silencio.

—Es una trampa —dijo Ren, a nadie.

50

NEVELYN TIN'VORI

Nevelyn atravesó la oscuridad silenciosa como un relámpago.

Su padre le había enseñado una vez que una mente dividida era peligrosa al entrar en los portales de cera, y, sin embargo, eso era exactamente lo que sentía.

Una parte de su mente pensaba en Ava, en que no había podido escribirle una segunda carta para avisarle de que se iban a Merosueño, antes de lo esperado.

También trataba de no preocuparse por el hecho de que su hermana no había respondido la primera carta.

Ava era lista.

Con suerte, al ver Las Alturas en llamas, sabría qué hacer.

Otra parte de la mente de Nevelyn estaba con Dahvid, en esa lejana cámara funeraria. Esperaba que su hermano supiera que no podría vivir sin él. Que su objetivo no era jugar al héroe, sino sobrevivir.

Todos esos pensamientos resonaban en ese lugar sin luz.

Y entonces, sus pies volvieron a tocar el suelo. Una colina cubierta de hierba. Bosques a la derecha e izquierda. Una leve pendiente que conducía a una muralla apenas visible. Merosueño.

Parecía un sueño…, hasta que vio a Able Ockley. Sus labios estaban tan rojos que parecía que llevara pintalabios. Y luego el «pintalabios» le chorreó por la barbilla.

«Sangre», se dio cuenta Nevelyn. «Eso parece sangre».

Una flecha le había atravesado la garganta. Otra el pecho. Una tercera el abdomen.

Ockley tropezó a su lado, levantó su varita y lanzó un último hechizo.

No hubo trueno, ni rugido, ni pulso. La magia no hizo ni un sonido. Nevelyn vio formarse una luna creciente en la punta de la varita. Con un pequeño giro de muñeca, la magia salió disparada hacia un grupo de soldados que cargaban.

Los deshizo.

No había otra palabra para ello. La manera en que sus miembros los abandonaban de repente. Cómo sus cuerpos se convertían en polvo, sin hacer ruido.

Ockley cayó de lado al tiempo que su hechizo sacudía las filas del ejército enemigo.

«Un ejército. Hay un ejército. Esperándonos».

La mente de Nevelyn alcanzó al fin su cuerpo.

Ren Monroe había regresado corriendo a la sala. Había gritado que todo era una trampa. Ellison Proctor… Él… se había arrastrado sobre la escultura. Había apagado la llama y había acelerado el hechizo.

«Es una trampa».

El hechizo de Ockley la había salvado. Fue distracción suficiente para que pudiera ubicarse. El tiempo justo para lanzar un escudo, mientras una nueva andanada de flechas silbaba desde la línea de árboles.

Su escudo detuvo una que habría sido letal.

Otros no tuvieron tanta suerte.

Escuchó gritos. Los dolores de parto del verdadero caos.

Nevelyn giró buscando a Josey y casi lo pisotea. Estaba en el suelo…, pero vivo. Su rostro estaba cubierto de puro terror.

Más flechas.

Nevelyn lo levantó de un tirón, lo abrazó con fuerza para protegerlo y retrocedió con lentitud hacia donde los otros magos formaban una defensa improvisada.

Algunos habían conjurado protecciones justo a tiempo.

Avid Shiverian se movía por sus filas como una general experimentada.

Nevelyn entendió que utilizaba magia de vinculación, para unir los escudos en una sola barrera más grande.

Ella y Josey se sumergieron bajo esa protección, mientras más flechas pasaban silbando sobre sus cabezas.

Había cuerpos por todas partes. Gente caída. Heridos.

Pero, al mirar hacia fuera, vio caos también. El hechizo de Ockley los había hecho retroceder. Nadie quería correr la misma suerte. También vio personas huyendo. Abandonando el ejército que se había reunido allí. No entendía la razón, pero lo importante era que muchos aún seguían ahí. Los Hacedores habían reunido un ejército real, y la mayor parte de él se interponía entre los magos y Merosueño. Todavía llovían proyectiles desde ambos lados del bosque. La mayoría eran desviados, pero cada impacto hacía que la gran barrera parpadeara. Ya se formaban pequeñas grietas. Estaban a salvo, por ahora, gracias a Avid. Pero ¿cuánto tiempo aguantarían los escudos?

Un gran cuerno sonó. Voces de generales enemigos. El ejército reanudó su avance. Un lento y constante paso hacia el círculo.

Nevelyn sabía que no podrían detener tanto proyectil y además combatir cuerpo a cuerpo. Si suficientes soldados los rodeaban, sus barreras se romperían y todo se reduciría a peleas directas. Combates que favorecían al enemigo. El círculo se iba cerrando como un nudo de horca.

—¡Agregad más capas a la barrera exterior! —gritaba Avid—. ¡Ya las he unido, pero necesitamos una segunda capa! ¡Que paguen por cada paso! ¡Magia de proyectil lista! ¡Despertad! ¡No hemos llegado hasta aquí para morir!

Su voz fue como un relámpago. Lo suficientemente fuerte y brillante como para devolver a la vida a algunos magos. Nevelyn los vio tomar posiciones, lanzar más protecciones o empuñar de nuevo sus varitas. Y, entonces, vio lo que faltaba en la formación: Ellison Proctor huía.

El apuesto chico de rizos dorados los había traicionado.

Lo vio correr, cruzar la barrera, con la bufanda roja alzada en la mano, ondeando, para que todos pudieran verla.

Nevelyn no fue capaz de pensar en un hechizo que pudiera detenerlo a tiempo.

«Maldita sea, se va a escapar».

Pero varias flechas atravesaron su pecho. Ellison trastabilló dos pasos a la derecha… y cayó.

Nevelyn abrió los ojos de par en par. No lo habían perdonado. Aunque les había entregado esta ubicación…, no lo habían perdonado.

«Lo que significa que a nosotros tampoco».

—¡Niños, al centro! —gritó Nevelyn, comprendiendo que esto era a vida o muerte. No habría piedad para ninguno—. ¡No me importa si creéis que estáis listos para luchar! ¡Pronto habrá soldados atravesando las protecciones y no dudarán en destriparos a todos! ¡No puedo permitirlo! ¡Sois nuestro futuro! ¡Al centro, con las varitas listas! ¡Si la línea cae, estad listos para lanzar vuestras propias barreras! ¡¡Moveos, ya!!

Avid Shiverian asintió, agradecida.

Los niños empezaron a correr hacia el centro, pero el verdadero problema seguía ahí. El ejército estaba a poco más de veinte pasos.

—Quien tenga experiencia en combate —gritó Avid—, ¡fuera, en la formación exterior! ¡Tenéis magia, ellos no! ¡Usadla! ¡No os guardéis nada! ¡Castigad cada paso que den! ¡Estudiantes de Balmerick detrás del primer grupo! ¡Seguid comunicándoos! ¡Avisad de cualquier rotura! Todos los demás, niños y ancianos…

La joven se detuvo de golpe.

Nevelyn vio el porqué.

Otra figura se había separado del grupo. No era una carrera frenética, como la de Ellison Proctor. En cambio, observó a una figura frágil salir de la barrera protectora: Ingrid Shiverian.

Nevelyn pensó que la anciana estaba confundida, y que se había salido del área segura por accidente.

Pero entonces, una llamarada salió disparada de su varita, con una velocidad aterradora.

El estallido obligó a los soldados a retroceder.

Ingrid aprovechó su momento de duda, y su siguiente hechizo fue un cometa de fuego. Cruzó sobre sus cabezas, como si lo hubieran

lanzado con un cañón. El hechizo impactó en el árbol más grande del bosque.

La mujer giró su varita hacia el otro lado y lanzó el mismo hechizo.

Las llamas se encendieron al instante. Se propagaban de rama en rama.

El primer soldado que se lanzó contra la anciana recibió una tercera descarga de fuego directo en el pecho. El fuego se extendió desde él, hasta los dos soldados más cercanos.

Hubo gritos.

Ingrid parecía capaz de abrirse paso a través de todo su ejército…, hasta que la primera flecha la alcanzó en el pecho. Luego, una lanza se le clavó en el abdomen. Perdió el control de la varita que había usado toda su vida, y entonces cayó.

Avid no gritó. No cayó de rodillas. En cambio, siempre eficiente, dio la orden del primer ataque:

—¡Proyectiles! ¡Ahora!

Su abuela les había brindado una apertura.

La primera línea de magos dio un paso fuera de la barrera, y varias ráfagas de todo tipo de magia cortaron el aire.

Los soldados se desplomaron bajo impactos de fuerza invisible. Algunos salieron despedidos hacia atrás. Uno cayó al suelo, retorciéndose, mientras su piel ardía con algún tipo de magia ácida.

Los fuegos de Ingrid también surtían efecto. La mayoría de los arqueros enemigos estaban demasiado preocupados por las ramas consumidas por el fuego sobre sus cabezas, como para seguir disparando.

En los márgenes del grupo, Nevelyn vio una corriente constante de soldados huyendo del combate. Al menos varias docenas.

«Estamos ganando. Tenemos suficiente magia para ganar».

Pero entonces, soldados de las filas en espera dieron un paso al frente. Cada hueco que acababan de abrir se llenó. Más allá, filas enteras de soldados esperaban para hacer lo mismo.

Sus ojos recorrieron la extensión y finalmente vio que necesitarían ganar cientos de batallas, una tras otra, tras otra, solo para tener una oportunidad.

Su siguiente pensamiento fue mucho más oscuro que el primero: «Ya hemos perdido».

51

MERCY WHITAKER

—¡Mirad a los mortales! ¡Han venido hasta aquí para matar lo que ya está muerto!

Mercy sabía que no era la voz del maestro de sabuesos. Había una oscuridad en ella, que reconocía de su interrogatorio con el virrey. Arakyl lo utilizaba como un títere, y hablaba a través de él.

—¡Os conozco! ¡He visto cada una de las vidas que pudisteis haber vivido! Theo Brood, mató a su propio padre. Alguien débil. Un hombre que no puede hacer nada por sí mismo. Dahvid Tin'Vori, un cobarde que ni siquiera pudo salvar a su hermano. ¡Que sacrificó a su amante para ganar una batalla! ¡Mirad el rastro de muertos que habéis dejado atrás! Mercy Whitaker, ¿a cuántos has ignorado a lo largo de los años? ¿Cuántas almas más podrías haber salvado? Eres egoísta. Un gusano llorica. ¡Vives una mentira! ¡Llaman y llaman y tú no respondes! Guion Prather…

Antes de que pudiera revelar los secretos del hombre, Guion dio un paso al frente y desató una descarga de magia. Fue una corriente brillante de luz plateada. Un proyectil que silbó por la sala con tanta velocidad que resultó difícil de seguir con la vista.

Debería haber golpeado al maestro de sabuesos de lleno en el pecho, pero, en cambio, los ojos del dragón destellaron en respuesta. Poderosos, hambrientos.

Mercy supo que los había estado provocando. Esperando una reacción. Cualquier falta de disciplina, por pequeña que fuera, y lo había conseguido.

El rayo de magia se congeló en el aire.

Podía ver cómo giraba, la punta tan afilada como cualquier lanza, pero el tiempo se había detenido. El proyectil no alcanzó su objetivo, y entonces la magia corrió de vuelta en su dirección.

El hechizo que vio era del color de un moretón. Llenó el aire de un olor a cadáver. Algo oscuro, rancio y enterrado hacía mucho.

Arakyl usó el hechizo de Guion como un camino. Toda esa oscuridad ignoró por completo el escudo invocado —como si se hubiera abierto una puerta para ella—, y la magia lo golpeó directamente en el vientre.

Esperaba una explosión; que saliera volando contra la pared de la caverna…

En cambio, se desplomó. Aplastado desde el exterior por una mano invisible. Sus vasos sanguíneos estallaron de golpe. Murió en apenas unos segundos.

La doctora supo que era cierto porque Win —vinculado a su hermano—, cayó de rodillas y soltó un grito desgarrador.

Arakyl aprovechó la distracción.

Otro rayo de luz púrpura salió disparado de esas mandíbulas esqueléticas.

Este fue el hechizo más poderoso hasta el momento.

Golpeó su escudo actual, haciéndolo trizas.

Mercy oyó a Theo llamar a Redding, para que invocara otro escudo, pero antes de que pudieran hacerlo, grandes sombras atravesaron sus filas. Dientes brillando bajo la luz cambiante.

La doctora intentó gritar una advertencia, pero fue demasiado tarde.

Los sabuesos estaban entre ellos.

52

REN MONROE

Ren caminaba de un lado a otro, como un animal enjaulado.

Theodore Crane estaba sentado. No dejaba de frotarse las muñecas, donde las ataduras le habían dejado cortes y marcas.

Ambos habían usado la vara ceremonial para encender la vela de nuevo.

El hechizo de la sala se había activado.

El tiempo estaba corriendo. El tiempo necesario para dos personas no era tan largo, pero cualquier demora era suficiente para llenar su mente de los pensamientos más oscuros.

«¿Qué estaba ocurriendo? ¿Los habría emboscado un ejército? ¿Llegarían solo para encontrar a todos sus compañeros magos ya muertos? ¿O habrían portado y encontrado Merosueño esperándolos, con el ejército enemigo llegando demasiado tarde para detenerlos?».

No había forma de saberlo.

El pánico y la incertidumbre ocupaban su mente.

También sentía a Theo a través del vínculo. Sus propias emociones intensificadas habían silenciado su percepción habitual de él. En los últimos dos minutos, el joven había pasado de la adrenalina al pánico, y del pánico al miedo.

Se sorprendió deseando con desesperación que tuviera el buen juicio de tirar de ella a través del vínculo, porque podría ayudarle.

«Necesito hacer algo. Déjame hacer algo».

Crane rompió el silencio:

—¿Estás segura de que debemos ir? Es solo que… Si es una trampa, ¿no estaríamos teletransportándonos directamente hacia

ella? Nosotros dos…, todavía podemos sobrevivir.

Ren no lo avergonzó por decir la verdad en voz alta.

Ella ya había considerado y descartado esa misma idea. De hecho, una versión anterior de Ren Monroe ya habría planeado su escape. Salvarse. Sobrevivir y ver el mañana. Después de todo, Crane tenía razón. Había una posibilidad real de que, cuando el portal se activara, aparecieran en un campo lleno de cadáveres. Un banquete para cuervos, y entonces serían ellos dos contra lo que quedara del ejército enemigo.

«¿De verdad podrían sobrevivir a eso?».

Lo dudaba, pero también había una posibilidad de que los otros magos todavía estuvieran vivos. Resistiendo contra los Hacedores.

Ren imaginó a Avid, Able y Nevelyn lanzando hechizos protectores. Pudo ver a los niños —Winnie Fletcher entre ellos—, acurrucados tras los magos mayores, aterrorizados. En esa versión del mundo, la decisión de Ren aún importaba.

—Si salvamos incluso a uno, habrá valido la pena.

Casi no podía creer que esas palabras hubieran salido de su boca.

«Dioses, he pasado demasiado tiempo con Theo Brood».

Crane solo asintió en respuesta. Seguía con la mirada baja.

La joven decidió ofrecerle una salida. Después de todo, él no era responsable de nada de esto. No había pasado una década planeando una venganza. No se había vinculado con un chico, luchado contra un imperio, ni lo había debilitado al punto de que alguna fuerza externa pudiera colarse.

Todo eso había sido culpa de Ren.

No de él.

—Mira, no tienes por qué ir. Te lo prometo, no hay vergüenza alguna en eso. Estamos llamando a la puerta de la muerte. Es muy posible que viajemos y muramos en cuestión de minutos. No puedo decirte qué va a pasar. Lo único que sé es que yo tengo que ir, y no es una decisión que pueda tomar por ti. Como una de las líderes de la Casa Brood, te ordeno que hagas lo que quieras. No habrá castigo, si decides quedarte. No habrá juicio alguno. Theodore, la decisión es tuya.

Ren volvió a caminar.

Escuchó en silencio por si oía el roce de sus pasos. El sonido de él alejándose de la habitación. No llegó.

Cuando miró de nuevo, él seguía frotándose las muñecas, llorando en silencio, pero la verdadera decisión de Theodore Crane fue que no se marchó.

Se quedó en su asiento y se preparó para lo desconocido. Apenas trece años, y marcado por una valentía que pocos conocerían jamás.

Ren le hizo un gesto, antes de tomar su propio asiento.

Las luces exteriores parpadearon otra vez. Quedaban unos cinco minutos. Intentó calmar su mente. Pensar en hechizos. Qué hacer, si aparecían a una batalla de largo alcance, versus una de combate cuerpo a cuerpo.

Repasó mentalmente cada paso. Cómo reaccionaría ante alguien con una espada, o con una lanza, o con un martillo.

Todas las pequeñas variaciones.

Sin querer, vio la imagen de su madre. ¿Cómo reaccionaría si esa fuera la cara que viera frente a ella en el campo de batalla? La desesperación le inundó los sentidos. Un miedo primitivo. Lo que cualquier animal sentía justo antes de enfrentar a su propia muerte.

Ren pensó que ese sentimiento venía de ella misma, hasta que lo sintió.

El tirón, agudo y familiar, desde Theo.

Ren se permitió ser arrastrada a través del espacio y el tiempo, pero la sensación de llegada no sucedió. Sus ojos se abrieron a una completa oscuridad. No podía ver ni sus pies ni sus manos. Esta se extendía en todas direcciones. Un reino de sombra infinita.

«¿Estoy en el portal de cera?».

La respuesta llegó con un movimiento.

Dos ojos se abrieron como llamas gemelas. La luz púrpura era lo bastante brillante para delinear esa forma enorme, donde terminaba la sombra y comenzaba el dragón.

Supo, sin necesidad de preguntar, que ese también era su dragón. El titiritero oscuro detrás del ataque a la ciudad, detrás de la manipulación de su madre.

—Finalmente, me encuentro cara a cara con mi creador.

Oyó una risa en esas palabras.

Ren se había preparado para amenazas afiladas o promesas doradas. Los dragones eran famosos por su astucia. Por atraer a personas como ella a una falsa sensación de seguridad. ¿Era eso lo que estaba haciendo? Se preparó mentalmente, antes de sostenerle la mirada a la gran criatura.

—¿Qué se supone que significa eso?

Otra risa retumbó en el aire, como una campana rota.

—Significa lo que significa. Tú eres quien me devolvió la vida, pequeña Ren Monroe.

Las palabras resonaron.

En Puerto Seguro, la voz que hablaba a través del virrey Gray la había llamado así también: pequeña Ren Monroe. Le había parecido extraño entonces, pero le faltaba contexto. Todavía no habían resuelto el enigma de que un dragón estaba involucrado.

Poner todas esas piezas juntas, hacía que el apodo resultara todavía más inquietante.

«¿Por qué una criatura antigua y muerta la llamaría así?».

Arakyl habló de nuevo:

—Hace mucho que te conozco, Ren Monroe. Nací el día en que murió tu padre.

Ren sintió una sacudida inicial de confusión. Seguida de una ira que crecía lentamente. Odiaba cuando intentaban utilizar su pasado contra ella. Las tácticas del dragón parecían obvias. Tal vez leía su mente. Sacaba recuerdos sensibles y los usaba como cuchillos.

—Ahí está. Esa furia tuya. Arde, ¿no? ¡Hasta los huesos!

—Cállate —dijo Ren, con su pecho subiendo y bajando con fuerza —. Cállate de una vez.

A lo lejos, sintió a Theo. Seguía intentando atraerla, a través del vínculo. Seguía pidiendo su ayuda. Sabía que, si se dejaba llevar por ese sentimiento, funcionaría, y dejaría ese lugar, esa conversación y ese odio que se cernía sobre ella.

Pero su ira no la dejaría ir tan fácilmente.

—Eres un mentiroso —acusó.

—Nunca he sido tan bueno mintiendo, como mis hermanos y hermanas. La rabia siempre me sentó mejor que el engaño. Además, no tengo motivos para mentirte. No, ahora. Te digo una verdad: los

de nuestra especie vivimos en estos espacios temporales. Los portales de cera, como los llamas. ¿Lo entiendes? No podemos partir completamente de este mundo. Estamos atados por la magia que usamos en la vida. Y así, nuestras almas quedan enterradas en la oscuridad. Dejadas en perfecto silencio. A menos que alguien aparezca. Los de tu clase son como… faroles. Una luz con la que podemos volver a ver, aunque sea por un corto tiempo.

Ren había investigado tanto como había podido sobre el tema. Ninguno de los expertos más reconocidos en saber dracónico había descrito algo así…, pero la afirmación de Arakyl parecía encajar con lo que ella sabía. Los dragones reaccionaban ante las personas, y reaccionaban específicamente ante dos tipos: quienes se acercaban a sus tumbas… y quienes sentían emociones profundas.

Miedo o alegría o… Ira.

—Pero nunca he estado cerca de tu tumba…

—Y, sin embargo… te sentí. La rabia ardiente. La furia justa. Ardías con tanta intensidad que los otros dragones dudaron. Yo te reclamé, antes de que pudieran recuperarse, porque sabía que, si te dejaba…, tú me devolverías a la vida de una forma que ninguno de los demás podría. Abriste la puerta, y finalmente he descubierto cómo cruzarla.

Ren volvió a sentir el tirón.

Theo la llamaba con más fuerza que nunca. Había un temblor de pánico mezclado en sus emociones. No tenía ni idea de si había estado en ese lugar durante un segundo, un minuto o una eternidad. El tiempo en los portales de cera era notoriamente caprichoso.

Notó, sin embargo, que Arakyl había estado acortando la distancia entre ellos. Avanzando con lentitud, a través de las sombras.

—Aunque eso sea verdad… estoy aquí para cerrar la puerta. He terminado con la venganza. He terminado con ver morir a otros por mi culpa. No vamos a dejar que ganes.

Esa risa terrible otra vez. Vio los dientes del dragón brillar como cuchillos.

—¿Pero es que acaso alguna vez se termina? ¿Alguna vez quedamos saciados? Vamos, niña. Yo soy el secreto no dicho que ha anidado hasta el centro mismo de tu corazón. Soy la verdad que nunca le has contado a nadie, aunque la has pensado mil veces. Soy la voz que susurra… mátalos a todos.

Ren quería decirle que estaba equivocado. Gritarle que esas palabras no eran verdad —que jamás lo habían sido—, pero lo que le decía se deslizó dentro de ella, como un veneno paralizante. Abrumador. Terrible. Familiar. Era una verdad que se había ocultado incluso a sí misma. Escondida para no tener que enfrentarse a la peor parte de ella.

—Pretendes ser dócil por él. Tu precioso Theo. Actúas como si tu rabia realmente hubiera sido saciada. Como si hubiera sido suficiente con matar a Landwin Brood. ¡Cambiar un padre por otro! Pero, en el fondo, quieres que todos ardan. Que todas las casas se reduzcan a cenizas. Que cada pedazo de oro se derrita hasta convertirse en chatarra. Cada hombre y mujer que pisó la tumba de tu padre… DÉJAME TERMINAR LO QUE TÚ HAS EMPEZADO. DÉJAME QUEMARLO.

Las lágrimas bajaban por las mejillas de Ren.

Las fauces del dragón se abrieron, y ella supo que, si decía que sí, Arakyl la consumiría. Podía oír esa promesa susurrada en su mente, que la convertiría en el mismo tipo de dios que él había sido. El resto del mundo ardería, y tal vez, solo tal vez, el mundo que ella deseaba podría levantarse entre las cenizas.

Sintió las partes más oscuras de sí misma despertar, estirando sus extremidades, hambrientas de todo ese poder.

Hasta que una mano apretó su hombro. Dolorosa. Real.

Giró la cabeza y vio a Theo con ella en la oscuridad, y fue lo bastante fuerte para sacarla de ahí.

53

MERCY WHITAKER

Uno de los sabuesos tenía a Win por la pierna.

Sus gritos habían cambiado. De lamentos a dolor.

Una vocecita le susurró que debía ayudar. Lanzar un hechizo aturdidor. ¡Hacer algo! ¡Cualquier cosa! Pero también sabía que, si lo hacía, perdería el control del hechizo que iluminaba los hilos del dragón.

«¿Sería capaz de volver a lanzar ese conjunto de hechizos? ¿En medio de todo este caos?».

Fue una decisión de un segundo, pero Mercy decidió aferrarse al hechizo.

Win pataleaba, gritaba y se retorcía. Su traje exterior era desgarrado con lentitud. Todas las capas de debajo, también. El sabueso había hundido sus dientes en la carne de su pantorrilla, y había sangre por todas partes.

Dahvid, Margaret y Redding trataban de contener a los otros dos sabuesos. Los vio blandir sus armas en arcos exagerados, para mantenerlos alejados.

Todo, mientras Theo intentaba invocar una nueva barrera.

Mercy vio a Arakyl prepararse para otro ataque. Las llamas brillantes giraban dentro de su pecho y subían por su garganta. Allí, la luz se acumuló en una esfera, antes de cruzar la sala a toda velocidad.

Theo la atrapó con su escudo, pero esta vez bastó un solo impacto para destrozarlo por completo.

Salió despedido con fuerza.

Mercy estaba a punto de soltar su magia e ir en su defensa, cuando otras figuras pasaron corriendo junto a ella. Dos, luego cuatro, y después una docena.

Solo las percibió como destellos de color y movimiento.

Se unieron a la lucha tan rápido, que su mente no pudo procesar quiénes eran, hasta que alguien apareció en su visión periférica.

Zell Carrowynd.

La guardiana de la ciudad estaba allí. La mujer, sorprendentemente alta, le ofreció a Mercy un breve asentimiento, antes de gritar órdenes a su escuadrón de criaturas de piedra viviente.

—¡Coged al primero! ¡Matadlo, si es necesario! ¡Sacad a nuestro hombre de aquí y hacedlo ya!

La marea no podría haber cambiado más rápido.

Una gárgola inmovilizó al sabueso más cercano. Las mismas dos panteras que Mercy había visto merodeando por los muelles, cuando era niña, también estaban allí, acorralando a un segundo sabueso.

Win salió cojeando de la pelea y la doctora vio que su pierna era una pesadilla. Sacó una gasa de su mochila y se la lanzó. Cada parte de ella quería ir a ayudarlo, tratar esas heridas, pero sabía que, si se desconcentraba, la magia se escaparía. Podía sentirla luchando por deshacerse de su control.

Volvió la mirada hacia Theo, pensando que aún podría necesitar ayuda con el escudo, pero entonces vio que había otra figura con él.

Theo estaba tendido en el suelo. Un halcón de piedra viviente se había posado sobre su pecho. Increíblemente, Ren Monroe había aparecido en la sala. Varios detalles extraños pasaron por la mente de Mercy en rápida sucesión. Primero, el rostro de la chica estaba surcado por lágrimas. Segundo, el hilo de bronce grueso como un hueso, que Mercy había visto antes…, ¿estaba conectado a Ren Monroe? La vinculaba a ella y al dragón por alguna razón, de corazón a corazón.

«¿Qué demonios significaba eso?».

No hubo tiempo para que Mercy resolviera el enigma, porque Ren se colocó entre el dragón y Theo. Alzó su varita en forma de

herradura como una espada, y una enorme barrera se expandió con un estruendo.

La doctora retrocedió un paso, por la fuerza de su magia.

Vio a Ren lanzar unas cuantas capas más y el siguiente ataque de Arakyl —que habría sido mortal—, fue detenido. La barrera de la joven ni siquiera se inmutó.

No hubo celebración ni grito de triunfo.

En cambio, Ren se dedicó a seguir lanzando capas adicionales. Hechizo tras hechizo salían girando de la punta de su varita. Lo hacía tan sencillo, como respirar.

Cuando la chica terminó, se volvió hacia Theo.

Mercy no pudo oír lo que dijeron. Solo algunas palabras y luego —sin advertencia—, la chica desapareció de nuevo. Tan rápido como había llegado.

La doctora todavía observaba ese espacio vacío, cuando Zell volvió a hablar.

—¿Quién está a cargo aquí? ¡Tenemos que establecer un perímetro!

Theo ya estaba de pie, pero parecía aturdido.

Los demás habían ganado sus respectivas batallas con ayuda de las estatuas de Zell.

Mercy vio a dos de los sabuesos escapar de regreso por el túnel principal, con algunas de las estatuas persiguiéndolos, pero antes de que pudiera responderle a Zell, un grito de furia surgió del amo de los sabuesos.

—¡Basta de juegos! Pongamos fin a todo esto.

A Mercy se le erizaron los vellos de los brazos. Una gran oleada de poder llenó la sala. Vio brevemente cómo el resto de los hilos amarillos, que aún estaban atados, comenzaban a parpadear.

En ese instante, supo que Arakyl estaba extrayendo poder de las conexiones.

El secreto final de su poder estaba siendo revelado.

Los hilos no eran simples hilos de manipulación, que normalmente permitían que la magia fluyera en una sola dirección. El titiritero podía utilizar esos hilos para dar órdenes al títere.

Así funcionaban todos los hechizos de manipulación que ella había estudiado, pero ahora veía cómo el dragón invertía esa magia.

—¡Está absorbiendo poder de ellos!

Dahvid fue el primero en entender lo que quería decir.

—¡Todos conmigo! —gritó—. ¡Ahora!

El portador de imágenes retrocedió, hasta que Win estuvo a unos pasos de él.

El resto del grupo obedeció.

Incluso Zell Carrowynd y sus estatuas se acercaron lo máximo posible.

El dragón alzó la cabeza. Los ojos iluminados los observaban a través de las leves distorsiones del escudo.

Cuando todos estuvieron lo bastante cerca, Dahvid pasó la mano sobre el tatuaje de su hombro descubierto: un conjunto de anillos dorados concéntricos. La magia susurró a través de ella. Una esfera dorada rodeaba otra esfera dorada que rodeaba otra más y todos ellos dentro de esa protección.

El mundo exterior quedó en silencio.

Mercy se dio cuenta de que los susurros que pinchaban cada uno de sus pensamientos, que llenaban el espacio entre cada ruido, también habían desaparecido. Dahvid los había sellado, de alguna forma.

Justo a tiempo.

Arakyl desató un ataque como nunca antes.

Todo en la sala fue pulverizado.

El escudo que Monroe había invocado se hizo añicos.

El amo de los sabuesos fue lanzado a través de la habitación, como si fuera un muñeco de trapo.

Dos de las estatuas de piedra viviente —las panteras—, regresaban del túnel principal. Zell lanzó un grito de advertencia demasiado tarde, y ambas se disolvieron en nada. Polvo en segundos.

Solo los escudos dorados de Dahvid resistieron, y apenas.

El hechizo de Arakyl doblaba la magia dorada para dentro, deformándola por todos lados, antes de continuar su camino por el resto de la cámara.

Dahvid habló.

—Este hechizo durará treinta segundos. Necesitamos organizarnos.

El pecho de Zell Carrowynd subía y bajaba con fuerza. La mujer miraba el exterior, como si dos miembros de su familia acabaran de morir, en lugar de dos estatuas.

Theo también lo notó.

—Su sacrificio no será olvidado —dijo—. Zell, gracias. Nos has salvado. ¿Cómo has sabido que estábamos aquí?

Tras una larga pausa, se volvió hacia ellos.

—No lo sabía. Las estatuas detectaron una amenaza para la ciudad hace semanas. Seguimos el rastro hasta Colinas Errantes primero, y luego hasta aquí.

Theo asintió.

—Hemos tenido suerte. Gracias otra vez.

—Nos alegra tenerte con nosotros —coincidió Mercy, ansiosa por ponerla al tanto—. Hay un hechizo de manipulación que vincula a este dragón con los Hacedores. Cientos de ellos están actuando en su nombre. También creo que estos hilos están alimentando su despertar. Está extrayendo poder de ellos. Cortar los hilos liberará a la gente de la ciudad y lo desconectará de su fuente de poder. Ya hemos empezado a cortar algunos. Puedes ver los que quedan. Están suspendidos en el aire.

Zell miró hacia arriba y asintió.

—¿Tenemos que destruirlos todos?

—Solo los amarillos —respondió Mercy—. Pero aún queda mucho por hacer. Necesitamos a alguien que atienda a Win. También vamos a necesitar un nuevo escudo cuando este caiga. Todos los demás, enfocaos en los hilos. Localizar, confirmar, destruir. No cortéis ninguno de los demás…

—Hay uno más que necesito cortar —intervino Theo, y toda la atención se dirigió hacia él—. El de bronce. Justo allí. Ren me ha dicho que también debe ser cortado.

Mercy había visto aparecer a la chica. Tenía una docena de preguntas al respecto, y una docena más sobre el hilo de bronce que había visto conectando a la muchacha con el dragón.

Estaba claro que no era como los otros.

Ren no estaba siendo manipulada, pero entonces, ¿qué clase de vínculo era ese?

Su curiosidad tendría que esperar.

Ninguna de esas preguntas importaría si no hacían lo necesario para sobrevivir los próximos treinta segundos.

—Entonces, cortamos ese también —afirmó finalmente—. Preparaos.

Todos se movieron al mismo tiempo.

La esfera dorada era un espacio estrecho, haciéndolo algo incómodo, pero todos se abocaron a sus tareas.

Zell se arrodilló junto a Win. Los sonidos que emitía eran una mezcla de dolor y duelo.

Mercy había estado tan enfocada en sobrevivir que no había pensado en el hecho de que Guion estaba muerto. Sus dedos hormigueaban mientras miraba el bulto de su cuerpo. También se le reavivó el dolor en el pie derecho. Dudó un momento, y luego recordó que no podía lanzar ningún otro hechizo, sin perder el control de los conjuros de visualización.

Theo y Redding estaban muy juntos, preparando un nuevo escudo.

Margaret tenía lista su espada.

Dahvid apretaba con fuerza la empuñadura de la suya.

La esfera dorada titiló.

Zell terminó de vendar la pierna de Win y se volvió justo cuando la barrera dorada desapareció.

Mercy esperaba una ofensiva. Chorros de llamas brillantes, pero, en su lugar, fueron sumidos en la oscuridad. Solo los hilos que flotaban en el aire seguían iluminando débilmente. Era suficiente para ver el enorme cadáver del dragón.

La luz que antes brillaba en los ojos del dragón se había desvanecido.

La doctora frunció el ceño. ¿Se había acabado? ¿El dragón habría absorbido demasiado poder de los Hacedores y había quemado su último puente con este mundo?

No, era otra cosa.

Su mente volvió a la Casa del Faro. Había visto a Nance cuando el dragón lo poseía. Cómo resistía cada hechizo. Cómo sus ojos cambiaron de color en el último momento, cuando Arakyl lo abandonó para ocupar la mente del virrey.

Esa cadena de pensamientos le permitió comprender lo que veía en ese momento.

—No está aquí. ¡Está en otro sitio! ¡Tenemos que movernos! ¡Ya!

No hizo falta repetirlo.

Todos se pusieron en marcha con rapidez.

No tardaron en encontrar un ritmo.

Se movían por la sala, encontrando hilos y señalándolos. Dejando que Dahvid y Margaret los destruyeran con amplios y potentes tajos.

Theo y Redding ayudaban a identificarlos, ambos listos para invocar la barrera cuando llegara el momento.

No tardaron en terminar una sección de la sala y pasar a la siguiente.

Finalmente, sentían que avanzaban de verdad. Habían cortado unos cincuenta hilos, cuando Theo levantó la vista con brusquedad. Su rostro se torció, lleno de angustia.

Mercy pensó que Arakyl podía estar manipulándolo. Susurrándole en la mente, mostrándole cosas que no eran reales, pero entonces notó que el hilo de bronce empezaba a brillar más que los demás. Demasiado, incluso para mirarlo directamente.

Cuando Theo habló, un escalofrío recorrió la espalda de Mercy:

—Oh, dioses. Va a matarlos a todos.

54

REN MONROE

Su mente se hizo trizas.

¿O tal vez fue su cuerpo? ¿O ambos? Ren no estaba segura. Lo único que sabía era que el primer tirón de Theo, a través de su vínculo, la había llevado directamente a un encuentro cara a cara con Arakyl. Un momento privado en los portales de cera, que aún la perseguía, deslizándose por su mente como un veneno. Su culpa por lo que ocurría en Kathor se multiplicaba, extendiéndose por la infinidad de sus pensamientos.

«Todo esto es culpa mía. Todo esto es culpa mía. Todo esto…».

No solo había debilitado las defensas de la ciudad para permitir que los Hacedores se infiltraran, sino que ahora, al parecer, también era responsable del despertar del dragón.

La criatura se había alimentado de su sed de venganza todo ese tiempo. Ganando fuerza para este momento exacto. Su odio era como un incendio que se había propagado demasiado. Ahora también quemaba las partes más hermosas del mundo.

«¿Era demasiado tarde para detenerlo? ¿O Arakyl ardería hasta que todo lo que ella amaba se redujera a cenizas?».

Theo la había sacado justo en el último momento.

Los pies de Ren se posaron en la cámara funeraria, y esta vez no era un simple vistazo a su entorno. Si necesitaban pruebas de que su vínculo estaba completamente restaurado, esta lo era. Había sido arrastrada a través del espacio y el tiempo, directa al caos absoluto…, pero Ren Monroe siempre había prosperado bajo presión. Había lanzado barreras para proteger a Theo, desviado un golpe que podría haberlo matado, y luego, una vez segura que él estaba a

salvo, le dijo dos cosas: que cortara el hilo de bronce y que la enviara de vuelta.

En realidad, le había rogado que hiciera esas dos cosas, y Theo Brood, con todos los pecados de su familia, jamás le había fallado.

Obedientemente, Theo había utilizado su vínculo para hacer exactamente eso.

La envió de vuelta al lugar donde ella había estado segundos antes.

Escuchó un susurro de la presencia de Arakyl en sus pasadizos privados de cera…, pero se movía demasiado rápido para que él pudiera capturarla de nuevo.

Los pies de Ren tocaron el suelo en la sala del portal, apenas un segundo antes. Un solo grano de arena en el reloj de arena, y luego fue arrastrada de nuevo.

El hechizo se había activado con un momento de perfecta imperfección.

Las garras de la sala del portal la atraparon.

Era demasiado tirón y empuje para una sola persona. Por un breve instante, su conciencia se fracturó —desconectándose completamente de cada mundo y cada plano de existencia—. Estaba… en ninguna parte. Ni en los portales de cera. Ni en la sala del portal. Ni en la cámara funeraria del dragón. Ni siquiera fuera de Merosueño —su verdadero destino—. El lugar en el que se encontró fue un vacío, carente de vida. Ausente de toda amenaza. Hogar únicamente de Ren Monroe. Podría haberse quedado allí el resto del tiempo, intocable para el mundo real y de todos sus tormentos. Era reconfortante pensar que podía estar segura allí.

Segura, pero sola.

Fue ese pensamiento final el que la hizo precipitarse por el portal de cera.

No podía dejar atrás a Theo. No, después de todo lo que habían vivido. No, cuando todavía tenía que cumplir sus promesas.

Sus pies tocaron una ladera. Los árboles a su alrededor se mecían. También estaban… en llamas. Había sangre. Cuerpos esparcidos por el suelo. La mayoría, gracias a los dioses, eran de los Hacedores. Vio sus bufandas rojas. Sus ojos se alzaron de los

muertos a los vivos. Había aparecido en la misma ubicación que los demás, pero era evidente que el ejército había empujado a los magos colina arriba.

Eso significaba que Ren estaba detrás de las líneas enemigas.

Unos cien soldados se interponían entre ella y los demás. Todos de espaldas a ella. No podía creer que los magos aún estuvieran allí. ¡Vivos! Protegidos por sus barreras, luchando por mantener al enemigo a raya.

Comprobó que su número se había reducido. Solo la mitad seguía en pie. Los demás habían caído. Heridos o peor.

Sus ojos encontraron a Winnie Fletcher en medio del caos. La niña estaba en el suelo, sosteniendo a una de sus amigas, que tenía una flecha clavada en el estómago.

El cuerpo de Ren se quedó completamente inmóvil. La otra niña también había asistido a las clases de Avid Shiverian. Ren recordaba que era bastante buena con los hechizos de protección básicos, pero eso no había sido suficiente para salvarla. Su rostro lucía más pálido, ahora muerta. Winnie la sujetaba con fuerza, como si pudiera mantenerla en este mundo un poco más, si no la soltaba.

—No más —susurró Ren—. No habrá más sufrimiento.

Su mano se cerró con fuerza sobre la empuñadura de su varita en forma de herradura.

Una ira oscura temblaba por todo su cuerpo.

El mundo debía responder por estas cosas.

Ren sería la que los obligara a hacerlo.

Nadie la había visto todavía. Ninguno de los soldados enemigos se había molestado en mirar hacia atrás.

El primer soldado recibió un hechizo asesino directo en la espalda. Vio cómo su columna fallaba, y el hombre se desplomó con un grito.

Ren golpeó al siguiente con un hechizo aturdidor tan violento que salió volando de una de sus botas.

El resto fue acción y reacción. Su magia tomó la forma de poesía. Los soldados no eran más que papel sobre el que escribir las palabras más elegantes que se le ocurrían.

Se agachó bajo una espada y lanzó una descarga mágica de fuerza directa. Luego, lanzó su hechizo de amarre favorito, que atrajo inesperadamente a una mujer hacia ella. Un paso al costado bastó para que la espada de esa mujer terminara en el estómago de su compañero, en vez del suyo. Los hizo volar a ambos con una mano extendida.

Una voz en el fondo de su mente le susurró que eso también era terrible. Que esas personas no eran ellas mismas. No era justo que sufrieran.

—Pero los niños deben vivir —le respondió a la voz—. Los niños deben vivir.

Cortó la arteria del siguiente soldado con un tajo descendente. Otro recibió la misma hoja invisible en el pecho.

Cuando se giraron los suficientes soldados para enfrentarla, lanzó su conjuro de luz concentrada. Casi treinta soldados quedaron cegados en un instante, tambaleándose sin rumbo.

Presos del pánico, comenzaron a lanzar golpes salvajes hacia donde ella había estado, mientras Ren se desplazaba a la derecha, lanzando hechizos aturdidores contra su flanco desprotegido.

El objetivo no era matarlos. La mayoría quedarían heridos. Y la verdad era que disfrutaba su dolor. El sonido de huesos quebrándose. Las ondas que recorrían sus pieles mientras su magia los golpeaba, una y otra vez.

Finalmente, desataba todo lo que había contenido durante tanto tiempo.

Un hombre, desesperado, le arrojó su espada. Ella la desvió con una barrera rápida y se la devolvió.

Ren se asombró de lo fácil que le resultaba todo. La magia era una guadaña. Ella, la segadora. Sus enemigos se volvieron gente sin rostro. Caían como flores cortadas.

Ren estaba a punto de iniciar otra secuencia de hechizos, cuando reconoció el rostro que había frente a ella. Le era familiar.

Su mano tembló, y luego bajó la varita.

—¿Nevelyn? ¿Qué haces aquí?

Su amiga la agarró del hombro, y juntas se replegaron tras las barreras con los demás magos.

Ren no lo entendía. Había tantos soldados en esa colina. ¿Cómo había pasado a través de todos? ¿Acaso había hecho un salto por accidente?

No lo comprendió, hasta que miró hacia atrás.

Theodore Crane cruzaba el campo de batalla. Sus ojos desorbitados, moviéndose como los de un animal que acaba de oír el primer aullido de un lobo a lo lejos. Excepto que nadie lo perseguía. Solo había soldados muertos ante él.

Ren había… Ella había…

—Mierda.

Nevelyn apenas logró mantenerla en pie. Ren no tenía nada más. Acababa de vaciar todo lo que era sobre aquella ladera. Cada pensamiento. Cada momento de furia. La lógica le decía que esas personas la habrían matado, si hubieran tenido la oportunidad.

Sabía que lo hubieran hecho.

Para eso estaban allí.

Pero lo que acababa de hacer no era simplemente magia defensiva. No había sido golpe por golpe. Los había atravesado con el mismo terrible poder que el virrey les había dicho que temieran. Si alguna vez necesitaban un ejemplo de por qué todos los magos debían morir, ella lo acababa de ser.

Nevelyn no dejaba de susurrarle que todo estaba bien. Que todo iba a ir bien.

Avid la miró y asintió una vez. Era como si aquella terrible demostración de poder hubiera sido necesaria.

Crane llegó, jadeando, al resguardo de sus barreras.

A su alrededor, el ejército se había detenido. Los soldados en los extremos más alejados del grupo huían.

Ren no estaba segura de si era por lo que ella acababa de hacer o por alguna otra razón.

Los que quedaban se reacomodaron en sus posiciones de combate.

Ren no podía soportar la idea de una nueva batalla. Más muertes. ¿Y para qué? ¿Por culpa de la gran artimaña de un dragón?

Solo quería a Theo. Lo necesitaba como al aire.

Ren tiró de los hilos siempre presentes de su vínculo, pero no podía sentirlo. Era como si él estuviera escondiéndose de ella.

Escondiéndose de lo que ella había hecho.

55

MERCY WHITAKER

Ya llevaban más de cien hilos cortados.

Mercy deseaba poder ver el impacto que eso estaba teniendo en la ciudad de Kathor. No podía evitar imaginar a los Hacedores despertando de repente, conscientes de que la voz que los había guiado durante meses, o incluso años, ya no estaba.

Esperaba que corrieran la voz, y que compartieran sus historias. Un cambio dentro de los Hacedores podría ser su única oportunidad de sobrevivir a los años que vendrían.

También le daba esperanza de que Arakyl no tendría el poder necesario para lanzar otro ataque.

Todo lo que tenían que hacer era terminar el trabajo.

Por muchos que hubieran cortado, quedaba más o menos la misma cantidad. Tal vez incluso más. Estaban intentando trabajar por cuadrantes. Un enfoque sistemático. Pero, de vez en cuando, Mercy se encontraba entrecerrando los ojos ante una sección que ya había limpiado, incapaz de encontrar nuevos hilos.

La doctora estaba moviendo el serrucho sobre otro hilo, con el brazo débil y entumecido, cuando una luz púrpura estalló en la sala.

El cuerpo de Arakyl brillaba de nuevo.

Sus ojos iluminados giraron para enfocarse en ellos. Sin el amo de los sabuesos para hablar por él, sus palabras fueron susurradas directamente en sus mentes.

—Muy bien. Tenéis mi atención.

Se escuchó un chirrido.

Mercy se volvió hacia la entrada. Dos criaturas se deslizaban por el estrecho túnel. En cuanto lo atravesaron, sus alas se extendieron.

—Oh, mierda…

Eso fue todo lo que Mercy fue capaz de decir, antes de que dos wyverns adultos se dirigieran hacia ellos.

Ya no había jinetes. Sus arneses habían sido cortados. Arakyl los había devuelto a las criaturas salvajes que alguna vez fueron, antes de que alguien saliera a las Tierras Salvajes y los domesticara. Y, por los dioses, eran enormes.

Uno aterrizó junto a Win.

El grupo lo había dejado al fondo de la caverna, porque pensaron que allí estaría a salvo.

Ahora alzaba las manos y gritaba. La sangre salpicó la estancia en un arco espantoso. La boca leonina lo atrapó, y murió. Así de rápido.

Las estatuas de Zell fueron las primeras en reaccionar.

No poseían el instinto animal que obliga a una criatura más pequeña a detenerse ante una más grande.

La gárgola lideró la carga contra el otro wyvern. Saltó por los aires y se enroscó en la pierna derecha de la bestia. El esfuerzo bastó para arrastrarlo hacia abajo. Las demás estatuas aprovecharon y, en grupo, inmovilizaron sus alas.

Dahvid fue el primero en llegar, pero Mercy tuvo que parpadear cuando un segundo Dahvid emergió justo al lado del primero con un susurro.

El wyvern soltó un chillido, lanzando zarpazos, mientras ambas versiones del portador de imágenes apuñalaban con sus espadas gemelas.

Margaret y el segundo wyvern entraron en la pelea al mismo tiempo, chocando desde lados opuestos.

Todo eran extremidades, garras y alas.

Mercy vio a Margaret soltar su espada. La chica rodó hacia un lado, justo cuando varios estallidos llegaban desde la derecha.

Theo y Redding avanzaban, varitas en alto. Lanzaban proyectiles, en lugar de enfocarse en barreras.

Funcionó.

Lograron hacer retroceder a uno de los wyverns, mientras el otro caía con un chillido desgarrador.

Mercy habría podido quedarse viéndolos pelear durante horas, pero había bajado allí con un propósito. Nadie más cortaba los hilos. Estaba extendiendo la mano hacia el más cercano, cuando este brilló con más intensidad. Otra oleada de poder recorrió esos lazos improvisados, en dirección a Arakyl.

—¡Theo! —gritó Mercy—. ¡Vuelve a levantar las barreras!

Esperaba que volviera a salir fuego arcano. La última vez, Arakyl había desatado un hechizo colosal, pero, en su lugar, la voz regresó, retumbando en cada rincón de su mente.

—Basta de esto.

Arakyl se levantaba. Los hilos alrededor de la sala ardían. Nadie que respirara había visto jamás a un dragón con vida. Aunque no estaba segura de que eso fuera lo que observaban en ese momento, pero se parecía bastante.

El gran esqueleto se incorporó sobre sus patas. Su cuello se retorció antes de enderezarse. Los ojos resplandecientes de color púrpura los observaban, ahora con auténtico apetito. Era como si hubiera estado esperando un siglo por este festín en particular.

Theo fue el primero en lanzarse hacia delante.

Fue valiente… y una locura.

Lanzó otra barrera y todos vieron cómo Arakyl la atravesaba de un solo golpe. Una embestida que ocurrió en menos de un parpadeo. Las grandes garras se cerraron en torno al torso de Theo y le perforaron la espalda.

El dragón lo sacudió de lado a lado, y luego arrojó su cuerpo a la derecha.

Muerto.

Después fue a por Dahvid.

Mercy vio cómo se le agrandaban los ojos. El guerrero levantó la mano y pasó los dedos sobre la flor roja pintada en su pecho. Su tatuaje más visible. La doctora no tenía ni idea de lo que hacía, pero sintió una oleada de poder, y, por un instante, albergó la esperanza —más allá de toda lógica—, de que tal vez fuera lo bastante fuerte para detener a un dragón completamente resucitado.

Pero no pareció ocurrir nada.

En lugar de liberar una explosión mágica o invocar un arma, los ojos de Dahvid giraron en su dirección.

—Tienes que correr, Mercy. Eres nuestra única esperanza. ¡Corre, ahora!

Arakyl puso una de sus garras sobre él. Lo redujo contra las piedras, como una carreta aplastaría a un ratón en el camino.

Zell y el resto de sus criaturas fueron los siguientes.

Ella soltó un último grito de batalla, y fue forzada a ver cómo Arakyl escupía fuego púrpura, derritiendo las estatuas que no lograron apartarse a tiempo, con un solo y continuo chorro.

Las últimas palabras de Dahvid seguían resonando en la mente de Mercy.

«Eres nuestra única esperanza».

Por supuesto.

Mercy no supo cómo lo sabía él, pero tenía razón. Se dio la vuelta y corrió a la salida. Ignoró los sonidos de huesos crujiendo. El grito final del wyvern, cuando Margaret le hundía la espada una última vez en el pecho.

Sabía que todos morirían.

En ese momento era la única manera.

Ellos debían morir, y ella debía vivir.

Parecía cobardía, pero no le importaba.

Subió corriendo por la primera rampa y se encontró recorriendo el túnel de entrada. Delante, creyó ver a una de las criaturas de piedra viva huyendo, pero era difícil saberlo en la oscuridad.

Se abrió paso por las cavernas serpenteantes. Detrás, escuchó gritos. ¿Redding? ¿Margaret? ¿Zell? No importaba. Dahvid le había dicho que sobreviviera. Sabía que esa era la única forma de ganar.

Se encontró en la oscuridad, tanteando las paredes.

No se atrevía a encender un hechizo. No ahora.

En su lugar, llegó a la antecámara donde se habían reunido. A mitad del túnel excavado, había visto una abertura. Una especie de nido de animal. Fue hacia ese lado del túnel, apoyó una mano contra la pared de tierra y empezó a caminar, tan rápido como pudo, hasta que su mano encontró un vacío.

Había una madriguera. Apenas lo suficientemente grande para ella, pero se metió dentro.

Tuvo que rascar la tierra hasta hacer espacio suficiente para acurrucarse en ese rincón oscuro. Invisible.

Soltó la magia que había estado manteniendo todo ese tiempo, y el hechizo de visualización de la cámara desaparecería.

Aún podía oír los gritos. Los sonidos de su valiente grupo muriendo.

Habían perdido.

O lo harían…, si Arakyl la encontraba.

Mercy intentó mantener la calma. Reguló su respiración como lo haría antes de una operación. Tomó tiempo, pero su ritmo cardíaco disminuyó. Incluso ahora, al borde de la muerte, sus manos no temblaban.

Entonces, escuchó la voz.

—Vamos, pequeña. ¿De qué sirve esconderse? ¿Crees que hay algún lugar en este mundo al que puedas ir y que yo no pueda encontrarte? Yo soy Arakyl. El primero y el último de mi nombre. Yo… te… ENCONTRARÉ.

Se oyó un estruendo enorme, como si la tierra misma se abriera.

No creía que Arakyl pudiera moverse por el mismo túnel que ella había usado, pero era un dragón. Tendría otros métodos para perseguirla. Necesitaba mantenerse firme. Perfectamente callada. No darle señal alguna de su existencia.

—Si sales ahora, te dejaré vivir. Te permitiré presenciar mi regreso. Está lo bastante cerca. Todo este trabajo. Todo este esfuerzo. Tu amiga abrió la puerta y casi la he atravesado. A medida que tu magia se apaga…, yo revivo. ¿Ves lo que he hecho? ¿Puedes siquiera comprender la magnitud de este plan? Sal. Sé testigo del primer dragón nacido en siglos.

Más estruendos.

Mercy mantuvo los ojos cerrados. Su mente, cerrada. Por fascinantes que fueran sus palabras, no respondería. La curiosidad era como plantar una semilla. Si lo hacía, él podría echar raíces. Encontrar un hogar en sus pensamientos. Se encogió más en la oscuridad y esperó.

—Bien. Te esperaré. He esperado tanto, después de todo. ¿Qué es un día más? ¿Un eón más? He dormido en la nada durante casi tres décadas. He hablado solo con las sombras, y son una compañía muy aburrida. A veces les susurraba a los lobos que merodeaban cerca. Entraba en los pensamientos de los wyverns que volaban sobre mí. Les hacía preguntas sobre el mundo de arriba. Me hablaban del sol, de las montañas, de los tuyos…

Mercy sintió una súbita oleada de calor. Como si el gran dragón respirara sobre su cuello.

—Era tan difícil de creer. ¿Tu especie había sobrevivido a la nuestra? Vuestros cuerpos son débiles. Vuestras mentes lo son aún más. ¿Cómo ha sido posible? La única respuesta que hallé fue la magia. Magia robada. Esperé con paciencia…, y ella me despertó. Desde el otro lado del continente, su ira fue como la llama más brillante que rompe la noche más larga. Suficiente para que encontrara el camino de regreso a mi cuerpo, y todo lo que necesitaba era que alguien lo encontrara. Pasaron años, pero una mocosa y su padre tropezaron con esta cámara. Reportaron la ubicación de mi tumba, y, cuando llegó el preciado líder de tu ciudad, vi un camino delante. Un futuro que me complacía. Lo doblegué a mi voluntad. Comencé a propagar este susurro, un eco de una maldición. Planté una sola semilla en su mente… ¡Y mira cómo ha florecido! Ahora, a medida que la magia muere en los tuyos, regresa en mí. Seré el primer dragón que camine la tierra en… no sé cuánto tiempo. Otros me seguirán. O no. Tal vez gobierne la tierra solo. Puedo cazaros uno por uno. No estoy seguro. Lo único que sé es que estaba en la oscuridad, y alguien dejó una puerta abierta. Finalmente, estoy listo para cruzar entre los reinos. Y tú, Mercy Whitaker, eres una de las pocas cosas que me quedan en el camino.

El calor se intensificó. Sus ojos estaban cerrados, pero creyó ver el resplandor de aquel fuego arcano. Hubo una explosión de energía y pensó que iba a morir.

En su lugar, la magia golpeó alguna pared distante.

Oyó piedras removerse, caer y luego el silencio.

Repitió el mismo patrón tres veces. Susurros amenazantes. Lanzó hechizos. Fallando, una y otra vez. Ni una sola vez se movió, ni habló, ni pensó. No se quebraría. A él solo le valdría tener suerte y acertar con uno de esos hechizos.

—¡Cobarde! ¿Sabes que están muriendo? ¿Mientras tú te salvas? ESTÁN MURIENDO.

Mercy tuvo una visión forzada de algún campo lejano. Todos los magos que habían dejado en Balmerick estaban allí, apiñados tras barreras improvisadas. Había cuerpos por todas partes. Cientos de soldados rodeaban al grupo. Un campo de matanza. A lo lejos, vio Merosueño…

Se sacudió aquella visión. Le estaba mintiendo. Mostrándole algo para apelar a su desesperación.

No le ofreció emoción alguna. Ni respuesta, ni pensamiento. Nada en absoluto.

—Cuando te encuentre, ¿quieres que me coma primero tu cuerpo? ¿O tu alma?

El sonido de pasos arrastrándose se volvió más lejano. Los estruendos se hicieron menos intensos. Todo quedó en silencio. Era como si estuviera esperando que ella se revelara.

Agazapada en algún rincón en las sombras, pasado un minuto, empezó a moverse de nuevo.

Regresó a la cámara inferior.

El aire hervía con su frustración.

Mercy sabía que, si esperaba lo suficiente, él volvería a centrarse en esa otra batalla. Su atención estaría en otra parte.

En silencio, comenzó a contar.

56

NEVELYN TIN'VORI

Sonó un cuerno.

Fue lo bastante fuerte como para detener cada acción, cada grito, cada hechizo.

Las líneas enemigas se abrieron para dejar pasar a alguien.

Nevelyn asumió que sería su líder, y por eso fue impactante ver a Agnes Monroe marchar al frente. La mujer iba vestida con una de las armaduras de cuero más finas que hubiera visto jamás. Dagas con empuñadura de hueso colgaban de ambas caderas. Parecía alguien que se había criado viajando con un ejército de mercenarios.

Los ojos de Nevelyn se dirigieron hacia Ren. Su amiga estaba arrodillada, desplomada. Los ojos abiertos de par en par.

—Yo… No puedo sentirlo… —le murmuró a nadie en particular—. No lo entiendo. No puedo sentirlo.

Nevelyn no sabía lo que significaban esas palabras, pero era demasiado evidente que la chica no se había recuperado de la masacre que acababa de dejar atrás. No había forma de que estuviera en condiciones para negociar, por lo que sus pies la llevaron hasta el borde de las barreras.

Los demás magos se apartaron para dejarla pasar.

Respiró hondo y atravesó la magia, exponiéndose ante un ejército que parecía empeñado en borrarlos del mapa.

Agnes Monroe la imitó, hasta que estuvieron a no más de diez pasos de distancia.

—¿Mi hija no quiere hablarme?

—¿Ahora mismo? No creo que pueda. Inténtalo de nuevo en unos años, cuando se haya asentado el polvo. Llama a la puerta de

Merosueño y ve si te deja entrar. Tal vez, para entonces, ya seas abuela.

Como estaba previsto, esa palabra atravesó la armadura mental de Monroe. Una docena de emociones diferentes pasaron por su rostro. Sus ojos fueron de Ren a Nevelyn.

—Tú… ¿Ella está…?

Y luego su expresión se neutralizó.

Las emociones más agudas se desvanecieron.

Se escuchaban susurros en el aire entre ellas. Debía de ser el hechizo de manipulación atrayéndola, con cuidado, de vuelta al plan.

—Debes rendirte —dijo Agnes de repente—. O morirán más personas.

—Claro. Entregarnos en silencio, para que podáis matarnos a todos más tarde, ¿verdad?

Agnes fingió sentirse herida.

—¿Crees que dejaría que algo así le ocurriera a mi única hija? No, habría juicios. Lo peor que alguno de vosotros enfrentaría sería prisión. Sentencias por insurrección. Con el tiempo… seriáis liberados. Libres para vivir una vida normal.

—¿Libres? —repitió Nevelyn—. Siempre que renunciemos a nuestra magia.

—El Gran Equilibrio debe llegar a su desenlace natural. Un mundo sin magia. ¿Realmente sería tan terrible? La gente está cansada de vivir con miedo, y vuestra magia es lo último que temen.

Las palabras eran casi razonables. Casi convincentes, si Nevelyn no supiera que un dragón le susurraba mentiras desde el otro lado del continente.

—No nos quieren en Kathor. Nos parece justo. Permitidnos este autoexilio. Nos iremos a Merosueño. Dejadnos pasar. Podemos vivir en esa ciudad, y os damos nuestra palabra de que nadie regresará a Kathor. No, a menos que nos lo pidáis.

Agnes Monroe asintió.

—Una promesa tentadora. ¿Cuántas generaciones crees que la cumplirán? ¿Una? ¿Dos? Vamos. Sabes que, en algún momento, alguien intentará recuperar Kathor. Solo se necesitaría un mago poderoso o quizás toda la siguiente generación crezca pensando que

es un derecho de nacimiento que les ha sido arrebatado. Veo Shiverians en tu grupo. Proctors, Graylantians, Winters… Incluso Broods —cuando mencionó la última casa, sus ojos se dirigieron a Ren.

La acusación era clara: veía a su hija como uno de ellos ahora. Ya no era una Monroe, en los ojos manipulados de su madre.

Nevelyn decidió ir directo a la oferta más razonable:

—Entonces, los niños. Deja que los niños pasen.

Por segunda vez, Agnes Monroe vaciló. La confianza se resquebrajó. Una expresión de pura desesperación cruzó su rostro, como una sombra de su verdadero yo. La parte de ella que sabía que todo aquello estaba mal. Que habían ido demasiado lejos. Que habían matado a demasiados.

Nevelyn se apresuró a aprovechar esa grieta en la armadura.

—Uno ya está muerto. —Señaló a la niña con la flecha en el estómago—. Y sabes que uno ya es demasiado. Déjanos pasar. Escoltaremos a los niños a Merosueño. Una vez que estén a salvo, nos rendiremos. Será exactamente como has pedido. Puedes llevarnos de vuelta a la ciudad, hacer los juicios que quieras… No me importa. Una vez me dijiste que las grandes casas debían caer. Han caído. De verdad, ya no existen, pero los niños deben vivir o tu sociedad comenzará con sangre en las manos.

Lágrimas surcaron el rostro de Agnes Monroe. Empezó a asentir. Era una propuesta tan razonable. Los niños vivirían. Los niños debían vivir. Si aceptaba, los ejércitos de ambos lados podrían bajar las armas. Incluso tendrían prisioneros que llevar de regreso a Kathor, como prueba de que habían ganado.

Pero, mientras esperaba una respuesta, los ojos de la mujer se oscurecieron. De marrón claro a negro. Más lágrimas cayeron por su rostro. Todo ese dolor ya no importaba. Arakyl estaba allí. Tomando el control.

Nevelyn comenzó a retroceder. Estaba cara a cara con un demonio.

57

MERCY WHITAKER

Mercy contó hasta cien.

Cuando llegó a ese número, salió arrastrándose de su escondite. Se sacudió la tierra y los escombros, y comenzó el descenso, una vez más. Silenciosa como un ratón de campo, se deslizó por el túnel serpenteante.

Un vistazo le confirmó que Arakyl había vuelto a su posición original. Su cabeza en forma de diamante descansaba sobre las piedras.

A su alrededor, solo había una carnicería.

Nadie de su grupo había sobrevivido. Muerte, y más muerte.

Normalmente, los habría llorado. Habría susurrado una disculpa silenciosa por quienes habían partido al otro mundo.

En cambio, Mercy se quitó los guantes.

Siempre le había parecido muy agradable el aire libre acariciando sus nudillos. A veces pasaba todo un día sin quitárselos. De estudiante, solo se desprendía de ellos en la privacidad de su habitación, y en el puñado de veces que hizo el amor con Devlin.

Por los dioses, siempre le había aterrorizado lo que él pensaría.

Después de un tiempo juntos, finalmente fue lo bastante valiente para preguntarle qué le había pasado en los dedos.

Ella le indicó que había nacido así. Enterró la verdad dentro de otra verdad, para que nadie viera nunca a la verdadera Mercy.

Ahora, estiró ambas manos, e intentó extender los dedos.

Los dos dedos muertos de su mano derecha no respondieron. El meñique y el anular. Ambos eran negros como la ceniza. Trozos oscuros, más cortos que los demás, porque no habían crecido desde

el incidente. No corría sangre por ellos. Las uñas se habían caído y no habían vuelto.

Mercy también descubrió que no había forma de deshacerse de ellos. No podían ser cortados con una hoja. Los dedos eran permanentes, porque provenían de una maldición.

Ese era su secreto.

Un verano, su familia había visitado la granja de su tía, muy al sur de Kathor. Se escapó de noche con sus dos primos. Todos tenían menos de diez años. Había un estanque en la propiedad, detrás del bosque. Se les antojó un baño nocturno, así que se turnaban para vigilar a los adultos. Vigilaban el sendero que cruzaba el bosque.

Ella había vuelto sobre sus pasos, solo para ver si alguna luz de la casa estaba encendida, cuando escuchó el silencio. Una quietud aterradora.

Uno de sus primos había nadado demasiado profundo.

En el fondo del estanque, sin querer, removió un nido de serpientes. Se enroscaron en sus brazos y piernas, y lo arrastraron al fondo.

Cuando no salió a la superficie, su hermano se lanzó tras él. Por cada serpiente que arrancaba de su hermano, otra se enredaba en sus propios brazos.

Mercy no sabía qué había pasado, pero cuando corrió hasta la orilla del estanque, los encontró a ambos flotando boca abajo.

Su primer instinto fue rescatarlos.

Le costó todas sus fuerzas arrastrar los cuerpos hasta la orilla embarrada y ponerlos bocarriba.

Probó todo lo que había oído alguna vez de los adultos. Soplar en sus bocas. Presionar sus frágiles pechos con las manos.

Nada funcionó.

Desesperada, agarró a uno de ellos por el cuello de la camisa y empezó a sacudirlo. Gritando de rabia, de miedo, de furia… La magia brotó de ella. Salvaje, desenfrenada y libre.

Fue el primer hechizo que lanzó en su vida.

La segunda vez fue más fácil.

Solo tenía que llamar a esa magia dormida y traerlo de vuelta, desde donde hubiera ido.

No comprendió entonces lo que había hecho.

Solo sabía que tenía que salvarlos.

Ambos regresaron de la muerte. Así de simple.

Y fue entonces cuando llegó el dolor.

Mercy gritó cuando algo mordió con fuerza su mano. Un dolor blanco y ardiente.

Pensó que las serpientes habían salido del agua, y que una la había mordido. Pero, al mirar, vio que dos de sus dedos se habían marchitado. Del blanco pálido pasaron al negro muerto.

Sus primos no fueron buenos testigos.

Mercy les contó a sus padres lo que pasó, pero ellos no pudieron confirmar los detalles. Su insistencia en contar la verdad —que había devuelto la vida a los chicos con magia—, solo pareció molestar a su tía.

Los adultos fueron rápidos en silenciarla.

Le dijeron, una y otra vez, que no contara esa historia, aunque le habían enseñado toda la vida a no mentir. Era como si hubiera hecho algo impensable, algo que debía esconderse, en vez de haber salvado a dos niños de morir.

Nunca volvieron a visitar la casa de su tía.

Según supo Mercy, los chicos se convirtieron en marginados en el pueblo. Se propagaron rumores. Nadie podía creer que fueran normales. Su tía parecía esperar que en cualquier momento manifestaran algún poder oscuro, como si fueran más espectros que humanos.

A Mercy le llevó mucho tiempo entender la verdad de lo sucedido.

Había realizado un intercambio.

Vida, a cambio de muerte. Podía resucitar a alguien, pero solo si ofrecía una pequeña parte de sí misma en el trato. Algo suyo debía morir.

Al principio, pensó que eso era poder. ¿Y qué niña no pensaría eso? Se imaginaba a sí misma como una posible heroína. Soñaba con todas las formas en que podría ayudar a la gente. Incluso pasaba tiempo en la biblioteca, leyendo en secreto sobre nigromantes.

Había docenas de ejemplos en la historia de Kathor, pero descubrió que lo que ella había hecho era increíblemente raro. ¿Traer a alguien de vuelta a la vida, estando completamente muerto, sin maldición ni consecuencia?

Había nigromantes que podían alzar muertos sin mente, para que les sirvieran. Otros permitían que un ser querido tuviera una última conversación con un fallecido.

Pero no había casos de alguien que muriera y regresara exactamente como era.

La magia de Mercy era una excepción.

Pero todo el entusiasmo se desvanecía cuando recordaba el precio. Cada vez que salvaba a alguien, una parte de ella moría, y no podía predecir qué parte.

Sus dedos se marchitaron en ese primer incidente. Uno por cada primo. Su aspecto la hacía sentirse insegura. Otros niños los miraban raro cuando los notaban.

¿Qué exigiría la magia la próxima vez? ¿Su brillante cabello rojo? ¿Su vista? ¿Su oído? Peor aún, Mercy podía imaginar lo que pasaría si otros descubrían su don. Gente tocando a su puerta día y noche. Rogándole que devolviera a un hijo, a un esposo, a una hermana… ¿Cómo podría elegir a quién devolver? ¿Acaso no morían cientos de personas cada día en la ciudad? ¿Y cuánto faltaría para que el intercambio le quitara una parte que no pudiera soportar perder?

Mercy aprendió a ocultar su poder.

Siempre llevaba guantes hechos a medida. Nunca mencionó la historia de sus primos. No volvió a usar el don, hasta que estaba en segundo año en Balmerick. Uno de sus amigos tuvo una sobredosis con un mal lote del aliento. Lo encontraron inconsciente en su cama. Mientras otros estudiantes llamaban a los médicos, Mercy se coló en su habitación. Temía que hubiera pasado demasiado tiempo desde la primera vez, y que tal vez no recordara cómo hacerlo.

Pero el hechizo le salió natural. Fue como respirar.

Lo resucitó.

Esta vez le costó un órgano.

Mercy sintió su apéndice reventar segundos después de que su amigo volviera a respirar.

Cuando se presentó en Puerto Seguro para ser atendida, los médicos le dijeron que su apéndice no se había inflamado, como en la mayoría de los casos. El órgano parecía haberse marchitado por completo.

Fue el intercambio, otra vez.

Vida por muerte.

Mercy estudió cada evento con detalle.

Le parecía que la magia elegía partes menos cruciales para eliminar. Dos dedos pequeños. Un órgano con poca funcionalidad. Entonces, se preguntó que si usaba el don una docena de veces más…, tal vez no perdería nada que importara.

¿Y si estaba equivocada? ¿Y si lo siguiente en explotar era su corazón?

No había forma de saberlo.

No había manera de poner a prueba la hipótesis, sin incurrir en riesgos mayores.

La culpa llevó a Mercy a cambiar de carrera. De magia estructural a anatómica. Si no podía usar su don para salvar vidas, encontraría otra manera de ayudar. Al menos, esa era la idea. Nada la absolvía por completo de aquella vergüenza escondida.

Durante su último año, su abuela falleció.

Siempre había asumido que sus padres habían desestimado y olvidado su don, como las fantasías de una niña. Sí, estaba el extraño incidente con los primos, y, por supuesto, se habían enterado de lo ocurrido en Balmerick, pero Mercy no se molestó en contarles la verdad.

Por eso, le sorprendió tanto que su madre se le acercara antes del funeral.

—Quiero que la traigas de vuelta.

Mercy se quedó tan impactada, que no pudo responder. Su madre la acusó de hacerse la tonta… y, luego, de ser egoísta.

Cuando le explicó cómo funcionaba el don, su madre insistió sin ningún tacto:

—Quizás, esta vez no sea tan malo —dijo—. Como me estás haciendo un favor…, tal vez la magia solo te quite las pestañas. Puedes vivir sin pestañas.

—Sí, podría —respondió con suavidad—. Pero ¿y si me revienta los tímpanos y no puedo volver a oír jamás? ¿Y si se rompe un capilar en mi corazón? La abuela ha vivido su vida. Ha sido una buena mujer, y es momento de llorarla.

No dijo que*, s*i la traía de vuelta, podría morir de nuevo pronto.

No era como sus primos, ni como su amigo del colegio. No era alguien a quien se le había robado toda una vida.

Esa discusión rompió su relación.

Su madre era incapaz de ver el peligro de lo que pedía, y Mercy no podía entender —en ese momento—, cuán desesperante puede volverse el duelo. Cómo consume el juicio y nos empuja a pedir lo impensable.

Nadie más supo de su don.

Devlin fue quien más cerca estuvo de descubrirlo. Cuando empezó a enamorarse de él, a imaginar que su noviazgo podría convertirse en matrimonio, estuvo a punto de contárselo todo. Innumerables veces.

Pero el recuerdo del desprecio de su madre, siempre la detenía en el último segundo.

Trabajar en un hospital debería haberla obligado a enfrentar esa incomodidad…, pero no fue así.

Todos los pacientes que perdió durante su formación fueron ancianos. O sufrían enfermedades que, si los resucitaba, morirían de nuevo pocos meses después. Sabía que habría usado su don, si algún niño hubiera muerto allí. Algún accidente que desafiara su sentido de la justicia. Pero los años en Puerto Seguro pasaron sin que nada así ocurriera.

No volvió a considerar usar su poder hasta Devlin.

¡Qué catástrofe!

Mercy ya había tomado una decisión. Lo llevaría de regreso a Puerto Seguro. Si el antídoto lo salvaba, perfecto. Si no, intervendría. Sacrificaría una parte de sí para mantenerlo en el mundo de los vivos.

El destino se rio de sus buenas intenciones.

Devlin dio su último aliento justo antes de que ella alcanzara la vela.

Todos sabían que los muertos no podían teletransportarse. Un cuerpo no podía viajar porque, al morir, la magia dentro de ellos desaparecía.

Ella se había teletransportado y, en ese instante, también había perdido su oportunidad de traerlo de vuelta a la vida.

—No sucederá de nuevo.

Los muertos la esperaban.

Como siempre, podía sentirlos. Espíritus rondando cerca de sus cuerpos. Como fantasmas vigilantes o potenciales espectros. Un alma siempre se demoraba. Tal vez, para asegurarse de que no la necesitaban. Tal vez, para despedirse del cuerpo. No lo sabía.

Pero lo había sentido con la pareja enlazada de la Casa del Faro. El esposo que había fallecido. Su espíritu estaba atormentado por la angustia de su esposa. Por la magia del vínculo que los unía.

Mercy no soportó la forma en que lo sintió y entonces intervino.

Fingió hacer un hechizo básico, mientras activaba una magia que solo ella poseía.

Iba a hacerlo de nuevo.

Las almas en la caverna permanecían agitadas.

El cuerpo más cercano a la rampa de entrada era el de Guion.

Mercy respiró hondo, antes de arrodillarse junto a él. Colocó una mano sobre su corazón inmóvil y comenzó su hechizo.

Hubo una breve resistencia, como si la magia despertara, estirando sus extremidades, cuando sintió el intercambio. Vida, tomando el lugar de la muerte.

Guion volvió a la vida con un jadeo.

Los resucitados siempre tenían esa mirada extraña. Perdidos y encontrados al mismo tiempo.

—¿Mercy? —dijo con voz ronca—. Qué… Oh, dioses… ¿Qué ha pasado?

Ignoró sus preguntas.

Era más fácil ignorar eso que el picor repentino que se extendía por su cuero cabelludo. Poco a poco, su cabello empezó a caer.

Una parte muy pequeña y muy vanidosa de ella odió que tuviera que ser su cabello. Los mechones rojo brillante que siempre había amado.

Una parte más lógica entendió que era una buena señal. Mejor el cabello…, que el lóbulo frontal.

Las hebras rojas caían al suelo, mientras caminaba, dejando un reguero de gruesos mechones.

Antes de que Guion pudiera decir algo, se arrodilló junto a su hermano, Win.

Esas heridas eran más graves, pero sospechaba que no importaría.

Colocó una mano sobre su pecho.

«Vuelve a mí».

Y volvió.

Las enormes heridas de su pecho se cerraron.

Al ver a su hermano acercarse, Win rompió en llanto. Era algo imposible.

Mercy esperaba que lucharan con esa imposibilidad durante años.

Cruzó la habitación, y, mientras lo hacía, sintió un dolor agudo en la mandíbula. El sabor de la sangre. Se llevó una mano a la boca y se arrancó un incisivo que parecía completamente podrido. El hueso había ennegrecido por la maldición.

Arrojó el diente al suelo.

Margaret fue la siguiente. La joven volvió de forma más violenta que los otros. Despertó gritando. Los terrores de la vida y la muerte todavía la sacudían con fuerza.

Mercy hizo una seña para que Win y Guion la atendieran, antes de pasar al siguiente cadáver.

Ambos estaban impactados.

En realidad, parecían más bien aterrados.

Finalmente, comprendieron lo que estaba haciendo, entendiendo dónde habían estado momentos antes, y la imposibilidad de estar donde se encontraban ahora.

La pantorrilla derecha de Mercy se contrajo con un dolor insoportable.

El músculo había muerto.

Le costaba mantenerse en pie, pero le quedaba una pierna buena. Apoyó su peso en ella, puso una mano contra la pared

cercana, y siguió avanzando. Un músculo ausente cambiaría su vida por completo, pero lo cambiaría mil veces por Margaret.

La siguiente fue Zell.

Mercy sentía las miradas de los demás y sabía que esa sería su vida, si alguna vez hubiera revelado su don. Si alguien hubiera conocido la verdad. ¿La veían ahora como algo antinatural? ¿Pensarían eso de sí mismos? No importaba. No realmente. En cierto modo, eran renacidos. Ella los había traído de vuelta con un propósito. Sabía que los necesitaba a todos para terminar aquello.

Zell volvió con una expresión de calma absoluta. Era como si simplemente hubiera dormido en su cama y una compañera la despertara para poder llegar a tiempo a sus clases.

Finalmente, Mercy sintió un dolor que no pudo ignorar.

Su ojo derecho estalló. Fue como si alguien le clavara un cuchillo directo en la pupila. El calor le chorreó por ese lado del rostro y cayó de rodillas.

Zell corrió a su lado.

—¿Qué demonios…? ¿¡Mercy!? ¿Qué demonios está pasando?

La doctora se incorporó de golpe, y se apartó de ella.

—Preparadlos —dijo—. ¡Preparaos todos!

Aún le funcionaba un ojo.

La cabeza de Mercy giraba por el dolor, pero soltó un gruñido y comenzó a cruzar la sala. El cuerpo de Dahvid Tin'Vori yacía inerte sobre las piedras. Era tan hermoso en la muerte como en vida.

Por primera vez, dudó.

¿Primero el cabello, luego un diente, después un músculo… y ahora un ojo? ¿Está empeorando?

No pudo evitar el temblor de miedo que la recorrió.

Nadie la culparía por detenerse.

Ya había hecho lo imposible, y estas tres últimas resurrecciones podían ser cada vez más costosas. ¿La muerte estaba enfadada con ella? ¿Estaba, en esos momentos, preparándose para castigar el siguiente robo que cometiera?

Mercy se dio cuenta de que lloraba.

—Sigue adelante —susurró para sí misma—. Termina lo que has empezado.

Con una mano sobre su corazón, Mercy trajo de vuelta a Dahvid.

Rezó para que esta vez fuera solo una ceja, un lóbulo de oreja, o tal vez otro diente.

Quizás aquello fue un error. Quizás el destino la escuchó.

El ojo izquierdo de Mercy estalló. La oscuridad llegó con terrible rapidez. Un vacío vasto y total.

Dahvid la atrapó en sus brazos. Muerto un instante, y, al siguiente, el héroe que la sostenía.

Mercy quiso reír, porque, aunque los brazos de él eran fuertes y firmes, sabía que era muy probable que estuviera sangrando sobre él.

Dahvid no hizo preguntas. No exigió explicaciones como los demás.

Mercy se dio cuenta de que era porque este ya sabía lo que iba a suceder. De algún modo, lo había visto.

—Te tengo —susurró—. Está bien. Te tengo.

La magia se curvó en el aire. Dahvid debía haber activado uno de sus tatuajes.

Mercy podía sentir cómo intentaba tocarla… y fallaba.

—No… No estoy seguro. Estoy intentando curarte…

—No puede curarse —le susurró ella—. Estas no son heridas normales. Por favor, llévame con Redding. Guíame hasta él. Por favor, Dahvid.

—¿Llevarte con…?

—Ahora.

Su voz no dejaba espacio para discusión.

Él deslizó un brazo bajo su cuerpo y la guio a través de la oscuridad.

Mercy sentía tanto dolor que no podía pensar en el resto de su vida. En lo que eso significaba para su futuro. Todo lo que importaba era esto. Todo lo que importaba era el ahora.

—Redding está frente a ti.

—Guía mi mano derecha hasta su corazón.

Dahvid obedeció.

Mercy repitió el hechizo.

Malditas las consecuencias.

Hubo un suspiro satisfactorio, cuando el pionero regresó a ellos.

La voz de Dahvid fue baja, junto a su oído:

—Tus dedos…

—Estaré bien —respondió Mercy—. Estaré bien. Llévame con Theo.

Era el último.

Dahvid volvió a colocarla, aceptando que esta vez podría morir.

Mercy se inclinó y realizó el intercambio final.

Esperó la sensación. Una quemadura en la garganta. Un corte en el abdomen, en el corazón o a lo largo de la columna.

Nada.

¿No había funcionado?

Y entonces escuchó la voz de Theo.

—No… ¿Qué demonios está pasando? ¿Qué ha pasado?

Mercy se enderezó.

No podía ver a ninguno de ellos.

No podía verse a sí misma.

El dolor la abrumaba, amenazando con cerrarle la mente, con dejarla caer en la inconsciencia, pero no podía permitirlo. En su lugar, apartó ese dolor y se aclaró la garganta.

—Os he traído de vuelta —dijo—. No lo desperdiciéis. Lo juro por todos los dioses que han existido. Si alguno de vosotros muere otra vez en esta cámara, encontraré vuestra alma en el más allá y os mataré una tercera vez. Arakyl cree que todos estáis muertos. Su atención está en otra parte ahora mismo. Esta es nuestra oportunidad. Voy a lanzar los hechizos de visualización. Mis herramientas… Alguien puede usar mis herramientas. Margaret, toma la espada mágica. Dahvid, invoca tu arma. Tenemos que movernos con rapidez.

Apartó a Dahvid de un empujón y casi se cae.

«Dioses, me siento como si estuviera muerta».

Ese pensamiento casi la hizo reír. Casi.

Mercy empezó los familiares pasos del hechizo.

Incluso sin su vista, sabía lo que hacía. Cómo controlar la magia. Podía oír a los otros susurrar. No había tiempo para más explicaciones. Se concentró en terminar la invocación.

Funcionó.

Sabía que había funcionado y empezó a llorar de forma incontrolada, porque, aunque no podía ver a Dahvid, ni a Theo, ni el cadáver del dragón, podía ver la magia. Cada uno de los hilos que aún quedaban apareció en esa oscuridad. Era un regalo inesperado, abrumador.

Mercy alzó la vista hacia esos colores brillantes y les dio a los demás una orden final.

—Terminad lo que he empezado.

Y entonces se desplomó sobre la tierra.

58

REN MONROE

Su mente se negaba a recomponerse.

Una parte de ella observaba la conversación entre Nevelyn y su madre.

La otra mitad se centraba en encontrar a Theo.

No podía sentirlo.

No había ni un destello de sus emociones, a través del vínculo que los unía.

¿Había viajado fuera de alcance? ¿Arakyl estaba interrumpiendo su conexión? Esa suposición le parecía poco probable. La venganza que la unía al dragón parecía tierra calcinada. Casi como si ambos hubieran quemado su poder al mismo tiempo y ya no quedara nada entre ellos.

No podía invocar odio ni ira.

Todo lo que quería ahora era vivir con las personas que amaba, a salvo, tras los muros blancos de Merosueño, pero cada vez que intentaba llegar a Theo y regresaba con las manos vacías, una terrible sensación se formaba en su estómago. No era algo que se permitiera pensar, por miedo a que, decirlo, aunque solo fuera en su mente, pudiera hacerlo realidad.

Y entonces su madre bajó la mano derecha. Una señal al ejército que la rodeaba.

Ren había asumido que esto era una negociación; que ambas partes hablarían y luego volverían a deliberar.

Su instinto la hizo levantarse de golpe.

Nevelyn estaba allí fuera, totalmente expuesta.

Un grito de guerra salió de algún punto del ejército de los Hacedores. Cada uno de los soldados que aún estaban en pie, se lanzó al ataque.

Ren vio sus filas moverse formando una luna creciente sobre la posición de Nevelyn.

La chica retrocedía con las manos extendidas frente a ella de forma inútil.

Ren no fue la única en acudir en su defensa.

Un soldado cayó de repente, con un cuchillo clavado en la espalda. Otro cayó a su lado.

Ren observó cómo una figura con pañuelo rojo se abría paso entre las líneas.

Su primer pensamiento, al ver el rostro de la chica, que se trataba de Dahl Winters, pero entonces recordó que ese nombre no existía.

Ava Tin'Vori estaba allí.

De alguna forma, se había infiltrado tras las líneas enemigas y ahora luchaba, con dagas en ambas manos, para llegar hasta su hermana, antes de que el resto de los soldados lo hicieran.

Pero eran demasiados los que caían sobre su posición.

Demasiados para enfrentarlos sola.

Ren y Avid Shiverian cruzaron las protecciones exteriores al mismo tiempo.

Ambas alzaron sus varitas y el poder estalló, trazos brillantes abriéndose camino entre los soldados que se acercaban. Golpeando pechos. Aplastando rodillas con ráfagas de luz.

Ren lanzó hechizo tras hechizo hasta que llegaron a Nevelyn.

El soldado más cercano se lanzó sobre ella y, por una vez, Ren fue demasiado lenta. La punta de su espada la alcanzó en el costado.

Ren jadeó, con la sangre brotando de la herida, hasta que el hombre fue enviado hacia atrás por otro hechizo.

Ren se giró y vio que Theo estaba allí.

Imposible.

Segundos antes temía que estuviera muerto. No podía llegar a él a través del vínculo, y ahora sus ojos estaban llenos de una furia

brillante. Había venido por ella. Estaba vivo.

De alguna manera, lo había traído hasta esa colina sangrienta sin siquiera pensar en la magia.

Y entonces todo se desató.

Se habían expuesto demasiado.

Los soldados se abalanzaron desde todos lados, blandiendo espadas y lanzas.

Los otros magos respondieron.

Ren los vio salir de detrás de las barreras, con sus varitas cortando el aire con desesperación.

Un soldado fue alcanzado por sus propios aliados, atravesado en el pecho por una flecha errante. Ren lo esquivó y lanzó otro hechizo, cuidando siempre de mantener su espalda contra la de Theo, mientras navegaban el caos, juntos.

El estilo de Theo siempre complementaba el de ella. Ren atacaba y él la protegía. Entraban y salían con fluidez. Hechizos sueltos silbaban sobre sus cabezas, apenas rozándolos.

—¡Avanzad hacia Merosueño! —gritaba Avid—. ¡Moveos! ¡Ahora!

Ren vio la lógica.

Si se quedaban en esa ladera, tendrían que seguir enfrentándose a todo el ejército, expuestos. Esta maniobra, al menos, les daría la oportunidad de luchar mientras se dirigían a Merosueño.

Un último intento desesperado.

Si lograban atravesar las filas de los Hacedores, sería una carrera a pie hasta Merosueño.

Ren y Theo seguían lanzando hechizos, en sincronía con los demás magos. Se aseguró de que Winnie estuviera moviéndose y se sintió aliviada al ver a la niña en pie, tropezando junto a los otros niños.

Mientras avanzaba, casi tropezó con su propia madre.

—¡¿Ren?! Qué… ¿Qué está pasando? ¿Dónde estamos?

No era una actuación. Algo había pasado.

Arakyl la había abandonado, o, quizás, por fin habían cortado el hilo de manipulación de su madre en la cámara de entierro. Si Theo estaba allí con ella, la misión debía estar yendo bien.

Ren agarró a su madre por el cuello de la ropa y la levantó.

—Quédate conmigo —le siseó—. ¡Pase lo que pase, mantente cerca!

Con ayuda de Theo, siguieron avanzando.

Otros magos llenaban los huecos. Las flechas habían cesado, porque el combate era demasiado cerrado. Demasiado difícil de acertar al objetivo correcto.

Ren también observó que cada vez más Hacedores huían de la zona. Estaba segura de que aquello era obra de Mercy. Estaba claro que cortaban los hilos, liberando a la gente de la magia de Arakyl.

—¡Seguid avanzando! —gritó Avid—. ¡No dejéis a nadie atrás!

Su grupo no tenía la ventaja del terreno. Era una subida, pero la magia era un gran igualador. Cada hechizo acertado dividía las filas enemigas.

Ren empujó una de sus últimas barreras contra un grupo y los hizo retroceder.

Las dagas de Ava bastaban para acabar con los que evitaban los hechizos mayores.

Milagrosamente, casi habían logrado abrirse paso por completo.

Vio solo una línea más de soldados. Merosueño brillaba justo detrás.

Ren y Theo comenzaron a girarse, mientras el resto de los magos seguían empujando, sabiendo que su retaguardia quedaba expuesta ante los soldados que acababan de dejar atrás.

Ese simple giro fue suficiente para mostrarles el error que habían cometido.

Había sido un error de cálculo.

Los Hacedores habían permitido su avance. Ahora lo veían. Mientras tanto, pivotaban la batalla. Todavía eran demasiados y los rodeaban por ambos flancos, consiguiendo que los magos dejaran atrás la seguridad de sus protecciones.

Era una trampa.

Las mandíbulas estaban a punto de cerrarse desde ambos lados y todos morirían.

Su mejor oportunidad era correr a toda velocidad hacia las puertas.

Ren levantó la vista y su corazón se hundió: la ciudad estaba demasiado lejos. No podrían alcanzarla, sin que los soldados los persiguieran, eliminándolos uno a uno.

Estaba a punto de gritar que formaran filas de nuevo, que debían empezar a lanzar barreras, cuando se dio cuenta de que Avid gritaba algo.

Ren apenas pudo distinguir la palabra.

—¡Nevelyn!

En el caos, había perdido de vista a la chica Tin'Vori.

Los breves destellos de Ava, luchando a su lado, la habían convencido de que Nevelyn marchaba con ellos, pero, en ese instante, Ren la vio.

Todos lo hicieron.

59

NEVELYN TIN'VORI

Ella había retrocedido mientras todos los demás avanzaban.

Los hechizos habían atravesado las filas enemigas. Una orden para que corrieran cuesta arriba. ¿Por qué seguir luchando allí fuera, si podían intentar correr hacia Merosueño?

Nevelyn estaba demasiado impactada para seguirles.

Los observó progresar.

Ava iba con ellos, luchando ferozmente en la primera línea de avance. Josey también estaba allí. Lo vio correr, con los brazos enlazados con el resto de los niños. Sus pequeñas piernas intentando levantar los pies, lo más alto posible, para no tropezar con los cadáveres.

«Dios nos ayude a todos».

La gente estaba muriendo.

Otros ya estaban muertos.

Todo parecía tan absurdo.

Por alguna razón, ella seguía retrocediendo. Alejándose de aquella terrible pesadilla.

Estaba tan cansada. Incluso escuchando una voz que le susurraba que Josey y Ava no estaban a salvo, y que tenía que protegerlos.

Desde su ángulo, podía ver a las tropas enemigas girando. Reordenando sus líneas.

Los magos parecían estar progresando bien. Abriendo un camino hacia Merosueño. Pero dioses, aún estaba muy lejos, y vio que no había ninguna posibilidad de que lo lograran.

«¿Y todo esto…? ¿Solo para morir en alguna colina cualquiera? ¿Para ver a más seres queridos enterrados antes de tiempo?».

Nevelyn extendió la mano hacia el dije en su collar. Estaba girado por el lado oscuro. Sabía que podía lanzar ese hechizo y marcharse. Nadie la notaría. Podría caminar de regreso a Kathor y fingir que nada de esto había ocurrido. Usar su magia para sobrevivir a lo que viniera.

Pero, en lugar de eso, movió el dije al lado claro.

—Miradme.

La primera oleada de magia fue como un susurro.

Solo se giraron unos pocos. No era suficiente.

—¡HE DICHO QUE ME MIRÉIS!

La magia estalló, saliendo de ella como los rayos del sol. Un poder más allá de cualquier cosa que hubiera invocado antes.

Nadie en esa colina quedó exento.

Extendió las manos y vio cómo cada uno de los soldados enemigos se volvía para mirarla. Bajaron las espadas un instante, fijando su vista en ella. Tenía su atención. Por fin, tenía su atención.

—Bien. Seguid mirándome.

Nevelyn puso toda la fuerza que le quedaba en el hechizo. Una luz abrasadora palpitó, tan brillante como para cegar toda la colina.

Sabía que funcionaba.

Demasiado bien.

Incluso los magos se habían detenido, hipnotizados por las demandas de su magia.

La contemplaban.

Le costó la poca energía que le quedaba, para añadir un matiz al hechizo, un pequeño cambio que casi consiguió desbordar el resto de la magia.

Pero funcionó.

Vio a los magos sacudirse, liberándose de su influencia.

Ren Monroe la observaba con horror.

Ava gritaba algo que Nevelyn no podía oír, mientras se giraba, como si aún intentara un último rescate.

Nevelyn movió la cabeza.

—¡Marchaos! —gritó—. ¡Salvadlos!

Uno a uno, los soldados enemigos comenzaron a caminar hacia ella.

Nevelyn seguía moviendo los pies, retrocediendo, para llevarlos más y más lejos.

Los arqueros comenzaron a tensar sus arcos. Los soldados levantaron sus espadas.

Nevelyn se sintió como una diosa, mientras atraía a todo un ejército hacia ella, como si fueran sonámbulos.

Más allá de ellos, pudo ver a Josey, a los niños y al resto, corriendo. Cubriendo la distancia que los separaba de las puertas, con facilidad.

Nadie los seguía. Se había asegurado de ello.

Cuando la primera oleada de soldados la alcanzó y las flechas empezaron a cruzar el cielo, Nevelyn Tin'Vori no pudo evitar sonreír.

—Eso es. Ahora me veis. Ahora…

60

REN MONROE

Merosueño era un nombre apropiado.

Los caminos estaban tallados en piedra blanca pulida.

Los supervivientes siguieron la vía principal, pasando por idílicas cabañas y edificios públicos bastante útiles. En el corazón de la ciudad, había un pequeño lago de un color azul cristalino, del cual salía una infinidad de arroyos.

La ética shiveriana —que priorizaba la precisión y la utilidad por encima de todo—, no podía ser más evidente. Incluso los patios estaban situados en posiciones estratégicas, absorbiendo la máxima cantidad de luz solar, y servían además como huertos para cultivos específicos.

Ren vio grandes enredaderas de tomates, con los frutos a punto de reventar. Notó que había un encantamiento de estasis sobre toda la sección. Los habían cultivado hasta el punto exacto en que estaban listos para ser cosechados, y luego los habían congelado mágicamente en el tiempo. Había maravillas similares por todas partes, esperando ser descubiertas, pero ese no era el momento para explorarlas.

Su primera tarea era encontrar un cementerio adecuado.

Por suerte, los Shiverians ya habían pensado en eso. Habían reservado un pequeño campo cerca de las puertas occidentales. Después de tomarse un momento para atender sus propias heridas —incluida la profunda puñalada que Ren tenía en el costado—, los magos supervivientes pasaron las siguientes horas, después de la batalla, transportando a los muertos cuesta arriba, por la colina

abandonada, atravesando la puerta principal, hasta ese claro bañado por el sol.

Senderos de sangre comenzaron a marcar su paso sobre las piedras blancas.

En un momento, Ren se encontró mirando la huella de una mano ensangrentada, que alguien había dejado sobre una de las puertas, y supo que, para ellos, este lugar siempre estaría medio embrujado.

El sacrificio de Nevelyn había sido el punto decisivo.

Al ver que el resto de los magos había alcanzado Merosueño, el ejército contrario se había derrumbado y había huido.

Algunos, como su madre, se quedaron atrás para ayudar con los muertos. Recobraron sus sentidos, tras haberles sido cortados los hilos de manipulación en aquella lejana cámara funeraria. Otros estaban demasiado confundidos o asustados, como para hacer algo más que desaparecer entre los bosques circundantes.

Ren sabía que en algún momento habría un ajuste de cuentas. No todos abandonarían la causa por la que habían luchado en esa colina. Algunos regresarían a la ciudad y susurrarían que debían terminar lo que habían empezado. Dirían que los magos eran demasiado peligrosos para ser dejados en paz. El miedo se propagaría, hasta que se trazara una línea clara entre la gente con magia y la que no la tenía.

Pero, por ahora, nada de eso importaba.

Ren y Theo caminaron juntos, llevando a cabo varias tareas, en silencio.

Ella sintió la tensión a través del vínculo. Algo no dicho. Por lo que solo pudo asumir que tenía que ver con la conexión entre ella y Arakyl. Quizás Theo creyera que ya había visto lo peor de ella, con la investigación de su padre —la había perdonado por eso—, para verse recompensado con algo peor: la mujer que amaba era responsable de la caída de Kathor.

Cuando se detuvieron junto a una fuente para lavarse la sangre y la suciedad de las manos, Ren no pudo soportar más el silencio.

—El hilo de bronce —soltó—. Estás preguntándote por qué te pedí que lo cortaras.

Theo la miró, sorprendido.

—¿Lo estoy?

—¿No lo estás?

—La verdad…, es que no. Lo comprendí en su momento. Los dragones se sienten atraídos por emociones profundas. Después de ver el hilo, asumí que tu ira era el punto de anclaje para Arakyl. Lo utilizó para potenciar sus esfuerzos de manipulación, y luego, cuando había construido suficientes conexiones adicionales, comenzó a aprovecharse de esas también. Me pareció bastante evidente.

Ren lo miró, boquiabierta.

—¿Ya lo sabías todo?

Soltó una risa suave.

—¿Por qué siempre te sorprende que sepa cosas? ¿Sabías que fui el noveno en nuestra clase? No tenía malas calificaciones, sabes. También soy bastante listo.

Su tono era ligero y tranquilo, y no coincidía con la tensión que notaba a través del vínculo.

—Entonces, ¿no es eso lo que te molesta?

Él frunció el ceño.

—¿Por qué me molestaría eso?

Ren hizo un gesto, señalando lo que los rodeaba.

—Porque yo soy la razón de que todo esto haya sucedido.

—¿En serio crees eso? —La pregunta hizo que Ren se sintiera infantil y pequeña, pero Theo no la dejó responder—. Si no hubieras sido tú, habría sido otro chico del Distrito inferior. Alguien que perdió a un ser querido, por culpa de la crueldad de mi padre. O alguien que fue agraviado por los Graylantians o los Proctors o los Winters. Ren, mira el ejército al que nos hemos enfrentado. Arakyl no los hizo sentir que fueran pequeños e impotentes. No plantó el odio en sus corazones. Nosotros lo hicimos. Durante siglos. A mi padre siempre le encantaba hablar de que cosechas lo que siembras y esto es una cosecha generacional.

»Arakyl te mintió, Ren. Esto no es por tu culpa. Créeme, no estoy molesto por eso.

No pudo evitar centrarse en esas palabras.

—Pero estás molesto por algo.

—Bueno, sí. Pero no contigo. Estoy molesto porque morí, Ren.

Fue una afirmación tan impactante que Ren soltó una carcajada.

—¿Moriste? ¿De qué estás hablando? Estás aquí ahora mismo, Theo. Caminando. No estás muerto.

Él bajó la voz.

—Lo sé, pero eso es porque Mercy me trajo de vuelta. Es una nigromante muy poderosa. Ninguno de nosotros le había preguntado cuál era su variación mágica. ¿Recuerdas esa noche en la Casa del Faro? Ella fue por ahí preguntándonos a todos cuál era nuestra variación, pero nadie se acordó de preguntárselo a ella.

Ren se dio cuenta de que era cierto. Lo había pensado, pero nunca llegó a hacerlo.

Ese detalle apenas importaba, comparado con la verdad mayor de lo que Theo estaba contando.

—Por eso no podía sentirte a través del vínculo… En realidad, estabas muerto.

Y seguiría muerto si no fuera por Mercy.

Antes de que Theo pudiera responder, Ren lo abrazó con tanta fuerza que casi le crujieron los huesos. Los dos estaban sudados y sucios, pero no importaba.

El joven la sostuvo con fuerza y, por un momento, no existió nada más allá de sus brazos. Él le besó la frente y Ren se apretó contra él tanto como pudo, provocando una mueca en Theo, que se convirtió en una risa.

—Con cuidado, que morirse duele. Mi cuerpo todavía se está recuperando y mi mente también. Perdón por estar distante. Supongo que estaba intentando… asimilarlo todo. Todos estos cuerpos. Mi propia muerte. Solo intentaba entender qué significa todo esto, qué hacemos ahora, y demás.

—Claro, no te disculpes. Lo siento, Theo. No me di cuenta. Dioses, sabes que odio estar en deuda con la gente, pero creo que le debo a Mercy Whitaker por el resto de la eternidad.

Una sombra cruzó el rostro de Theo, y sacudió la cabeza.

—No estoy seguro de que haya sobrevivido, Ren. La magia que utilizó… Tenía un precio. Cada vez que nos resucitaba, creo que una parte de ella moría en su lugar. Antes de que me trajeras, la vi caer

al suelo. —Volvió a sacudir la cabeza—. No lo sé. Espero que esté viva. Espero que todos lo estén.

Llevó más tiempo del esperado saber cuál había sido el destino de todos.

Según Theo, dos de los wyverns habían muerto durante la batalla contra Arakyl, lo que dejaba solo a una de las criaturas aladas disponible, para ir a buscar al grupo de supervivientes.

Enviaron al jinete hacia el sur y lo único que pudieron hacer fue esperar su pronto regreso, mientras había muchas tareas que les ayudaban a pasar el tiempo.

Primero, se cavaron tumbas, se marcaron y se llenaron.

Se envió un mensaje a Kathor informando de que, cualquier pariente vivo de los fallecidos, podía venir a Merosueño y reclamar a sus seres queridos. Todo lo que tenían que hacer era traer un carro hasta las puertas principales y los magos los ayudarían a cargar los cuerpos sin discutir.

Solo una víctima de la batalla seguía sin enterrar: Nevelyn Tin'Vori.

El rumor era que Ava Tin'Vori casi había apuñalado a la persona que había intentado enterrar a su hermana, antes de que Dahvid pudiera regresar para despedirse de ella. También había cierto interés entre el resto de los supervivientes en rendir tributo a la mujer que se había sacrificado para permitir que los demás escaparan.

Sugirieron, de forma educada, que podían mantener su cuerpo, de forma temporal, en la morgue.

Ren se encontró caminando por el pequeño edificio que los Shiverians habían diseñado, para funcionar como el hospital del pueblo.

Pasó por habitaciones vacías, llenas de instrumentos brillantes e intactos. Una escalera conducía a un subnivel. La tomó, y el aire se volvió más frío con cada paso que daba. Habían colocado a Nevelyn sobre una mesa de piedra, junto a la pared del fondo. Ren vio que habían conseguido uno de los sudarios encantados que los enterradores solían utilizar para evitar que los cuerpos se

descompusieran. Un material de gasa que se extendía de la cabeza a los pies.

Tanto Ava como Josey estaban tirados en una esquina, bajo un par de mantas gruesas, con sus ronquidos entrelazándose en el aire.

Ren cruzó la sala con el mayor sigilo posible.

El resto de los supervivientes ya la habían visitado, rindiendo sus respetos.

Ella lo había postergado, porque no podía soportar despedirse de otra persona a la que consideraba su amiga. El tiempo no había ayudado.

No tenía palabras ingeniosas ni sentimientos conmovedores.

Además, presentía que Nevelyn solo se burlaría de cualquier cosa seria que intentara decir.

Ren empezó a llorar y se conformó con colocar una mano sobre el hombro de la chica muerta. Sintió la tela como una barrera de seda, que separaba su mundo del más allá.

—Le caías bien. —La voz fue lo suficientemente cercana como para sobresaltarla.

Ava Tin'Vori se había desplazado en silencio por la sala.

Cuando Ren se dio la vuelta, agradeció ver que no estaba armada. Su mirada ya era suficiente arma a esa distancia.

—Aunque me lanzaste por una montaña…, le caías bien. —Ren fue a disculparse, pero Ava desechó la idea con un gesto brusco de la mano—. Guárdate el aliento. No estás arrepentida. Volverías a hacerlo otras cien veces, si eso significara salvarlo a él, y los dioses saben que yo te destriparía por salvar a cualquiera de los míos. ¿De veras quieres enterrar tu culpa? —Sus ojos se dirigieron hacia Josey, que dormía profundamente—. Entrénalo. Enséñale todo lo que sabes. Dale las mismas herramientas que tú tienes, y consideraré saldada esa deuda de sangre. Perdonada y olvidada.

Ren se limpió las lágrimas.

—Hecho.

—Ah…, y tal vez podrías traernos algo de comida. Josey no quiere irse. Me preocupa que no esté comiendo lo suficiente. Es todo piel y huesos.

La joven le hizo un gesto afirmativo, le susurró una última palabra a Nevelyn, y se marchó.

61

REN MONROE

La lista de tareas pendientes no tenía fin.

La ciudad podía ser nueva, pero eso no significaba que se gobernara sola.

Theo asumió gran parte del trabajo organizativo. Toda esa educación que había recibido para ser el guardián de Kathor, finalmente se puso en práctica.

A cada uno de los magos que habían sobrevivido se le asignó una cabaña específica, que pasaba a pertenecerlos en cuanto cruzaban el umbral.

A cualquier niño que hubiera llegado solo se le designaban tutores, hasta que sus padres pudieran hacer el viaje a Merosueño.

Se organizaron reuniones. Se llevaron a cabo votaciones. Aunque estaban agotados por la reciente batalla, no eran inmunes a las diferencias de opinión y discusiones.

La primera gran decisión giró en torno a qué hacer con los Hacedores que se habían quedado a ayudar con el entierro de los muertos. ¿Eran culpables de crímenes? ¿Víctimas también? Era terriblemente complicado determinar cuál sería un castigo justo para un grupo que quería una revolución, pero que no habría cometido asesinatos, si no hubieran sido manipulados por un semidiós.

Theo propuso el Protocolo de Retractación.

Cualquiera de los Hacedores que estuviera dispuesto a negar públicamente los objetivos originales de su grupo y jurar apoyo a los magos supervivientes, vería eliminados sus cargos. Quien no estuviera dispuesto, sería encarcelado hasta un juicio posterior.

Por suerte, de los treinta que se quedaron, ninguno puso a prueba la segunda opción.

La propia madre de Ren lideró una ceremonia de quema en la que los famosos pañuelos rojos fueron arrojados a una hoguera.

La demostración pública ayudó a aliviar tensiones, pero todavía había heridas que solo el tiempo podría sanar.

Ren era la prueba viviente de eso: todavía no había encontrado el valor para sentarse a hablar con su madre.

Se celebró otra reunión para decidir qué hacer con las grandes casas. Nombres que habían dominado su mundo durante siglos: Broods, Proctors, Shiverians, Winters y Graylantians.

Había llegado la noticia desde Kathor que la Casa Graylantian ya había sido saqueada. Gemma había liderado un asalto fallido a la Casa del Faro, y sus posesiones ya estaban siendo redistribuidas.

También se ordenó públicamente a las demás casas que distribuyeran su riqueza entre las familias necesitadas de Kathor, pero esas propiedades tenían protecciones mágicas elaboradas que dificultaban hacer cumplir la orden.

Como muestra de buena voluntad, el miembro de más alto rango de cada familia envió cartas a Kathor.

Ren observó, con incredulidad, mientras firmaban con sus nombres. No podían obligar a sus familias a obedecer, pero sus firmas eran una declaración poderosa.

Los únicos magos que quedaban en el mundo estaban de acuerdo en que la riqueza que habían acumulado durante siglos debía redistribuirse. A cambio, pedían la paz.

Poco después, llegó una carta del nuevo gran emisario de Kathor.

Theo la leyó en voz alta, mientras la gente se reunía en el anfiteatro.

No habría rencores entre las ciudades. Se había alcanzado una tentativa de paz.

Por primera vez, en la larga historia de Kathor, no habría una élite gobernante.

Ren sabía que un nuevo mundo estaba naciendo. Incluso en ese momento, todos eran testigos de sus primeros e irregulares pasos.

Al tercer día de haber llegado a Merosueño, se avistó un wyvern, a través de las aberturas entre los árboles.

Theo trató de mantener la calma y pidió que se dispersara la multitud, pero nadie lo escuchó.

También habían esperado este momento.

El corazón de Ren se aligeró al ver que el jinete del wyvern no venía solo. Había otras dos personas sujetadas a las correas del arnés.

El polvo se levantó cuando las alas del wyvern se extendieron.

Su corazón volvió a saltar al observar a Dahvid Tin'Vori agarrado al cuello de la criatura. Nevelyn merecía ser sepultada y el regreso de su hermano señalaba el fin de la larga vigilia de Ava y Josey.

Ren ya iba caminando hacia donde aterrizaba el wyvern, pero se detuvo de golpe.

La otra superviviente era… Mercy Whitaker.

La joven se llevó una mano a la boca al verla. No podía ser otra persona —nadie más coincidía con su tamaño y figura—, pero la transformación entre la mujer que habían enviado a la cámara funeraria y la que veía ahora, era lo más impactante que había presenciado jamás.

Ren miró a Theo, que asintió para confirmarlo. Él le había dicho que la magia tenía un coste, pero nunca imaginó algo así.

Mercy llevaba una venda en los ojos. Ren pensó que era para evitar el mareo, debido al vuelo del wyvern, pero luego vio los moretones en los bordes de la tela. Trozos de sangre seca. Algo terrible les había pasado a sus ojos. Su brillante cabello rojo había desaparecido por completo, dejándola pálida y calva. Tampoco podía mantenerse en pie sola.

Dahvid la ayudaba en su camino hacia la multitud; al parecer, una de sus piernas no funcionaba.

El impacto inicial mantuvo al grupo en silencio, pero un grito desde el fondo se convirtió en otro, y en segundos, todos estaban aplaudiendo y vitoreando a quienes habían salvado sus vidas, hilo por hilo.

Dahvid se lo agradeció con un gesto, pero su atención estaba en Mercy. Le susurró algo, antes de abrirse paso con ella, cojeando

entre la multitud. Solo se detuvo cuando alcanzó a Ren.

—Todos los hilos han sido cortados. El dragón ya no es más poderoso que cualquier otro cadáver. Se acabó —informó, antes de volver a buscar entre la multitud—. ¿Dónde están mis hermanas? ¿Y Josey? ¿Por qué no están aquí?

Su mandíbula tembló ligeramente.

—Sígueme.

Solo cuando pasaron por el hospital y llegaron a las escaleras que conducían a la morgue, Dahvid pareció comprender adónde se dirigían y la razón.

Cargó a Mercy con ternura por los escalones, antes de pasarle el testigo a Ren y Theo.

Ella vio que las lágrimas ya corrían por el rostro del guerrero, mientras cruzaba la sala.

Sus pasos pesados despertaron a los otros dos, que se frotaron los ojos, antes de seguirlo con cautela, como dos aves temerosas de volar cerca de una tormenta.

Dahvid soltó un ruido ahogado antes de rasgar el frente de su túnica. Se tambaleó, al borde del colapso, pero Ava y Josey lo sujetaron.

Los tres se apoyaron a la mesa de piedra, uno solo en su dolor.

Ese dolor hizo que Ren volviera con fuerza a su propio duelo. ¿Cuántos amigos se habían ido? ¿Cuántos seres queridos habían muerto? Y cada una de esas pérdidas llevaba hasta la primera: su padre. Sus extremidades dobladas de forma antinatural en el canal.

Unos días después, había visto cómo lo enterraban, y todavía recordaba haber pensado que era un espacio terriblemente pequeño para intentar encajar un mundo entero.

Ahora veía a los Tin'Vori tratar de comprender esa misma ecuación. Cómo un mundo podía desaparecer sin advertencia.

—¿Quién es? —susurró Mercy—. ¿Han muerto sus dos hermanas?

—No —le susurró Ren—. Es Nevelyn. Ava ha sobrevivido.

La cabeza de Mercy se inclinó. Por un momento, pareció que observaba la escena, a pesar de la venda.

—¿Cómo murió?

Al menos esa era una pregunta fácil de responder.

—Se sacrificó para salvarnos. Usó su don para atraer la atención de todo el ejército, mientras nosotros escapábamos.

Dahvid seguía sollozando. Tan fuerte, que Ren sintió que podía hablar sin ofender.

Sus ojos pasaron brevemente por Theo, antes de volver a enfocarse en Mercy.

—Entiendo que tú has hecho un sacrificio similar, Mercy.

La doctora se tensó.

—Era la única forma. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—Estoy de acuerdo en que era la única forma, pero si crees que todos habrían hecho lo que tú has hecho, estás equivocada. Lo mismo sucede con Nevelyn. Ambas…

Mercy desechó con un gesto cualquier mención a su propio heroísmo. Estaba claro que toda esta charla y atención la incomodaban.

—Necesito descansar. ¿Hay algún lugar donde pueda dormir?

Theo respondió.

—Podemos asignarte una cabaña, será toda para ti.

Mercy se negó.

—Seguro que hay una cama aquí, ¿no? ¿No es esto una especie de ala hospitalaria? Debe haber una camilla por aquí. Me acostumbré a dormir en ellas, cuando hacía mi residencia. Además, voy a necesitar una infusión para el dolor. Si tenéis una caja de polvos, puedo guiarte con los pasos.

Los tres dejaron a la familia Tin'Vori en su duelo y subieron las escaleras.

Mercy tenía razón: había una camilla esperándola en una esquina.

Theo le cedió a Ren la tarea de preparar la infusión, mientras él salía corriendo a buscar almohadas y mantas.

La doctora les dio las gracias, visiblemente deseosa de quedarse sola.

Ren no pudo marcharse sin más. Decidió inclinarse un instante y ofrecer una última palabra de aliento.

—Tu plan ha salvado la ciudad. Nos ha salvado, y ha salvado la magia.

El rostro de Mercy se apagó.

Ren pensó que había dicho algo mal, pero, tras un momento, la doctora asintió.

—Gracias.

La siguiente oleada de recién llegados no llegó sobre el lomo de un wyvern.

En cambio, escalaron las puertas exteriores y dos de los nuevos guardias hicieron sonar las campanas para alertar a la ciudad de un posible ataque.

El alboroto se calmó con rapidez, cuando todos se dieron cuenta de que las estatuas de piedra habían sido enviadas por Zell Carrowynd, quien tenía toda la intención de hacer de Merosueño su hogar permanente.

Tras unas breves palabras con los guardias, la gárgola condujo a las otras estatuas que habían sobrevivido al interior de la ciudad. Su número se había reducido considerablemente en la batalla contra Arakyl, pero Ren sabía que la ciudad necesitaba todo guardián leal que pudieran conseguir.

Durante las siguientes horas, se vio a las estatuas recorriendo las calles, reconociendo las piedras, reclamando en silencio qué zonas querían vigilar.

Ren no sabía si podían jurar lealtad a una nueva ciudad, pero quizás aquello no era del todo correcto. Tal vez, el corazón de Kathor simplemente se había trasladado allí. O quizás su verdadera lealtad no era hacia un lugar, sino a la magia misma, y a la protección de quienes la usaban. No lo sabía con certeza, pero cada vez que veía una de esas figuras encaramada en las almenas o sobre un tejado, la ciudad le parecía más un hogar.

Su guardiana no tardó en llegar.

El wyvern regresó por la tarde con Zell y los hermanos, Guion y Win.

La única persona de su grupo que seguía faltando era Redding.

Zell les informó de que se había negado a partir, sin antes marcar el área circundante al lugar del entierro.

Ren agradeció ese gesto. Lo último que necesitaban era otra alma perdida tropezando sin saberlo con la cámara de Arakyl. Cortar los hilos había sido suficiente para desconectarlo de su poder. Ya no

tenía acceso a la furia de Ren, ni a su magia, pero eso no significaba que fuera inofensivo. Los esfuerzos de Redding eran el primer paso para asegurarse de que el dragón no volviera jamás.

Los tres luchadores reclamaron cabañas para sí mismos.

Ren no pudo evitar notar que todos tenían la misma expresión de asombro: como ciervos que habían tenido el cuello dentro de las fauces de un depredador, solo para ser liberados de forma inesperada.

Parecía que el mundo en el que se encontraban los seguía sorprendiendo. El sol un poco demasiado brillante. La gente demasiado real.

Ren lo interpretó como una confirmación de que el poder de Mercy realmente los había traído de vuelta desde algún lugar más allá.

Cuando la multitud comenzó a dispersarse, Ren entrelazó su brazo con el de Theo y caminaron juntos de regreso a su cabaña. Por primera vez en días, se sentían en paz.

—El don de Mercy…, me sorprende que nunca se lo haya contado a nadie.

Theo movió la cabeza.

—A mí también. Seguro que le ha costado mucho esfuerzo guardarlo, pero mantenerlo en secreto le ha salvado la vida. ¿Una habilidad así? Habría habido una guerra de ofertas por sus servicios, como nunca antes se había visto en Kathor. ¿Qué realzador podría compararse con una nigromante que devuelve a los muertos a la vida sin causarles consecuencias? Habría sido rica, y quien ganara su contrato la habría destruido lentamente. Parte por parte. Y no para salvar a quienes realmente lo merecían, ¿sabes?

La habrían utilizado para mantener puras y saludables sus líneas ancestrales, resucitando a quien quisieran, cuando quisieran. Me alegra que haya sido lo bastante inteligente para ocultarlo.

Ren echó un vistazo por encima del hombro. Guion y Win todavía estaban allí, conversando de forma amigable con otros supervivientes.

—Bueno, ya no es un secreto.

Theo asintió.

—Eso lo resolveremos cuando llegue el momento.

—Hablando como un verdadero planificador.

Eso lo hizo sonreír.

La cabaña que habían elegido no se parecía en nada a la villa que habían disfrutado juntos en Las Alturas. No tenía primeras ediciones en las estanterías. Todos los muebles antiguos habían sido reemplazados por piezas simples y funcionales. La vista no era una ciudad extendiéndose como un mar de diamantes bajo sus pies.

En su lugar, la única ventana daba a un árbol en plena floración, y no a los arroyos de la ciudad que serpenteaban dentro y fuera de su campo de visión.

Sin embargo, por alguna razón, le pareció lo correcto. Era como si estuvieran siendo testigos del nacimiento de algo que solo seguiría creciendo si lo permitían.

Mientras preparaban la cena, Ren puso la mesa.

Solo dudó un momento, antes de colocar un tercer plato, un tercer juego de cubiertos y un tercer vaso.

Theo la observaba, la energía nerviosa vibraba a través del vínculo, pero fue lo bastante sabio como para no decir nada. Le dio espacio para decidir si ese era el momento y la decisión correcta.

Cuando la mesa estuvo lista, la joven salió, en silencio, a la calle.

No fue un paseo largo.

Tres golpes, y una puerta se abrió.

Los ojos de su madre bajaron de inmediato. Sus hombros se encorvaron ligeramente, como si supiera que su hija venía a dictar una condena por el papel que había jugado en lo ocurrido.

En cambio, Ren se acercó lo suficiente como para levantarle el mentón con una mano. Con la otra, le enderezó la espalda.

—Recuerda, un Monroe mantiene la cabeza en alto.

Su madre rompió en llanto.

Se abrazaron, se susurraron disculpas y comenzaron a caminar, antes de que las lágrimas se secaran.

No todo entre ellas podría sanar.

Ren lo sabía.

No sería perfecto, pero, por ahora, necesitaban la fuerza de la otra. Así que la llevó de regreso a su cabaña.

Dentro, el ambiente era cálido gracias a la estufa, que ahora estaba encendida. Un suave olor a canela y algo más que reconocía, flotaba en el aire.

Theo levantó la vista desde la cocina y se le notó aliviado. Estaba claro que esperaba que ese fuera el invitado que Ren tenía en mente.

Fuera, el sol ya se había puesto.

Los tres comenzaron una tranquila y agradable comida.

Estuvo muy cerca de parecer algo correcto, pero, por significativo que fuera para Ren —haber tendido una rama de olivo y puesto ese tercer plato—, sus ojos se posaron en el cuarto lugar de la mesa.

Una silla vacía.

Sin más advertencia, Ren comenzó a sollozar de forma violenta.

Theo reaccionó, con la magia del vínculo pulsando entre ellos con fuerza, pero fue su madre quien llegó primero.

Esos brazos familiares la abrazaron.

—Vamos, cariño. ¿Qué sucede?

Le pareció infantil el señalar la silla vacía.

—No ha vuelto. No importa lo que haga… Simplemente, se ha ido.

Después de todo este tiempo, seguía siendo esa niña pequeña que echaba de menos a su padre.

Roland Monroe nunca volvería.

La muerte de Landwin Brood no lo había devuelto al reino de los vivos.

La caída de las grandes casas no lo había traído de regreso, sonriente, cruzando la puerta, dispuesto a ocupar su lugar en la mesa.

Jamás haría comentarios triviales con el hombre que ella amaba.

Jamás le lanzaría una de sus famosas miradas cómplices, desde el otro lado de la habitación.

Ni siquiera los poderes de Mercy Whitaker podían retroceder en el tiempo y devolverle la vida al hombre cuya ausencia había definido en silencio toda su vida.

—Se ha ido —repitió Ren, aturdida—. Igual que Timmons, Cora y Avy… Y todos los demás. Todos se han ido. Dioses, ¿qué he hecho,

mamá? ¡¿Qué he hecho?!

Agnes la abrazó con más fuerza.

—Mi niña querida, has hecho lo que creías correcto. Landwin Brood merecía morir. Por lo que le hizo a tu padre…, y por mil otros pecados. Eres lo bastante lista como para saber que nadie más lo habría castigado. Habría seguido viviendo de esa forma durante años. Quizás décadas. Arrogante y cruel. Nadie cuestiona lo que le hiciste. Sin embargo, ¿los otros? —Agnes se separó un poco para mirarla directamente a los ojos—. Esos son fantasmas con los que debes aprender a vivir. Jamás podrás reparar esas pérdidas. Nunca.

El vínculo de Ren con Theo volvió a latir.

La simpatía llegó como con fuerza. Parecía listo para decirle algo que aliviara el golpe, pero sabía que su madre estaba diciendo una verdad necesaria.

—Pero abre los ojos, mi niña. ¿No te enseñamos a ver el panorama completo?

Hiciste lo correcto, hasta que te diste cuenta de que habías ido demasiado lejos.

Y, entonces, fuiste lo bastante valiente como para detenerte, dar la vuelta y buscar lo siguiente que era correcto. ¿Sabes cuánta gente preferiría ver al mundo arder antes que admitir que se equivocó? Dioses, Ren, yo habría seguido. Sé que lo habría hecho. Lo hice… —Su voz se quebró por un momento, y movió la cabeza antes de continuar—: En el preciso instante en que supiste que era un error, te detuviste. Hiciste todo lo que estuvo en tus manos para evitar que el fuego se extendiera. ¿Tienes idea de cuántas personas sobrevivieron gracias a ti? Si todo esto se resume en una sola batalla, en lugar de una guerra completa, entonces este momento se recordará como una de las transferencias de poder más pacíficas de la historia. —Su madre la abrazó más fuerte—. Mi niña preciosa, solo estás dejando que las peores cosas tengan más peso en la balanza. Abre los ojos. Mira a tu alrededor. Has encontrado a Theo, a través de todo esto. Has salvado a los magos que podrían haber muerto. Cambiaste por completo el sistema de Kathor. ¿De verdad quieres saber qué querrían que hicieras ahora Timmons, Cora y Avy? ¿Lo que tu padre te pediría? —Incluso entre lágrimas, Ren asintió—.

Querrían que siguieras adelante. Una vez un hombre dijo: quién eres en tiempos de paz, es más importante que quién eres en la lucha.

»Ya hemos visto quién es Ren Monroe cuando tiene que luchar. Sabemos que ganarás nueve de cada diez veces. Pero ahora, creo que ha llegado el momento de ver quién eres cuando puedes dejar las armas. Por primera vez en tu vida, la pregunta no es ¿cómo ganarás? La pregunta ahora es, ¿qué vas a cultivar? Puede que lleve tiempo encontrar la solución, pero los dioses saben que siempre encuentras la respuesta correcta.

Su vínculo con Theo se había estabilizado en un zumbido constante.

Ren se secó las lágrimas, volvió a acomodarse entre los brazos de su madre y luego se apartó. No pudo resistirse a preguntar:

—¿Quién dijo eso? ¿Esa cita?

—Un historiador poco conocido —respondió su madre—, llamado Roland Monroe.

Cuando terminó la cena, su madre se despidió con un último abrazo.

A Theo le dio una breve palmada en la mejilla, como si fuera un chico del Distrito inferior, que había hecho un buen trabajo en los muelles.

Ren sintió cómo los compartimentos de su mente se reorganizaban. Un ajuste silencioso de ideas y prioridades, de esperanzas y sueños.

Las palabras de su madre le habían dado permiso para alterar… todo.

Ahora sabía que nunca sería perfecto.

El pasado no podía corregirse, pero el presente no le exigía perfección. Lo único que se le pedía era despertarse mañana y buscar lo correcto. Fuera lo que fuera. Y sospechaba que no estaría sola en esa búsqueda.

Cuando se quedaron solos los dos, Theo se desplomó en la silla más cómoda.

Ren ignoró las demás y se acurrucó en la misma.

Él le rodeó la cintura con naturalidad y ella apoyó la cabeza en su pecho.

Había una especie de magia en el silencio entre ambos. Su vínculo vibraba con agrado.

Por el rabillo del ojo, vio a Vega dormida, encaramada en el alféizar de la ventana.

Por una vez, su mente aceptó la respuesta más simple para lo que sentía. No necesitaba teorías secundarias, ni más investigación, ni evidencia que lo confirmara. La respuesta era simple. Tan perfecta e imperfecta como podía ser.

Estaba en casa.

Por fin.

62

MERCY WHITAKER

Mercy fingió estar dormida, cuando escuchó los pasos de Dahvid Tin'Vori. Eran fáciles de reconocer. Pesados y decididos. El sonido de un hombre que caminaba con un propósito.

Podía sentirlo allí, de pie, observándola, debatiendo si debía despertarla y ver cómo se encontraba.

No había dejado de cuidarla desde que salieron de la cámara funeraria. Incluso ciega, podía percibir el peso de su atención.

Le costó toda su fuerza de voluntad no girarse y pedirle que se acercara. Sentía que, si tan solo respiraba de la manera equivocada, Dahvid sería lo bastante insensato como para sentarse al pie de su cama. Tal vez, incluso lo bastante insensato como para quedarse ahí el resto de sus vidas.

Y eso era algo que no podía permitir.

No, cuando aún le quedaba una última tarea por completar.

Así que, respiró, de forma lenta y pausada, y fingió estar roncando, hasta que dejó de ser fingido.

El sueño la reclamó con avidez.

Unas pocas horas sin sueños… y luego Mercy despertó con dolor.

Un latido punzante en la cabeza que nacía de las heridas de ambos ojos, una terrible rigidez en su pantorrilla muerta y picazón en todo el cuero cabelludo.

Había engañado a Ren Monroe, guiándola para preparar un brebaje que aliviaría el dolor, pero solo durante unas pocas horas. Era mucho menos de lo que habría recetado a cualquier paciente que necesitara dormir toda la noche, porque no tenía intención alguna de descansar hasta la mañana siguiente.

La verdad era que Ren había ayudado a Mercy a tomar una decisión.

Ya se inclinaba hacia esa dirección, pero aquel agradecimiento tan especial, le confirmó lo que necesitaba saber.

La llamarían heroína después de lo que había hecho.

No había duda de que los rumores sobre su don comenzarían a esparcirse.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que alguien le rogara que volviera a ser una heroína?

Mercy sabía que pasaría el resto de su vida deliberando quién merecía vivir y quién no. Decidiendo qué vidas salvar y cuáles dejar atrás, como un terrible ángel de la muerte.

Y era un peso que sabía que no podía cargar.

Con cuidado, se sentó en la cama, escuchando los sonidos. Un insecto de montaña hacía ruido cerca de la ventana.

Se deslizó fuera de la camilla. Su pierna buena no podía sostener todo su peso. Tuvo que dejarse caer sobre manos y rodillas.

Siguió escuchando, y gateó en dirección a la puerta.

Estaba abierta.

Sus manos buscaron el marco, calibrando la dirección del pasillo.

Volvió a detenerse para escuchar. Se oían ronquidos, pero venían de más lejos. ¿Tal vez de otra habitación?

Gateó en dirección contraria.

Una y otra vez, hasta que el aire comenzó a enfriarse.

Una corriente subía desde la morgue.

No había forma elegante de bajar una escalera de piedra sobre manos y rodillas.

Mercy lo hizo lo mejor que pudo, manteniendo cada golpe lo más suave posible.

Al llegar abajo, volvió a detenerse, y escuchó.

No hubo pasos.

Nadie la llamó.

Dahvid estaba dormido.

Le llevó tiempo cruzar la sala, pero finalmente alcanzó la pared del fondo.

Volver a ponerse de pie fue la parte más difícil.

Lo logró, gimiendo por el dolor y el repentino vértigo.

Tanteó con las manos, encontró tela y luego el cuerpo debajo de ella. Cojeó, acomodándose, hasta que pudo posar ambas manos sobre el pecho de Nevelyn Tin'Vori.

Sentía que le ardía todo el cuerpo.

Antes, cuando estaba cerca de los muertos, le picaban los dedos y palpitaba su herida interna. Ahora todo su ser ardía, y era el dolor más insoportable que pudiera haber imaginado. Quizás era una cobarde. O quizás era valiente. No era ella quien debía decidirlo. Todo lo que sabía era que sentía que aquello era lo correcto. Traería de vuelta a la única persona que se había sacrificado para que los demás pudieran vivir.

—Está bien —le susurró Mercy al fantasma—. Vuelve con nosotros.

Y liberó su magia.

Nevelyn llevaba muerta varios días. Mucho más que cualquier persona que hubiera resucitado antes, pero, cuando la magia corrió por sus venas, las manos de Mercy Whitaker no temblaron.

Se hizo el intercambio.

Escuchó esa bocanada rápida de aire, al mismo tiempo que una punzada terrible le atravesó el lado derecho de la cabeza. Un dolor tan intenso que dejó de ser dolor, tras los primeros segundos, y se convirtió en un puente que conducía a otro mundo.

Y Mercy supo, sin sombra de duda, que estaba lista para ver lo que la esperaba allí.

Así que empezó a caminar.

EPÍLOGO

—Ahora…, decidme, ¿por qué es un monstruo?

Ren esperó la respuesta de su clase.

Todos habían terminado sus dibujos y los observaban con ojos nuevos.

Ella tomaba un sorbo de té, mientras recorría el aula. Las clases eran pequeñas en su escuela. Por falta de estudiantes, se habían visto obligados a fusionar los grupos desde primer año hasta el último. Eso requería una diferenciación educativa bastante seria —añadiendo capas a ciertas tareas para desafiar a los mayores—, pero la mayoría de los alumnos estaban tan contentos de estar vivos y practicando magia en un lugar seguro, que rara vez se quejaban de tener que trabajar entre ellos.

Había sido Theo quien la había empujado hacia ese rol.

Comenzó como tutora de Josey, para cumplir su promesa a Ava. Luego, sumó algunas sesiones con Winnie, quien gravitaba alrededor de Ren, cada vez que estaban en la misma habitación.

Le llevó un mes de trabajo con los dos alumnos, darse cuenta de que le gustaba enseñar. Resultaba que, lo único que era mejor que saber la respuesta correcta, era compartir esa respuesta con los demás.

Y, aunque lo básico era placentero, descubrió que sumergirse en la magia teórica y empujar los límites de los conceptos más profundos, encajaba perfectamente con su conjunto de habilidades.

Esa revelación la había llevado, de alguna manera, a este momento: un niño más joven llamando de forma educada a la puerta del aula y dirigiéndose a ella con un título que jamás se imaginó para sí misma.

—¿Directora Monroe?

«Dioses, suena más pomposo cada vez que lo escucho».

—¿Sí?

—Es el señor Brood. La espera al frente de la escuela.

Ren asintió, antes de volver su mirada hacia sus estudiantes. Sintió esa pequeña emoción de poder que todo maestro experimenta. Sus destinos en la palma de su mano.

—Muy bien. Hoy, la clase terminará antes. —Un alboroto se desató, que ella sofocó con un solo dedo alzado—. Sin embargo…, escribiréis una página completa explicando este concepto. Debéis proporcionar al menos tres ejemplos que respalden la teoría que propongáis. Y Lawrence, por favor, por el amor a todo lo bueno en este mundo, no copies el trabajo de Hanna esta vez. Cambiar unas pocas palabras no convierte el ensayo en tuyo. Quiero esos papeles en mi escritorio para mañana por la mañana. ¿Entendido?

Hubo un coro de murmullos de asentimiento y quizás uno o dos quejidos.

Ren iba a seguirlos, antes de recordar que tenía un método más fácil.

Se centró en su vínculo.

Fue como tocar una puerta que siempre se abría.

La realidad parpadeó brevemente y estuvo fuera, junto a Theo, en un abrir y cerrar de ojos.

Él le sonrió.

Su vínculo había seguido creciendo. Los poderes entre ellos eran más fuertes, más accesibles. No dolía que cada vez que ella se transportaba, su mano estuviera allí, esperándola.

—¿Ya han llegado? —preguntó.

Él asintió.

—Acaban de llegar. Ya hemos enviado un aviso a los representantes elegidos.

—¿A los «garantes», quieres decir?

Theo frunció el ceño.

—Ren, habíamos acordado…

Ella tomó su corbata, tirando de él hacia abajo, y le dio un suave beso en los labios.

—Es broma. Venga, vamos a ponernos en modo oficial.

Sus dedos se entrelazaron con facilidad. Pulseras idénticas, tejidas con el mismo hilo y decoradas con dos mitades de la misma

piedra, colgaban de sus muñecas. Eran las alianzas tradicionales que utilizaban las parejas en el Distrito inferior. La pulsera de dragón de su madre era solo una versión más elegante.

Ren había decidido mantener su apellido, pero no le molestaba la idea de que allá donde fuera Theo Brood, cualquiera que lo viera supiera que le pertenecía a alguien, y ese alguien era ella.

Habían pasado cinco años desde su llegada a Merosueño.

Un lapso marcado tanto por lo bueno como por lo malo.

Resultó que una ciudad prístina, que era el último refugio seguro para la magia, no estaba libre de crímenes. La gente todavía robaba. Todavía había discusiones ebrias que terminaban en peleas de borrachos. Incluso algún duelo que salía se desmadraba. No ayudaba que su población fuera tan escasa. Como un pueblo pequeño, donde todos conocían, aunque fuera vagamente, los asuntos de todos, los errores o disputas se amplificaban.

La única solución a ese problema era el pequeño, pero constante, flujo de gente que seguía llegando de Kathor a Merosueño.

Al principio, la mayoría eran padres ansiosos por reunirse con hijos que habían sido inmunes a la plaga. Después, llegó una ola de personas lo bastante inteligentes para ver que una ciudad nueva estaría llena de oportunidades.

No era un secreto que habría más espacio para crecer que en una ciudad antigua y saturada.

Más de la mitad de las cabañas seguían vacías, pero Ren mantenía la esperanza de que irían llegando más personas.

El mundo encontraría su equilibrio.

«Equilibrio. Bien podría ser la palabra del día».

Ren y Theo se dirigieron a las puertas principales.

La familiar gárgola estaba encaramada en la distancia, agazapada en su almena favorita.

La gente circulaba por las calles, con cestas llenas de esta o aquella verdura. Cosechar el suministro alimenticio de la ciudad se había convertido en un porcentaje bastante grande del trabajo requerido en Merosueño, por lo que era la única tarea que todos los ciudadanos debían realizar.

Todos tenían su turno.

Incluso las criaturas de piedra viva ayudaban, porque alimentar la ciudad era más importante que defenderla de amenazas externas.

Después de todo, la única amenaza para Merosueño era Kathor.

Todos temieron un ataque durante el primer año.

¿Y si los Hacedores cambiaban de opinión? ¿Y si decidían marchar con un ejército de diez mil hasta las puertas? ¿O incluso cincuenta mil? Los magos habían sobrevivido la primera batalla, pero esas cifras podían inclinar las probabilidades y eliminar cualquier esperanza de supervivencia. Todo lo que se necesitaba era una generación desconfiada y el dictador equivocado para que se reactivaran las ruedas de la guerra.

Hoy era un paso en la dirección contraria. Un movimiento para solidificar su incipiente paz.

—¡Abrid las puertas! —gritó Theo.

Ambos tomaron sus lugares con el resto del grupo.

Ren observó las filas que aguardaban. Los cinco voluntarios oficiales estaban al frente. Todos habían accedido a dejar Merosueño para ir a Kathor.

Al parecer, algunos de los sistemas mágicos pasivos de la ciudad habían empezado a fallar.

El sueño de los Hacedores de tener una sociedad que no dependiera de la magia no había considerado cuánto del funcionamiento de Kathor dependía de hechizos incrustados en cada uno de sus pilares.

La magia fallida causaba suficientes trastornos como para que los líderes de Kathor escribieran a Merosueño buscando un intercambio.

Una muestra de buena fe.

Cinco magos viajarían a la ciudad. Pasarían el próximo año trabajando para los ciudadanos que una vez quisieron matarlos. Reparando lo roto. Restaurando lo perdido —en más de un sentido —. A cambio, Kathor enviaría a cinco de los suyos a Merosueño.

Históricamente, esto se habría llamado un intercambio de *garantes*.

Después de algunas guerras a gran escala, el bando perdedor enviaba a sus jóvenes príncipes o princesas al vencedor. Era un incentivo para que el nuevo reino vasallo obedeciera los edictos del

tratado. Si se rebelaban, el garante que habían confiado al enemigo sería ejecutado. Si obedecían, el garante sería alimentado y cuidado mientras viviera allí.

Y por eso, Theo no quería usar la palabra *garante*.

Había una sombra de amenaza en esa palabra.

En cambio, quería tratarlos como eruditos. Una oportunidad para aprender unos de otros y forjar lazos entre reinos, que antes habían estado en guerra.

La primera voluntaria había sido Avid Shiverian. Una elección perfecta. Sabía más sobre sistemas de magia pasiva que cualquiera de ellos.

A su lado estaban dos de sus magos más jóvenes.

Sus padres esperaban pacientemente detrás. Ambos niños tenían familia que no habían visto en cinco años. Hermanos que se habían quedado en Kathor, por una u otra razón.

Ren sabía que esas reuniones serían dulces y muy esperadas.

Aunque los niños no eran muy hábiles con la magia, había muchas tareas básicas que podrían cumplir mientras estuvieran allí.

La cuarta voluntaria era una mujer de mediana edad llamada Maya Ruminas. Había trabajado como ingeniera estructural para la Casa Proctor, y era probable que tuviera el conocimiento más amplio sobre los distintos problemas que enfrentarían al realizar reparaciones.

El último era Redding. El pionero había regresado a Merosueño, pero el pueblo le resultaba demasiado tranquilo. Preguntó si, durante su tiempo en Kathor, le permitiría recorrer los alrededores en sus días libres.

Ambas partes estuvieron de acuerdo en que no habría problema.

Detrás del grupo principal, Ren vio que el resto de los funcionarios del pueblo se habían reunido como testigos.

Con los años, todos habían ido asumiendo roles más oficiales.

Su mirada se dirigió a la mujer que se encontraba en el otro extremo. Un nido de rizos enmarcaba una expresión escéptica.

Nevelyn Tin'Vori atrapó la mirada de Ren y le hizo una mueca.

A Ren le costó no reírse.

Aparte de Theo, Nevelyn era, con diferencia, su mejor amiga. Trabajaba en la escuela con los más pequeños, pero la mayor parte de su atención la dedicaba a comportarse como una madre gallina con Josey.

Cada vez que Ren la veía —a ella o a Theo, no importaba cuál—, sentía que estaba presenciando un milagro de nuevo.

Finalmente, las puertas terminaron su lento movimiento.

Un grupo equivalente al suyo esperaba del otro lado.

Una mujer se separó de los demás. Llevaba un emblema nuevo en la capa que ya habían visto en las últimas misivas. Un león en el centro, rodeado de espadas listas para ser desenvainadas. Las garras del león sostenían una bandera con el emblema de una pequeña corona.

«Una forma», pensó Ren, «de recalcar que la fuerza de Kathor ahora descansaba en lo que se podía hacer físicamente». El estómago se le revolvió incómodo, al verlo, pero el rostro sobre ese emblema sonreía.

—Hola, gracias por recibirnos. Me encantaría que conocierais a vuestros nuevos reclutas.

Se hicieron las presentaciones.

Resultó que la mujer era la gran emisaria. Había viajado todo ese camino para asegurarse de que el encuentro sucediera sin problemas.

A Ren le cayó bien. Tenía sus dudas sobre todo aquello, pero se iban acallando con cada minuto que pasaba.

Finalmente, sus cinco magos avanzaron.

No había ninguna trampa esperándolos. No hubo emboscada en el bosque. En cambio, la emisaria charlaba con ellos, de forma cordial. Su entusiasmo era evidente, lo que significaba que Kathor necesitaba sus servicios con urgencia.

Un comienzo prometedor.

Ren se unió a Theo para dar la bienvenida a los cinco reclutas enviados desde Kathor.

Theo le había explicado cómo los habían elegido.

Primero, todos eran jóvenes —entre dieciséis y veinte años—. Esa idea había sido de Nevelyn, que creía que la generación más joven

estaría más abierta a la magia. Si lograban plantar la semilla de que los magos no eran un mal distante y oculto tras las puertas de Merosueño, avanzarían mucho en la construcción de un futuro conjunto.

La segunda petición fue que cada recluta tuviera un oficio artesanal específico.

Ren observó primero a la chica herrera. Lo supo por los musculosos antebrazos. Los demás eran panaderos, carniceros, y otras profesiones, y, de nuevo, había un propósito detrás de cada elección. Theo quería que aprendieran habilidades valiosas de todos los que llegaran.

Se despidieron, mientras otros magos, situados en las almenas, decían adiós a los cinco que habían sido elegidos para partir.

Ren notó una mezcla de sentimientos, entre la esperanza y el terror, flotando en el aire.

Esa misma mezcla, vibraba a través del vínculo con Theo.

Esto podría ser todo lo que necesitaban, o podría salir muy mal. Su deber era asegurarse de que este lado de la ecuación funcionara. Así que, Ren y Theo avanzaron para dar la bienvenida a sus nuevos reclutas.

El primer punto en la agenda: un recorrido por la ciudad.

La curiosidad en los rostros de los reclutas era evidente.

Ren estaba segura de que esto les parecía como caminar dentro de un mito sacado de un libro de cuentos. La ciudad legendaria donde vivían todos los magos del mundo.

Hicieron preguntas sobre las cabañas y los cultivos que vieron.

La herrera fue la única que no habló, aunque Ren notó que, de vez en cuando, la chica le lanzaba miradas nerviosas.

El grupo caminó hasta llegar al lago de aguas cristalinas, en el corazón de Merosueño. La luz del sol brillaba tras las montañas lejanas y se reflejaba en el agua. Era un día encantador, uno de esos raros momentos de la primavera en que parece verano al sol e invierno a la sombra.

Cuando llegaron por primera vez, el lago estaba apartado, completamente solo.

El único cambio pequeño que se había hecho desde entonces había sido idea de Theodore Crane.

El chico tenía talento con la piedra. Aunque la mayoría de su entrenamiento en la Casa Brood se había centrado en piedra viva, descubrió que los ciudadanos de Merosueño preferían pagarle por otro tipo de trabajo. No piedra viva, sino estatuas que honraran a sus seres queridos perdidos.

Ahora su obra podía verse a lo largo del sendero que rodeaba el lago.

Había estatuas completas y bustos más pequeños, dependiendo de lo que se hubiera solicitado. Todos eran un homenaje a alguien perdido en el camino hacia Merosueño.

Theo se puso a hablar de forma animada cuando los reclutas llegaron a la sección que se había convertido en terreno sagrado para Ren.

Percibía que ella no quería hablar, y menos en esa parte del lago.

Su único pedido a Theodore estaba a la derecha.

La luz del sol caía sobre cuatro rostros: Timmons, Avy, Cora y Clyde. Cada vez que pasaba frente a las estatuas, susurraba en silencio.

Las palabras de su madre seguían siendo ciertas.

Todavía había dolor en su ausencia. Vacíos que nada podría llenar, y, aunque esos sentimientos nunca desaparecerían por completo, también sentía que había un entendimiento entre ellos. Una respuesta muda en sus miradas vacías, que simplemente decía: sigue adelante.

Su madre tenía razón.

Ya era hora de ver qué podía cultivar Ren Monroe sobre las cenizas de todo lo que había quemado.

El grupo se detuvo en el extremo del lago.

Había un puente que cruzaba uno de los arroyos más grandes, y sobre él se alzaba la estatua más famosa de la ciudad: Mercy Whitaker.

Crane había esculpido el botiquín médico que llevaba siempre en la cintura, así como los gruesos guantes que utilizaba. Esta versión

de Mercy miraba a un enemigo invisible, siempre decidida a vencer en una batalla, que ya había ganado por todos ellos.

Theo cruzó miradas con Ren.

Al parecer, ya había terminado sus discursos.

Era el momento de llevar a los reclutas a sus cabañas.

Ren estaba a punto de anunciarlo, cuando la chica herrera por fin habló y lanzó su pregunta sin pensar:

—Emm… ¿Nos podéis mostrar algo de magia?

Ren parpadeó.

Para su sorpresa, el resto de los reclutas asintieron.

Theo le sonrió, como si hubiera estado al tanto de esto, pero, por la expresión de la chica, estaba claro que ansiaba ver algo que no había sucedido en Kathor en más de cinco años.

Ren miró a su alrededor, preguntándose cuál sería el mejor hechizo para mostrarles, cuando sus ojos volvieron al lago. Al haber rodeado la orilla, el ángulo respecto al agua —y al sol—, había cambiado. La luz llegaba desde el lado opuesto del lago, hasta donde estaban ellos. Como un puente.

Sonrió.

—Venid conmigo.

Theo entendió lo que estaba haciendo, unos segundos después.

Ren sintió una curiosa mezcla de emociones a través de su vínculo. Pequeños hilos de tristeza al recordar el momento del que esto era eco. Las personas que habían estado allí para presenciar la magia, pero que ya no se encontraban con ellos.

Sin embargo, esa pena fue rápidamente superada por una alegría tan brillante, como la luz del sol que los rodeaba.

Por primera vez, Ren se dio cuenta de que ese había sido el momento en que Theo se enamoró de ella. Podía sentir la verdad de aquello, a través del lazo que compartían.

Tal vez a Ren le había llevado más tiempo, pero ahí estaban, después de todos esos años, vivos y enamorados, de pie ante un nuevo mundo.

Realizó los pasos del hechizo.

Una ondulación visual cruzó el agua.

El camino dorado se tensó y se enderezó.

Antes parecía inestable, algo que se parecía a un camino, pero su hechizo de unión solidificó cada partícula en una sola entidad.

Ren lo ancló con cuidado al otro lado, y lo único que faltaba en ese momento era la mano de Timmons sobre su hombro.

Los reclutas soltaron unos previsibles jadeos.

Aunque hubieran crecido rodeados de magia, ninguno habría visto jamás un puente hecho de luz solar.

Ren se deleitó con sus reacciones. Esta era una de las cosas que más amaba en el mundo: estos momentos en los que un mago podía hacer lo impensable.

Mantuvo el hechizo firme entre sus manos, antes de fijar la mirada en la herrera.

—¿A qué estás esperando? Adelante.

La chica había sido demasiado tímida para hacer tantas preguntas como los demás, pero eso no significaba que le faltara valentía.

Todos la observaron, mientras caminaba hasta el borde del lago.

Lanzó una última mirada por encima del hombro hacia Ren, asegurándose de que no fuera una broma o una trampa, y cuando ella asintió, la chica dio un paso.

Se sorprendió al ver que el puente resistía, pero su siguiente paso fue más seguro.

Y el siguiente.

Y el siguiente.

Ren y Theo compartieron una sonrisa, mientras los demás reclutas la seguían por el puente bañado por el sol.

Esto era magia.

Magia imposible.

Magia que quitaba el aliento.

AGRADECIMIENTOS

Mi hechizo favorito en esta serie es el hechizo del Puente de Luz de Ren.

Lo lanza dos veces.

Primero, lo usa para ayudar a su grupo a cruzar el río en las Tierras Salvajes. Es una magia que deja sin aliento y que, por un momento, les salva el día. Luego, usa el hechizo otra vez al final de la historia, como una demostración de esperanza para la siguiente generación.

Tenía la idea de ese hechizo en la cabeza desde hace casi una década, y creo que simboliza muy bien el tipo de magia que también realiza un equipo editorial: esa manera en que crean un puente, aparentemente de la nada, para que los lectores puedan cruzarlo y disfrutar verdaderamente del trabajo de un autor.

Este libro sería solo magia salvaje sin ellos.

En esta metáfora, mi editora, Kate Prosswimmer, es quien primero se dio cuenta de que podíamos construir un puente de luz para cruzar al otro lado.

En pocas palabras, *Una puerta en la sombra* no existiría sin ella. Y, desde luego, ese primer libro nunca se habría convertido en una serie, sin todo el respaldo que le dio dentro de la editorial.

Ella fue quien dio los primeros pasos sobre ese puente de luz dorada, y estoy profundamente agradecido de haber contado con su visión guiando esta serie.

El resto del equipo siguió sus pasos, creyendo que el hechizo que habíamos lanzado era lo bastante firme y sólido como para llevarnos al otro lado: Justin Chanda, Karen Wojtyla, Jen Strada, Greg Stadnyk, Tatyana Rosalia, Nicole Fiorica, Andrenae Jones, y muchos otros.

Gracias por acompañarnos todo el camino…, y también estoy bastante agradecido de que no hubiera ningún espectro

siguiéndonos a través de este puente metafórico.

Otro reconocimiento merecido es para el artista de la portada: Justin Metz.

La mayoría de las personas, al ver mis portadas, piensan que es un conjunto perfecto de imágenes que encajan a la perfección. Muy pocos saben que son tres portadas diferentes, de tres artistas distintos.

La capacidad que tuviste para adaptar tu arte a nuestras necesidades, y al mismo tiempo dar vida a una de las portadas más increíblemente hermosas que he visto, es simplemente asombrosa.

Otro agradecimiento para Chris Brackley, quien sigue haciendo un trabajo increíble con los mapas de este libro, y es un profesional absoluto que me hace revisar dos y hasta tres veces las matemáticas de mi propio mundo imaginario. Muchas gracias.

Siempre tengo que quitarme el sombrero ante mi familia. Gracias a Grammy, Dr. J, Nana y Nonno por ayudar a cuidar a los niños durante mis sesiones de escritura o durante las giras.

Gracias a mi esposa, Katie, por escucharme siempre. Incluso cuando cambié el nombre de un personaje por trigésima quinta vez.

Y gracias a mis tres maravillosos hijos. Son salvajes como el viento, y necesito esos momentos de locura para seguir adelante entre sesiones de escritura.

También estoy, como siempre, agradecido con mi grupo de escritura: K. D. Edwards, York Wilson, Paige Nguyen, Jen Perez, Caitlin Poole, Tyler Ellzey y Ali Standish.

Keith, te sentaste conmigo en el Open Eye Café y escuchaste mientras divagaba sin parar sobre un dragón manipulando un culto para propagar una plaga. Eso, normalmente, haría que expulsaran a alguien de una cafetería, pero tú escuchaste pacientemente y me diste valor.

Todos vosotros, de forma colectiva, me habéis ofrecido las confirmaciones que necesitaba para seguir adelante con esta historia. Algunos, incluso, leyeron esta historia en su versión original, cuando tenía un título distinto y un protagonista diferente.

Gracias por ayudarme a conservar las partes que valían la pena y dejar de lado las que no encajaban.

Y, por último, pero no menos importante: gracias a Kristin Nelson y a todo el equipo de Nelson Literary Agency. Este fue nuestro libro número catorce.

Me gusta pensar que eso significa que ya hemos cruzado el río juntos catorce veces.

Y parece que siempre encontramos la otra orilla, ¡¿no es así?!

Gracias por todo lo que habéis hecho para ayudarme a seguir adelante.

Índice de contenido

1. Copyright
    1. Nota del Editor
2. PARTE UNO: Golpeando
    1. 1
    2. 2
    3. 3
    4. 4
    5. 5
    6. 6
    7. 7
    8. 8
    9. 9
3. PARTE DOS: Rompiendo
    1. 10
    2. 11
    3. 12
    4. 13
    5. 14
    6. 15
    7. 16
    8. 17
    9. 18
    10. 19
    11. 20
    12. 21
    13. 22
    14. 23
    15. 24
4. PARTE TRES: Ardiendo
    1. 25
    2. 26

3. 27
4. 28
5. 29
6. 30
7. 31
8. 32
9. 33
10. 34
11. 35
12. 36
13. 37
14. 38

5. PARTE CUATRO: Respirando
    1. 39
    2. 40
    3. 41
    4. 42
    5. 43
    6. 44
    7. 45
    8. 46
    9. 47
    10. 48
    11. 49
    12. 50
    13. 51
    14. 52
    15. 53
    16. 54
    17. 55
    18. 56
    19. 57
    20. 58
    21. 59
    22. 60
    23. 61

24. 62
25. EPÍLOGO
26. AGRADECIMIENTOS

Table of Contents

Copyright
Nota del Editor
PARTE UNO: Golpeando
1
2
3
4
5
6
7
8
9
PARTE DOS: Rompiendo
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
PARTE TRES: Ardiendo
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
PARTE CUATRO: Respirando
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62

EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS